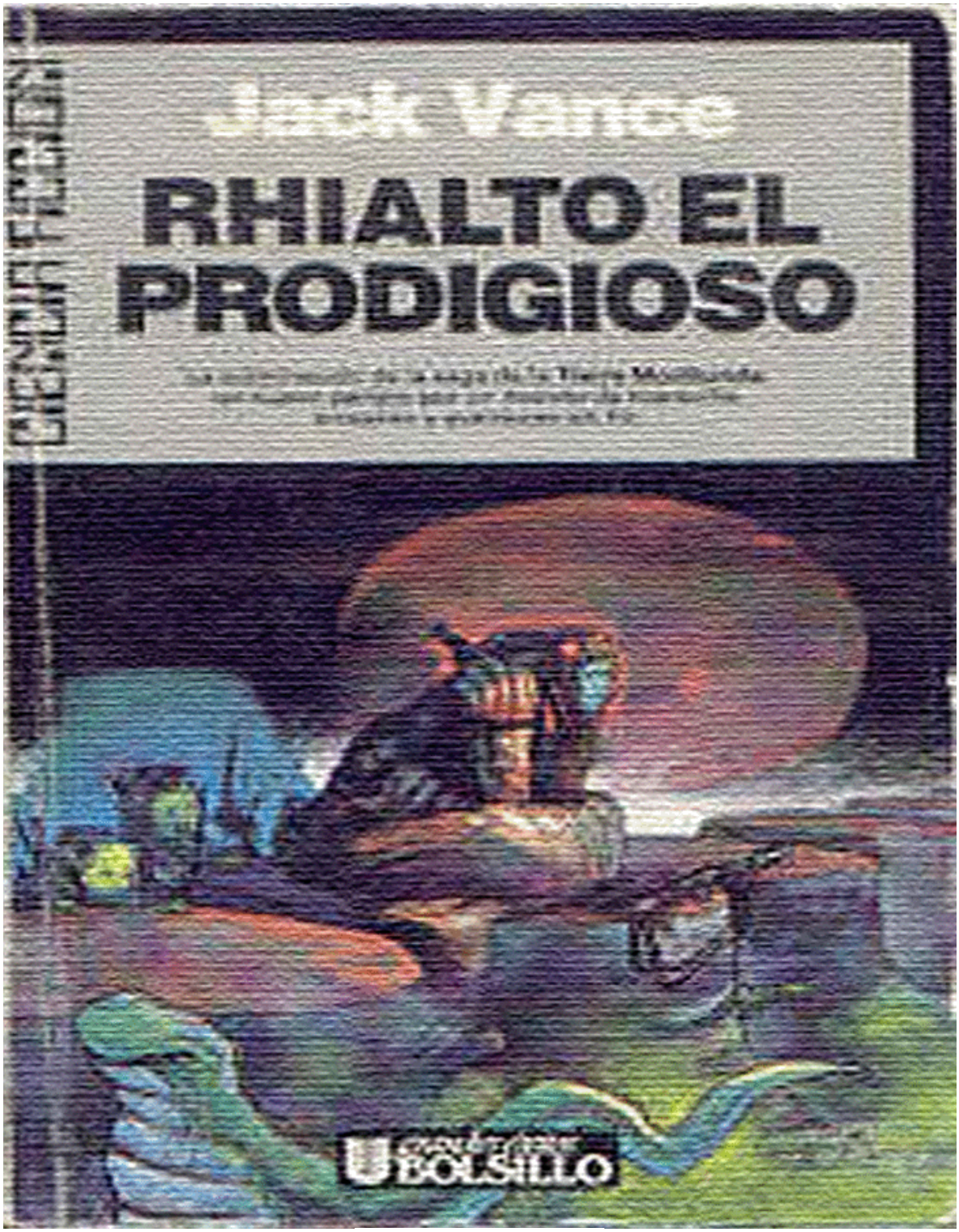
Rhialto El Prodigioso

Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Éstos son relatos del vigesimoprimer eón, cuando la Tierra ya es vieja y el Sol está a punto de extinguirse. En Ascolais y Almery, regiones al oeste del Muro Desmoronante, vive un grupo de magos que han formado una asociación para proteger mejor sus intereses. Su número fluctúa, pero en esos momentos son:

Ildefonse el Preceptor.

Rhialto el Prodigioso.

Hurtiancz, bajo y corpulento, famoso por su truculento espíritu.

Herark el Heraldo, preciso y algo severo.

Shrue, diabolista, cuyas agudezas desconciertan a sus asociados y a veces alteran su sueño por las noches.

Gilgad, un hombre pequeño de enormes ojos grises en un redondo rostro gris, siempre vestido con ropas de un rojo rosado. Sus manos están constantemente húmedas y frías; todos evitan su contacto.

Vermoulian el Caminante de Sueños, una persona peculiarmente alta y delgada, con un caminar majestuoso.

Mune el Mago, que apenas habla y mantiene una casa con cuatro esposas.

Zilifant, robusto de cuerpo, con largo pelo castaño y una barba agitada por el viento.

Darvilk el Miaanther, que, por inescrutables razones, siempre lleva un dominó negro.

Perdustin, una persona esbelta, rubia, sin amigos íntimos, que ama el secreto y el misterio y se niega a revelar dónde está su morada.

Ao de los Ópalos, saturnino, con una barba negra en punta y modales cáusticos.

Eshmiel, que, con un deleite casi infantil en su pureza, utiliza una extraña apariencia, mitad blanca y mitad negra.

Barbanikos, bajo y fornido, con una gran mata de pelo blanco.

Bruma del Mar Wheary, un hombrecillo de ardientes ojos, piel verde y hojas de sauce color naranja por pelo.

Panderleu, coleccionista de raros y maravillosos artefactos procedentes de todas las dimensiones accesibles.

Byzant el Necropo.

Dulce-Lolo, parecido a un solemne epicuro.

Tchamast, de aspecto taciturno, un reconocido asceta, cuya desconfianza hacia la raza femenina es tan profunda que solamente permite el paso a los insectos machos dentro de los límites de su propiedad.

Teutch, que apenas habla con la boca pero utiliza un extraño truco por el que hace brotar las palabras de las puntas de sus dedos. Como uno de los Ancianos del Eje, se le permite el control de su infinito particular.

Zahoulik-Khuntze, cuyas uñas de manos y pies, de hierro, están grabadas con curiosos signos.

Nahourezzin, sabio de la antigua Romarth.

Zanzel Melancthones.

Hache-Moncour, cuya vanidad y aire superior sobrepasan incluso los de Rhialto.

La magia es una ciencia práctica, o mejor una actividad artesana, puesto que apunta más hacia la utilidad que hacia la comprensión clásica. Ésta es sólo una afirmación general, puesto que en un campo de tan profundo alcance cada practicante posee su estilo individual, durante los tiempos gloriosos del Gran Motholam muchos de los magos-filósofos intentaron alcanzar los principios que gobernaban el campo.

Al final, esos investigadores, que incluían los nombres mas grandes de la actividad mágica, aprendieron sólo lo suficiente para darse cuenta de que un conocimiento total y absoluto era imposible. En primer lugar, podía conseguirse el efecto deseado a través de un gran número de modos, cada uno de los cuales representaba el estudio de toda una vida y derivaba su fuerza de un entorno coercitivo distinto.

Los grandes magos del Gran Motholam tenían un espíritu lo suficientemente abierto como para percibir los límites de la comprensión humana, y gastaban la mayor parte de sus esfuerzos tratando con problemas prácticos, buscando principios abstractos sólo cuando todo lo demás fallaba. Por esta razón, la magia retiene su aroma claramente humano, pese a que los agentes activadores nunca son humanos. Una mirada casual hacia uno de los catálogos básicos enfatiza esa orientación humana; la nomenclatura posee un sabor pintoresco y arcaico. Si examinamos (por ejemplo) el capítulo cuarto del Manual de Magia Práctica de Killiclaw, Ejecuciones Interpersonales, observaremos, registrada en brillante tinta púrpura, una terminología como la que sigue:

Malepsia Física de Xarfaggio.

Digitalia Secuestrante de Arnhoult.

Bondad Multiplicada por Doce de Lutar Brassnose.

Conjuro del Enquistamiento Remoto.

Froust a la Antigua de Tinkler.

Brida de Largos Nervios de Clambard.

Postergación Verde y Púrpura de la Alegría.

Triunfos de la Aflicción de Panguire.

Prurito Descorazonador de Lugwiler

Intensificación Nasal de Khulip.

Penetración del Acorde Incorrecto de Radl.

En esencia, un conjuro corresponde a un código, o juego de instrucciones, insertado en el sensorio de una entidad que es capaz y se muestra dispuesta a alterar el entorno en concordancia con el mensaje introducido en el conjuro. Esas entidades no son necesariamente «inteligentes», ni siquiera «sentientes», y su conducta, desde el punto de vista del neófito, es impredecible, caprichosa y peligrosa.

Las más domeñables y cooperativas de esas criaturas se alinean desde los más inferiores y frágiles elementales hasta los sandestins. Las entidades más rebeldes son conocidas por el Temuchin con el nombre de «daihak», que incluye a los «demonios» y a los «dioses». El poder de un

mago deriva de las habilidades de las entidades que es capaz de controlar. Cada mago consecuente emplea uno o más sandestins. Unos pocos archimagos del Gran Motholam se atrevieron a emplear la fuerza de los daihaks inferiores. Listar los nombres de esos magos es evocar el asombro y la maravilla. Son nombres que hormiguean poder. Algunos de los más notables y espectaculares magos del Gran Motholam fueron:

Phandaal el Grande.

Amberlin I.

Amberlin II.

Dibarcas Maior (que estudió bajo Phandaal).

El archimago Mael Lel Laio (que vivió en un palacio tallado en una única piedra lunar).

Los Vapuriales.

El Colegio Verde y Púrpura.

Zinqzin el Enciclopedista.

Kyrol el Porfirícos.

Calanctus el Tranquilo.

Llorio la Maga.

En comparación, los magos del vigesimoprimer eón eran un grupo heterogéneo y poco seguro de sí mismos, a los que les faltaba tanto grandeza como consistencia.

Libro Primero
LA MURTHE

1

Una fría mañana, a mediados del vigesimoprimer eón, Rhialto se sentó a desayunar en la cúpula oriental de su morada de Falu. Aquella mañana en particular el sol se alzó tras una cortina de helada bruma, para lanzar una débil y punzante luz a través de la Pradera Baja.

Por razones que Rhialto no pudo definir, no sentía el menor apetito, y apenas dedicó atención al plato de berros, caquis escalfados y salchichas que tenía delante, inclinándose más por una taza de té fuerte y una tostada.

Luego, pese a la docena de tareas que le aguardaban en su sala de trabajo, se reclinó en su silla para contemplar con aire ausente al otro lado de la pradera, hacia el bosque Were.

En aquel talante abstraído, sus percepciones permanecían extrañamente sensitivas. Un insecto se posó sobre

la hoja de un álamo cercano; Rhialto tomó cuidadosa nota del ángulo en que doblaba sus patas y la miríada de resplandores rojizos que refulgían en sus protuberantes ojos. Interesante y significativo, pensó.

Tras absorber toda la importancia del insecto, Rhialto extendió su atención al paisaje en general. Contempló

la pendiente que formaba la ladera en su descenso hacia el Ts y la distribución de su hierba. Estudió los retorcidos troncos del linde del bosque, los rojizos rayos que penetraban sesgados por entre el follaje, el verde oscuro y el índigo de las sombras. Su visión era notable por su absoluta claridad; su oído no era menos agudo... Se inclinó hacia delante, tendiéndose para escuchar... ¿qué? ¿Suspiros o música inaudible?

Nada. Rhialto se relajó, sonriendo ante sus propias imaginaciones, y se sirvió una última taza de té... Dejó que se enfriara sin probarlo. Movido por un impulso, se puso en pie y se dirigió al salón, donde tomó una capa, un sombrero de cazador y ese bastón conocido como «La Aflicción de Malfezar». Luego llamó a Ladanque, su chambelán y factótum para todo.

— Ladanque, voy a pasear un poco por el bosque. Cuida que el Tanque Cinco conserve su turbiedad. Si quieres, puedes destilar el contenido del alambique grande azul a una redoma estanca. Utiliza poco calor y evita respirar los vapores; provocarían un sarpullido en tu rostro.

— Muy bien, señor. ¿Y el fantaseador?

— No le prestes atención. No te acerques a la jaula. Recuerda, su charla sobre vírgenes y riqueza es ilusoria; dudo que sepa siquiera el significado de ambas cosas.

— Es posible, señor.

Rhialto partió de la casa. Echó a andar a través del prado siguiendo un sendero que lo llevó hasta el Ts, cruzó un puente de piedra y entró en el bosque.

El sendero, trazado por los animales nocturnos del bosque en su camino a través de la pradera, desapareció.

Rhialto siguió adelante, al compás de los pasillos naturales formados por los árboles, cruzando pequeños claros donde la candole, la roja ulmaria y la blanca difne salpicaban la hierba con su color; cruzando la espesura de blancos abedules y negros álamos; siguiendo cornisas de vieja piedra, atravesando pequeños arroyos y manantiales.

Si había otras criaturas en el bosque, ninguna hizo acto de presencia. Rhialto entró en un pequeño claro con un único abedul en el centro y se detuvo para escuchar...

Sólo oyó silencio.

Transcurrió un minuto. Rhialto permanecía de pie, inmóvil.

Silencio. ¿Era absoluto?

La música, si eso había sido, se había desarrollado a todas luces en su cerebro.

Curioso, pensó Rhialto.

Llegó a otro lugar abierto, donde un único abedul se erguía frágil contra un fondo de densos deodars negros.

Cuando ya iba a abandonarlo creyó oír de nuevo la música.

¿Música insonora? ¡Una inherente contradicción!

Extraño, pensó Rhialto, sobre todo teniendo en cuenta que la música parecía brotar de fuera de él...

Creyó oírla de nuevo: un aleteo de acordes abstractos que impartían una emoción a la vez dulce, melancólica y triunfante: definida y sin embargo incierta.

Rhialto miró en todas direcciones. La música, o lo que fuera, parecía proceder de una fuente cercana. La prudencia urgía que volviera sobre sus pasos y se apresurara a regresar a Falu, sin mirar ni una sola vez por encima del hombro... Siguió adelante, y llegó a un tranquilo estanque, oscuro y profundo, que reflejaba la otra orilla con la exactitud de un espejo. De pie, inmóvil, Rhialto vio reflejada la imagen de una mujer extrañamente pálida, con el pelo plateado sujeto por una redecilla negra. Llevaba una túnica blanca que le llegaba hasta las rodillas, con las piernas y los brazos desnudos.

Rhialto alzó la vista hacia la otra orilla. No descubrió ninguna mujer, ni hombre, ni criatura de ningún tipo.

Volvió a bajar los ojos a la superficie del estanque, donde, como antes, vio reflejada a la mujer.

Rhialto estudió la imagen durante largo rato. La mujer era alta, con pequeños pechos y estrechas caderas; mostraba la frescura y la inocencia de una muchacha. Su rostro, sin embargo, pese a no carecer de delicadeza ni de proporciones clásicas, mostraba una rigidez de la que se hallaba ausente toda frivolidad. Rhialto, cuyos profundos conocimientos en materia de calliginia le habían hecho acreedor de su sobrenombre, la halló hermosa pero severa, y probablemente inabordable, en especial si se negaba a mostrarse excepto como un reflejo... Y quizá también por otras razones, pensó Rhialto, que había concebido una ligera idea respecto a su identidad.

— Señora -dijo Rhialto-, ¿me has atraído hasta aquí con tu música? Si es así, explícame cómo puedo ayudarte, aunque no prometo ningún tipo de compromiso definitivo.

La mujer se limitó a exhibir una fría sonrisa que no acabó de gustar a Rhialto, que hizo una rígida inclinación de cabeza.

— Si no tienes nada que decirme, no molestaré más tu intimidad. - Efectuó otra seca inclinación de cabeza, y entonces algo le empujó bruscamente hacia delante, haciéndole caer al estanque.

El agua era extremadamente fría. Rhialto chapoteó hasta la orilla y se izó a tierra. Fuera quien fuese o lo que fuese que le había empujado al agua, no se veía por parte alguna.

Gradualmente, la superficie del estanque recobró su inmovilidad. La imagen de la mujer ya no era visible.

Rhialto regresó hoscamente a Falu, donde se dio un baño caliente y bebió té de verbena.

Durante un tiempo permaneció sentado en su sala de trabajo, estudiando diversos libros del decimoctavo eón.

La aventura en el bosque no le había sentado bien. Se notaba febril, y ruidos como de campanilleos no dejaban de sonar en sus oídos.

Al fin se preparó un tónico profiláctico, que aún le causó mayor incomodidad. Se fue a la cama, se tomó un somnífero, y finalmente se sumió en un intranquilo sueño.

La indisposición persistió durante tres días. Por la mañana del cuarto día Rhialto se comunicó con el mago Ildefonse en su mansión de Boumergarth, junto al río Scaum.

Ildefonse se mostró lo bastante preocupado como para volar a toda velocidad hasta Falu en el más pequeño de sus remolinos.

Rhialto le describió con todo detalle los acontecimientos que habian culminado en el inmóvil estanque en medio del bosque.

— Así que ya lo sabes todo. Me siento ansioso por conocer tu opinión.

Ildefonse miró hacia el bosque con el ceño fruncido.

Aquel día utilizaba su apariencia normal: la de un caballero algo grueso, de mediana edad, con finas patillas rubias, cráneo calvo y un aspecto de jovial inocencia. Los dos magos estaban sentados bajo la plumantia púrpura a uno de los lados de Falu. En una mesita cercana, Ladanque había dispuesto un servicio de pastas variadas, tres clases distintas de té y una jarra de suave vino blanco.

— Extraordinario, ciertamente -dijo Ildefonse-. En especial si lo comparo con una reciente experiencia mía.

Rhialto miró de soslayo a Ildefonse.

— ¿Te ocurrió algo parecido?

— La respuesta es a la vez «sí» y « no» -respondió Ildefonse con tono comedido.

— Interesante -murmuró Rhialto.

Ildefonse seleccionó con cuidado sus palabras:

— Antes de que te lo cuente, déjame preguntarte esto: ¿habías oído alguna vez antes esa, digamos, «sombra de música»?

— Nunca.

— ¿Y su sustancia era...?

— Indescriptible. Ni trágica ni alegre; dulce, y sin embargo seca y amarga.

— ¿Percibiste una melodía, o un tema, o siquiera una progresión, que pudiera proporcionarnos algún indicio?

— Sólo un atisbo. Si me permites un asomo de preciosismo, me llenó de una especie de anhelo hacia lo perdido e inalcanzable.

— ¡Ajá! -dijo Ildefonse-. ¿Y la mujer? ¿Qué fue lo que te hizo identificarla como la Murthe?

Rhialto meditó unos instantes.

— Su palidez y su cabello plateado podrían ser los de un trasgo del bosque, con el disfraz de una antigua ninfa. Su belleza era real, pero no sentí ningún ansia de abrazarla. Sin embargo, me atrevería a decir que todo hubiera podido cambiar si hubiera tenido oportunidad de conocerla algo mejor.

— Hummm. Tus aires elegantes, sospecho, hubieran pesado muy poco con la Murthe... ¿Cuándo se te ocurrió su identidad?

— Llegué al convencimiento mientras regresaba empapado a casa, con el agua chorreando por dentro de mis botas. Me sentía de un humor más bien lúgubre; quizás el squalm estaba empezando a hacer su efecto. En cualquier caso, mujer y música acudieron juntos a mi mente, y a partir de ahí se desarrolló el nombre. Una vez llegué a casa leí inmediatamente a Galanctus y seguí sus consejos. Al parecer, el squalm era real. Hoy fui al fin capaz de llamarte.

— Hubieras debido llamar antes, aunque yo tuve problemas parecidos... ¿Qué es ese fastidioso ruido?

Rhialto miró hacia el camino.

— Alguien se acerca en un vehículo... Parece que es Zanzel Melancthones.

— ¿Y qué es esa extraña cosa que va saltando tras él?

Rhialto tendió el cuello.

— No lo veo claro... Pronto saldremos de dudas.

Avanzando a toda velocidad por el camino, sobre cuatro altas ruedas, se les acercó un lujoso doble diván de quince almohadones color ocre dorado. Una criatura de apariencia humana atada a una cadena corría detrás en medio del polvo.

Ildefonse se puso en pie y alzó una mano.

— ¡Hola, Zanzel! ¡Soy Ildefonse! ¿Adónde vas tan aprisa? ¿Qué es esa curiosa criatura que corre tan ligera detrás?

Zanzel hizo que su vehículo se detuviera.

— Ildefonse, y querido Rhialto: ¡me alegra veros a los dos! Había olvidado completamente que este camino pasa junto a Falu, y es para mí un placer recordarlo ahora.

— Nosotros podemos decir lo mismo -declaró Ildefonse-. ¿Y tu cautivo?

Zanzel miró por encima del hombro.

— Tenemos aquí a un insidiador: ésa es mi opinión razonada. Lo llevo conmigo para ejecutarlo en un lugar donde su fantasma no me traiga mala suerte. ¿Qué os parece ese prado de ahí? Está lo bastante lejos de mi casa.

— Y prácticamente encima de la mía -gruñó Rhialto-. Debes hallar un lugar conveniente para los dos.

— ¿Y yo qué? -exclamó el cautivo-. ¿No tengo nada que decir al respecto?

— Bien, entonces conveniente para los tres.

— Un momento, antes de que prosigas con tus deberes -dijo Ildefonse-. Háblame un poco más de ese ser.

— Hay muy poco que decir. Lo descubrí por casualidad cuando cascó un huevo por el lado equivocado. Observarás que tiene seis dedos en los pies, una cabellera en forma de cresta, y que de sus hombros crecen penachos de plumas, todo lo cual sitúa su origen en el eón dieciocho o incluso el diecisiete. Su nombre, o eso dice él, es Lehuster.

— ¡Interesante! -declaró Ildefonse-. En un cierto sentido, es un fósil viviente. Lehuster, ¿te das cuenta de tu distinción?

Zanzel no permitió que Lehuster respondiera.

— ¡Buenos días a los dos! ¡Rhialto, pareces un tanto consumido! Deberías dosificarte un poco de leche caliente con cerveza y descansar: ésta es mi prescripción.

— Gracias -dijo Rhialto-. Vuelve a pasar cuando tengas un poco de tiempo, y mientras tanto recuerda que mi propiedad se extiende hasta aquellas colinas de ahí. Tienes que ejecutar a Lehuster mucho más allá de aquel punto.

— ¡Un momento! -exclamó Lehuster-. ¿No hay mentes razonables en el vigesimoprimer eón? ¿No tenéis interés en saber por qué he venido

hasta esta deprimente época? ¡Ofrezco negociar mi vida a cambio de importante información!

— ¡Por supuesto! -dijo Ildefonse-. ¿Qué tipo de información?

— Tan sólo presentaré mis revelaciones ante un cónclave de altos magos, donde las promesas son objeto de registro público y por lo tanto deben ser cumplidas.

Zanzel, cuya mayor virtud no era precisamente la calma, se volvió de su asiento con brusquedad.

— ¿Qué? ¿Ahora pretendes empañar mi reputación?

Ildefonse alzó una mano.

— ¡Zanzel, te suplico paciencia! ¿Quién sabe lo que tiene que decirnos ese bribón con seis dedos en cada pie?

— Lehuster, ¿de qué tipo son tus noticias?

— La Murthe está suelta entre vosotros, con sus squalms y ensqualmaciones. No diré más hasta que me sea garantizada mi seguridad.

— ¡Bah! -bufó Zanzel-. No puedes confundirnos con esas tonterías. Caballeros, os deseo buenos días; debo proseguir con mis asuntos.

— ¡Éste es un caso extraordinario! -objetó Ildefonse-. Zanzel, tus intenciones son buenas, pero no estás al corriente de ciertos hechos. Como Preceptor, debo ordenarte que traigas a Lehuster vivo y en buenas condiciones a un cónclave de urgencia a celebrar de inmediato en Boumergarth, donde exploraremos todas las fases de este asunto. Rhialto, confío que estés lo suficientemente recuperado como para participar también en él.

— ¡Absolutamente y por todos los medios! El asunto es importante.

— Muy bien entonces: ¡todos a Boumergarth, y aprisa!

Lehuster aventuró una objeción:

— ¿Debo ir corriendo todo el camino? Llegaré demasiado cansado para testificar.

— Para regularizar el asunto, yo asumiré la custodia de Lehuster -dijo Ildefonse-. Zanzel, ten la bondad de soltar la cadena.

— ¡Locura y estupidez! -gruñó Zanzel-. ¡Este bribón debe ser ejecutado antes de que nos confunda a todos!

Rhialto, algo sorprendido por la vehemencia de Zanzel, dijo con decisión:

— ¡Ildefonse está en lo cierto! Tenemos que averiguar todo lo que podamos.

2

El cónclave en Boumergarth, reunido para oír las revelaciones de Lehuster, atrajo sólo a quince de los miembros de la asociación, que por entonces reunía aproximadamente a treinta y cinco. Disponibles estaban Ildefonse, Rhialto, Zanzel, el diabolista Shrue, Hurtiancz, Byzant el Necropo, Teutch, que dirigía las intrincaciones de un infinito personal, Mune el Mago, el frío y astuto Perdustin, Tchamast, que afirmaba conocer la fuente de todas las piedras IOUN, Barbanikos, Bruma del Mar Wheary, Ao de los Ópalos, Panderleu, cuya colección de artefactos del ultramundo era envidiada por todos, y Gilgad.

Sin ceremonia, Ildefonse llamó a orden al cónclave.

— Me siento decepcionado de que no haya acudido todo el pleno, puesto que debemos tomar en consideración un asunto de extraordinaria importancia.

»Dejadme describir primero la reciente experiencia de nuestro colega Rhialto. En pocas palabras, fue atraído al bosque Were por el encantamiento de una canción imaginaria. Tras vagar durante un rato, encontró a una mujer que lo empujó a un estanque de agua extremadamente fría... ¡Caballeros, por favor! ¡No veo que ésta sea ocasión para frivolidades! Es un asunto muy importante, y las desgracias de Rhialto no deben ser tomadas a la ligera. De hecho, y por diversas razones, nuestras especulaciones nos llevan a la Murthe. -Ildefonse paseó su mirada por todos los rostros-. Sí, me habéis oído correctamente.

Cuando murió el murmullo de los comentarios, Ildefonse prosiguió con sus observaciones.

— En unas circunstancias aparentemente sin relación alguna, Zanzel conoció recientemente a un tal Lehuster, un ciudadano del decimoctavo eón. Lehuster, al que podéis ver ahí, señala que tiene importantes noticias que transmitirnos, y de nuevo menciona a la Murthe. Ha aceptado amablemente compartir su información con nosotros, y ahora pido a Lehuster que avance e informe de esos hechos de los que es conocedor. ¡Lehuster, por favor!

Lehuster no se movió.

— Debo retener mi testimonio hasta que se me garantice la vida, un trato que no debe causar dolor, puesto que no he cometido ningún crimen.

— ¡Olvidas que yo mismo fui testigo de tu conducta! -exclamó furioso Zanzel.

— Un mero solecismo. Ildefonse, ¿no prometiste mantener mi vida en seguridad?

— ¡Tienes mi palabra! ¡Habla!

Zanzel saltó en pie.

— ¡Esto es ridículo! ¿Debemos dar la bienvenida a cualquier bribón del tiempo, para que se sacie con nuestras cosas buenas al tiempo que pervierte nuestras costumbres?

— ¡Apoyo el punto de vista progresista de Zanzel! -dijo el fornido e irascible Hurtiancz-. ¡Es posible que

Lehuster no sea más que el primero de una horda de pensadores desviados, imbéciles e incorrectos infiltrados en nuestra plácida región!

— Si las noticias de Lehuster son realmente valiosas, debemos concederle, aunque sea con reluctancia, lo debido -dijo Ildefonse en tono apaciguador-. ¡Lehuster, habla! Pasaremos por alto las imperfecciones de tu conducta al mismo tiempo que tus ofensivas plumas. En lo que a mí respecta, me siento ansioso por oír tus noticias.

Lehuster avanzó hasta el podio.

— Debo situar mis observaciones en su perspectiva histórica. Mi tiempo personal es la ya desaparecida primera época del decimoctavo eón, una época muy anterior al Gran Motholam, cuando los Maestros Magos y las Grandes Brujas rivalizaban entre si en poder: un caso similar a la onceava época del decimoséptimo eón, cuando los magos y las brujas luchaban por superarse los unos a las otras, y que finalmente precipitó la Guerra de Magos y Brujas.

»Las brujas ganaron esa gran guerra. Muchos de los magos se convirtieron en archivoltes; muchos otros fueron destruidos; y las brujas, capitaneadas por la bruja blanca Llorio, los dominaron a todos.

»Durante una época vivieron en gloria. Llorio se convirtió en la Murthe y tomó residencia en un templo. Allá, como un ídolo viviente, que comprendía tanto la esencia de una mujer orgánica como la fuerza femenina abstracta, fue alegremente adorada por todas las mujeres de la raza humana» Tres magos sobrevivieron a la guerra: Teus Treviolus,

Schliman Shabat y Phunurus el Orfo. Se unieron formando una cábala y, tras diversas hazañas de valentía, habilidad y astucia que parecen casi increíbles, se apoderaron de la Murthe, la comprimieron hasta reducirla al tamaño de un punto y la arrojaron del templo. Las mujeres quedaron abatidas; su poder menguó, mientras el de los magos revivía. Durante eras vivieron en un incierto compromiso; ¡y aquellos fueron tiempos audaces!

»Finalmente, la Murthe consiguió la libertad y reunió a sus brujas. Pero Calanctus el Tranquilo, a cuyas órdenes serví, aceptó el desafío. Venció a las brujas y las echó hacia el norte, más allá del Gran Erm, donde aún hoy unas cuantas siguen escondiéndose en las grietas temerosas de que cualquier sonido pueda ser el ruido de los pasos de Calanctus.

»En cuanto a la Murthe, Calanctus luchó noblemente con ella y le concedió el exilio a una lejana estrella, donde la encerró, tras encargarme a mí el mantenerla bajo vigilancia.

»Pero sus órdenes llegaron demasiado tarde; ella no llegó ni a Naos ni a Sadal Suud. Yo nunca abandoné su

búsqueda, y recientemente descubrí un rastro de tiempo-luz[1] que conducía al vigesimoprimer eón..., de hecho, su final se sitúa ahora.

»En consecuencia, estoy convencido de que la Murthe existe hoy, y así, debe ser considerada como un peligro inmediato; de hecho, ya ha empezado a ensqualmar a varios de los componentes de este grupo.

»En cuanto a mi, Lehuster el Benefer, estoy aquí con una sola finalidad: reunir a los magos en una cábala fiel para que puedan frenar el resurgimiento de la fuerza femenina y mantener así la placidez. ¡La urgencia es grande!

Lehuster se dirigió a un lado y se quedó allí de pie con los brazos cruzados: una postura que hizo que las plumas rojas que crecían en sus hombros se proyectaran como charreteras.

Ildefonse carraspeó.

— Lehuster nos ha hecho un relato minucioso. Zanzel, ¿estás de acuerdo en que Lehuster se ha ganado lealmente su vida y libertad, siempre y cuando acepte enmendar sus costumbres?

[1] Tiempo-luz: concepto intraducible e incluso incomprensible. En este contexto, el término implica un rastro a través del continuo crónico, perceptible mediante un aparato sensor adecuado.

— ¡Bah! -murmuró Zanzel-. No ha hablado más que de cosas que todos hemos oído y de viejos escándalos. No me dejo engañar tan fácilmente.

Ildefonse frunció el ceño y se tironeó la amarillenta barba. Se volvió a Lehuster.

— Ya has oído el comentario de Zanzel. ¿Puedes sustentar tus palabras?

— La ensqualmación las probará, como veréis, pero por entonces será demasiado tarde.

Vermouiian el Caminante de Sueños eligió aquel momento para dirigirse al grupo. Se puso en pie y habló con transparente sinceridad.

— Cuando realizo mi trabajo, camino por entre sueños de muchas clases. Recientemente, de hecho hace tan sólo dos noches, tropecé con un sueño del tipo que llamamos «indócil» o «inoptativo», en el cual el caminante ejerce poco control, e incluso puede enfrentarse al peligro. Sorprendentemente, la Murthe era uno de los elementos de ese sueño, y esto puede resultar relevante en la actual discusión.

Hurtiancz saltó en pie e hizo un gesto de irritación.

— Vinimos aquí con grandes inconvenientes para sentenciar y ejecutar a este archivolte Lehuster; no queremos vagabundear por uno de tus interminables sueños.

— ¡Hurtiancz, silencio! -restalló Vermoulian con malhumorado vigor-. Yo tengo ahora la palabra, y regalaré a todos con mi informe, incluyendo tantos particulares como considere necesarios.

— ¡Exijo que sea el Preceptor quien decida eso! -exclamó Hurtiancz.

— Vermoulian -dijo Ildefonse-, si tu sueño tiene realmente que ver con lo que estamos tratando, prosigue, pero por favor, cíñete al asunto.

— ¡Eso ni hay que decirlo! -señaló dignamente Vermoulian-. En beneficio de la brevedad, afirmaré sólo que en mi intento de caminar por ese sueño, identificado como AXR-11 GG7, Volumen Siete del Índice, entré por azar en un sueño hasta entonces incalificado de la serie inoptativa. Me hallé en un paisaje de gran encanto, donde encontré a un grupo de hombres, todos ellos de modales cultos, artísticos y exquisitamente refinados. Algunos llevaban suaves barbas sedosas color avellana, mientras que otros tenían el pelo peinado en delicados rizos, y todos eran de lo más cordiales.

»Aludiré solamente a los puntos más sobresalientes de lo que me dijeron. Todas las posesiones son compartidas, y se desconoce la avaricia. A fin de que el tiempo pueda adecuarse al enriquecimiento de la personalidad, el trabajo es mantenido al mínimo, y compartido por todos por igual. "Paz" es el lema; nadie golpea a nadie, ni se alza ninguna voz en estridente ira, ni tampoco para criticar. ¿Armas? La idea misma es causa se estremecimientos y angustia.

»Uno de los hombres se hizo amigo mío, y me contó muchas cosas. "Comemos nueces nutritivas y semillas y jugosos frutos maduros; bebemos tan sólo la más pura y natural de las aguas de manantial. Por la noche nos sentamos en torno al fuego al aire libre y cantamos alegres baladas. En ocasiones especiales hacemos un ponche llamado opo, de pura fruta, miel natural y sésamo dulce, y todo el mundo puede beber un gran sorbo de él."

»"Sin embargo, también conocemos momentos de melancolía. ¡Mira! Allí se sienta el joven noble Pulmer, que salta y danza con maravillosa gracia. Ayer intentó saltar el arroyo pero se quedó corto y cayó al agua; todos nos precipitamos a consolarle, y pronto estuvo feliz de nuevo.

»Yo pregunté: "¿Y las mujeres, dónde están?"

»"Ah, las mujeres; soñamos en ellas por su dulzura, su fuerza, su sabiduría y su paciencia, tanto como por la delicadeza de sus juicios. A veces se unen a nosotros ante el fuego y entonces bailamos y jugamos con ellas. Las mujeres siempre se aseguran de que nadie haga demasiado el estúpido, y la decencia nunca es excedida."

»"¡Una vida interesante! ¿Y cómo procreáis?"

»"¡Jo, jo, jo! Hemos descubierto que si nos mostramos muy agradables, a veces las mujeres nos conceden ciertas indulgencias... ¡Oh! ¡Bien! ¡Sonríe! ¡Aquí está la Gran Dama en persona!"

»Cruzando el prado se acercaba Llorio la Murthe: una mujer pura y fuerte; y todos los hombres saltaron en pie y agitaron sus manos y sonrieron, saludándola. Ella se dirigió a mí: "Vermoulian, ¿has venido a ayudarnos? ¡Espléndido! ¡Nuestros esfuerzos necesitan habilidades como las tuyas! ¡Bienvenido a nuestro grupo!"

»En trance por su majestuosa gracia, avancé unos pasos para abrazarla, con amistad y alegría, pero mientras extendía mis brazos ella arrojó una burbuja a mi rostro. Antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta desperté, ansioso y desorientado.

— Yo puedo resolver tu desorientación -dijo Lehuster-. Fuiste ensqualmado.

— ¿Durante un sueño? -preguntó Vermoulian-. No puedo dar crédito a una tontería semejante.

— Lehuster -indicó Ildefonse con voz turbada-, ten la bondad de instruirnos sobre los signos por los que puede ser reconocida la ensqualmación.

— Con mucho gusto. En los estadios finales, la evidencia es obvia: la víctima se convierte en mujer. Un primer manerismo es la costumbre se sacar rápidamente la lengua de la boca y volver a meterla con igual rapidez. ¿Habéis notado esa señal en alguno de vuestros camaradas?

— Sólo en Zanzel, pero es uno de nuestros asociados de más reputación. La idea es impensable.

— Cuando nos enfrentamos con la Murthe, lo impensable se convierte en normal, y la reputación de Zanzel no tiene más peso que las cagadas de ratón del año pasado..., en realidad menos.

Zanzel dio un puñetazo contra la mesa.

— ¡Esta alegación es inaceptable! ¿Acaso no puedo humedecerme los labios sin incurrir en una tormenta de recriminaciones?

Ildefonse, con aire serio, se dirigió de nuevo a Lehuster:

— Hay que admitir que las quejas de Zanzel tienen su peso. O debes formular una acusación inequívoca, presentando documentos y pruebas, o contener tu lengua.

Lehuster hizo una cortés inclinación de cabeza.

— Haré una afirmación clara. En esencia, la Murthe debe ser vencida si no queremos asistir al triunfo final de la raza femenina. ¡Debemos formar una cábala fuerte y desafiante! La Murthe no es invencible; han transcurrido sólo tres eones desde que fue derrotada por Calanctus, y el pasado se halla bloqueado para ella.

— Si tu análisis es correcto -dijo Ildefonse con voz recia-, entonces debemos empezar inmediatamente a asegurar el futuro contra esta terrible pesadilla.

— ¡Es más urgente el presente! ¡La Murthe se halla ya en pleno trabajo!

— ¡Tonterías, flagrantes y locas! -exclamó Zanzel-. ¿Acaso Lehuster ha perdido la conciencia?

— Admito mi desconcierto -dijo Ildefonse-. ¿Por qué debería seleccionar la Murthe este tiempo y lugar para sus operaciones?

— Aquí y ahora la oposición es casi inexistente -señaló Lehuster-. Miro en torno mío, en esta misma habitación; veo quince focas dormitando sobre una roca. Pedantes como Tchamast; místicos como Ao; bufones como Hurtiancz y Zanzel. Vermoulian explora sueños no registrados con cuaderno de notas, medidores y frascos para especímenes. Teutch arregla los detalles de su infinito particular. Rhialto ejerce sus prodigios sólo en persecución de doncellas púberes. Sin embargo, para ensqualmar a este grupo, la Murthe crea una útil compañía de brujas, y por ello debe ser contrarrestada.

— Lehuster -preguntó Ildefonse-, ¿cuál es tu idea de «una afirmación clara» en respuesta a mi pregunta? ¿Primero rumores, luego especulaciones, y finalmente escándalo y prejuicio?

— En aras de la claridad, quizá haya ido un poco demasiado lejos -admitió Lehuster-. Y también, con toda franqueza, he olvidado tu pregunta.

— Se te pidió que proporcionaras pruebas respecto a una cierta ensqualmación.

Lehuster miró los rostros que tenía enfrente, uno a uno. Por todas partes, las lenguas salían y entraban de las bocas con celérea rapidez.

— Bueno -dijo Lehuster-, me temo que voy a tener que aguardar a otro momento para dar forma definitiva a mi afirmación.

La estancia estalló en una confusión de cegadoras luces y aullantes sonidos. Cuando se restableció la calma, Lehuster había desaparecido.

3

La negra noche había descendido tanto sobre la Alta como sobre la Baja Pradera. En la sala de trabajo de Falu, Ildefonse aceptó el medio vasito de aquavit de Rhialto y se sentó en un sillón de bandas de cuero entrelazadas.

Por un tiempo los dos magos se inspeccionaron prudentemente el uno al otro; luego Ildefonse dejó escapar un profundo suspiro.

— Un triste caso cuando dos viejos camaradas deben sondearse mutuamente antes de sentirse tranquilos.

— Lo primero es lo primero -dijo Rhialto-. Tenderé una red en torno a la habitación para que nadie pueda saber lo que hacemos... Ya está. ¡Bien!

Yo he evitado el squalm; ahora sólo queda por probar que tú eres completamente un hombre.

— ¡No tan aprisa! -dijo Ildefonse-. Ambos debemos pasar la prueba; de otro modo la credibilidad caminará sobre una sola pierna.

Rhialto se encogió hoscamente de hombros.

— Como desees, aunque la prueba carece de dignidad.

— No importa; debe hacerse.

Se realizaron las pruebas; los dos hombres quedaron mutuamente tranquilizados. Ildefonse dijo:

— A decir verdad, me sentí un poco preocupado cuando vi el Calanctus: Su dogma y máximas sobre tu mesa.

— Cuando me encontré a Llorio en el bosque -dijo Rhialto en tono confidencial-, ella intentó con gran ansia atraerme con su belleza. La galantería me impide entrar en detalles. Pero la reconocí inmediatamente, y ni siquiera la vanidad de un Rhialto podía dar crédito a su papel de pequeña amante lánguida, y sólo empujándome al estanque y distrayendo mi atención era capaz de aplicar su squalm. Regresé a Falu y seguí toda la terapia tal como la prescribe Calanctus, y el squalm fue roto.

Ildefonse alzó su vaso y bebió el contenido de un trago.

— A mí también se me apareció, aunque a un nivel más elevado. La encontré en un sueño, paseando por una amplia llanura delimitada por un entretejido de perspectivas distorsionadas y abstractas. Se detuvo a una distancia aparente de cincuenta metros, resplandeciente en su pálida belleza plateada, dispuesta evidentemente en mi beneficio. Parecía de muy alta estatura, y me dominaba con ella como si yo fuese un niño. Un truco psicológico, por supuesto, que me hizo sonreír.

»Con voz fuerte, dije: "Llorio la Murthe, puedo verte fácilmente; no necesitas flotar tan alto."

»Ella respondió con gentileza: "Ildefonse, no necesitas preocuparte por mi estatura; mis palabras siguen teniendo la misma importancia, dichas desde arriba como desde abajo."

»"Todo esto está muy bien, pero, ¿por qué incurrir en el riesgo del vértigo? Tus proporciones naturales son mucho más agradables al ojo. Ahora puedo ver cada poro de tu piel. De todos modos, no importa; me deja indiferente. ¿Por qué vagabundeas por mi sueño?"

»"Ildefonse: de todos los hombres vivos, tú eres el más sabio. Ahora ya es tarde, ¡pero aún no demasiado tarde! ¡La raza femenina todavía puede remodelar el universo! Primero practicaré una salida a Sadal Suud; renovaremos entre las Diecisiete Lunas el destino humano. Tu amable fuerza, tu virtud y tu grandeza son enormes virtudes para el papel que debes jugar ahora.

»El aroma de aquellas palabras no era de mi agrado. Dije: "Llorio, eres una mujer de excepcional belleza, aunque parece que te falta ese calor provocativo que atrae a los hombres hacia las mujeres y añade dimensión al carácter."

»La Murthe respondió secamente: "La cualidad que describes es una especie de innoble obsequiosidad que, por fortuna, es hoy obsoleta. En cuanto a la 'excepcional belleza', es una cualidad apoteósica generada por la música que brota del alma femenina, que tú, en tu bastedad, percibes solamente como un conjunto de agradables contornos.

»Respondí con mi habitual brío: "Basto o no, me siento contento con lo que veo, y en cuanto a salidas a lugares lejanos, vayamos primero al dormitorio de Boumergarth, que está mucho más a mano, y probemos allí nuestros mutuos ardores. Anda, ven, disminuye tu estatura para que pueda tomar tu mano; estás a una altura muy poco conveniente y la cama puede derrumbarse bajo tu peso..., de hecho, bajo las actuales condiciones, nuestro acoplamiento difícilmente sería apreciado por ninguno de los dos."

»Llorio dijo, burlona; "Ildefonse, eres un viejo sátiro repugnante, y veo que me equivoqué en mi evaluación de tu valía. De todos modos, debes servir a nuestra causa con todas tus fuerzas."

»Se retiró majestuosamente hacia los excéntricos ángulos de la perspectiva, y a cada paso parecía empequeñecerse un poco, quizá a causa de la distancia o porque realmente disminuyera de estatúra. Caminaba pensativa, de una forma que casi podría calificarse de invitadora. Sucumbí al impulso y fui tras ella..., primero a un paso digno, luego más y más rápido, hasta que terminé galopando sobre inquietas piernas y al fin me dejé caer exhausto al suelo. Llorio se volvió y dijo; "¡Observa cómo la bastedad de tu carácter te ha ocasionado una estúpida indignidad!"

»Hizo aletear su mano para arrojarme un squalm que me golpeó en la frente. "Te autorizo ahora a regresar a tu casa", dijo, y con eso desapareció.

»Desperté en el diván de mi sala de trabajo. Al instante acudí a mi Calanctus y apliqué de forma completa las medidas profilácticas que recomienda.

— ¡De lo más sorprendente! -dijo Rhialto-. Me pregunto cómo luchó Calanctus contra ella.

— De mismo modo que debemos hacerlo nosotros, formando una cábala fuerte e incansable.

— Exacto, pero, ¿dónde y cómo? Zanzel ha sido ensqualmado, y seguro que no es el único.

— Saca tu visor remoto; sepamos lo peor. Puede que algunos aún puedan ser salvados.

Rhialto trajo un viejo taburete, encerado tantas veces que casi parecía negro.

— ¿A quién quieres ver primero?

— Probemos con el fiel aunque misterioso Gilgad. Es un hombre sensato al que no resulta fácil engañar.

— Puede que nos sintamos decepcionados -dijo Rhialto-. Cuando lo vi por última vez, una serpiente nerviosa hubiera envidiado los diestros movimientos de su lengua. -Tocó una de las indentaciones que adornaban el borde del taburete y entonó un conjuro, que evocó la miniatura de Gilgad en una reconstrucción de su actual entorno.

Gilgad estaba de pie en la cocina de su casa de Thrume, reprendiendo al cocinero. En vez de su habitual traje rojo ciruela, el nuevo Gilgad llevaba unos pantalones amplios de color rosa, atados a la cintura y a los tobillos con coquetas cintas negras. La blusa negra de Gilgad exhibía, preciosamente bordados, una docena de pájaros rojos y verdes. Gilgad usaba también un nuevo y elaborado peinado, con abundantes rizos sobre cada oreja, un par de pinzas para el pelo de rubíes para mantenerlos en su lugar, y una preciosa pluma blanca rematándolo todo.

— Gilgad ha sido rápido en aceptar los dictados de la alta moda -dijo Rhialto a Ildefonse.

Ildefonse alzó la mano.

— ¡Escucha!

Desde la imagen les llegó la aguda voz de Gilgad, ahora elevada en tonos furiosos; porquería y suciedad por todas partes; puede que eso sirviera durante mi anterior condición semihumana, pero ahora muchas cosas se han visto alteradas y veo el mundo, incluida esta sórdida cocina, bajo una nueva luz.

¡En consecuencia, exijo plena escrupulosidad! Todos los rincones y superficies deben ser rascados a fondo; ¡tiene que prevalecer una limpieza perfecta! Mi metamorfosis parecerá peculiar a algunos de vosotros, y supongo que haréis vuestros pequeños chistes. ¡Pero tengo buenos oídos y también algunos chistes propios! ¿Necesito mencionar a Kuniy, que ahora salta de un lado para otro haciendo su trabajo sobre pequeñas patitas blandas, arrastrando tras él una cola de ratón y chillando a la sola vista de un gato?

Rhialto tocó otra indentación para eliminar la imagen de Gilgad.

— Es triste. Gilgad siempre fue un tanto dandy y, si recuerdas, su temperamento era a veces variable, incluso pendenciero. Está visto que la ensqualmación no ennoblece precisamente a sus víctimas. Oh, bueno, así son las cosas. ¿Quién ahora?

— Investiguemos a Eshmiel, cuya lealtad seguro que sigue siendo inquebrantable.

Rhialto tocó una indentación, y sobre el taburete apareció Eshmiel, en el vestidor de su casa en Sil Soum. El aspecto de Eshmiel había sido siempre notable por su claro y absoluto contraste, con el lado derecho de su cuerpo blanco y el izquierdo negro; sus ropas habían seguido un esquema similar, aunque su corte era a menudo extravagante e incluso frívolo[2].

Con la ensqualmación, Eshmiel no había prescindido de su gusto hacia el contraste, pero ahora parecía estar vacilando entre temas como el azul y el púrpura, el amarillo y el naranja, el rosa y el ámbar: ésos eran los colores que adornaban los maniquíes alineados por toda la habitación. Mientras Rhialto e Ildefonse observaban, Eshmiel caminó de un lado para otro, inspeccionando primero uno, luego otro, sin encontrar al parecer nada adecuado a sus necesidades, lo cual le ocasionaba una clara irritación.

Ildefonse suspiró con fuerza.

— Evidentemente no podemos contar tampoco con Eshmiel. Chirriemos los dientes e investiguemos los casos primero de Hurtiancz y luego de Dulce-Lolo.

Mago tras mago aparecieron sobre el taburete, y al final no quedó ninguna duda respecto a que la ensqualmación los había infectado a todos.

[2] Los asociados más conscientes de Eshmiel han especulado a menudo que Eshmiel utilizaba este medio para simbolizar las Grandes Polaridades que permean el universo, al tiempo que afirmaba la infinita variedad derivada de la simplicidad aparente. Esas personas consideraban el mensaje de Eshmiel profundo pero optimista aunque el propio Eshmiel se negó siempre a emitir un análisis.

— ¡Ninguno del grupo parecía sentirse afligido por ello! -exclamó lúgubremente Rhialto-. ¡Todos han engullido el squalm como si fuera un caramelo! ¿Podemos llegar a actuar alguna vez del mismo modo?

Ildefonse retrocedió unos pasos y tironeó de su rubia barba.

— Eso hace que se me hiele la sangre.

— Así pues, estamos solos -dijo Rhialto-. Somos nosotros quienes debemos tomar las decisiones.

— La cosa no es tan sencilla como eso -murmuró Ildefonse tras profunda reflexión-. Hemos sido atacados: ¿debemos responder? Y si es así: ¿cómo? O incluso: ¿por qué? El mundo se está muriendo.

— ¡Pero yo todavía no! ¡Soy Rhialto, y ese trato me ofende!

Ildefonse asintió, pensativo.

— Ese es un punto importante. ¡Yo, con la misma vehemencia, soy Ildefonse!

— ¡Más aún: tú eres Ildefonse el Preceptor! Y ahora debes utilizar tus legítimos poderes.

Ildefonse inspeccionó a Rhialto con unos ojos azules blandamente entrecerrados.

— ¡De acuerdo! ¡Te nombro para lleves a la práctica mis edictos!

Rhialto ignoró la ironía.

— Estoy pensando en las piedras IOUN.

Ildefonse se envaró en su silla.

— ¿Qué quieres decir exactamente?

— Debes decretar la confiscación de todas las piedras IOUN de las brujas ensqualmadas, por razones de seguridad. Luego elaboraremos una estasis temporal y enviaremos sandestins a recoger las piedras.

— Todo eso está muy bien, pero nuestros camaradas ocultan a menudo sus tesoros con ingenioso cuidado.

— Debo confesarte una de mis pequeñas inclinaciones..., una especie de juego intelectual, me atrevería a decir. A lo largo de los años, he ido estableciendo los lugares donde están ocultas todas las piedras IOUN de

la asociación. Tú, por ejemplo, tienes las tuyas en el depósito de agua de los lavabos situados en la parte de atrás de tu sala de trabajo.

— Eso, Rhialto, es un cuerpo de conocimiento completamente innoble. De todos modos, en las actuales circunstancias, no podemos andarnos con fruslerías. En consecuencia, confisco todas las piedras IOUN que puedan tener en custodia nuestros embrujados antiguos camaradas. Ahora, si quieres impactar el continuum con un conjuro, yo llamaré a mis sandestins Osherí, Ssisk y Walfing.

— Mis criaturas Topo y Bellume se hallan también disponibles.

La confiscación se llevó a cabo con una facilidad casi excesiva. Ildefonse declaró:

— Hemos administrado un golpe importante. Nuestra posición es ahora clara: ¡nuestro desafío es osado y directo!

Rhialto estudió las piedras con el ceño fruncido.

— Hemos dado un golpe, sí; hemos lanzado un desafío: ¿y ahora qué?

Ildefonse hinchó los carrillos.

— La actuación más prudente es ocultarse hasta que la Murthe se haya ido.

Rhialto lanzó un decepcionado gruñido.

— No tardaría en encontrarnos y hacernos salir chillando de nuestros agujeros, perdida toda nuestra dignidad. Estoy seguro de que ésta no es la forma de Calanctus.

— Entonces descubramos cuál es la forma de Calanctus -dijo Ildefonse-. Trae el Absolutos de Poggiore; dedica todo un capítulo a la Murthe. Coge también Las Decretales de Calanctus y, si lo tienes, el Calanctus: Sus medios y modos.

4

Aún no había amanecido. El cielo sobre el mar de Wilda tenía una tonalidad aciruelada, aguamarina y rosa oscuro. Rhialto cerró de un golpe las tapas de hierro de Las Decretales.

— No he hallado nada que pueda ayudarnos. Calanctus describe el persistente genio femenino, pero no explica sus remedios.

Ildefonse, que examinaba Las doctrinas de Calanctus, dijo:

— Aquí he encontrado un pasaje interesante. Calanctus relaciona a la mujer con el océano Ciaéico, que absorbe toda la fuerza de la corriente Antipodal cuando bordea el cabo Spang, pero sólo cuando hace buen tiempo. Si sopla aunque sólo sea una pizca de viento, este océano aparentemente plácido lanza un brusco oleaje de tres o incluso cuatro metros de altura sobre el cabo, anegando todo lo que halla por delante. Cuando se restablece la estasis y la presión resulta aliviada, el Ciaéico vuelve a ser como antes, aceptando plácidamente la corriente. ¿No estás de acuerdo con esta interpretación del espíritu femenino?

— No del todo -dijo Rhialto-. A veces Calanctus se apoya demasiado en la hipérbole. Esto puede ser considerado como un caso típico, especialmente teniendo en cuenta que no contempla ningún programa para frenar o siquiera desviar el violento fluir del Ciaéico.

— Parece sugerir que no hay que luchar para controlar esa erupción, sino más bien cabalgar en la cresta de sus olas con un bote estanco.

Rhialto se encogió de hombros.

— Quizá sí. Como siempre, los oscuros simbolismos me alteran. La analogía no nos ayuda en nada.

Ildefonse meditó.

— Sugiere que, en vez de enfrentarnos con la Murthe poder a poder, nos deslicemos a través y más allá del flujo de su energía hasta el lugar donde ésta termine agotándose y allí, como una firme embarcación, flotemos seguros y secos.

— De nuevo una imagen hermosa pero limitada. La Murthe despliega una energía proteica.

Ildefonse se tironeó la barba y miró pensativo al espacio.

— De hecho, uno empieza a preguntarse inevitablemente si este fervor, astucia y durabilidad la gobiernan también a ella, o, por decirlo así, no tienden a influenciar su conducta en, digamos, el reino de…

— Entiendo el trasfondo de tu especulación -dijo Rhialto-. Más bien es nuncupatorio.

Ildefonse agitó pensativo la cabeza.

— A veces los pensamientos de uno van por donde ellos quieren.

Un insecto dorado atravesó las sombras, empezó a trazar círculos en torno a la luz y volvió a sumergirse en la oscuridad. Rhialto se puso instantáneamente alerta.

— Alguien ha entrado en Falu, y aguarda ahora en el salón. -Se dirigió a la puerta y llamó secamente-: ¿Quién hay ahí? Habla, o baila la tarantela sobre pies de fuego.

— ¡Contén tu conjuro! -exclamó una voz-. ¡Soy yo, Lehuster!

— En ese caso, avanza hasta aquí.

Lehuster entró en la sala de trabajo, sucio y cojeante, con las plumas. de sus hombros revueltas y en un estado de evidente fatiga. Cargaba con un saco, que dejó caer agradecido sobre el sillón de bandas de cuero entrelazadas al lado de la ventana.

Ildefonse lo observó con el ceño desfavorablemente fruncido.

— Bien, Lehuster, por fin estás aquí. Hubiéramos podido utilizar tu consejo al menos una docena de veces durante la noche, pero no se te podía hallar por ninguna parte. ¿Qué tienes que informar?

Rhialto tendió a Lehuster una copa de aquavit.

— Esto aliviará tu fatiga; bebe, y luego habla libremente.

Lehuster tragó el líquido de un sorbo.

— ¡Ajá! ¡Un licor de rara calidad!... Bien, tengo poco que contaros, aunque he pasado una de las noches más ajetreadas de mi vida, realizando una serie de tareas necesarias. Todos están ensqualmados, excepto vosotros. La Murthe, sin embargo, cree controlar a toda la asociación.

— ¿Qué? -exclamó Rhialto-. ¿Tan a la ligera nos toma?

— Eso no importa. -Lehuster tendió la copa vacía-. ¡Por favor! Un ave siempre vuela errática con una sola ala... Además, la Murthe se ha apropiado de todas las piedras IOUN para su uso personal...

— ¡Oh, no es así! -dijo Ildefonse con una risita-. Nosotros fuimos más astutos y las tomamos primero.

— No habéis tomado más que un montón de pedazos de cristal. La Murthe tomó las auténticas piedras, incluidas las que teníais tú y Rhialto, y dejó imitaciones sin valor en su lugar.

Rhialto corrió hacia la cesta donde descansaban las presuntas piedras IOUN. Lanzó un gruñido.

— ¡Esa maldita bruja nos ha robado a sangre fría!

Lehuster hizo un gesto hacia el saco que había dejado sobre el sillón.

— Pero en esta ocasión nosotros la hemos ganado. ¡Aquí están las piedras! Me apoderé de ellas mientras la Murthe se bañaba. Sugiero que enviéis a un sandestin para que las reemplace por las piedras falsas. Si os apresuráis, aún hay tiempo; en estos momentos todavía está en su toilette. Mientras tanto, ocultad las auténticas piedras en algún hueco extradimensional para que no puedan quitároslas de nuevo.

Rhialto llamó a su sandestin Bellume y le dio las instrucciones necesarias.

Ildefonse se volvió a Lehuster.

— ¿Por qué medios se enfrentó Calanctus a esta terrible y nefasta mujer?

— El misterio rodea aún las circunstancias -dijo Lehuster-. Al parecer, Calanctus utilizó una fuerza personal intensa, y así mantuvo a raya a Llorio.

— Hummm. Tenemos que saber algo más sobre Calanctus. Las crónicas no mencionan nada de su muerte; ¡es posible que aún exista, quizás en la región de Cutz!

— Esa cuestión también preocupa a la Murthe -dijo Lehuster-. Puede que con ella consigamos confundirla e inducir a que se retire.

— ¿Cómo?

— No hay tiempo que perder. Tú y Rhialto debéis crear una forma ideal con las características de Calanctus, y aquí al menos puedo seros de alguna ayuda. La creación no necesita ser permanente, pero tiene que ser lo suficientemente vital como para que Llorio se persuada de que se enfrenta de nuevo a Calanctus.

Ildefonse tironeó pensativo de su barba.

— Esa es una tarea importante.

— ¡Con escaso tiempo para su ejecución! Recordad: ¡consiguiendo las piedras IOUN, os habéis enfrentado a la Murthe con un desafío que ella no puede ignorar!

Rhialto saltó en pie.

— ¡Apresurémonos, pues! ¡Hagamos lo que sugiere Lehuster! Queda poco tiempo.

— Hummm -gruñó Ildefonse-. No temo a esa vieja bruja descarriada. ¿No hay otra forma más sencilla?

— ¡Sí! ¡Huir a una lejana dimensión!

— ¡Tendrías que conocerme mejor que eso! -declaró Ildefonse-. ¡Manos a la obra! ¡Enviaremos a esa bruja brincando y chillando con las faldas bien arremangadas mientras salta por encima de las zarzas!

— Ese tiene que ser nuestro eslogan -declaró Lehuster-. ¡A trabajar!

El simulacro de Calanctus tomó forma en el banco de trabajo: primero un armazón de hilo de plata y tántalo montado sobre un eje espinal articulado, luego un brumoso revestimiento de conceptos experimentales, luego el cráneo y el sensorio, dentro del que fueron insertadas todas las obras de Calanctus, más un centenar de otros tratados, incluidos catálogos, compendios, pantologías y síntesis universales, hasta que Lehuster aconsejó detenerse.

— ¡Conoce ya veinte veces más que el primer Calanctus! Me pregunto si será capaz de organizar una masa tal de conocimientos.

Los músculos fueron tensados y la piel aplicada, junto con una densa mata de corto pelo oscuro cubriendo el cráneo y parte de la frente. Lehuster trabajó larga y laboriosamente en los rasgos, ajustando la prominencia de la mandíbula, la longitud de la corta y recta nariz, la amplitud de la frente, la forma y curva exactas de los pómulos y las cejas.

Fijaron las orejas y ajustaron los canales auditivos.

Lehuster dijo con voz átona:

— Eres Calanctus, primer héroe del decimoctavo eón.

Los ojos se abrieron y miraron pensativos a Lehuster.

— Soy tu amigo -dijo Lehuster-. ¡Calanctus, levántate! Ve a sentarte en esa otra silla.

El sosias de Calanctus se alzó de la mesa donde estaba tendido con apenas un ligero esfuerzo, apoyó sus fuertes piernas en el suelo y fue a sentarse en la silla indicada.

Lehuster se volvió a Rhialto e Ildefonse.

— Será mejor que paséis unos momentos al salón.

Debo instilar en su mente recuerdos y asociaciones; tiene que vibrar con vida interna.

— ¿Toda una vida de recuerdos en tan poco tiempo? -preguntó Ildefonse-. ¡Imposible!

— ¡En absoluto, en compresión temporal! También le enseñaré música y poesía; tiene que mostrarse tan apasionado como vivo. Mi instrumento es este trozo de pétalo de flor seco; su perfume crea magia.

Algo reluctantes, Ildefonse y Rhialto pasaron al salón donde contemplaron la mañana alcanzar la Baja Pradera.

Lehuster los llamó a la sala de trabajo.

— Aquí, sentado, tenéis a Calanctus. Su mente bulle con conocimiento; quizá sus ideas sean más amplias que las de aquél cuyo nombre lleva. Calanctus, éste es Rhialto, y éste Ildefonse; son tus amigos.

Calanctus miró primero al uno, luego al otro, con blandos ojos azules.

— Me alegra oír esto. Por lo que he aprendido, el mundo necesita desesperadamente de la amistad.

En un aparte, Lehuster les dijo:

— Es Calanctus, pero con una diferencia, o incluso un cierto fallo. Le he dado un cuarto de mi sangre, pero quizá no sea suficiente... Ya veremos.

— ¿Y su poder? -preguntó Ildefonse-. ¿Puede hacer cumplir sus órdenes?

Lehuster miró al neo-Calanctus.

— He cargado su sensorio con piedras IOUN. Puesto que nunca ha conocido el daño, es blando y gentil pese a su fuerza innata.

— ¿Qué sabe de la Murthe?

— Todo lo que necesita saber. No muestra ninguna emoción al respecto.

Rhialto e Ildefonse contemplaron con escepticismo su creación.

— Por el momento Calanctus sigue pareciendo algo abstracto, sin excesiva volición -dijo Rhialto-. ¿No podemos proporcionarle una identificación más visceral con el auténtico Calanctus?

Lehuster dudó.

— Sí. Calanctus llevaba siempre un escarabajo en la muñeca. Vistámoslo, y luego le proporcionaré el escarabajo.

Diez minutos más tarde Rhialto e Ildefonse entraban en el salón con Calanctus, que ahora llevaba casco negro, peto de pulido metal negro, capa negra, pantalones negros y botas negras, con hebillas de plata.

Lehuster asintió.

— Es tal como debe ser. ¡Calanctus, extiende el brazo! Te proporcionaré un escarabajo llevado por el primer

Calanctus, cuya identidad debes asumir. Este brazalete es tuyo. Llévalo siempre en torno a tu muñeca derecha.

— Siento la oleada de la fuerza -dijo Calanctus-. ¡Soy fuerte! ¡Soy Calanctus!

— ¿Eres lo bastante fuerte como para aceptar el arte de la magia? Un hombre normal debe estudiar cuarenta años sólo para llegar a ser un aprendiz.

— Poseo la fuerza necesaria para aceptar la magia.

— ¡Adelante entonces! Debes ingerir la Enciclopedia, luego los Tres Libros de Phandaal, y si entonces no te vuelves loco o resultas muerto afirmaré que eres un hombre con una fuerza más allá de toda mi experiencia. ¡Adelante! Volvamos a la sala de trabajo.

Ildefonse se quedó en el salón... Transcurrieron los minutos. Oyó un extraño grito estrangulado, reprimido casi de inmediato.

Calanctus regresó al salón con paso firme. Rhialto, tras él, caminaba sobre vacilantes rodillas, y su rostro mostraba una palidez verdosa.

Calanctus dijo lúgubremente a Ildefonse:

— He aceptado la magia. Mi mente rebosa conjuros; son salvajes, pero puedo dominar sus erráticos impulsos.

El escarabajo me proporciona la fuerza necesaria.

— Se acerca el momento -dijo Lehuster-. Las brujas se reúnen en el prado: Zanzel, Ao de los Ópalos, Barbanikos, y otros. Se muestran temerosos y agitados... De hecho, Zanzel viene hacia aquí.

Rhialto miró a Ildefonse.

— ¿Debemos aprovechar la oportunidad?

— ¡Seriamos unos estúpidos si no lo hiciéramos!

— Eso es exactamente lo que pienso. Sí quieres ir a la glorieta lateral...

Rhialto se dirigió a la terraza delantera, donde salió al encuentro de Zanzel, que presentó una enérgica protesta acerca de las piedras IOUN desaparecidas.

— ¡Completamente de acuerdo! -dijo Rhialto-. Fue un acto infame, realizado por orden de Ildefonse. Ven a la glorieta lateral y yo arreglaré las cosas.

Zanzel le acompañó hacia el lado de la edificación, donde Ildefonse lo desensibilizó con el conjuro de la Soledad Interior. Ladanque, el chambelán de Rhialto, alzó a Zanzel y lo depositó en una carretilla, y lo condujo hasta el cobertizo del jardinero.

Rhialto, envalentonado por el éxito, volvió a la terraza delantera e hizo una seña a Barbanikos, que, tras seguir a Rhialto a la glorieta lateral, conoció una suerte similar.

Lo mismo les ocurrió a Ao de los Ópalos, Dulce-Lolo, Hurtiancz y otros, hasta que las únicas brujas que quedaron en el prado fueron Vermoulian el Caminante de Sueños y Tchamast el Didactor, que ignoraron las señas de Rhialto.

Llorio la Murthe se dejó caer sobre el prado en un torbellino de blanca espuma nubosa... Llevaba una túnica blanca hasta la rodilla, sandalias plateadas, un cinturón de plata y una redecilla negra sujetando su pelo.

Hizo una pregunta a Vermoulian, que señaló hacia Rhialto, en la parte delantera de Falu.

Llorio se le acercó lentamente. Ildefonse salió de la glorieta y lanzó con valentía un doble conjuro de Soledad Interna contra ella; rebotó y, golpeando a Ildefonse, lo envió despatarrado contra el suelo.

Llorio la Murthe se detuvo.

— ¡Rhialto! ¡Has maltratado mi cenáculo! Has robado mis piedras mágicas, de modo que ahora deberás venir a Sadal Suud no como una bruja, sino como un sirviente de clase inferior, y ése será tu castigo. Ildefonse no merecerá nada mejor.

Calanctus salió de Falu. Se detuvo. La recia mandíbula de Llorio se estremeció; abrió la boca.

— ¿Cómo estás aquí? -dijo con voz jadeante-. ¿Cómo eludiste el triángulo? ¿Cómo...? -La voz pareció estrangularse en su garganta; consternada, miró al rostro de Calanctus. Finalmente consiguió hablar de nuevo-: ¿Por qué me miras de este modo? No he sido infiel; ¡parto ahora hacia Sadal Suud! ¡Aquí sólo hago lo que hay que hacer, y tú eres el infiel!

— Yo también hice lo que había que hacer, y ahora debo hacerlo de nuevo, porque has ensqualmado a unos hombres para que se convirtieran en tus brujas; de este modo has quebrantado la Gran Ley, que ordena que un hombre debe ser un hombre y una mujer debe ser una mujer.

— Cuando la Necesidad se enfrenta a la Ley, entonces la Ley debe ceder: ¡eso es lo que tú dices en tus Decretales!

— No importa. ¡Ve como debes a Sadal Suud! Ve ahora, ve sola, sin ninguna de tus ensqualmaciones.

— No me importa -dijo Llorio-; sois una pandilla miserable, como magos igual que como brujas, y con toda sinceridad sólo los deseaba para que me hicieran compañía.

— ¡Entonces ve, Murthe!

En vez de ello, Llorio miró a Calanctus con una expresión peculiar, mezcla de desconcierto e insatisfacción, en el rostro. No hizo ningún movimiento para marcharse, lo cual podía ser interpretado como una burla y una provocación.

— Los eones no te han tratado con benevolencia; ¡pareces un hombre hecho de masa de pan! ¿Recuerdas cómo me amenazaste si volvíamos a encontrarnos de nuevo?

— Avanzó otro paso y mostró una fría sonrisa-. ¿Temes mi fuerza? ¡Así debe ser! ¿Dónde están ahora tus alardes y predicciones eróticos?

— Soy hombre de paz. En mi alma llevo concordia, no ataque y subyugación. Amenazo a la nada; prometo la esperanza.

Llorio se acercó otro paso y le miró directamente al rostro.

— ¡Ah! -exclamó suavemente-. No eres más que una fachada vacía, ¡y no eres Calanctus! Así pues, ¿estás dispuesto a probar la dulzura de la muerte?

— Soy Calanctus.

Llorio pronunció un conjuro de Retorcimiento y Torsión, pero Calanctus lo hendió y lo echó a un lado con un gesto, y apeló a su vez a un conjuro de Compresión desde Siete Direcciones, que atrapó

desprevenida a la Murthe y la hizo caer de rodillas. Calanctus se inclinó compasivo para ayudarla a levantarse; ella ardió con una llama azul, y Calanctus la rodeó por la cintura con unos brazos carbonizados.

Llorio lo empujó hacia atrás, rechazándolo, con el rostro contorsionado.

— ¡No eres Calanctus; tienes leche donde deberías tener sangre!

Mientras hablaba, el escarabajo del brazalete rozó su rostro; gritó, y de su garganta brotó un gran conjuro..., una explosión de poder demasiado fuerte para los tejidos de su cuerpo, de modo que la sangre surgió en un gran chorro de su boca y nariz. Retrocedió para apoyarse contra un árbol, mientras Calanctus se doblaba lentamente sobre sí mismo hasta quedar tendido en el suelo, con el cuerpo roto y retorcido.

Llorio se irguió jadeando de emoción y contempló la derrumbada forma. De sus fosas nasales brotó un lento filamento de humo negro, que giró y se enroscó sobre el cadáver.

Moviéndose como un hombre en trance, Lehuster avanzó lentamente hasta el interior del humo. El aire se agitó con un retumbar de sonido; un sofocante resplandor amarillo llameó como un rayo; en lugar de Lehuster había ahora un hombre de cuerpo masivo, con la piel brillando con una luz interior. Llevaba pantalones cortos negros y sandalias, con las piernas y el pecho desnudo; su pelo era negro, su rostro cuadrado, con una nariz recia y una mandíbula prominente. Se inclinó sobre el cadáver, tomó el escarabajo y lo colocó en su muñeca.

El nuevo Calanctus se dirigió a Llorio:

— ¡Mis esperanzas han fracasado! Vine a esta época como Lehuster, para dejar dormir los viejos dolores y las viejas iras; ahora todo ha desaparecido, y las cosas vuelven a ser como antes. ¡Yo soy yo, y de nuevo nos hallamos frente a frente!

Llorio, inmóvil, con el pecho agitado, guardó silencio.

Calanctus prosiguió:

— ¿Qué hay de tus otros conjuros, para aplastar y romper, o para seducir los sueños de los hombres y ablandar su resolución? ¡Pruébalos conmigo, puesto que yo no soy el pobre y blando Calanctus que llevaba las esperanzas de todos nosotros y que ha sufrido un destino tan duro!

— ¿Esperanzas? -exclamó Llorio-. ¿Cuando el mundo está acabando y yo he sido vencida? ¿Qué queda?

Nada. Ni esperanza ni honor ni angustia ni dolor. ¡Todo ha desaparecido! Las cenizas flotan en el desierto. Todo se ha perdido o ha sido olvidado; los mejores y más queridos ya no están. ¿Quiénes son esas criaturas que se yerguen aquí tan estúpidamente? ¿Ildefonse? ¿Rhialto? ¡Fantasmas insípidos que van de un lado para otro con la boca abierta en forma de O! ¡Esperanza! No queda nada. Todo ha desaparecido, todo se ha cumplido; incluso la muerte se halla en el pasado.

Así exclamó Llorio, con la pasión de la desesperación, la sangre chorreando aún por su nariz. Calanctus permaneció inmóvil, aguardando hasta que la pasión se consumió por sí misma.

— Me iré a Sadal Suud. He fracasado; estoy acorralada, rodeada por enemigos de mi propia raza.

Calanctus adelantó una mano y rozó su rostro.

— ¡Llámame enemigo si quieres! Pese a todo, amo tus queridos rasgos; atesoro tus virtudes y tus peculiares defectos; y sólo los cambiarla para que se inclinaran hacia la dulzura.

Llorio retrocedió un paso.

— No concedo nada; no cambiaré nada.

— Oh, bueno; sólo era un pensamiento ocioso. ¿Qué es esa sangre?

— Mi cerebro sangra; utilicé todo mi poder para destruir a este pobre cadáver fútil. Yo también me muero; noto el sabor de la muerte. ¡Calanctus, al fin has conseguido tu victoria!

— Como siempre, exageras. No he conseguido ninguna victoria; no te estás muriendo ni necesitas ir a Sadal Suud, que es un humeante pantano infestado de búhos, mosquitos y roedores: completamente inadecuado para alguien como tú. ¿Quién te lavaría la ropa?

— ¿No vas a permitirme ni la muerte ni el refugio de un nuevo mundo? ¿No es esto derrota sobre derrota?

— Sólo palabras. Vamos; toma mi mano, y firmaremos una tregua.

— ¡Nunca! -exclamó Llorio-. ¡Esto simbolizaría la conquista definitiva, a la cual no pienso doblegarme nunca!

— Reemplazaré gustoso el símbolo por la realidad. Entonces verás si soy o no capaz de cumplir con mis alardes.

— ¡Nunca! No someteré mi persona al placer de ningún hombre.

— ¿Entonces no vendrás al menos conmigo para beber unos vasos de vino en la terraza de mi castillo aéreo y contemplar el panorama, y hablar un poco de lo que pase por nuestras mentes?

— ¡Nunca!

— ¡Un momento! -exclamó Ildefonse-. ¡Antes de que os vayáis, tened la bondad de desenqualmar a ese cenáculo de brujas y evitarnos así el esfuerzo a nosotros!

— Bah, eso no es una tarea difícil -dijo Calanctus-. Evoca el Retrotrópico Segundo, seguido por un estabilizador: cosa de minutos.

— Exacto -dijo Ildefonse-. Ése era esencialmente mi plan.

Rhialto se volvió a Ladanque.

— Trae a las brujas. Alinéalas en el prado.

— ¿Y el cadáver?

Rhialto pronunció un conjuro de disolución; el cuerpo se convirtió en polvo.

Llorio dudó, mirando primero al norte, luego al sur, como indecisa; después, volviéndose, caminó pensativa cruzando el prado. Calanctus la siguió; ambos se detuvieron, mirándose fijamente, frente a frente. Primero habló Llorio, luego Calanctus, luego Llorio; ambos miraron a la vez hacia el este, y al momento siguiente habían desaparecido.

Libro Segundo
EL HALITO DEL FADER

1

Durante el día el sol arrojaba una luz amarronada sobre el paisaje; por la noche todo estaba oscuro e inmóvil, con apenas unas pocas estrellas pálidas señalando las antiguas constelaciones. El tiempo avanzaba a un paso lánguido, sin finalidad ni urgencia, y la gente hacía pocos planes a largo plazo.

El Gran Motholam había desaparecido hacía tres eones; los grandes maestros de la magia se habían extinguido, tras un fallecimiento más o menos indigno: a través de la traición de un confidente de confianza; o durante un aturdimiento amoroso; o por las maquinaciones de una cábala secreta; o a través de algún inesperado y horrible desastre.

Los magos de este vigesimoprimer eón residían en su mayor parte en los tranquilos valles fluviales de Almery y Ascolais, aunque algunos se

mantenían recluidos en la región de Cutz, al norte, o en la región del Muro Desmoronante, o incluso en las estepas de Shwang, en el distante este. Debido a factores especiales (que se hallan más allá del alcance de la presente exposición), los magos de este tiempo formaban un grupo heterogéneo; reunidos en coloquio, parecían una asamblea de raras y maravillosas aves, cada cual preocupada principalmente por su propio plumaje. Aunque, en su conjunto, carecían de la espectacular magnificencia del Gran Motholam, no por ello eran menos caprichosos y tercos, y tan sólo después de un cierto número de desgraciados incidentes fueron persuadidos a regularse a si mismos a través de un código de conducta. Este código, conocido como «el Monstrament», o menos formalmente como «los Principios es», e grabado en un prisma azul y guardado en un lugar secreto. La asociación incluía a los magos más notables de la región. Por aclamación unánime, Ildefonse fue proclamado Preceptor e investido con amplios poderes.

Ildefonse residía en Boumergarth, un antiguo castillo de cuatro torres en las orillas del río Scaum. Había sido elegido Preceptor no sólo por su dedicación a los Principios Azules, sino también por su temperamento equitativo, que a veces parecía incluso blando. Su tolerancia era proverbial; en un momento determinado se le podía descubrir riendo los chistes licenciosos de Dulce-Lolo; al momento siguiente, sin embargo, igual estaba prestando toda su atención a las opiniones del ascético Tchamast, cuyas suspicacias hacia el sexo femenino eran profundas.

Normalmente, Ildefonse adoptaba el aspecto de un sabio jovial de chispeantes ojos azules, cabeza calva y agitante barba rubia; una apariencia que tendía a generar confianza, frecuentemente con ventaja para él, y la utilización de la palabra «ingenioso», aplicada a Ildefonse, era probablemente incorrecta.

En el momento que nos ocupa, los magos que habían suscrito los Principios Azules ascendían a veintidós[3]. Pese a las claras ventajas de una conducta ordenada algunas inteligencias ágiles no podían resistir la comezón de lo ilícito y jugaban maliciosos trucos a los demás cayendo incluso a veces en serias transgresiones de los Principios Azules.

Este era el caso de Rhialto, conocido a veces como «el Prodigioso». Residía en Falu, no lejos del mar de Wilda en un distrito de colinas bajas y profundos bosques en orilla este del Ascolais.

Rhialto era considerado entre sus compañeros, por la razón que fuera, como un tanto altanero, y en consecuencia no gozaba de excesiva popularidad. Su aspecto natural era el de un grande: orgulloso y distinguido, con corto pelo negro, rasgos austeros y unos modales descuidadamente desenvueltos. Rhialto no carecía de vanidad, lo cual,

[3] Véase el prólogo.

unido a su actitud reservada, exasperaba a menudo a sus colegas. Y algunos de ellos se volvían ostentosamente de espaldas cuando Rhialto aparecía en una de sus reuniones, ante la sublime indiferencia del propio Rhialto.

Hache-Moncour era uno de los pocos que cultivaban la amistad de Rhialto. Había adoptado la apariencia de un dios de la naturaleza de Ctharion, con rizos broncíneos y rasgos exquisitos, estropeados (en opinión de algunos) por una boca demasiado gruesa y unos ojos quizá un tanto demasiado redondos y límpidos. Motivado tal vez por la envidia, a veces parecía casi emular los manerismos de Rhialto.

En su condición original, Hache-Moncour había adquirido un cierto número de hábitos nerviosos. Cuando estaba absorto en sus pensamientos, fruncía los ojos y tironeaba de los lóbulos de sus orejas; cuando se sentía perplejo, se rascaba vigorosamente los sobacos. Tales hábitos, que encontraba difíciles de abandonar, estropeaban el descuidado aplomo hacia el que trabajaba incesantemente. Sospechaba que Rhialto se reía de sus lapsus, lo cual incitaba aún más sus celos, y así se inició la malevolencia.

Tras un banquete en el salón de Mune el Mago, los magos se disponían a marcharse. En su camino al vestíbulo, tomaron sus capas y sombreros. Rhialto, siempre estricto en sus cortesías, le tendió a Hurtiancz primero su capa, luego su sombrero. Hurtiancz, cuya cabeza de poderosos rasgos parecía descansar directamente sobre sus amplios hombros, reconoció el servicio con un gruñido. Hache-Moncour, de pie a un lado, vio su oportunidad y lanzó un conjuro que agrandó el sombrero de Hurtiancz en varias tallas, de modo que cuando el irascible mago se lo puso sobre la cabeza se hundió hasta casi sus hombros, dejando apenas visible, en la parte delantera, sólo la bulbosa punta de su nariz.

Hurtiancz se quitó bruscamente el sombrero y lo examinó desde todos ángulos, pero Hache-Moncour había retirado el conjuro y nada parecía estar fuera de la normalidad. De nuevo intentó Hurtiancz ponerse el sombrero en la cabeza, y ahora encajó perfectamente. Incluso entonces todo hubiera quedado ignorado si Hache-Moncour no hubiera tomado una imagen gráfica de la escena, que posteriormente circuló entre los magos y otras personas de la nobleza local, cuya buena opinión Hurtiancz deseaba cultivar. La imagen mostraba a Hurtiancz asomando solamente el rojo botón de su nariz, y a Rhialto a sus espaldas, exhibiendo una sonrisa de frío regocijo.

Sólo Rhialto no recibió una copia de la imagen, y nadie pensó en mencionársela, y menos que nadie Hurtiancz, cuyo ultraje no conoció límites, y que a partir de entonces fue incapaz de seguir hablando calmadamente cuando era mencionado el nombre de Rhialto.

Hache-Moncour se sintió encantado con el éxito de su broma. Cualquier ataque a la reputación de Rhialto sólo podía servir para elevar la suya; además, descubrió un malicioso placer en el perjuicio ocasionado a Rhialto.

En consecuencia, Hache-Moncour inició toda una serie de intrigas, que finalmente se convirtieron para él casi en una obsesión, y su meta llegó a ser la completa humillación del orgulloso Rhialto.

Hache-Moncour trabajó con consumada sutileza, de tal modo que al principio Rhialto no se dio cuenta de nada. Sus planes eran en su mayor parte mezquinos, pero nunca carecían de algo de chispa.

Cuando supo que Rhialto estaba redecorando las habitaciones de huéspedes de Falu, Hache-Moncour hurtó una de las preciadas gemas de Ao de los Ópalos y arregló las cosas de modo que colgara como pomo de la cadena de vaciado de la taza séptica de los nuevos lavabos de Falu.

A su debido tiempo, Ao tuvo conocimiento del uso al que se dedicaba su magnífico ópalo en forma de lágrima de cinco centímetros de largo, y su rencor, como el de Hurtiancz, alcanzó casi la violencia de un ataque de apoplejía. Pese a todo, Ao se sentía refrenado por el artículo cuatro de los Principios Azules, y así mantuvo controlado su resentimiento.

En otra ocasión, durante los experimentos de Rhialto con burbujas de plasma luminoso, Hache-Moncour hizo que una de esas burbujas se posara sobre un harquisade único, un árbol que Zilifant había importado de Canopus y cuidaba día y noche con intensa solicitud. Una vez en el árbol, el plasma estalló, pulverizando el quebradizo follaje de cristal y permeando toda la propiedad de Zilifant con un horrible y persistente hedor.

Zilifant se quejó inmediatamente a Rhialto, con voz que crujía y temblaba bajo el peso de la rabia. Rhialto respondió con fría lógica, citando seis razones definitivas por las que ninguno de sus plasmas era responsable de los daños, y se negó a ningún tipo de restitución. Las convicciones de Zilifant se vieron suavemente reforzadas por Hache-Moncour, que afirmó que Rhialto había anunciado públicamente que iba a utilizar el harquisade como blanco.

— Además -añadió Hache-Moncour-, Rhialto llegó a decir, y cito textualmente: «Zilifant exuda constantemente un tal olor personal que el hedor del plasma ni siquiera puede ser notado a su alrededor.»

Y así siguieron las cosas. Gilgad poseía un animalito de compañía, un simiode, al que quería mucho. Un anochecer, Hache-Moncour, vestido con un dominó negro, una capa negra y un sombrero negro idénticos al atuendo que normalmente llevaba Rhialto, capturó al animal y lo arrastró, al extremo de una cadena, hasta Falu. Allá, Hache-Moncour golpeó al

animal hasta cansarse, tras lo cual lo ató con una corta cuerda entre un par de plantas de castidad, que causaron a la pobre bestia una aflicción adicional.

Gilgad, avisado por unos campesinos, siguió el rastro hasta Falu. Soltó al simiode, escuchó sus aullidos de queja, luego enfrentó a Rhialto con la prueba de su culpabilidad.

Rhialto negó categóricamente cualquier conocimiento de los hechos, pero Gilgad, cada vez más alterado, no pudo ser convencido. Exclamó:

— ¡Boodis te ha identificado explícitamente! Afirma que le hiciste terribles amenazas; que declaraste: «Soy Rhialto, y si crees que te he pegado ya lo suficiente, ¡aguarda a que descanse un poco!» ¿No es ésa una actitud de despiadada crueldad?

— Tú debes decidir a quién crees: si a mí o a esta bestia repulsiva - dijo Rhialto. Hizo una desdeñosa inclinación de cabeza y regresó al interior de su casa, cerrando la puerta a sus espaldas. Gilgad profirió una queja final, luego condujo a Boodis de vuelta a su casa en una carretilla cubierta con almohadones de seda. A partir de entonces, Rhialto pudo contar con Gilgad entre sus más fieles detractores.

En otra ocasión, Rhialto, actuando con toda inocencia, se vio arrastrado por el flujo normal de las circunstancias, y de nuevo fue blanco de recriminaciones. Al principio, Hache-Moncour no tuvo nada que ver con el asunto, pero más tarde se aprovechó de él para incrementar sus efectos.

El episodio empezó a un nivel de agradable anticipación. El principal noble de la región era el duque Tambasco, una persona de impecable dignidad y antiguo linaje. Cada año, para celebrar los loables esfuerzos del sol por sobrevivir, el duque Tambasco celebraba un gran baile en su palacio de Quanorq. La lista de invitados era de lo más selecto, y en esta ocasión incluía a Ildefonse, Rhialto y Byzant el Necropo.

Ildefonse y Byzant se encontraron en Boumergarth, y tras felicitarse mutuamente por su espléndida apariencia, hicieron apuestas acerca del número de triunfos que iban a contar cada uno sobre las bellezas que asistirían al baile.

Para la ocasión, Ildefonse había decidido presentarse como un robusto espadachín joven de rizos dorados que descendían hasta más allá de sus orejas, un fino bigote rubio y unos modales a la vez cordiales y dignos. Para complementar su imagen, llevaba un traje de terciopelo verde, un cinto verde oscuro y oro, y un atrevido sombrero de ala ancha con una pluma blanca.

Byzant, tras planear la operación con idéntico cuidado, eligió el aspecto de un gracioso esteta joven, sensible a los matices y vulnerable al más fugitivo hálito de belleza. Unió unos ojos verde esmeralda y unos rizos rojo cobre con una complexión marmórea, en una yuxtaposición calculada para excitar el ardor de las más apreciadas jóvenes del baile.

— ¡Conseguiré a las más hermosas! -le dijo a Ildefonse-. ¡Las fascinaré con mi aspecto y las cautivaré con mi alma; caerán en amoroso éxtasis, y yo lo explotaré sin la menor vergüenza!

— Sólo veo un fallo en tu argumentación -cloqueó Ildefonse-. Cuando descubras a una de esas criaturas de soberbio atractivo, ya estará en mis brazos y habrá olvidado todo lo demás.

— Ildefonse, siempre has sido un fanfarrón impenitente en lo que a conquistas se refiere -exclamó Byzant-. ¡En Quanorq juzgaremos sólo los hechos, y veremos quién es el auténtico experto!

— ¡Así será!

Tras un brindis final con hiperglosom, los dos galanteadores se dirigieron a Falu, donde, ante su asombro, descubrieron que Rhialto había olvidado por completo el acontecimiento.

Ildefonse y Byzant se sentían impacientes y no concedieron a Rhialto tiempo para hacer sus preparativos, de modo que Rhialto se limitó a ponerse un sombrero adornado con borlas sobre su negro pelo y declaró que estaba listo para partir.

Byzant retrocedió, sorprendido.

— ¡Pero no has hecho preparativos! ¡No te has puesto ninguna ropa especial! ¡Ni siquiera te has lavado los pies y perfumado el pelo!

— No importa -dijo Rhialto-. Me limitaré a permanecer en las sombras y a envidiar vuestro éxito. Al menos disfrutaré de la música y del espectáculo.

Byzant sonrió complacido.

— Me parece muy bien, Rhialto; ya es tiempo de quitarle un poco de viento a tus velas. Esta noche Ildefonse y yo estamos preparados a todo; tendrás ocasión de presenciar nuestros soberbios talentos empleados al máximo de su eficacia.

— Byzant habla con absoluta exactitud -declaró Ildefonse-. Ya has tenido tu cuota de triunfos; ¡esta noche estás sentenciado a permanecer a un lado y a observar mientras un par de expertos hacen lo necesario para

conseguir que las más hermosas de entre las más hermosas se pongan de rodillas ante ellos!

— Si así debe ser, que así sea -dijo Rhialto-. Mi preocupación, ahora, se centra en la suerte que correrán los corazones de las pobres víctimas de vuestro arte. ¿Acaso no tenéis piedad?

— ¡Ninguna en absoluto! -declaró Ildefonse-. Nos lanzaremos a nuestra campaña amorosa con todas nuestras fuerzas; ¡no vamos a dar cuartel, y no aceptamos excusas!

Rhialto agitó pesaroso la cabeza.

— ¡Qué tragedia que no recordara a tiempo el baile!

— ¡Oh, vamos, Rhialto! -sonrió Byzant-. Debes aceptar tanto lo bueno como lo malo; no sirve de nada lamentarse.

— ¡Mientras tanto, el tiempo avanza! -exclamó Ildefonse-. ¿Nos vamos?

Al llegar a Quanorq, los tres hombres presentaron sus respetos al duque Tambasco y le felicitaron por la magnificencia de la fiesta, cumplidos que el duque aceptó con una formal inclinación de cabeza, tras lo cual los tres magos dejaron sitio a los que venían detrás.

Durante un tiempo los tres fueron de aquí para allá, y efectivamente aquella vez el duque Tambasco se había superado a si mismo. Los grandes de la región y sus encantadoras damas atestaban los salones y galerías, y en los cuatro bufets se alineaban en profusión las más exquisitas viandas y los más finos licores.

Finalmente los tres magos recalaron junto a la chimenea del gran salón de baile, donde, situándose a un lado, tomaron nota de las hermosas damas a medida que pasaban y discutieron los méritos y distinguidas características de cada una de ellas. A su debido tiempo decidieron que, aunque había buen número de doncellas de aspecto singularmente atractivo, ninguna podía igualar la exquisita belleza de dama Shaunica, de la Isla del Lago.

Tras lo cual Ildefonse se atusó el fino bigote rubio y partió a la conquista. Byzant se apartó también de Rhialto, que fue a sentarse en un rincón no excesivamente iluminado.

Ildefonse no tardó en hallar la primera oportunidad de ejercer sus habilidades. Se dirigió hacia dama Shaunica, realizó una profunda reverencia como saludo y se ofreció a escoltarla al compás de una pavana.

— Soy tremendamente hábil en la ejecución de esta danza en particular -le aseguró-. Yo con mis osados floreos y vos con vuestra graciosa belleza formamos una pareja notable; ¡seremos el centro de todas las miradas!

Luego, tras el baile, os escoltaré hasta el bufet. Tomaremos uno o dos vasos de vino, y descubriréis que soy una persona de notable espíritu. ¡Más que esto: declaro ahora mismo que estoy dispuesto a ofreceros toda mi estima!

— Es muy amable por vuestra parte -dijo dama Shaunica-. Me siento profundamente emocionada. De todos modos, en estos momentos, no siento deseos de bailar, y no me atrevo a beber más vino por temor a ponerme vulgar, lo cual seguramente suscitaría vuestra desaprobación.

Ildefonse hizo una ceremoniosa reverencia y se dispuso a afirmar más explícitamente sus encantos, pero cuando volvió a alzar la vista dama Shaunica ya se había ido.

Ildefonse lanzó un gruñido irritado, dio un tirón a su bigote y avanzó a grandes zancadas en busca de una doncella de tendencias más maleables.

Por casualidad, Dama Shaunica tropezó casi de inmediato con Byzant. Para llamar su atención y posiblemente ganarse su admiración, Byzant se dirigió a ella con una cuarteta en ese idioma arcaico conocido como antiguo naótico, pero dama Shaunica se limitó a mostrarse sorprendida y desconcertada.

Byzant tradujo sonriente los versos, y explicó algunas irregularidades de la filología naótica.

— Pero después de todo -dijo-, esos conceptos no tienen por qué entrometerse en las relaciones entre nosotros. ¡Capto que sentís esa cálida languidez casi de una forma tan intensa como yo!

— Quizá no tan intensamente -murmuró Dama Shaunica-. Por una parte, soy insensible a tales influencias, y además no siento nada de esas relaciones de las que habláis.

— ¡Las sentiréis, las sentiréis! -le aseguró Byzant-. Poseo una rara percepción gracias a la cual puedo ver las almas en todo su resplandeciente color. La vuestra y la mía brillan con la misma noble radiación. ¡Vamos, salgamos a la terraza! Os revelaré un secreto. -Fue a tomar su mano.

Dama Shaunica, algo desconcertada por la efusividad de Byzant, retrocedió.

— De veras, no tengo intención de oír secretos de alguien a quien conozco desde hace tan poco.

— ¡No es tanto un secreto como una comunicación! ¿Y qué importa después de todo el tiempo? Os conozco desde hace menos de media hora, ¡pero ya he compuesto dos versos líricos y una oda a vuestra belleza! ¡Venid conmigo fuera, a la terraza! ¡Fuera de aquí, lejos! A la luz de las estrellas, bajo los árboles; ¡nos despojaremos de nuestras ropas y caminaremos con la salvaje inocencia de las divinidades silvanas!

Dama Shaunica retrocedió otro paso.

— Gracias, pero todavía soy un poco consciente de mí misma. Suponed que corremos con tanto entusiasmo que no hallamos nuestro camino de vuelta al palacio, y por la mañana los campesinos nos descubren corriendo desnudos por el camino. ¿Qué les diríamos? Vuestra proposición carece de atractivo.

Byzant alzó los brazos al aire y, haciendo girar los ojos, se aferró los rojizos rizos, esperando que dama Shaunica reconociera la agonía de su espíritu y sintiera piedad, pero ella ya se había marchado. Byzant se dirigió furioso al bufet, donde bebió varios vasos de fuerte vino.

Unos momentos más tarde dama Shaunica, al pasar junto a la chimenea, tropezó por casualidad con una de sus amigas, Dama Dualtimetta. Durante su conversación, Dama Shaunica miró hacia el rincón donde se sentaba Rhialto, solo, en un sofá de brocado marrón. Susurró a dama Dualtimetta:

— Mira allá, a aquel rincón; ¿quién es ese hombre que se sienta tan inmóvil y a solas?

Dama Dualtimetta volvió la cabeza para mirar.

— He oído su nombre; es Rhialto, y a veces «Rhialto el Prodigioso». ¿Lo encuentras elegante? ¡Yo lo encuentro austero e incluso intimidador!

— ¿De veras? Seguro que no intimidador; ¿acaso no es un hombre?

— ¡Naturalmente! ¿Pero por qué se sienta aparte como si desdeñara a todo el mundo en Quanorq?

— ¿A todo el mundo? -murmuró dama Shaunica, como para sí misma.

Dama Dualtimetta se alejó.

— Discúlpame, querida, pero debo apresurarme; tengo un papel importante en la representación. -Al cabo de un momento había desaparecido.

Dama Shaunica dudó; luego, sonriendo como ante un chiste particular, se dirigió lentamente hacia el rincón.

— Señor, ¿puedo unirme a vos en las sombras?

Rhialto se puso en pie.

— Dama Shaunica, sabed que podéis uniros conmigo allá donde queráis.

— Gracias. -Se sentó en el diván, y Rhialto volvió a ocupar su lugar. Aún sonriendo con su medio secreta sonrisa, ella quiso saber-: ¿No os preguntáis por qué he venido a sentarme con vos?

— La pregunta no se me había ocurrido hasta ahora -Rhialto meditó un instante-. Me atrevería a decir que tenéis intención de reuniros con un amigo junto a la chimenea, y éste es un lugar conveniente para esperarlo.

— Esa es una respuesta gentil -dijo dama Shaunica-. A decir verdad, me pregunto por qué una persona como voz se sienta a solas en las sombras. ¿Acabais de recibir alguna trágica noticia? ¿Desdeñáis a todos los demás de Quanorq y sus lastimosos intentos de presentar una imagen atractiva?

Rhialto sonrió con su propia semisonrisa secreta.

— No he sufrido ninguna impresión trágica. En cuanto a la atractiva imagen de dama Shaunica, se ve realzada por una luminosa inteligencia de idéntico encanto.

— Entonces, ¿habéis dispuesto alguna cita en este lugar?

— Ninguna en absoluto.

— Sin embargo, os sentáis a solas y no habláis con nadie.

— Mis motivos son complejos. ¿Y los vuestros? También os sentáis aquí en las sombras.

Dama Shaunica se echó a reír.

— Revoloteo como una pluma a los soplos del capricho. Quizá me he sentido intrigada por vuestra soledad, distanciamiento, indiferencia o como queráis llamarlo.

Todos los demás galanteadores han caído sobre mí como buitres sobre un cadáver. -Le dirigió una mirada de soslayo-. En consecuencia, vuestra conducta se vuelve provocativa, y ahora ya sabéis la verdad.

Rhialto guardó unos instantes de silencio, luego dijo:

— Podríamos intercambiar muchas cosas entre nosotros..., si nuestro conocimiento persistiera.

Dama Shaunica hizo un gesto desenvuelto.

— No veo por qué no debería ser así.

Rhialto miró hacia el otro lado del salón.

— Entonces podría sugerir que descubriéramos un lugar donde podamos conversar con mayor intimidad. Estamos sentados aquí como pájaros sobre una verja.

— Tenemos a mano una solución -dijo dama Shaunica-. El duque me ha asignado una suite de apartamentos para toda la duración de mi estancia. Encargaré que lleven una colación y una o dos botellas de Maynesse, y proseguiremos nuestra charla con dignidad y calma.

— La proposición es irreprochable -dijo Rhialto. Se levantó y, tomando las manos de dama Shaunica, la ayudó a ponerse en pie-. ¿Sigo pareciendo preocupado por trágicas noticias?

— No, pero dejadme preguntaros esto: ¿por qué sois conocido como «Rhialto el Prodigioso»?

— Parece que se trata de una antigua ironía -dijo Rhialto-. La verdad es que nunca he conseguido rastrear sus orígenes.

Mientras los dos se dirigían por la galería principal, cogidos del brazo, hacia los apartamentos de dama Shaunica, pasaron junto a Ildefonse y Byzant, de pie desconsolados bajo una estatua de mármol. Rhialto les concedió una educada inclinación de cabeza, e hizo un signo secreto de significado mucho más complicado, para que se sintieran libres de regresar a casa sin él.

Dama Shaunica, apretándose contra él a su lado, dejó escapar una risita.

— ¡Vaya par de sujetos! El primero un fanfarrón con bigotes de palmo, el segundo un poeta con ojos de lagarto enfermo. ¿Los conocéis?

— Sólo ligeramente. En cualquier caso, sois vos quien me interesa, y todas vuestras cálidas sensibilidades que para mi deleite, parecéis dispuesta a compartir conmigo

Dama Shaunica se apretó aún más contra él.

— Empiezo a sospechar la fuente de vuestro sobrenombre.

Ildefonse y Byzant, mordiéndose vejados los labios regresaron al salón, donde Ildefonse entró finalmente en relación con una corpulenta matrona que llevaba un gorrito de encaje y olía intensamente a musgo. Llevó a Ildefonse a la sala de baile, donde danzaron tres galopas seguidas, una triple polca y una especie de danza negra en la que Ildefonse, para mantener el ritmo, se vio obligado a levantar una pierna muy alta en el aire, sacudir los codos, echar la cabeza hacia atrás, y luego repetir el movimiento con la misma brusquedad empleando la otra pierna.

En cuanto a Byzant, el duque Tambasco le presentó a una alta poetisa de estropajoso pelo rubio que le colgaba en mechones sobre los hombros. Creyendo reconocer un temperamento afín al suyo, la mujer lo arrastró al jardín, donde, tras un macizo de hortensias, le recitó una oda de veintinueve estancias.

Finalmente, tanto Ildefonse como Byzant pudieron liberarse, pero la noche ya se estaba desvaneciendo y el baile acababa. Regresaron melancólicos a sus domicilios, y ambos, a través de alguna ilógica transferencia de emociones, culparon a Rhialto de su falta de éxito.

2

Al cabo de un tiempo, Rhialto empezó a ponerse nervioso ante la plaga de sentimientos negativos dirigidos contra él sin ninguna razón aparente, y se enclaustró en Falu.

Pero pronto empezó a pesarle la soledad. Rhialto llamó a su mayordomo.

— Frole, voy a estar ausente de Falu por un tiempo, de modo que tendrás que hacerte cargo de todo. Aquí -le tendió a Frole un papel- está una lista de instrucciones. Síguelas con todo detalle. A mi regreso espero encontrarlo todo en exacto y meticuloso orden. Te prohibo específicamente que mantengas reuniones con invitados o familiares en o cerca de la propiedad. También te advierto que si trasteas con los objetos que hay en las salas de trabajo, lo harás por tu cuenta y riesgo, y puedes perder en ello la vida o algo peor. ¿Me he explicado con claridad?

— Por completo y en todos los aspectos -dijo Frole-. ¿Cuánto tiempo estaréis fuera, y cuántas personas constituyen una reunión?

— A la primera pregunta: un período indefinido. A la segunda, refrasearé mi instrucción.- no recibas a nadie en Falu durante mi ausencia. Espero hallar un orden meticuloso a mi regreso. Ahora puedes seguir con tus tareas.

Ya te lo indicaré cuando me marche.

Rhialto se dirigió a la costa sousanesa, en la remota punta de Almery del Sur, donde el aire era suave y la vegetación crecía en una profusión de variados colores y, en el caso de algunos árboles, hasta alturas prodigiosas.

Los habitantes del lugar, una gente baja y pálida de pelo negro y grandes ojos fijos, utilizaban la palabra «sxyzyskzyks» -«el pueblo civilizado»- para describirse a sí mismos, y de hecho se tomaban en serio el sentido de la palabra. Su cultura comprendía una mareante sucesión de preceptos, cuyo dominio servía como índice de status, de modo que las personas ambiciosas malgastaban enormes energías aprendiendo gestos con los dedos, decoración de orejas, los nudos adecuados con que tenían que atar sus turbantes, sus cintos, los cordones de sus zapatos, la forma en que debía hacer los mismos nudos para sus abuelos, el lugar estricto y peculiar donde colocar los encurtidos en los platos de caracoles de mar, caracoles de tierra, guisos de verduras, carnes fritas y otras comidas, o las maldiciones específicamente adecuadas tras pisar una zarza, encontrarse con un fantasma, caerse por una escalera, resbalar de la rama de un árbol o cualquier otra de un centenar de circunstancias.

Rhialto tomó alojamiento en una hostería tranquila, donde le asignaron un par de aireadas habitaciones construidas sobre pilotes encima del mar. Las sillas, cama, mesa y armario estaban construidos de madera negra de alcanfor barnizada; el suelo ahogaba el rumor del mar allá abajo entre las hebras de una gruesa alfombra verde pálido. Rhialto tomaba las comidas, compuestas por diez platos, en una glorieta junto al agua, iluminada de noche por el resplandor de teas de madera resinosa.

Los días pasaron lentamente, rematados en anocheceres de trágica gloria; por la noche las pocas estrellas aún existentes se reflejaban en la superficie del mar, y podía oírse la música de los laúdes de astil curvado procedente de arriba y abajo de la playa. Las tensiones de Rhialto cedieron y las exasperaciones del valle del Scaum parecieron muy lejanas. Vestido al estilo nativo con una túnica blanca, sandalias y un turbante suelto con colgantes borlas, Rhialto recorría las playas, curioseaba por los bazares de la ciudad en busca de raras conchas marinas, se sentaba en la glorieta bebiendo zumos de frutas y observando pasar las esbeltas muchachas.

Un día, movido por un extraño impulso, Rhialto construyó un castillo de arena en la playa. Para sorprender a los chicos del lugar, primero lo hizo a prueba de las acometidas del viento y de las olas, luego dio a la estructura una población de minúsculos, ataviados como los zahariots del

decimocuarto eón. Cada día una fuerza de caballeros y soldados cruzaba el puente levadizo en dirección a la playa, luego, durante un cierto periodo de tiempo, se dedicaba a fingir una batalla entre terribles gritos y aullidos. Los grupos de exploración perseguían cangrejos, recogían sargazos y mejillones de entre las rocas, y mientras tanto los chiquillos miraban con regocijada maravilla.

Un día, un grupo de gamberros bajaron a la playa con perros, que arrojaron contra las tropas del castillo.

Rhialto, observando desde una cierta distancia, elaboró un conjuro y, desde un patio, arrojó un escuadrón de guerreros de elite montados sobre zumbantes pájaros. Proyectaron andanada tras andanada de dardos de fuego, haciendo que los canes huyeran aullando por la playa. Entonces los guerreros cargaron contra los jóvenes que, con las posaderas enrojecidas, fueron igualmente persuadidos a retirarse.

Cuando el vociferante grupo regresó un poco más tarde con personas de autoridad, hallaron solamente un montón de arena azotado por el viento, y a Rhialto recostado soñoliento en una silla a la sombra de la cercana glorieta.

El episodio despertó una oleada de maravilla, y durante un tiempo Rhialto se convirtió en objeto de dudas, pero la sensación pronto se perdió a lo largo de la costa sousanesa, y al cabo de poco todo volvía a ser como antes.

Mientras tanto, en el valle del Scaum, Hache-Moncour sacaba todo el partido posible de la ausencia de Rhialto. A sugerencia suya, Ildefonse convocó un «Cónclave de Reverencia» para honrar los logros del Gran Phandaal, el intrépido genio del Gran Motholam que sistematizara el control de los sandestins. Una vez reunido el grupo, Hache-Moncour desvió la discusión y la condujo por sutiles medios al tema de Rhialto y sus supuestas fechorías.

— Personalmente -dijo Hache-Moncour con vehemencia-, cuento a Rhialto entre mis íntimos, y jamás pensaría en mencionar su nombre, excepto, si fuera posible, para reivindicarlo, y si no fuera posible, para alegar circunstancias atenuantes cuando fueran dictadas las inevitables penalizaciones.

— Esto es muy generoso por tu parte -dijo Ildefonse-. ¿Debo entender entonces que Rhialto y su conducta pasan a ser un tema formal de discusión?

— No veo por qué no -gruñó Gilgad-. Sus acciones han sido abominables.

— Oh, vamos, vamos -exclamó Hache-Moncour-. No te escabullas ni lloriquees; formula tus acusaciones o yo, hablando como defensor de Rhialto, exigiré un voto de aprobación para Rhialto el Prodigioso.

Gilgad saltó en pie.

— ¿Qué? ¿Me acusas de escabullirme? ¿A mí, Gilgad, que elaboró diez conjuros contra Keino, el Demonio del Mar?

— Sólo es un asunto de forma -dijo Hache-Moncour-. En mi defensa de Rhialto, me veo obligado a utilizar términos extravagantes. Si aúllo insultos imperdonables o revelo secretas desgracias, debéis considerarlo como palabras de Rhialto, no como las de vuestro camarada Hache-Moncour, que sólo espera ejercer una influencia moderadora. Bien: puesto que Gilgad es demasiado cobarde para formular una queja formal, ¿quién decide hacerlo en su lugar?

— ¡Bah! -exclamó furioso Gilgad-. Incluso en tu papel de portavoz de Rhialto, utilizas insinuaciones e insultos con una cierta delectación retorcida. Para dejar claras las cosas, acuso formalmente a Rhialto de conducta impropia y de golpear a un simiode, y exijo que rinda cuenta de sus actos.

— En interés tanto de la brevedad como de la elegancia -sugirió Ildefonse-, dejemos que la «conducta impropia» incluya también el «golpear». ¿Estás de acuerdo?

Gilgad aceptó a regañadientes el cambio.

— ¿Hay alguien que secunde la moción? -preguntó Ildefonse.

Hache-Moncour miró al círculo de rostros.

— ¡Vaya grupo de pusilánimes que se muerden las uñas! Si es necesario, como representante de Rhialto, yo mismo secundaré la moción, aunque sólo sea para demolerla como el ejemplo de pura maldad infantil que es.

— ¡Silencio! -tronó Zilifant-. ¡Yo secundo la moción!

— Muy bien -dijo Ildefonse-. Se abre el turno para la discusión.

— Propongo que rechacemos la moción como un montón de tonterías -dijo Hache-Moncour-. Pese a que Rhialto no deja de alardear de sus éxitos en el gran baile, y describe riendo el ridículo aspecto de Ildefonse bailando con una gorda matrona y los cómicos esfuerzos de Byzant por seducir a una flaca poetisa con una peluca rubia.

— Tu moción es rechazada -dijo Ildefonse rechinando los dientes-. ¡Que sean oídas las acusaciones, con todo detalle!

— Veo que mi intercesión es inútil -dijo Hache-Moncour-. En consecuencia me retiraré de mi puesto y plantearé mis propias quejas, a fin de que, cuando sean establecidas las penalizaciones y confiscaciones finales, pueda recibir la justa parte que me corresponde de ellas.

Aquella era una nueva idea, que ocupó durante varios minutos a la asamblea, y algunos llegaron hasta tan lejos como a redactar listas de los objetos ahora pertenecientes a Rhialto que mejor servirían a sus necesidades

Ao de los Ópalos dijo con voz fuerte:

— ¡Por desgracia, las ofensas de Rhialto son muchas. Incluyen hechos y actitudes que, aunque resultan difíciles de definir, son sin embargo tan dolorosos como un cuchillo en las costillas. Incluyo en esta categoría atributos tales como la avaricia, la arrogancia y la ostentosa vulgaridad.

— Las acusaciones parecen impalpables -entonó Ildefonse-. De todos modos, en justicia, deben figurar como parte de un todo en el informe final.

Zilifant alzó espectacularmente un dedo.

— Con una malicia brutal, Rhialto destruyó mi precioso harquisade de Canopus, ¡el último que podía hallarse en este mundo moribundo! Cuando se lo expliqué a Rhialto, primero, con la mendacidad chorreando de su boca, negó los hechos, luego declaró: «¡Contempla el bosque de Were y sus oscuros robles! Cuando el sol se apague definitivamente no valdrán ni más ni menos que tu dendrita alienígena.» ¿No es eso una parodia de la decencia normal?

Hache-Moncour agitó tristemente la cabeza.

— No hallo palabras. Pronunciaría una disculpa en nombre de Rhialto, si no estuviera convencido de que él se burlaría groseramente de mis esfuerzos. De todos modos, ¿no puedes extender tu piedad hacia ese hombre mal encaminado?

— Por supuesto -dijo Zilifant-. En la misma medida en que él extendió la suya hacia mi harquisade. ¡Declaro a Rhialto culpable de felonía!

Hache-Moncour agitó de nuevo la cabeza.

— Lo encuentro difícil de creer.

Zilifant se volvió iracundo hacia él.

— ¡Cuida tus palabras! ¡No voy a permitir que mi veracidad sea puesta en duda, ni siquiera en tu condición de quijotesco abogado de ese bribón!

— ¡Me has interpretado mal! -afirmó Hache-Moncour-. Hablaba para mí mismo, abrumado por la desalmada acción de Rhialto.

— ¡Oh, bien! Estamos de acuerdo.

Otros miembros del grupo citaron sus agravios, que Ildefonse fue anotando en una lista de particularidades.

Finalmente, cuando todos hubieron declarado, Ildefonse, contemplando la lista, frunció el ceño con perplejidad.

— ¡Es sorprendente que alguien como Rhialto haya podido vivir durante tanto tiempo entre nosotros sin haber sido puesto nunca al descubierto! Hache-Moncour, ¿tienes algo más que decir?

— Sólo una súplica profunda de clemencia.

— La apelación ha sido oída -dijo Ildefonse-. Ahora debemos votar. Aquellos que apoyen la conducta de Rhialto y la consideren irreprochable que alcen la mano.

Ninguna mano se alzó.

— ¿Aquellos convencidos de la culpabilidad de Rhialto?

Se alzaron todas las manos.

Ildefonse carraspeó.

— Ahora es mi deber establecer la penalización. Debo decir que la ausencia de Rhialto hace nuestra triste tarea un poco más llevadera. ¿Alguna sugerencia?

— Creo -dijo Byzant- que cada uno de nosotros, en el mismo orden en que estamos sentados en esta mesa, empezando por mí, deberíamos recibir un número. Luego podemos ir a Falu y allí, siguiendo el orden de ese número, seleccionar entre los bienes de Rhialto hasta que nadie desee hacer una nueva elección.

Ao de los Ópalos asintió.

— La idea es correcta en esencia. Pero la numeración debe hacerse a suertes, con un monitor contra cualquier conjuro de estasis temporal.

El sistema sugerido por Ao fue puesto finalmente en práctica, y todos partieron hacia Falu. Frole el mayordomo salió al encuentro del grupo e inquirió con voz autoritaria qué asuntos traían hasta allí a una representación tan numerosa.

— ¡Tenéis que saber que Rhialto está ausente! Volved cuando él pueda recibiros con la requerida ceremonia.

Ildefonse inició una declamación legalista, pero Gilgad, impaciente con las palabras, lanzó a Frole un conjuro de Inanición, y los magos entraron en Falu y se dedicaron a hacer efectivas las penalizaciones que habían establecido en el cónclave.

El irascible Hurtiancz se sentía especialmente ansioso por hallar las piedras IOUN de Rhialto, y las buscó por todas partes, sin resultado. Un documento redactado en tinta azul sobre papel azul y enmarcado en oro azul colgaba de una pared; seguro de haber descubierto el escondite secreto de Rhialto, Hurtiancz rasgó impaciente el documento de la pared y lo arrojó a un lado, para dejar al descubierto tan sólo una pared desnuda. Fue el propio Ildefonse quien al final descubrió las piedras IOUN, allá donde colgaban entre los cristales de un candelabro.

Las penalizaciones fueron finalmente cumplidas en su totalidad, aunque no a satisfacción de aquellos que habían recibido números altos ni de aquellos que habían sido lentos en apoderarse de los objetos que les interesaban sin hacer caso de la numeración. Ildefonse utilizó toda su influencia para apaciguar las protestas y acusaciones, al tiempo que defendía su propia retención de las piedras IOUN, basándose en el servicio y en la desinteresada rectitud.

Finalmente los magos emprendieron cada cual su camino, satisfechos de que se hubiera hecho justicia.

3

A su debido tiempo, Rhialto regresó a Falu. El primer indicio de que no todo estaba como debería se lo dio la visión de Frole, de pie y rígido ante la puerta de entrada, congelado en una postura admonitoria; luego, al entrar en el edificio, Rhialto pudo constatar colérico lo extenso de la depredación. Regresó a la entrada y disolvió el conjuro que había mantenido inmóvil a Frole durante el día y la noche, lloviera o hiciera sol.

Frole tomó una taza de té y una porción de pastel de pasas, tras lo cual se sintió capaz de informar a Rhialto de las circunstancias de que había sido testigo. Rhialto restableció lúgubremente el orden en la casa, luego hizo un inventario de pérdidas y daños. En conjunto, reducían sus poderes a un nivel muy bajo.

Durante un tiempo caminó arriba y abajo junto al mar de Wilda. Finalmente, sin que se le ocurriera un programa mejor, se calzó un par de viejas botas aéreas que habían sido desechadas por los saqueadores y emprendió el camino a Boumergarth.

Pryffwyd, el chambelán de Ildefonse, acudió a recibirle a la puerta.

— ¿Deseáis, señor?

— Puedes informar a Ildefonse que está aquí Rhialto para consultar con él.

— Señor, el señor Ildefonse está preocupado con asuntos de importancia y no puede recibir visitas, ni hoy ni en ningún otro momento en un próximo futuro.

Rhialto extrajo un pequeño disco rojo y, apretándolo fuertemente entre sus manos, empezó a canturrear una serie de rítmicas sílabas. Repentinamente preocupado, Pryffwyd preguntó:

— ¿Qué estáis haciendo?

— Pryffwyd, tu vista es mala; no me reconoces como Rhialto. Estoy trabajando para situar tus globos oculares al extremo de sendos pedúnculos de treinta centímetros de largo. Pronto podrás ver perfectamente en todas direcciones a la vez.

La voz de Pryffwyd cambió instantáneamente.

— ¡Oh! ¡El noble señor Rhialto! ¡Ahora os veo perfectamente, de la cabeza a los pies! Por aquí, por favor. El señor Ildefonse está meditando en el jardín de hierba.

Rhialto encontró a Ildefonse dormitando a los oblicuos rayos rojizos del sol del atardecer. Dio una palmada.

— ¡Ildefonse, despierta de tu torpor! Han ocurrido cosas horribles en Falu; me siento ansioso por oír tu explicación.

Ildefonse dirigió una mirada de reproche a Pryffwyd, que se limitó a inclinar ligeramente la cabeza y preguntar:

— ¿Deseáis alguna otra cosa, señor?

Ildefonse suspiró.

— Puedes servir unos refrescos, de naturaleza ligera, puesto que los asuntos de Rhialto no nos tomarán mucho tiempo y se marchará muy pronto.

— ¡Al contrario! -dijo Rhialto-. Permaneceré aquí por un período indefinido. ¡Pryffwyd, sirve lo mejor que tengas en tu despensa!

Ildefonse se envaró en su silla.

— ¡Rhialto, te estás tomando una serie de libertades con mi chambelán y, puestos a decirlo, también con mis refrescos!

— No importa. Explícame por qué robaste mis cosas. Mi mayordomo Frole dice que tú estabas al frente de los ladrones.

Ildefonse golpeó la mesa con el puño.

— ¡Exagerado y falso! ¡Frole ha interpretado mal los hechos!

— ¿Cómo explicas entonces esos notables acontecimientos, que por supuesto tengo intención de plantear ante el Adjudicador[4]?

Ildefonse parpadeó e hinchó los carrillos.

— Esa, por supuesto, es tu opción. De todos modos, tienes que darte cuenta de que fue observada en todo grado y momento la más estricta legalidad. Fuiste acusado de ciertas ofensas, las pruebas fueron detenidamente examinadas, y tu culpabilidad reconocida sólo tras diligentes deliberaciones. Gracias a mis esfuerzos y los de Hache-Moncour, la penalización sólo fue una pequeña y ampliamente simbólica confiscación de tus bienes.

— ¿«Simbólica»? -exclamó Rhialto-. ¡Me habéis dejado limpio!

Ildefonse frunció los labios.

— Admito que hubo momentos en que observé una cierta falta de contención, por la cual protesté personalmente.

Rhialto se reclinó en su silla y lanzó un profundo suspiro de desconcertada interrogación. Estudió la longitud de la aristocrática nariz de Ildefonse. Preguntó con voz suave:

— ¿Quién formuló las acusaciones?

---

[4] El Monstrament, alojado en una cripta en el Hálito del Fader, extraía su fuerza coercitiva del «Adjudicador», asentado en su «Huevo Azul»: un cascarón opaco para desviar las influencias. El Adjudicador era Sarsem, un sandestin entrenado en la interpretación del Monstrament. Los juicios de Sarsem eran rápidos y severos, y estaban reforzados por el Wiih, una criatura sin mente de la novena dimensión.
Cuando acudía al Adjudicador en busca de justicia, se aconsejaba al demandante que se presentara con una conciencia limpia. Sarsem sentía una impaciencia casi humana en su angosta reclusión dentro del huevo; a veces se negaba a limitar su veredicto al ámbito planteado, y examinaba la conducta tanto del demandante como del demandado en busca de ofensas contra el Monstrament, y distribuía sus penalizaciones con una imparcial liberalidad.

Ildefonse frunció pensativo el ceño.

— Varios. Gilgad declaró que habías golpeado a su animalito de compañía, su simiode.

— Ajá. Continúa.

— Zilifant te acusó de que tu incesante despliegue de plasmas había destruido su espléndido harquisade.

— ¿Y quién más?

— Las quejas son demasiado numerosas para mencionarlas una a una. Casi todos, excepto yo y el leal Hache-Moncour, presentaron acusaciones. Luego, el cónclave de tus pares, casi por unanimidad, te juzgó culpable de todo lo expuesto.

— ¿Y quién me robó mis piedras IOUN?

— De hecho, las tomé yo bajo custodia protectora.

— El juicio, ¿fue conducido según un estricto proceso legal?

Ildefonse aprovechó la ocasión para beber un vaso del vino que había servido Pryffwyd.

— ¡Oh, sí, tu pregunta! Se ajustó, creo, a la más estricta legalidad. En pocas palabras, diré que el juicio, aunque un tanto informal, fue conducido en forma apropiada.

— ¿En completo acuerdo con los términos del Monstrament?

— Sí, por supuesto. ¿No es ésa la forma? Bien, ahora...

— ¿Por qué no fui notificado y se me dio la oportunidad de defenderme?

— Creo que el asunto fue discutido -dijo Ildefonse-. Según recuerdo, nadie deseaba molestarte en tus vacaciones, especialmente puesto que tu culpabilidad fue admitida por todos.

Rhialto se puso en pie.

— Vamos a visitar el Hálito del Fader.

Ildefonse alzó las manos en un rápido gesto.

— ¡Siéntate, Rhialto! Ahí viene Pryffwyd con más refrescos; bebamos un poco de vino y estudiemos desapasionadamente el asunto; ¿no es ésa la mejor forma, después de todo?

— ¿Cuando he sido calumniado, difamado y robado por aquellos mismos que me calentaron con los más dulces rayos de su franca amistad? Nunca pensé...

Ildefonse interrumpió el chorro de palabras de Rhialto.

— Sí, sí; quizá hubo algunos errores de procedimiento, pero no olvides nunca que las cosas hubieran podido ser mucho peores de no mediar mis esfuerzos y los de Hache-Moncour.

— ¿De veras? -preguntó fríamente Rhialto-. ¿Estás familiarizado con los Principios Azules?

— Tengo alguna idea de los pasajes importantes -declaró Ildefonse, envarado-. En lo que a las secciones más abstrusas se refiere, no puedo considerarme por supuesto un especialista, pero de todos modos no tienen nada que ver con el asunto.

— ¿Eso crees? -Rhialto extrajo un arrugado documento de color azul-. Te leeré el párrafo C del «Manifiesto Precursor»: El Monstrament, como un edificio perdurable, depende de bloques integrados de sabiduría, cada uno de los cuales sostiene a los demás con vínculos de idéntica fuerza. Quien maximize la solemnidad de algunos pasajes y disminuya otros como triviales o fútiles en beneficio de su propia alegación, será culpable de subversión y desviacionismo, y castigado de acuerdo con el cuadro B, sección 3.

Ildefonse parpadeó.

— De hecho mis observaciones no han sido más que una broma.

— En ese caso, ¿por qué no testificaste que en el momento en que el animal de Gilgad sufrió la paliza, tú y yo estábamos paseando juntos por el río Scaum?

— Esa es una buena pregunta. De hecho, examinándolo fríamente, actué así debido al procedimiento.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Muy sencillo! La pregunta: «¿Paseabas tú con Rhialto por el río Scaum en el momento preciso en que el simiode de Gilgad estaba siendo golpeado?» no fue formulada en ningún momento. Según las reglas de la jurisprudencia, tú habías sido acusado ya de un cierto número de otros

delitos, y mis observaciones no hubieran hecho más que causar confusión.

— ¿Acaso no hay que dar a conocer siempre la verdad? ¿Por qué no preguntaste quién era el que golpeó en realidad al animal, y por qué se identificó como «Rhialto»?

Ildefonse carraspeó.

— Bajo las circunstancias, tal como te he explicado, tales preguntas eran improcedentes.

Rhialto consultó la arrugada copia de los Principios Azules.

— El párrafo K de la sección 2 parece describir tu acción como «omisión voluntaria». Se especifica una dura penalización, quizá demasiado dura..., pero el Adjudicador interpretará la justicia tal como está escrita y aplicará la ley al pie de la letra.

Ildefonse alzó los brazos.

— ¿Llevarás un asunto tan trivial al Hálito del Fader? ¡Las consecuencias están más allá de todo cálculo!

— Citaré un tercer delito. En el saqueo de Falu, mi copia de los Principios Azules fue arrancada de su lugar, desgarrada, estrujada y arrojada al suelo. En este hecho, que está muy claramente prohibido en el párrafo A: «Actos de Traición», todos los conspiradores comparten la culpabilidad, y todos deben ser penalizados por igual. ¡Esto dista mucho de ser un «asunto trivial»! Creí que ibas a compartir mi indignación y que trabajarías conmigo para la restitución y el castigo de los culpables, pero...

— ¡Tus esperanzas han sido validadas! -exclamó Ildefonse-. Estaba a punto de convocar un nuevo cónclave para revisar el veredicto de la última sesión, que ahora parece que fue impulsado por las emociones. ¡Ten paciencia! No es necesario molestar al Adjudicador en su pasividad.

— ¡Convoca el cónclave en este mismo instante! Declara en su apertura que soy inocente de todas las acusaciones, que he sufrido inexcusables perjuicios, y que exijo no sólo la restitución, sino compensación por los daños...

— ¡Ésa es una penalización irrazonada! -exclamó Ildefonse, impresionado.

— Como Preceptor -dijo fríamente Rhialto-, ésa es una decisión que debes tomar tú. De otro modo, será el Adjudicador quien decida las penalizaciones.

Ildefonse suspiró.

— Convocaré el cónclave.

— Anuncia que solamente serán tomadas en consideración dos resoluciones: primera, la restitución y la posición de penalizaciones, que pueden ir del triple al quíntuple del daño, sin que yo oiga protestas ni acusaciones; y segunda, la identificación del malhechor.

Ildefonse gruñó algo para sí mismo, pero Rhialto no le prestó atención.

— ¡Convoca el cónclave! ¡No acepto excusas! ¡Todos deben estar presentes, pues soy un hombre exasperado!

Ildefonse adoptó un aire de falsa aquiescencia.

— Está bien. Pero primero me pondré en contacto con tu único auténtico amigo, aparte de mí.

— ¿A quién te refieres?

— ¡A Hache-Moncour, naturalmente! Solicitaremos ahora mismo su consejo.

Ildefonse se dirigió a una mesa, donde colocó el símil del rostro de Hache-Moncour sobre un par de orificios modelados de forma que representaban un oído y una boca.

— ¡Hache-Moncour Ildefonse hablando a tu oído ¡Tengo noticias importantes para ti! ¡Habla por tu boca!

— ¡Estoy hablando, Ildefonse! ¿Cuáles son tus noticias?

— ¡Rhialto el Prodigioso ha acudido a Boumergarth! Su talante es de duda e intranquilidad. Cree que el cónclave cometió varios errores legales que tienden a viciar sus conclusiones; de hecho, exige una compensación del triple de los perjuicios de todas las partes implicadas. De otro modo amenaza con llevar su caso al Adjudicador.

— Un gran error -dijo la boca-. Un acto de temeraria desesperación.

— Eso es lo que yo le he dicho, pero Rhialto es un hombre obstinado.

— ¿No puedes razonar con él? -dijo la boca-. ¿Es completamente inflexible?

— Ni siquiera he conseguido de él un parpadeo; no hace más que hablar con tediosa repetición del Monstrament y de la imposición de penalizaciones. Parece obsesivamente convencido de que un malhechor...

— ¡Sé más conciso, por favor; mi tiempo es valioso -exclamó Rhialto-. Limítate a convocar el cónclave; no necesitas describir mi turbado espíritu con un detalle tan sardónico.

Furioso, Ildefonse situó diecinueve símiles sobre su dispositivo comunicador. Cubrió la boca para impedir protestas y preguntas, luego, hablando a los diecinueve oídos a la vez, convocó un cónclave inmediato en Boumergarth.

4

Uno a uno, los magos ocuparon sus asientos en el Gran Salón. Hache-Moncour fue el último en llegar. Antes de sentarse habló en un aparte con Herark el Heraldo, con el que mantenía buenas relaciones.

Rhialto, reclinado contra una pared panelada de madera a un lado, observaba sombríamente la llegada de sus antiguos colegas. Nadie excepto Hache-Moncour, que le dedicó una cortés inclinación de cabeza, le dirigió siquiera una mirada.

Ildefonse inició la reunión a la manera habitual, luego miró de soslayo a Rhialto, que seguía guardando silencio. Ildefonse tosió y carraspeó.

— Iré directamente al asunto que nos ha reunido. Rhialto denuncia una confiscación injusta de sus propiedades. Exige su restitución y daños y perjuicios; caso de no obtener satisfacción, afirma que llevará el caso al Adjudicador. Este, en pocas palabras, es el meollo del asunto que nos ha convocado aquí hoy.

Gilgad saltó en pie, con el rostro rojo de ira.

— ¡La postura de Rhialto es grotesca! ¿Cómo puede negar su crimen? ¡Golpeó al pobre Boodis y lo ató entre las ortigas: un acto vil y sin corazón! Lo declaré antes; ¡vuelvo a hacerlo ahora, y nunca retiraré la acusación!

— Yo no golpeé a tu animal -dijo Rhialto.

— ¡Ja, ja! ¡Es muy fácil para ti decirlo! ¿Puedes probarlo?

— Por supuesto. En el momento de ocurrir el incidente yo estaba paseando con Ildefonse junto al río Scaum.

Gilgad se volvió a Ildefonse.

— ¿Es eso cierto?

Ildefonse puso cara hosca.

— Es cierto en todos sus detalles.

— Entonces, ¿por qué no lo dijiste antes?

— No quería llevar más confusión a un caso ya excesivamente turbulento por las emociones.

— Curioso. -Con rostro de circunstancias, Gilgad volvió a sentarse.

Pero Zilifant saltó de inmediato en pie.

— De todos modos, y de forma innegable, Rhialto destruyó mi harquisade con sus plasmas flotantes y dejó un horrible hedor en toda mi propiedad; ¡además, o eso dicen los rumores, alardeó de su puntería, e imputó el hedor a mi persona!

— No hice nada de eso -señaló Rhialto.

— ¡Bah! Las pruebas son claras, directas y sin ambigüedad posible.

— ¿De veras? Mune el Mago y Perdustin estaban ambos en Falu durante el experimento. Me vieron crear cuatro masas de plasma. Una derivó a través de mis delicados zarcillos de silvanissa, sin causar el menor daño. Mune caminó a través de otra y no notó ningún olor. Observamos mientras las cuatro masas se encogían y se convertían en una sucesión de destellos y desaparecían. Ninguna de ellas escapó; ninguna abandonó la zona adyacente a Falu.

Zilifant miró inseguro a Mune el Mago, luego a Perdustin.

— ¿Son ciertas esas alegaciones?

— En una palabra: sí -dijo Mune el Mago.

— ¿Por qué no me informasteis de ellas?

— Puesto que Rhialto era culpable de otros delitos, no pareció importante.

— Para mí sí lo era -dijo Rhialto.

— Es posible que para ti si lo fuera.

— ¿Quién te habló de mis alardes e insultos?

Zilifant miró inseguro a Hache-Moncour.

— No estoy seguro de recordarlo exactamente.

Rhialto se volvió a Ildefonse.

— ¿Cuáles son esos otros crímenes de los que soy culpable?

Hurtiancz respondió al desafío.

— ¡Arrojaste un conjuro sobre mi sombrero! ¡Y tomaste imágenes burlonas del hecho!

— No hice nada de eso.

— Supongo que puedes demostrar lo contrario.

— ¿Qué sugiere la forma en que ocurrieron las cosas?

Evidentemente, el acto fue realizado por la misma persona que golpeó el animal de Gilgad y vandalizó el árbol de Zilifant. Esa persona no fui yo.

Hurtiancz emitió un gruñido.

— Sí, ése parece ser el caso. Retiro la acusación.

Rhialto avanzó unos pasos.

— Bien, ¿qué otros crímenes he cometido?

Nadie habló.

— En ese caso, yo debo formular ahora las contraacusaciones. Acuso a los miembros de esta asociación, individual y conjuntamente, con excepción de mí mismo, de varias felonías.

Rhialto presentó una tablilla a Ildefonse.

— Aquí detallo las acusaciones. Preceptor, ten la bondad de leerlas.

Ildefonse tomó la tablilla con una mueca de desagrado.

— Rhialto, ¿estás seguro de querer ir tan lejos? Se han cometido errores; ¡aceptamos eso! Hagamos todos, tú incluido, virtud de la humildad, y miremos con renovada fe hacia el futuro. Cada uno de tus camaradas te ayudará de la manera que considere más conveniente, y pronto tu situación se verá reparada por sí misma. Rhialto, pon una mano sobre tu corazón y responde sinceramente: ¿no es ésa la mejor manera?

Rhialto dio una entusiasta palmada.

— ¡Ildefonse, como siempre, tu sabiduría es profunda! ¿Por qué, es cierto, debemos meternos en los sórdidos excesos de una acción legal en toda regla? Lo único necesario es que cada miembro de este grupo presente sus disculpas, devuelva mis propiedades más el triple de su valor como daños y perjuicios, y todo volverá a ser como antes. Hache-Moncour, ¿por qué no empiezas tú dando ejemplo?

— Encantado -declaró Hache-Moncour-. De todos modos, desearía antes el compromiso de todos los demás miembros del grupo. Sea cual sea mi opinión particular, debo aguardar el voto general.

— Hurtiancz, ¿qué dices tú? -preguntó Rhialto-. ¿Tienes algún inconveniente en adelantarte y ofrecer tus disculpas?

Hurtiancz murmuró algo incomprensible que se perdió en el aire de la habitación.

Rhialto se volvió a Ildefonse.

— ¿Qué dices tú?

Ildefonse carraspeó.

— Leeré la lista de acusaciones presentadas por Rhialto contra esta asociación. En detalle, estas acusaciones ocupan dieciocho páginas. Primero leeré los encabezamientos:

Titulo Primero: Violación de propiedad.

Título Segundo: Robo, grave.

Título Tercero: Robo, leve.

Título Cuarto: Vandalismo.

Título Quinto: Asalto, en la persona de Frole.

Título Sexto: Difamación.

Título Séptimo: Deshonra del Monstrament, incluyendo desprecio y mutilación premeditados de una copia certificada.

Titulo Octavo: Conspiración para cometer los crímenes arriba mencionados.

Titulo Noveno: Retención premeditada de propiedad robada.

Titulo Décimo: Transgresión de los Principios Azules, tal como son prescritos en el Monstrament.

Ildefonse depositó la tablilla sobre la mesa.

— Luego leeré las acusaciones en toda su extensión, pero en este momento permíteme hacerte una pregunta. esos títulos que he enumerado..., ¿no son excesivos en este caso?

Rhialto se encogió de hombros.

— Describen la mayor parte de los crímenes implicados, pero no todos.

— ¿Cómo es eso? La lista parece incluirlos todos.

— ¿Has olvidado el misterio básico? ¿Quién envió las imágenes que se burlaban de Hurtiancz? ¿Quién colgó el ópalo de la cadena de descarga de mi lavabo y ofendió con ello a Ao? ¿Quién golpeó al animal de Gilgad? ¿Quién destruyó el árbol de Zilifant? ¿No exigen todos estos misterios una solución?

— Realmente, son crípticos -admitió Ildefonse-. Aunque puede tratarse también de una simple coincidencia. ¿No? ¿Rechazas esta teoría? Bien, quizá sí. De todos modos, esas preguntas no están incluidas en tu lista de acusaciones, de modo que carecen de relevancia inmediata.

— Como quieras -dijo Rhialto-. Sugiero que nombres un comité compuesto por Hurtiancz, Ao, Gilgad y Zilifant para seguir con el asunto.

— Todo a su tiempo. Ahora leeremos la lista completa de las acusaciones.

— No es necesario -dijo Rhialto-. La asociación es muy consciente de las acusaciones. Yo tampoco soy inflexible; hay abiertos al menos tres caminos. Primero: el grupo, por unanimidad, puede satisfacer los daños y perjuicios que exijo; segundo: el Preceptor, usando sus poderes ejecutivos, puede imponer las penalizaciones especificadas; o tercero: presentaremos la lista al Adjudicador, para que dicte sentencia según las exactas normas del Monstrament. Ildefonse, ¿tienes la amabilidad de averiguar cuál es el camino que más encaja con el grupo?

Ildefonse lanzó un gruñido gutural.

— Lo que debe ser, debe ser. Propongo que aceptemos las demandas de Rhialto, pese a que ello represente sufrir algunas privaciones menores. ¿Alguien secunda mi proposición?

— ¡Un momento! -Barbanikos se puso en pie de un salto, y su gran mata de pelo blanco se agitó como una llama-. Debo señalar que las penalizaciones invocadas contra Rhialto fueron en parte como censura por su odiosa personalidad, ¡de modo que no puede exigir una restitución completa, y mucho menos daños y perjuicios!

— ¡Bravo! ¡Bravo! -exclamaron Bruma del Mar Wheary y otros.

Animado de este modo, Barbanikos prosiguió:

— Cualquier persona sensible hubiera reconocido la reprimenda por lo que era; hubiera regresado mansamente al grupo, ansioso sólo de reivindicarse. En vez de ello, ¿qué tenemos aquí? ¡Un rostro hosco, unos modales desafiantes, afrentas y amenazas! ¿Es ésta una conducta propia de una persona que acaba de ser decisivamente castigada por sus pares?

Barbanikos hizo una pausa para refrescarse con un sorbo de tónico, luego prosiguió:

— ¡Rhialto no ha aprendido nada! ¡Exhibe la misma desvergüenza que antes! En consecuencia, recomiendo vivamente que sus accesos de cólera sean ignorados. Si prosiguen, sugiero que hagamos que los lacayos lo echen de aquí. Rhialto, te digo esto, y no diré más: ¡Ve con cuidado! ¡Deja que la prudencia te guíe! ¡Serás más feliz si sigues mi consejo! Esa es mi primera observación. En cuanto a la segunda...

— Sí, muy interesante -interrumpió Ildefonse-. Barbanikos, gracias por tus incisivas opiniones.

Barbanikos volvió a sentarse, reluctante. Ildefonse preguntó:

— De nuevo: ¿alguien secunda mi moción?

— Yo secundo la moción -dijo Rhialto-. Veamos ahora quién vota a favor y quién en contra de los Principios Azules.

Hache-Moncour avanzó un paso.

— Todavía hay un punto que debe ser tomado en consideración. En nuestro debate hemos mencionado con frecuencia el Monstrament - ¿Puedo preguntar si alguien está en condiciones de proporcionar al grupo un texto completo, sin lagunas y auténtico? Ildefonse, supongo que tienes ese documento entre tus referencias.

Ildefonse lanzó un gruñido al techo.

— La verdad es que no sabría dónde buscar. Sin embargo, Rhialto nos ha traído aquí este documento como prueba.

— Desgraciadamente, la prueba de Rhialto, arrugada y rota como está, carece de valor. Debemos insistir en una absoluta autenticidad: en este caso, el propio Perciplex. Olvidémonos del dañado documento de Rhialto. Estudiaremos el Monstrament en el Hálito del Fader; entonces, y sólo entonces, podremos votar con convencimiento.

— ¿Planteas eso en forma de moción? -dijo Ildefonse.

— Así es.

— ¡Secundo la moción! -exclamó Herark el Heraldo.

La votación obtuvo casi unanimidad, con sólo las voces calladas de Ildefonse y Rhialto.

Herark se puso en pie.

— Ya es tarde; ¡tenemos poco tiempo! Cada uno de nosotros debe visitar el Hálito del Fader y estudiar el Perciplex tan pronto como pueda. Luego, cuando Ildefonse tenga la seguridad de que todos hemos cumplido con nuestro deber, volverá a convocar el cónclave y consideraremos de nuevo este asunto, en una atmósfera de mayor conciliación, o al menos eso espero.

Rhialto lanzó una irónica carcajada y subió al estrado junto a Ildefonse.

— Quienquiera que lo desee puede ir al Hálito del Fader y comprobar a su comodidad las didácticas teorías de Hache-Moncour. Yo voy a ir ahora a consultar al Adjudicador. ¡Que a nadie se le ocurra probar su magia contra mí! No dejé todos mis conjuros en Falu, y estoy protegido en dimensión.

A Byzant el Necropo no le gustó aquella observación.

— ¡Rhialto, eres un pendenciero! ¿Debe ser molestado el Adjudicador por cada bagatela que surja? ¡Sé generoso, Rhialto!

— ¡Buen consejo! -declaró Rhialto-. Solicitaré clemencia para vosotros en el Hálito del Fader. Ildefonse, la lista de acusaciones, por favor. Y el Adjudicador necesitará también esta lista de nombres.

— Puesto que Rhialto está decidido -dijo Hache-Moncour con voz educada-, me veo en la necesidad de advertirle de los peligros en que incurrirá en el Hálito del Fader. ¡Son muchos y graves!

— ¿De veras? -quiso saber Ildefonse-. ¿Dónde y cómo deberá enfrentarse Rhialto al peligro?

— ¿No está claro? El Monstrament estipula que cualquier persona que presente una copia alterada o dañada de los Principios Azules en su esfuerzo por probar su caso ante la ley es culpable de un crimen reflejado en el cuadro H, y debe ser destruido. Rhialto, tengo que declararlo con reluctancia, ha cometido hoy ese crimen que vicia todo su caso. Acudirá al Adjudicador con peligro de su vida.

Rhialto le frunció el ceño a su copia del Monstrament.

— No veo esa interdicción aquí. Por favor, indícame el párrafo que citas.

Hache-Moncour dio un rápido paso atrás.

— Si lo hiciera, me convertiría en culpable de un crimen idéntico al que estamos discutiendo. Es posible que el párrafo haya resultado destruido por el daño que ha sufrido el documento.

— De lo más curioso -dijo Rhialto.

— Rhialto, tus acusaciones carecen de sentido con este nuevo crimen -señaló Herark-, y debes abandonar tus reclamaciones. Ildefonse, propongo que esta reunión sea anulada.

— No tan aprisa -dijo Ildefonse-. De pronto nos vemos enfrentados a un asunto mucho más complejo. Sugiero que, en vista de la declaración de Hache-Moncour, enviemos un comité al Hálito del Fader, formado por, digamos, yo mismo, Eshmiel, Barbanikos, y quizá Hache-Moncour, para estudiar allá el Monstrament con tranquilidad y cuidado, sin referencia a nuestros pequeños problemas.

— Nos encontraremos allí -dijo Rhialto-. Aunque la afirmación de Hache-Moncour sea correcta, lo cual dudo, no he citado nada del Monstrament dañado, y por lo tanto, soy inocente.

— ¡No tan aprisa! -declaró Hache-Moncour-. Acabas de examinar tu documento espurio y lo has usado para discutir mi afirmación. Tu crimen pasa por delante de cualquier otro, y serás eliminado antes de que puedas formular la primera de tus acusaciones, que por ese mismo hecho quedará sin efecto. Vuelve ahora mismo a Falu. Atribuiremos tu conducta a un desorden mental.

— Este consejo, no importan tus buenas intenciones, carece claramente de persuasión -dijo Ildefonse con tono cansado-. En consecuencia, como Preceptor, decreto que todos los aquí presentes vayamos ahora mismo al Hálito del Fader, para inspeccionar el

Monstrament. Nuestra finalidad es meramente informativa; no molestaremos al Adjudicador. ¡Adelante pues! ¡Todos al Hálito del Fader! Iremos en mi cómodo remolino.

5

El mayestático remolino de Ildefonse volaba hacia el sur. hacia una región de ondulantes colinas en el borde septentrional del Ascolais. Algunos de los magos permanecían en el paseo superior, contemplando las lejanas vistas de aire y nubes; otros se mantenían en la cubierta inferior para poder observar el paisaje que pasaba a sus pies; otros más preferían el confort del salón tapizado en cuero.

Se acercaba el anochecer; la luz casi horizontal dibujaba sorprendentes esquemas de sombras rojas y negras en el paisaje; el Hálito del Fader, una colina algo más alta y más grande que sus compañeras, se alzaba ante ellos.

El remolino se posó en su cima que, expuesta a las embestidas del Fader, el viento del este, era desnuda y pedregosa. Los magos descendieron del vehículo y avanzaron por una terraza circular hacia una estructura exagonal techada con tejas de color azul dorado.

Rhialto había visitado el Hálito del Fader sólo en otra ocasión, por razones de simple curiosidad. El viento del este, el Fader, había agitado su capa mientras se acercaba al templo; tras entrar en el vestíbulo había aguardado unos instantes a que sus ojos se adaptaran a la penumbra, luego había seguido hacia la cámara central.

Un pedestal sostenía el Huevo: un esferoide de casi un metro de diámetro en su parte más ancha. Una abertura en un extremo mostraba el Perciplex, un prisma azul de diez centímetros de altura, grabado con el texto del Monstrament. A través de la abertura el Perciplex proyectaba una imagen del Monstrament en caracteres legibles sobre una losa vertical de dolomita, y tan cargado de magia estaba el Perciplex que se necesitaría un terremoto u otra sacudida semejante para hacerlo volcar, y entonces volvería a ponerse en pie de inmediato, de modo que nunca presentaría una imagen imperfecta o una que pudiera ser confusa para quien lo estuviese contemplando.

Así había sido siempre; así era ahora.

Ildefonse abrió camino a través de la terraza, con Hache-Moncour, erguido y controlado en sus movimientos a un lado, y al otro Hurtiancz en plena gesticulación. Tras ellos iban los demás en un apresurado grupo, con Rhialto avanzando desdeñosamente en retaguardia.

El grupo penetró en el vestíbulo, y luego en la cámara central. Rhialto, desde la parte de atrás, oyó la voz de Hache-Moncour alzarse con

repentina impresión y desánimo, seguida por el entremezclar de otras voces sorprendidas.

Rhialto se abrió paso y vio que todo estaba tal como lo recordaba de su anterior visita: el pedestal sosteniendo el Huevo Judicial, el Perciplex con su resplandor azul, y la proyección del Monstrament sobre la losa de dolomita. Hoy, sin embargo, había una notable diferencia: el texto del Monstrament aparecía a la inversa, como si fuese la imagen en un espejo, en la losa de dolomita.

Rhialto sintió un repentino estremecimiento en su consciencia, y casi al instante oyó el rugido de protesta de Ildefonse.

¡Deshonestidad mala fe! El monitor muestra un hiato[5]! ¿Quién se atreve a invocar un conjuro sobre nosotros?

¡Esto es un ultraje! -declaró Hache-Moncour-. ¡Quienquiera que sea el culpable, que dé un paso adelante y explique su conducta!

Nadie respondió al desafío, pero Mune el Mago exclamó alucinado:

— ¡El Monstrament! ¿No estaba del revés? ¡Ahora aparece en la posición correcta!

— ¡Sorprendente! -dijo Ildefonse-. De lo más sorprendente.

Hache-Moncour miró furioso a sus compañeros.

— ¡Esos sucios trucos son intolerables! ¡Empañan la dignidad de todos nosotros! A su debido tiempo investigaré personalmente el caso, pero ahora nuestra tarea es la trágica determinación de la culpabilidad de Rhialto. Estudiemos el Monstrament.

— ¿No estáis olvidando un hecho tremendamente notable? -dijo Rhialto con fría educación-. El Monstrament fue proyectado a la inversa.

Hache-Moncour miró de Rhialto al Monstrament y del Monstrament a Rhialto, en actitud de desconcertada interrogación.

— ¡Ahora parece tan correcto como siempre! Sospecho que tus ojos te engañaron; entrar en la penumbra desde la luz diurna conduce a menudo a confusiones. ¡Bien, veamos! Con profundo pesar llamo vuestra atención a esta frase de la sección 3, párrafo D, que dice...

[5] Hiato: el conjuro del Estasis Temporal, que afecta a todo e mundo menos a quien lo pronuncia. Todos quedan inmovilizados. Cualquier mago odia terriblemente verse sometido a hiato por otro mago. Se producen demasiados acontecimientos indeseados bajo esas condiciones, de modo que muchos magos llevan siempre consigo monitores para advertirles de cuándo se produce un hiato.

— Un momento -interrumpió Ildefonse-. Yo también vi la proyección a la inversa. ¿También sufrí confusión?

Hache-Moncour lanzó una risa contenida.

— Tales errores no indican ni degeneración ni torpeza; quizá te pasaste en tu comida con el pastel de pasas, o tomaste una jarra de más de tu excelente cerveza ale. ¡Quién sabe! La dispepsia es algo frecuente entre los gordos. ¿Seguimos con nuestro asunto?

— ¡Ni hablar! -declaró Ildefonse con tono brusco-. Volvamos a Boumergarth para una completa investigación de lo que a cada momento resulta ser una situación de lo más desconcertante.

Entre bajos murmullos de conversación, los magos partieron del templo. Rhialto, que se había detenido unos momentos para inspeccionar el huevo, retuvo a Ildefonse hasta que estuvieron solos.

— Puede que te interese saber que éste ni siquiera es el auténtico Perciplex -dijo-. Es una imitación.

— ¿Qué? -exclamó Ildefonse-. ¡Seguro que estás equivocado!

— Míralo tú mismo. Este prisma es demasiado pequeño para el alojamiento. Su talla es burda. Y lo más significativo de todo, el auténtico Perciplex nunca se hubiera proyectado a la inversa. ¡Observa ahora! Sacudiré el huevo y volcaré el prisma. El auténtico Perciplex volvería a ponerse en pie por sí mismo.

Rhialto dio un golpe al Huevo, haciendo que el Perciplex cayera de costado. Quedó en esa posición.

Ildefonse se enfrentó al Huevo.

— ¡Adjudicador! ¡Habla! ¡Es Ildefonse el Preceptor quien lo manda!

No se oyó ninguna respuesta.

— ¡Adjudicador! -llamó de nuevo Ildefonse-. ¡Sarsem! ¡Te lo ordeno: habla!

De nuevo silencio.

Ildefonse se dio la vuelta.

— Volvamos a Boumergarth. El misterio es complejo. Ya no se trata de algo trivial.

— Nunca fue trivial -dijo Rhialto.

— No importa -respondió secamente Ildefonse-. El asunto, en lo que a mí concierne, ha adquirido una nueva dimensión mucho más amplia. ¡A Boumergarth!

6

Reunidos de nuevo en la Gran Sala, los magos iniciaron un coloquio a múltiples voces. Durante un tiempo Ildefonse escuchó los intercambios en cierto modo informales sin hacer ningún comentario, clavando sus pálidos ojos primero en un rostro, luego en otro, mientras tironeaba ocasionalmente de su enmarañada barba.

La discusión empezó a caldearse. El más vehemente era Bruma del Mar Wheary, un hombrecillo de ojos ardientes con una piel verdosa y un entremezclado de amarillentas hojas de sauce en vez de pelo. Moviéndose con gestos y sacudidas irregulares, remarcó sus opiniones con creciente agitación:

— De buen o mal grado, del derecho, del revés, ¡los Azules son los Azules! Como señaló Hache-Moncour, el texto condena sin paliativos la conducta de Rhialto, y eso es todo lo que debemos tener en cuenta. ¡No me importaría ponerme cabeza abajo para leer esas noticias, o mirar a través de un espejo, o atisbar desde detrás de mi pañuelo! -Y Bruma siguió hablando, más fervientemente cada vez, hasta que los demás empezaron a temer que se hiciera daño a sí mismo en su paroxismo, o incluso llegara a pronunciar alguna terrible maldición que los incluyera a todos y los dejara indefensos. Finalmente, Ildefonse invocó el conjuro del Suave Silencio, de modo que, aunque Bruma siguió despotricando como antes, ya no podía oírse su voz, ni siquiera él podía oírla, y finalmente regresó a su lugar.

El corpulento Dulce-Lolo, con sus suaves rasgos, analizó la peculiar inversión de la proyección.

— Sospecho que Sarsem el Adjudicador fue descuidado y permitió que el Perciplex se proyectara a la inversa; luego, al observar nuestra consternación, lanzo sobre nosotros un hiato y volvió el Perciplex a su posición correcta.

Ildefonse se puso violentamente en pie en su estrado.

— Debo hacer un anuncio importante. El prisma que visteis esta noche es falso: un fraude, una imitación. El tema de la inversión es irrelevante.

Darvilk el Miaanther, normalmente taciturno, emitió una furiosa exclamación.

— Entonces, ¿por qué, utilizando toda tu pomposa autoridad, nos has arrastrado hasta el Hálito del Fader, simplemente para inspeccionar lo que ahora afirmas que es una falsificación?

— La pregunta del Miaanther da en la diana, Ildefonse -señaló Shrue-. Tu conducta merece un reproche.

Ildefonse alzó los brazos al cielo.

— ¡No estamos centrándonos en la cuestión! Repito de nuevo: el Monstrament, la base de nuestra asociación, ¡ha desaparecido del Huevo Judicial! Estamos sin ley; estamos tan desnudos como el propio Huevo sin nada en su interior. No podemos permitirnos pasar un día más sin elaborar una estrategia protectora.

— ¡Ildefonse, querido amigo! -dijo Hache-Moncour con una sonrisa gentil-. ¿Debes calificarlo como un cataclismo con esa brutal desesperación? ¡Nuestra asociación se basa en la sabiduría de sus miembros!

— Predigo una explicación simple al aparente misterio -señaló Vermoulian el Caminante de Sueños-. Es posible que Sarsem haya retirado el Perciplex para proceder a su limpieza, y haya dejado temporalmente un simulacro en su lugar.

— Ésta debe ser la explicación, por supuesto -dijo Hache-Moncour-. Mientras tanto, el simulacro puede ser utilizado según las necesidades.

— ¡Exacto! -exclamó Hurtiancz-. Y no olvidéis nunca que, haciendo uso de esa versión, aunque sea un simulacro, trabamos la ferocidad animal de Rhialto y reprimimos sus insensatas demandas.

Ildefonse dio unos martillazos en su podio.

— Hurtiancz, tus observaciones están fuera de lugar. Si recuerdas bien, Rhialto ha sostenido con firmeza su conducta, y cuando eso era imposible, simplemente ha negado los hechos.

— Yo me he limitado a dar voz al consenso -murmuró Hurtiancz.

— Tus observaciones no son apropiadas en esta ocasión. Rhialto, no has dicho nada: ¿cuál es tu opinión?

— Todavía no estoy preparado para hablar.

— Shrue, ¿tú que dices?

— Sólo esto: a falta del auténtico Monstrament, todas las resoluciones legales deben posponerse. En la práctica, el statu quo debe ser considerado como definitivo y final.

— Nahourezzin: ¿qué piensas tú?

Nahourezzin, conocido en la Antigua Romarth como «Tristón el Atigrado», estaba meditando ya en los posibles desarrollos futuros de aquellos hechos.

— Si el Perciplex ha desaparecido realmente, entonces debemos crear un nuevo Monstrament, utilizando el simulacro como base, al que deberemos llamar los Principios Naranjas.

— O Verdes Limo -sugirió Dulce-Lolo. O incluso Rosas Púrpura, que sugieran a la vez esplendor y pompa.

— La sugerencia carece de méritos -dijo Ildefonse-. ¿Para qué crear un nuevo documento de algún color no familiar, cuando los Principios Azules nos han servido perfectamente hasta ahora? El documento de Rhialto, aunque ligeramente estropeado, nos servirá por el momento.

Hurtiancz se levantó de nuevo de un salto para pedir la palabra.

— ¡Si aceptamos el documento de Rhialto, entonces sus acusaciones prevalecerán! Con un nuevo Perciplex basado en el simulacro, todas las reclamaciones anteriores, incluidas la demanda de Rhialto de triples daños y perjuicios, son repudiadas, y Rhialto, lo quiera o no, deberá pagar la penalización por sus actos impropios.

— ¡Un punto importante a tener en cuenta! -exclamó Tchamast-. Hurtiancz ha abierto un amplio camino a través de esta jungla de verbosidad; ha hincado sus admirables dientes en el meollo mismo del asunto. -Con ello Tchamast hacía referencia a los rubíes exquisitamente tallados que reemplazaban los dientes originales de Hurtiancz; y Hurtiancz inclinó la cabeza en reconocimiento del cumplido.

Vermoulian el Caminante de Sueños, una persona alta y delgada como un alambre, con una alta cresta de fino pelo negro como la aleta dorsal de un pez vela, no era conocido por su locuacidad. Sus abultados ojos tendían a mirar desenfocados más allá de la prominencia ósea de su nariz, y a menudo se veían oscurecidos por una membrana nictitante que a todas luces servia para alguna finalidad útil mientras caminaba por los sueños. En la fase punitiva del juicio contra Rhialto, había adquirido un espléndido glosolario que, traduciendo los más corruptos charloteos a un habla común claramente comprensible, le servía estupendamente en la práctica de su vocación. En cualquier caso, y por la razón que fuera, Vermoulian se puso en pie y habló con voz seca y precisa:

¡Pongo la tesis de Hurtiancz en forma de moción!

— Ese no es el procedimiento regular -declaró Ildefonse-. ¡Nuestra tarea ahora es averiguar lo que le ha ocurrido al Perciplex Azul! ¡No debemos desviarnos!

Hache-Moncour avanzó unos pasos.

— ¡Apoyo las palabras de Ildefonse! Voy a iniciar una completa, profunda y exhaustiva investigación sobre este deplorable asunto, y que las cosas salgan por donde salgan. Mientras tanto, nuestros asuntos normales deben seguir su curso, por lo que sugiero al Preceptor que, en vista de esto, acepte la moción de Vermoulian.

Rhialto miró a Ildefonse. Se llevó una mano a la boca como para ahogar un bostezo, haciendo al mismo tiempo una señal secreta. Ildefonse no pudo evitar una mueca de desagrado, pero pese a todo invocó el conjuro de la Estasis Temporal.

7

Rhialto e Ildefonse inspeccionaron la sala donde sus asociados permanecían de pie o sentados en congeladas posturas.

— Esto es un engorro -gruñó Ildefonse-. Todo el mundo en el grupo lleva un monitor, a fin de no ser engañado por sus amigos. Ahora debemos buscar esos monitores y ajustarlos para que el engaño tenga éxito.

— No importa demasiado. He desarrollado una nueva técnica que engaña fácilmente a los monitores. Sólo necesito un par de quampics y un sandestin bifaulgulado de ojos rojos.

Ildefonse trajo un objeto de forma excéntrica derivado de una fulgurita. Por una abertura miraba un pequeño rostro con unos ojos tan rojos como grosellas.

— Este es Osherl -dijo Ildefonse-. No es bifaulgulado, pero es listo y rápido, aunque a veces su humor sufra cambios intempestivos. Está sometido por un compromiso de cinco puntos.

— La cifra es demasiado alta -dijo Osherl-. Se ha cometido un error en algún lugar.

— Creo que la cifra es válida y justa -dijo Ildefonse-. De todos modos, a su debido tiempo verificaré mis registros.

— ¿Te sientes ansioso por reducir tu compromiso? -preguntó Rhialto a Osherl.

— Naturalmente.

— Un simple «sí» o «no» será suficiente.

— Lo que tú digas; para mi no tiene importancia.

— Hoy, Ildefonse y yo nos sentimos generosos -prosiguió Rhialto-. A cambio de unas cuantas tareas sin importancia, estamos dispuestos a rebajarte todo un punto...

— ¿Qué? -rugió Ildefonse-. Rhialto, distribuyes los puntos entre mis sandestins con una excesiva prodigalidad!

— Es para una buena causa -dijo Rhialto-. Recuerda, pretendo imponer triples daños y perjuicios, con confiscación total al menos en un caso. Estipularé ahora y aquí que el hecho de que te apoderaras de mis piedras IOUN fue motivado por tu deseo de salvaguardarlas, y por lo tanto no sujeto a las previsiones punitivas que serán aplicadas en los demás casos.

— Eso ha quedado completamente asentado -dijo Ildefonse, algo más apaciguado-. Trata con Osherl como mejor creas.

— Un sólo punto no es mucho... -dijo Osherl, persuasivo.

Rhialto se volvió a Ildefonse.

— Osherl parece cansado y lánguido. Será mejor que utilicemos a otro sandestin con más celo.

— Quizás he hablado apresuradamente -dijo de inmediato Osherl-. ¿Qué es lo que queréis que haga?

— Primero, visita a cada una de las personas atrapadas por la estasis, y utiliza esos quampics para ajustar cada monitor de modo que ninguno de ellos registre esta estasis en particular.

— Eso no representa mucho trabajo. -Una sombra gris aleteó por la estancia-. Ya está hecho, y acabo de ganar todo un punto.

— Todavía no -dijo Rhialto-. El punto será tuyo después de que hayas realizado todas las tareas.

Osherl gruñó decepcionado.

— Sospeché algo así.

— De todos modos, has empezado bien -dijo Ildefonse-. ¿Ves cómo las cosas funcionan perfectamente entre seres que se entienden?

— Sólo funcionan perfectamente cuando tú eres generoso con tus puntos -dijo Osherl-. ¿Ahora qué?

— Ahora irás a cada mago por turno -dijo Rhialto-. Con gran cuidado, retirarás el polvo, todo lo que encuentres pegado y los detritus de cualquier tipo de las botas de cada uno de ellos, incluidos Ildefonse y yo. Colocarás lo obtenido de cada par de botas en un frasco separado, identificado adecuadamente con el nombre del mago al que corresponda.

— No sé ninguno de vuestros nombres -gruñó Osherl-. Todos me parecéis iguales.

— Coloca lo que obtengas en una serie de frascos etiquetados. Yo te diré los nombres. El primero es Herark el Heraldo... Ao de los Ópalos... Perdustin... Dulce-Lolo... Shrue... -Rhialto fue nombrando a cada uno de los magos, y al instante un frasco conteniendo el polvo y los restos de cosas pegadas, en mayor o menor cantidad, apareció sobre la mesa, uno tras otro.

— De nuevo no ha sido un gran trabajo -dijo Osherl-. ¿Y ahora qué?

— La siguiente tarea puede que te lleve o no lejos de aquí -dijo Rhialto-. En cualquier caso, no te entretengas por el camino, pues de nuestros descubrimientos pueden derivarse importantes consecuencias.

— Para un escarabajo pelotero, un montón de excrementos de brontosauro es un asunto de importancia capital -dijo Osherl.

Rhialto frunció el ceño.

— Tanto Ildefonse como yo nos sentimos perplejos por la alusión. ¿Te importaría explicarte?

— El concepto es abstracto -dijo Osherl-. ¿Cuál es la tarea?

— El Adjudicador en el Hálito del Fader, conocido por nosotros como Sarsem, se halla ausente de su puesto. Tráemelo a consulta.

— ¿Por un sólo punto? El equilibrio empieza a ser desigual.

— ¿Cómo es eso? Te pido que me localices a un único sandestin.

— El proceso es tedioso. Primero debo ir La, allá tirar de lo que podríamos llamar las colas de diez mil sandestins, luego escuchar la exclamación característica de Sarsem.

— No importa -dijo Ildefonse-. Todo un punto es algo digno de ser tenido en cuenta; te lo habrás ganado bien y honradamente.

— Te diré esto -añadió Rhialto-: si nuestro asunto funciona bien, no tendrás motivo de queja. ¡Pero recuerda, no prometo nada!

— Muy bien. Pero debes disolver la estasis; cabalgo en el flujo del tiempo como un marinero navega a vela.

— ¡Una última palabra! ¡El tiempo es esencial! Para vosotros, un segundo difiere poco de un siglo; nosotros somos mucho más sensibles a este respecto. ¡Ve rápido!

— ¡Espera! -exclamó Rhialto-. Debemos ocultar los frascos de polvo. Hurtiancz tiene ojos de halcón, y puede hacerse preguntas si ve un frasco de polvo etiquetado con su nombre. ¡Bajo ese banco! Muy bien... ¡Ildefonse, recuerda: debemos terminar este coloquio lo más aprisa posible!

— De acuerdo. ¿Estás preparado?

— ¡Todavía no! ¡Aún queda algo! -Rhialto recuperó el glosolario que Vermoulian había obtenido de Falu; luego Rhialto e Ildefonse, trabajando conjuntamente y riendo como escolares, modelaron un simulacro del glosolario, cambiando el vocabulario de modo que contuviera no un lenguaje claro y preciso sino absurdos, insultos y flagrantes tonterías. Este nuevo glosolario falso fue depositado entre las pertenencias de Vermoulian.

— ¡Ahora estoy listo! -dijo Rhialto.

Ildefonse alzó el conjuro, y la conferencia prosiguió como si no hubiera sido interrumpida en ningún momento.

Las palabras de Hache-Moncour colgaban en el aire:

— ...que, en vista de esto, acepte la moción de Vermoulian.

Rhialto saltó en pie.

— Propongo la moción de que esta reunión sea pospuesta hasta el momento en que Hache-Moncour haya completado su investigación. Entonces dispondremos de toda la información necesaria sobre la que basar nuestra búsqueda.

Vermoulian emitió un gruñido de protesta; Ildefonse declaró rápidamente:

— Vermoulian secunda la moción; ¿estáis todos a favor? Nadie parece oponerse; la moción es aceptada, y la reunión queda aplazada hasta que Hache-Moncour informe de lo que haya averiguado. Pronto se hará oscuro, de modo que voy a retirarme. A todos: buenas noches.

Lanzando hoscas miradas hacia Rhialto, los magos se fueron de Boumergarth, cada cual en su respectiva dirección.

8

Rhialto e Ildefonse fueron al pequeño estudio. Ildefonse dispuso dos guardias-espía, y durante un tiempo los dos hombres permanecieron sentados bebiendo vino con los pies alzados al calor del fuego.

— Un maldito asunto -dijo al fin Ildefonse-. ¡Deja un sabor peor que el de un archivolte! Esperemos poder hallar guía en el polvo de tus frascos o en el testimonio de Sarsem. Si no, no dispondremos de ninguna base para actuar.

Rhialto aferró los brazos de su sillón.

— ¿Estudiamos los frascos? ¿O prefieres descansar?

Ildefonse se puso trabajosamente en pie.

— ¡No conozco el cansancio! -declaró-. ¡A la sala de trabajo! Estudiaremos cada grano de polvo bajo el pantavista: arriba, abajo, delante, detrás..., ¡hasta que finalmente grite su historia! Luego remacharemos el clavo con el testimonio de Sarsem.

Los dos hombres se dirigieron a la sala de trabajo.

— ¡Bien! -declaró Ildefonse-. ¡Veamos tus famosos frascos! -Examinó el contenido de varios-. No espero deducir nada de todas esas materias heterogéneas.

— Eso falta por ver -dijo Rhialto-. Necesitaremos tu mejor pantavista amplificador macrótico, y luego tu última edición de Materias características: Polvos y micromotas de los últimos eones.

— Me anticipé a ti -dijo Ildefonse-. Está todo a mano. Voy a encargar también un clasificador, para hacer menos tedioso nuestro trabajo.

— Excelente.

La investigación prosiguió con fácil eficiencia. Uno a uno, los frascos fueron vaciados y su contenido examinado, identificado, graduado y clasificado.

A media mañana el trabajo estaba terminado, y los dos agotados magos salieron a la terraza para descansar y comer algo.

En opinión de Ildefonse, el trabajo había dado poco de sí, y su humor era lúgubre. Finalmente dijo:

— En lineas generales, nos enfrentamos a ambigüedades. No podemos ni probar ni dejar de probar; los «extraordinarios» son demasiados: específicamente, los polvos de Vermoulian, Hurtiancz, Hache-Moncour, Dulce-Lolo y Byzant. Además, los «extraordinarios» pueden ser simplemente casos especiales de «ordinarios», mientras que los «ordinarios» pueden asociarse con acciones crípticas más allá de nuestra detección.

Rhialto asintió.

— ¡Tus indicaciones son precisas! De todos modos, no comparto tu pesimismo. Cada «extraordinario» cuenta su propia historia, excepto en un caso.

— ¡Ajá! Te refieres a Vermoulian, puesto que el polvo de sus botas es único en forma, color y complejidad, y distinto de cualquier cosa clasificada en el catálogo.

Rhialto, sonriente, agitó la cabeza de forma negativa.

— No me refiero a Vermoulian. En este caso en particular es probable que estemos investigando polvo de sueños, extraído de cualquiera de sus paisajes oníricos. Los catálogos, comprensiblemente, no se ocupan de ellos. En cuanto a Hurtiancz, utiliza polvo medicinal para aliviar una infección fungoide de los dedos de sus pies, y podemos situarlo con confianza en la lista de los «ordinarios». El polvo de Byzant es en su mayor parte polvo de fosfatos calcáreos, derivados evidentemente de su campo de intereses, que el catálogo ignora también. En cuando a las sorprendentes partículas multicolores de Dulce-Lolo, te recuerdo que su papel en una reciente «Charada de la Locura» exigía que se pintara los pies representando cada uno un grotesco rostro.

Ildefonse miró sorprendido a Rhialto.

— ¿Y con qué finalidad haría eso?

— Tengo entendido que el papel de Dulce-Lolo en la representación le exigía que, reclinado de espaldas, agitara los pies en alto mientras recitaba su diálogo con dos voces distintas, falsete y bajo. Evidentemente algunas partículas del pigmento quedaron pegadas a sus botas, y en consecuencia debo considerarlo, al menos para nuestra perspectiva inmediata, como «ordinario».

— ¿Y qué hay de Hache-Moncour?

— Su polvo, siendo «extraordinario», puede o no puede ser instructivo. Carecemos de elementos críticos de información en ese sentido: ¿es Hache-Moncour un aficionado a las cavernas y a las cámaras subterráneas?

Ildefonse se tironeó la barba.

— No por lo que sé, pero eso significa poco. Hasta la semana pasada no me di cuenta, por ejemplo, de que Zahoulik-Khuntze es un Anciano del Eje y Controlador de su propio infinito.

— ¡Extraño pero interesante! Volviendo a Hache-Moncour, sus botas estaban manchadas con un polvo singular, descubierto solamente en unos pocos lugares subterráneos del mundo.

— Hummm. El hecho puede significar mucho, o nada.

— Sin embargo, mis sospechas se inclinan hacia Hache-Moncour.

Ildefonse lanzó un gruñido que no comprometía a nada.

— Para validar nuestras pruebas debemos aguardar a Sarsem y oír su historia.

— Eso no hace falta decirlo. ¿Osherl informará tan pronto como le sea posible?

— Eso espero al menos. -Ildefonse miró pensativo hacia la sala de trabajo-. Discúlpame un momento.

Ildefonse abandonó la terraza, y casi inmediatamente se oyeron sonidos de disputa de la sala de trabajo. Finalmente Ildefonse regresó a la terraza, seguido por Osherl y un segundo sandestin que utilizaba el aspecto de una demacrada criatura de aspecto pajaril, de metro ochenta de altura.

— ¡Observa a estas dos criaturas! -dijo Ildefonse con tono irritado-. Pueden recorrer el cronoplex tan fácilmente como tú o yo podemos caminar alrededor de esta mesa; sin embargo, ni siquiera se les ocurre anunciar su presencia a su llegada. Encontré a Osherl dormido en su fulgurita y a Sarsem perchado en los estantes.

— Subestimas nuestros intelectos -restalló Osherl-. Las personas de tu raza son impredecibles; debe tratarse con ellas sobre la base de la exactitud. He aprendido a no actuar nunca sin instrucciones explícitas. Si hiciera de otro modo, tus quejas serían peores que las de ahora. Me enviaste a una misión desde la sala de trabajo; una vez cumplida esa misión, volví a la sala de trabajo. Si deseabas que te molestara en vuestras vulgares ingestiones, hubieras debido decírmelo claramente.

Ildefonse hinchó los carrillos.

— ¡Detecto algo más que un rastro de insolencia en estas observaciones!

— No importa -dijo Rhialto-. Ha traído a Sarsem, y eso era lo que le habíamos pedido. En líneas generales, Osherl, has actuado bien.

— ¿Y el punto de mi compromiso?

— Depende mucho del testimonio de Sarsem. Sarsem, ¿quieres sentarte?

— Con este aspecto, considero más conveniente permanecer de pie.

— Entonces, ¿por qué no cambias a una forma humana y te unes a nosotros en la mesa?

— Ésa es una buena idea. -Sarsem se convirtió en un desnudo joven asexuado, recubierto de escamas lavanda con mechones de pelo púrpura como pompones en su espalda. Se sentó a la mesa, pero declinó tomar nada.

— Este aspecto humano, aunque típico, no deja de ser después de todo un aspecto. Si tuviera que ingerir estas cosas, seguro que iba a sentirme mal.

— Como quieras. Vayamos al asunto. ¿Dónde está el Perciplex Azul que se supone debías custodiar?

— ¿Te refieres al prisma azul que reposa sobre el pedestal? -preguntó Sarsem con cautela-. Encontrarás ese objeto, como siempre, en su lugar habitual.

— ¿Y por qué has desertado de tu puesto?

— ¡Por un motivo muy simple! Uno de los de tu raza trajo un nuevo Perciplex oficial para reemplazar la versión obsoleta, que había perdido su efecto.

Rhialto dejó escapar una risa hueca.

— ¿Y cómo sabes que eso era cierto?

— Por las afirmaciones de vuestro representante.

— Sarsem se repantigó en su silla-. Pero ahora que pienso en el asunto, con la muerte del sol a apenas un paso, un nuevo Perciplex parece un refinamiento sin objeto.

— ¿Y qué pasó a continuación?

— Señalé la carga que iba a representar para mí el custodiar dos objetos sagrados en vez de uno. El nuevo, se me dijo, ocuparía el lugar del

viejo, y vuestro representante se llevaría el antiguo a un lugar de reverente seguridad. Mientras tanto, mis servicios ya no eran necesarios.

Rhialto se inclinó hacia delante.

— Sin duda se discutió el asunto de los puntos del compromiso.

— Recuerdo haber discutido algo al respecto.

— ¿En qué número y grado?

— En una apreciable proporción: de hecho, todos.

— ¿Cómo es posible cuando tu chug[6] reside en mi sala de trabajo?

Sarsem frunció el ceño.

— Es posible.

Como movido por una repentina idea, Ildefonse saltó en pie y abandonó la terraza. Regresó un momento más tarde y se dejó caer en su silla. Con expresión taciturna dijo a Rhialto:

— El chug de Sarsem no está. ¿Has oído alguna vez algo parecido?

Rhialto reflexionó.

— ¿Cuándo puede haber ocurrido eso?

— Evidentemente durante la estasis temporal: ¿en qué otro momento? -Ildefonse se volvió a Sarsem-. ¡Hemos sido engañados los dos! ¡La reducción de los puntos de tu compromiso no fue autorizada! ¡Has sido víctima de una broma cruel! ¡La reducción es nula y sin efecto, y nosotros hemos perdido el Perciplex! Sarsem, no esperes ningún tipo de alabanza.

— ¡Ja, ja! -exclamó Sarsem, agitando un pálido índice naranja en el que resplandecía una uña plateada-. ¡Todavía hay más! ¡No soy el estúpido por el que me tomas!

— ¿Cómo, y en qué sentido?

— Soy ese tipo raro de individuo que puede escrutar instantáneamente todos los ángulos de una situación. Sin referencia a mis

[6] Chug: un subtipo semiinteligente de sandestin, que, por un sistema demasiado complicado para representarlo detalladamente, trabaja para controlar a los sandestins. Incluso la utilización de la palabra «chug» resulta repelente al sandestin.

motivos, decidí retener el antiguo Perciplex dentro del alcance de mi vigilancia.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Bravo, Sarsem!

— Así pues, tu representante...

— Habla con menos alegría, Sarsem. Esa persona no era mi representante.

— ... mientras esa persona estaba temporalmente distraída, coloqué el viejo prisma a buen recaudo. De todos modos, esa persona, de cuya buena fe dudas, no puede ser considerada como un irresponsable.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque, como yo, se sentía preocupada por la seguridad del viejo Perciplex, y no descansó hasta que averiguó dónde lo había colocado yo.

Rhialto gruñó.

— ¿Dentro de los confines de una caverna?

— Sí; ¿cómo lo sabes?

— No carecemos de recursos. ¡En resumen, entregaste el Perciplex al criminal!

— En absoluto. Situé el prisma en un lugar bien conocido por mí, accesible solamente a través de una pequeña y estrecha fisura. Para doble seguridad, revertí el objeto al decimosexto eón.

— ¿Y cómo sabes que el criminal no revirtió también a esa era y tomó el Perciplex?

— ¿Acaso puede pasar por una fisura en la que tú ni siquiera podrías meter la mano? ¿Especialmente teniendo en cuenta que he mantenido esa abertura bajo mi constante vigilancia desde entonces hasta ahora, como tú puedes vigilar la superficie de esta mesa? Nada ha entrado ni salido por ella. Ergo, según el más puro racionalismo, el Perciplex reposa en su lugar subterráneo, tan seguro como siempre.

Rhialto se puso en pie.

— Ven: ¡vayamos de nuevo al Hálito del Fader! Tendrás que volver a la lisura del decimosexto eón y recuperar el Perciplex. Ildefonse, ¿estás preparado? Llama a tu pequeño vehículo aéreo.

9

Rhialto, Ildefonse y Sarsem estaban de pie, desconsolados, en la cima del Hálito del Fader. Sarsem dijo con voz turbada:

— ¡Un dilema de lo más desconcertante! He buscado en la fisura sin éxito; garantizo que el Perciplex no abandonó su lugar por este camino. Admito mi perplejidad.

— ¿Puede haber algún otro camino que conduzca al interior de la caverna? -sugirió Rhialto.

— La idea es plausible -admitió Sarsem-. Haré una revisión a lo largo de los eones.

Al cabo de un tiempo Sarsem regresó a rendir su informe.

— La cueva se abrió al valle por un breve período durante el decimosexto eón. La entrada no es visible ahora. Esta es una buena noticia, puesto que si yo me siento un tanto desconcertado, nuestro antagonista debe estar loco de perplejidad.

— No necesariamente -objetó Rhialto.

Sarsem miró hacia uno y otro lado.

— En el decimosexto eón, según recuerdo, se erguían tres riscos negros por este lado, y un río desembocaba en el valle procedente del este... Por aquel entonces el Hálito del Fader era un alto pico que desafiaba las tormentas... Ahora estoy orientado. Debemos descender hasta el valle de allá.

Sarsem abrió camino descendiendo una desolada ladera hasta el lecho de un antiguo río cegado ahora por piedras caídas.

— Las cosas han cambiado mucho -dijo Sarsem- Un risco con la forma de un cuerno de skatler se alzaba allí, y otro aquí, y otro en ese lado, donde ahora no veis más que unos montículos redondeados. Quizá entre esas rocas... Este es el lugar, aunque la entrada está cegada por los detritus. Echaos a un lado; sesgaré los latíferos para permitir el acceso.

Sarsem hizo que latiera una pulsación a lo largo de la ladera de la colina, haciendo deslizarse todos los escombros que llenaban la ladera y revelando una abertura que conducía al interior de la montaña.

Entraron los tres. Ildefonse envió un flujo de luz al interior del pasadizo y echó a andar, pero Rhialto le retuvo.

— ¡Un momento! -Señaló una doble hilera de huellas de pisadas en la fina arena que cubría el suelo de la caverna-. Sarsem, ¿dejaste tú estas marcas?

— ¡Yo no! Cuando abandoné la caverna, la arena presentaba una superficie completamente lisa.

— Entonces deduzco que alguien ha entrado en ella después de tu partida. Esta persona debe haber sido Hache-Moncour, a juzgar por la prueba de sus botas.

Sarsem derivó al interior de la caverna, sin dejar huellas en la arena. Regresó casi inmediatamente.

— El Perciplex no está donde lo dejé.

Rhialto e Ildefonse se envararon.

— Esas son malas noticias -dijo Ildefonse-. No has cumplido con la tarea que se te había asignado.

— Vayamos a lo práctico-dijo Rhialto-. ¿Dónde está ahora el Perciplex? ¿En el pasado, en el presente, o ha sido destruido?

— ¿Quién puede ser tan irresponsable como para destruir los Azules? -murmuró Ildefonse-. Ni siquiera un archivolte. Creo que el Perciplex ha de estar en alguna parte.

— Me siento inclinado a admitirlo también -dijo Rhialto-. Sarsem, respecto a estas huellas: por su dirección parece que fueron formadas antes de que la boca de la caverna resultara cegada es decir, en el decimosexto eón.

— Cierto. También puedo decir esto: si fueron hechas por alguien que esperaba hallar el Perciplex, fracasó en su intento. Las huellas entran en la caverna, pasan por delante del nicho donde oculté el prisma, prosiguen hasta la caverna central, van de un lado para otro como si buscaran algo, luego se marchan a grandes zancadas que indican un furioso fracaso. El Perciplex fue retirado de la caverna antes de las huellas.

Rhialto se volvió a Ildefonse.

— Si recuerdas, Hache-Moncour vino a Boumergarth con el polvo subterráneo pegado aún a sus botas. A menos que encontrara el Perciplex al abandonar la cueva, fracasó en su misión.

— ¡Convincente! -dijo Ildefonse-. ¿Quién tomó entonces el Perciplex?

— Sarsem, tu conducta lo ha sido todo menos juiciosa -dijo seriamente Rhialto-. ¿Necesito recordártelo?

— ¡No necesitas decir nada! ¡En tu irritación, libérame de mi compromiso! La humillación será un castigo suficientemente abrumador.

— No somos tan crueles -dijo Ildefonse-. Preferimos que enmiendes tus errores recuperando para nosotros el Perciplex.

El rostro lavanda de Sarsem pareció hundirse.

— Lamento tener que decepcionaros una segunda vez. No puedo regresar al decimosexto eón, porque ya estoy allí.

— ¿Qué? -Ildefonse alzó sus hirsutas cejas-. No entiendo.

— No importa -dijo Sarsem-. Los impedimentos son definitivos.

— Hummm -gruñó Ildefonse-. Nos hallamos ante un problema.

— Veo una única solución -afirmó Rhialto-. El Preceptor debe retroceder hasta el decimosexto eón para recuperar el Perciplex. ¡Ildefonse, prepárate! Y luego...

— ¡Alto! -exclamó Ildefonse-. ¿Has echado a un lado ese racionalismo que hubo un tiempo marcó tu forma de pensar? ¡No puedo abandonar el ahora mientras un torbellino amenaza la asociación! Con tus agudos ojos y tu rara inteligencia, ¡tú eres el hombre ideal para recuperar lo que se ha perdido! Sarsem, ¿no apoyas tú mi punto de vista?

— En estos momentos mis pensamientos carecen de profundidad -dijo Sarsem-. De todos modos, algo sí está claro: quien más ansiosamente desee devolver el antiguo Perciplex a su lugar es quien debe recuperarlo del pasado.

Rhialto suspiró.

— El pobre Sarsem es, desde casi cualquier punto de vista posible, un débil mental; sin embargo, en este caso, ha sabido plantear nuestra actual situación en su más estricta desnudez. Si debo ir, iré.

Los tres regresaron a Boumergarth. Rhialto se dedicó a efectuar una serie de cuidadosos preparativos, metiendo en su mochila su glosolario, monedas proliferantes, un catálogo de conjuros sencillos, y a Osherl encerrado en una cáscara de nuez.

Ildefonse mostraba una ilimitada confianza.

— Después de todo, se trata de una simple y agradable aventura -le dijo a Rhialto-. Irás a la región de Shir-Shan, que por aquel tiempo era considerada el centro del universo. El Gran Gacetero lista solamente a seis magos en activo, el más cercano de los cuales se halla muy al norte, en la actual región de Cutz. Una criatura voladora conocida como el «dyvolt» es dueña de los cielos; se parece al pelgrane, con un largo cuerno nasal, y utiliza el idioma común. Deberás tener en cuenta tres reglas de

conducta social: el cinto se ata a la izquierda; sólo los acróbatas, actores y fabricantes de salchichas utilizan el amarillo; las uvas se comen con cuchillo y tenedor.

Rhialto retrocedió, irritado.

— No tengo intención de comer ni una sola vez en Shir-Shan. Quizá, después de todo, fuese más conveniente que fueras tu.

— ¡Imposible! ¡Tú eres el hombre ideal para el trabajo! Sólo necesitas retroceder hasta allá, tomar el Perciplex, luego regresar al presente. ¡Bien, Rhialto! ¿Estás preparado?

— ¡En absoluto! ¿Cómo lo haré para regresar al presente?

— ¡Una buena pregunta! -Ildefonse se volvió a Sarsem-. ¿Cuál es exactamente el proceso?

— Eso se halla fuera de mis capacidades -dijo Sarsem-. Puedo proyectar a Rhialto a cualquier número de eones en el pasado, pero luego es cosa suya hacer los arreglos necesarios para volver.

— ¡Rhialto, no seas impaciente! -dijo Ildefonse-. ¡Sarsem, responde! ¿Cómo debe hacer Rhialto para regresar?

— Supongo que tendrá que confiar en Osherl.

— ¡Bien! -dijo Ildefonse-. O estoy muy equivocado, o puede confiarse en Osherl a este respecto.

Así pues, se hicieron los preparativos. Rhialto estuvo pronto listo, sin olvidar cambiar su cinto amarillo atado a la derecha por un cinto negro de buena calidad atado a la izquierda. Osherl se metió dentro de la cáscara de nuez, y los dos fueron revertidos al pasado.

10

Rhialto se encontró de pronto bañado en una cálida luz solar de complicado color: un naranja rosado con la textura de la piel del melocotón, teñido de rojizo y blanco rojizo. Estaba en un valle rodeado por abruptos riscos que se alzaban más de un kilómetro en el aire. El pico que más tarde sería conocido como el Hálito del Fader se erguía por encima de todos los demás, con la cima oculta por un anillo de blancas nubes.

La perspectiva era a la vez grandiosa y serena. El valle parecía deshabitado, aunque Rhialto observó plantaciones de melones y viñas azules con racimos de uvas púrpura en el valle y en toda la ladera de la montaña.

Para satisfacción de Rhialto, los puntos de referencia citados por Sarsem, un afloramiento de resplandeciente roca negra flanqueado por tres jóvenes cipreses, era claramente visible, aunque «jóvenes» parecía una descripción inexacta de los retorcidos y enormes árboles en cuestión. Pese a todo, Rhialto avanzó confiado hacia el emplazamiento de la caverna.

Según los cálculos de Sarsem, el momento era el inmediatamente posterior a su propia visita. Ildefonse había intentado precisar la medida exacta de aquel intervalo:

— ¿Un segundo? ¿Un minuto? ¿Una hora?

La atención de Rhialto se había visto desviada por Osherl respecto al asunto de los puntos del compromiso, y sólo había oído una o dos frases de la respuesta de Sarsem:

— ¡...alto grado de precisión! -y- ...ocasionales y curiosos retorcimientos y sacudidas de las suturas intereones...

Ildefonse había formulado otra pregunta, y de nuevo los intentos de Osherl de obtener ventaja de la situación distrajeron la atención de Rhialto, y solamente oyó a Sarsem discutir lo que parecía ser una teoría matemática con Ildefonse:

— ...a menudo es menor de un milésimo por ciento, más o menos, lo cual puede ser considerado como excelente.

Rhialto se volvió para unirse a la conversación, pero el avaricioso Osherl hizo una nueva petición, y Rhialto sólo oyó una vaga referencia de Ildefonse a:

— ...cinco eones: ¡un periodo excesivo!

La respuesta de Sarsem sólo fue, al parecer, ese particular encogimiento de hombros tan típico de los de su clase.

La entrada de la caverna estaba ahora ante él. Sarsem había sido inexacto en sus instrucciones; en vez de una grieta apenas perceptible tras la primera de las rocas de gabro, Rhialto halló una abertura cuadrada de metro y medio de ancho y tan alta como él mismo, decorada con una cuidadosa cenefa de conchas rosadas, a la que conducía un claro sendero de tierra batida.

Rhialto lanzó una decepcionada exclamación. Evidentemente, algo iba mal allí. Avanzó por el sendero hasta la abertura y miró al interior de la caverna. Allí, al menos, Sarsem había sido exacto: a la derecha, inmediatamente después de la abertura y un poco más arriba de su cabeza, se abría un pequeño hueco en la piedra, y dentro de ese huevo había colocado Sarsem el Perciplex.

El hueco estaba ahora vacío, cosa que no sorprendió a Rhialto. Un olor indefinible que sugería procesos orgánicos flotaba en el aire; la cueva parecía estar habitada.

Rhialto se alejó de la entrada de la cueva y fue a sentarse en un reborde de piedra. Al otro lado del valle, un viejo descendía la ladera de la montaña: una persona baja y flaca, con una gran mata de pelo blanco y un afilado rostro azul que parecía ser en su mayor parte sólo nariz. Llevaba ropas a rayas blancas y negras y sandalias con la punta exageradamente alargada, así como un cinto negro atado a la izquierda rodeando su talle, de una forma que Rhialto consideraba absurda e impropia, pero que evidentemente gozaba del favor de los habitantes de aquella época.

Rhialto saltó de su roca y fue al encuentro del viejo, y un ligero toque de su dedo índice fue suficiente para activar el glosolario.

El viejo vio a Rhialto acercarse, pero no le prestó atención y siguió su camino, trotando y dando saltitos con ligera agilidad. Rhialto llamó:

— ¡Señor, aguardad un momento! ¡Vais muy aprisa! ¡A vuestra edad, un hombre debería cuidarse un poco más!

El viejo hizo una pausa.

— ¡No hay ningún peligro! ¡Si todo el mundo se preocupara de este modo por mi, tendría que vivir la vida de un magnate!

— Esta es la idea general. De todos modos, debemos hacer todo lo que podamos al respecto. ¿Qué os trae hasta estas desoladas montañas y riscos?

— Para decirlo claramente, prefiero estar aquí que en la llanura, donde la confusión es reina y señora. ¿Y vos? Venís de una lejana región, o eso supongo, con sólo ver el extraño nudo con el que atáis vuestro cinto.

— Las modas cambian -dijo Rhialto-. De hecho soy un erudito, enviado hasta aquí para recuperar un importante objeto histórico.

El viejo miró suspicazmente de reojo a Rhialto.

— ¿Habláis en serio? No sé de nada en un centenar de kilómetros a la redonda que responda a esa descripción..., excepto quizá el esqueleto de mi cabra bicéfala.

— Me refiero a un prisma azul que fue depositado en aquella caverna de allá para su seguridad, y que ahora no está.

El viejo hizo un signo negativo.

— Mi conocimiento de los prismas, sean o no históricos, es pequeño. Aunque recuerdo esa caverna de antes de que los esvastics la ocuparan, cuando lo único que podía verse de ella era una rendija entre las rocas.

— ¿Cuánto tiempo puede hacer de eso?

El viejo tironeó de su nariz.

— Dejadme calcular... Fue cuando Nedde me proporcionaba aún la cebada... Garler todavía no había tomado su tercera esposa, pero ya había construido su nueva granja... Estimo un período de unos treinta y un años.

Rhialto rechinó los dientes.

— Esos esvastics: ¿quiénes son?

— La mayoría han regresado a Canopus; aquel clima es mejor para ellos. De todos modos, los dos que se quedaron son decentes en sus costumbres y pagan sus deudas a su debido tiempo, lo cual es más de lo que puedo decir de mi yerno, aunque por supuesto nunca aceptaría a un esvastic como esposo para mi hija... Les estoy oyendo ahora; deben regresar de una reunión en su club social.

Un sonido tintineante llegó a los oídos de Rhialto, como si fuera la vibración de muchas campanillas.

Subiendo por el camino que cruzaba el valle se acercaban un par de criaturas de veinte patas, de dos metros y medio de largo por uno de alto, con grandes cabezas redondas llenas de apéndices, protuberancias y pedúnculos que realizaban funciones no evidentes a primera vista. Sus segmentos caudales se alzaban e inclinaban hacia delante en una elegante espiral, y cada uno exhibía un gong de hierro colgado de la punta. Campanillas más pequeñas y vibriladores colgaban elegantemente de las rodillas de cada una de sus patas. El primero llevaba un atuendo de terciopelo verde oscuro; el segundo iba vestido de forma similar, aunque en pana rojo cereza.

— Ésos son los esvastics -dijo el viejo-. Ellos podrán responderos mejor que yo respecto al contenido de la caverna.

Rhialto contempló el avance de las tintineantes criaturas.

— Todo esto está muy bien, pero, ¿cómo me dirijo a ellos?

— Oh, no son muy ceremoniosos en este aspecto; un simple «señor» o «vuestra señoría» será suficiente.

Rhialto se dirigió hacia el valle y pudo interceptar a los esvastics antes de que entraran en la caverna.

— ¡Señores! -llamó-. ¿Puedo haceros una pregunta? ¡Estoy aquí en una importante misión histórica!

El esvastic que llevaba el atuendo verde oscuro respondió con voz algo sibilante, utilizando una serie de sonidos creados a través de un rápido cliqueteo de sus mandíbulas:

— Éste no es nuestro horario habitual de negocios. Si deseáis encargar alguno de nuestros servicios pistoleones, sabed que el encargo mínimo es una gruesa.

— Estoy interesado en otro asunto. Lleváis viviendo en esta caverna desde hace unos treinta años, según tengo entendido.

— Habéis estado cotilleando con Tiffet, que es más charlatán de lo que debiera. De todos modos, vuestra estimación es correcta.

— Cuando llegasteis, ¿hallasteis un prisma azul colocado en un hueco encima de la entrada? Apreciaría vuestra sinceridad al respecto.

— No hay razón alguna por la que no debamos ser sinceros. Yo mismo descubrí el cristal azul, y lo tiré inmediatamente. En Canopus, el azul es considerado un color desfavorable.

Rhialto se dio una palmada en la frente.

— ¿Y luego?

— Tendréis que preguntarle a Tiffet. Él encontró el cachivache en la basura. -Los esvasties entraron en la caverna y desaparecieron en la oscuridad.

Rhialto se apresuró a cruzar de nuevo el valle y consiguió alcanzar a Tiffet.

— ¡Esperad, señor! -exclamó-. ¡Tengo que haceros otra pregunta histórica, o dos!

Tiffet se detuvo.

— ¿Qué ocurre ahora?

— Como sabéis, he venido hasta muy lejos en busca de un importante prisma azul. Los esvastics lo arrojaron de la cueva, y parece que vos lo rescatasteis de la basura. ¿Dónde está ahora? Dádmelo, y os haré un hombre rico.

Tiffet parpadeó y se tironeó la nariz.

— ¿Un prisma azul? Cierto. Lo había olvidado por completo. ¡O casi! Lo saqué de entre la basura y lo puse encima de la repisa de mi chimenea. Apenas una semana más tarde vinieron los recaudadores del Rey de todos los Reyes, y se llevaron la joya azul como pago de mis impuestos, y gracias a ello anularon el habitual apaleamiento con sus bastones, por lo cual me sentí agradecido.

— ¿Y el prisma azul?

— Fue llevado al Tesoro Real en Vasques Tohor, o al menos eso supongo. Y ahora, señor, debo proseguir mi camino. Esta noche tenemos sopa de calabaza con queso para cenar, y no siento ningún deseo de quedarme sin mi ración.

Rhialto fue a sentarse de nuevo en el reborde de piedra y contempló mientras Tiffet cojeaba apresuradamente rodeando la montaña. Rebuscó en su bolsillo y extrajo la cáscara de nuez, de la que salió Osherl, que ahora llevaba, por alguna extraña razón, una máscara de zorro.

— ¿Y bien, Rhialto? -dijo el rosado hocico. ¿Estás preparado para volver con el Perciplex?

Rhialto creyó percibir una sutil burla en la pregunta. Dijo con frialdad:

— ¿Puedo preguntar la fuente de tu regocijo?

— No es nada, Rhialto; soy alegre por naturaleza.

— Por mucho que lo intento, no consigo hallar nada divertido en la actual situación, y de hecho lo que deseo es hablar con Sarsem.

— Como quieras.

Sarsem apareció al otro lado del camino, usando todavía el aspecto de un joven epiceno revestido con escamas lavanda.

— ¿Quieres conferenciar conmigo, Rhialto?

— Me siento disgustado con tu trabajo -dijo Rhialto-. Erraste la época en algo más de treinta años.

— ¿Sólo treinta años en cinco eones? ¡Es una exactitud más que aceptable!

— No para mis propósitos. El Perciplex no está en la caverna. Unos mercaderes de Canopus lo echaron a la basura. Se te exigió que guardases el Perciplex, y ahora se ha perdido.

Sarsem meditó unos instantes, luego dijo:

— Fracasé en mi deber. No es necesario decir más.

— Excepto esto: a causa de tu fracaso, ahora tienes que ayudarme a localizar el Perciplex.

Sarsem se puso a discutir.

— ¡Rhialto, eres ilógico! Fracasé en mi deber, es cierto. De todos modos, no hay ninguna relación entre esta idea y la idea no relacionada de que deba intentar localizar el artículo perdido. Espero que comprendas tu error, cuya naturaleza es fundamental.

— La relación es indirecta, pero real. Al fracasar en el cumplimiento de tu deber, has incurrido en una severa penalización. Esta penalización puede ser parcialmente expiada a través de tu ayuda en recuperar el prisma.

Sarsem reflexionó un momento, luego dijo:

— No me siento convencido; huelo sofistería en alguna parte. Por ejemplo: ¿quién aplicará la penalización? Estás desplazado cinco eones y ni siquiera eres real.

— Ildefonse es mi leal aliado; protegerá mis intereses.

Sarsem lanzó aquel curioso croar que, entre las criaturas de su raza, señalaba regocijo.

— Rhialto, tu inocencia es cómica. ¿No te has dado cuenta de que Ildefonse es el líder de la cábala contra ti?

— ¡No es cierto! -exclamó Rhialto-. Te refieres a la ocasión en que, para disimular, se apoderó de mis piedras IOUN.

Sarsem miró a Osherl.

— ¿Qué hay de verdad en eso?

Osherl meditó unos instantes.

— En estos momentos, Ildefonse echa fuego contra Hache-Moncour.

Sarsem se rascó su nariz violeta con una uña plateada.

— Oh, bueno, considerando la pequeña posibilidad de que Rhialto esté en lo cierto, no quiero que me acuse de falsedad. Rhialto, toma este pleurmalión; señalará un punto azul en el cielo directamente encima del Perciplex. Recuerda: en caso de cualquier investigación, por parte de Hache-Moncour por ejemplo, fue Osherl quien te lo proporcionó, no yo. ¿Queda esto claro?

— Completamente. Hache-Moncour ha llenado tu mente con tonterías. Si decides compartir su destino con la esperanza de conseguir puntos en tu compromiso, vas a tener que tratar con el Wiih.

Sarsem lanzó un pequeño croar consternado, luego exclamó con hueca jactancia.

— ¡Te has sobrestimado! No me molestes más; el Perciplex me aburre; la versión actual servirá hasta que el sol se apague. En cuanto a ti, Ildefonse nunca se dará cuenta de ello cuando tú no regreses. Hache-Moncour lo está eclipsando ya en el poder.

— Y cuando yo regrese realmente con el Perciplex, ¿qué le pasará a Hache-Moncour?

Sarsem dejó escapar una risita.

— Rhialto, ¿no me he expresado con la suficiente claridad? Encuentra como quieras el Perciplex, consigue la gloria con tu hazaña, luego aposéntate como mejor puedas para gozar de los esplendores del decimosexto eón, porque nunca vas a poder vengarte de tus enemigos.

— ¿Y qué hay de Osherl? -preguntó Rhialto fútilmente-. ¿ No va a devolverme a Boumergarth?

— Pregúntale tú mismo.

— ¿Y bien, Osherl? ¿Eres realmente tan propenso al desafío y la traición?

— Rhialto, creo que disfrutarás de tu vida en este eón escogido. Y al mismo tiempo que empiezas una nueva vida libre de preocupantes obligaciones y detalles insignificantes, puedes liquidar mi compromiso.

Rhialto sonrió con aquella sonrisa distante, casi siniestra, que tan a menudo había irritado a sus adversarios. Sacó de su mochila un objeto a rayas negras y rojas parecido a una larga y delgada serpiente.

— ¡Un chug! -exclamó horrorizado Sarsem. El chug se enrolló en torno a Osherl, metió su cabeza en una de las orejas de zorro, emergió por la otra, y se ató en un apretado nudo en torno a la cabeza de Osherl. Luego, Osherl fue arrastrado hasta un árbol cercano y suspendido por la

cuerda pasada por sus orejas, para quedar allí colgando y balanceándose a un metro del suelo.

Rhialto se volvió a Sarsem.

— A su debido tiempo me ocuparé de Osherl como se merece. Mientras tanto, me ayudará con lo mejor de sus capacidades. Osherl, ¿estoy en lo cierto en eso? ¿O debo emprender otras acciones?

La máscara de zorro de Osherl se lamió nerviosamente las fauces.

— Rhialto, te has tomado demasiado en serio mis bromas, y ahora flotan en el aire amenazas que no me merezco.

— Yo nunca amenazo -dijo Rhialto-. Con toda sinceridad, me siento asombrado por la temeridad de Sarsem. Ha juzgado muy mal la ira de Ildefonse y la mía. Su traición va a costarle un precio terrible. Eso no es una amenaza: es la afirmación de una realidad.

Sarsem, con una helada e insincera sonrisa, desapareció de la vista. Osherl pateó y agitó sus piernas sin conseguir otra cosa más que balancearse más intensamente. Exclamó:

— ¡Tus palabras han sido demasiado para el pobre Sarsem! Hubiera sido mucho más considerado si...

— ¡Silencio! -Rhialto tomó el pleurmalión-. ¡Sólo estoy interesado en el Perciplex! -Miró al cielo a través del tubo, pero las montañas que les rodeaban bloqueaban la mayor parte de la visión.

Rhialto lanzó a sus botas el conjuro del Andar Ligero que le permitía caminar por el aire, muy arriba o a ras de suelo, a voluntad. Osherl contempló todas sus operaciones con creciente inquietud. Finalmente exclamó:

— ¿Y qué hay conmigo? ¿Cuánto tiempo debo colgar aquí para que los pájaros se posen en mí?

Rhialto fingió sorpresa.

— Oh, te había olvidado... Te diré solamente esto: no es agradable ser traicionado por uno de tus asociados.

— ¡Por supuesto que no! -exclamó Osherl con entusiasmo-. ¿Cómo puedes haber interpretado tan mal una pequeña broma?

— Muy bien, Osherl; acepto tu explicación. Quizá puedas ayudarme un poco, después de todo, como facilitándome el regreso a Boumergarth.

— ¡Naturalmente! ¡No hace falta decirlo!

— Entonces seguiremos como antes. -El chug dejó caer a Osherl al suelo y regresó a la mochila de Rhialto. Osherl hizo una mueca, pero volvió a la cáscara de nuez sin ningún comentario.

Rhialto saltó al aire; trepó a una altitud de seis metros, emprendió el camino hacia el valle a grandes saltos regulares, y el Hálito del Fader quedó atrás.

11

El valle se abría a una enorme llanura, que se distinguía sobre todo por grandes nubes de polvo y humo aposentadas sobre el horizonte septentrional. Mas cerca, allá donde las primeras colinas empezaban a brotar de la Llanura, Rhialto vio un cierto número de pequeñas granjas, cada una con su pequeño silo blanco, su redondo establo blanco y su huerto de árboles azules globulares. A un par de kilómetros al Oeste, un poblado de redondas casas color rosa gozaba de la sombra de un centenar de altas palmeras parasol. Los detalles del paisaje más allá eran como manchas de delicado color, hasta el horizonte, donde las cortinas de polvo y humo se alzaban ominosamente altas.

Rhialto se posó sobre un reborde rocoso y, tomando el pleurmalión, escrutó el cielo. Descubrió con alegría un punto azul oscuro sobre la bóveda záfiro del cielo septentrional, en la dirección general del humo y el polvo.

Rhialto volvió a meterse el tubo en el bolsillo, y entonces, a un centenar de metros ladera abajo, descubrió a tres muchachas recolectando bayas de unos arbustos. Llevaban chaquetillas negras sobre blusas a rayas, pantalones negros atados a las rodillas con cintas negras, calcetines negros y zapatos negros atados con borlas blancas a los tobillos. Sus rostros eran redondos; llevaban el pelo, muy negro, cortado recto sobre sus frentes. Rhialto pensó que no dejaban de ser atractivas, un poco al estilo de extrañas muñequitas.

Se acercó a ellas con paso digno, y se detuvo a una distancia de diez metros. Dispuesto en cualquier circunstancia a crear una favorable impresión ante los miembros del sexo femenino, siempre que su edad y su grado de vitalidad valiera la pena de ser tenido en cuenta Rhialto apoyó un brazo contra un tocón y colocó su capa de modo que colgara con un estilo casual pero espectacular.

Las muchachas, ocupadas en su charla, no se dieron cuenta de su presencia. Rhialto dijo con tonos melodiosos:

— Jovencitas, permitidme que llame vuestra atención aunque sólo sea por un momento. Me sorprende hallar unas bellezas jóvenes tan

frescas dedicadas a un trabajo tan monótono, y entre arbustos tan molestamente recios.

Las muchachas lo miraron con la boca abierta, luego lanzaron pequeños gritos de terror y se quedaron paralizadas, demasiado asustadas para echar a correr.

Rhialto frunció el ceño.

— ¿Por qué tembláis? ¿Tanto me parezco a un monstruo de maldad?

Una de las muchachas consiguió tartamudear:

— ¡Señor Devoracadáveres, vuestra fealdad es impresionante! ¡Os rogamos que perdonéis nuestras vidas a fin de que podamos asombrar a las demás con nuestro relato!

— No soy un devoracadáveres ni un demonio -dijo Rhialto fríamente-, y vuestro horror no me halaga en absoluto.

La muchacha que había hablado se sintió algo más envalentonada.

— En ese caso, ¿qué clase de cosa extraña sois? -se atrevió a preguntar.

Una segunda muchacha dijo con voz maravillada:

— ¡Es un pooner, o quizá un bohul, y podemos considerarnos muertas!

Rhialto controló su irritación.

— ¿Qué tonterías son ésas? Sólo soy un viajero de una tierra lejana, no soy ni un pooner ni un bohul, y no pretendo haceros ningún daño. ¿Acaso nunca habíais visto un desconocido?

— Claro que si, pero nunca uno de aspecto tan severo, pese a llevar un sombrero tan cómico.

Rhialto hizo una tajante inclinación de cabeza.

— No tengo intención de modificar mi rostro, pero aceptaré de buen grado vuestro consejo acerca de un sombrero algo más a la moda.

— Este año todo el mundo lleva una graciosa «sopera» de fieltro -dijo la primera de las muchachas-. O al menos así es como lo llaman..., y el único color de moda es el magenta. Para la gente normal basta con unas simples orejeras azules, y un signo de casta en loza fina esmaltada es considerado como lo más atrevido.

Rhialto dio un apretón a la cáscara de nuez.

— Osherl, procúrame un sombrero de esta descripción. También puedes disponer una mesa con una colación de manjares tentadores para los gustos normales de esta época.

El sombrero apareció. Rhialto arrojó el viejo tras unos arbustos y se puso el nuevo y extravagante artículo, y las muchachas aplaudieron su aprobación.

Mientras tanto, Osherl había dispuesto una mesa llena con exquisiteces a un lado.

Rhialto hizo un gesto a las muchachas, señalando el lugar.

— Incluso las personas más desconfiadas se tranquilizan un tanto a la vista de viandas como ésas, y pequeñas cortesías y gestos de favor, de otro modo impensables, son rendidos de forma casi automática..., especialmente en presencia de esas finas pastas, rellenas con cremas y dulces mermeladas. Mis queridas jóvenes, os invito a compartirlas.

— Y luego, ¿qué nos pediréis a cambio? -preguntó la más cautelosa de las muchachas.

— ¡Oh, déjalo! -dijo otra, mirando hacia la mesa-. El caballero nos ha invitado libremente a compartir su ágape; ¡tenemos que responder con idéntica libertad!

La tercera lanzó una alegre carcajada.

— ¡Comamos primero, luego ya nos preocuparemos! Después de todo, él puede imponernos sus deseos cuando quiera, sin necesidad de darnos de comer primero, de modo que nuestras preocupaciones no conducen a nada.

— Tal vez tengas razón -dijo la primera muchacha-. De hecho, con este nuevo sombrero parece menos feo que antes, y me atrae ese paté de no sé qué cosa, de modo que adelante.

— Podéis disfrutar de vuestra comida sin ningún escrúpulo -dijo Rhialto con dignidad.

Las muchachas se dirigieron a la mesa y, al no descubrir ninguna conducta peculiar en Rhialto, devoraron con celo las viandas.

Rhialto señaló hacia la llanura.

— ¿Qué son esas curiosas nubes en el cielo?

Las muchachas se volvieron a mirar como si nunca hubieran reparado en ellas.

— Esa es la dirección de Vasques Tohor. Sin duda el polvo es el resultado de la guerra que está teniendo lugar allí.

Rhialto miró la llanura con el ceño fruncido.

— ¿De qué guerra se trata?

Las muchachas se echaron a reír ante la ignorancia de Rhialto.

— Fue originada por los duques Bohulic del Attuck Oriental; lanzaron a sus mercenarios en gran número contra Vasques Tohor, sin la menor piedad, pero nunca podrán vencer al Rey de todos los Reyes y sus Mil Caballeros.

— Es muy probable que no -dijo Rhialto-. De todos modos, por curiosidad, voy a ir hacia el norte y verlo por mí mismo. Ahora debo despedirme de vosotras.

Las muchachas regresaron lentamente a los arbustos, pero su entusiasmo hacia la recolección de bayas había desaparecido, y se pusieron a trabajar con dedos lentos, sin dejar de mirar por encima del hombro a la alta silueta de Rhialto que se alejaba a grandes saltos hacia el norte.

Rhialto avanzó un kilómetro, luego ascendió y siguió su camino por el aire hacia Vasques Tohor.

Cuando llegó al lugar de los hechos, la batalla ya había sido decidida. Los mercenarios de Bohul, con sus memnís y sus estrepitosas máquinas de guerra, habían conseguido lo impensable; en la llanura fineiana al este de Vasques Tohor, las Veinte Potencias del Último Reino habían sido destruidas; Vasques Tohor ya no podía seguir cerrando sus puertas a los duques de Bohul.

La trágica luz rojo melocotón de última hora de la tarde iluminaba una gran masa de humo, polvo, máquinas destruidas y cadáveres rotos. Legiones de rancio abolengo y grandes honores se habían visto diezmadas; sus estandartes y uniformes salpicaban el campo de color. Los Mil Caballeros, a lomos de voladores medio seres vivos, medio máquinas, procedentes de Canopus, se habían lanzado contra las máquinas de guerra de Bohul, pero en su mayor parte habían sido destruidos por rayos de fuego antes de poder causar ningún daño.

Las máquinas de guerra dominaban ahora la llanura: vehículos sucios y deprimentes que flotaban a veinte metros de altura, armados con Ruina Roja y lanzaarpones. Las tropas de asalto de Attuk Oriental se

extendían por todas partes. No eran unas tropas dignas de ese nombre; no eran ni hermosas, ni organizadas ni aguerridas. Estaban formadas en su mayor parte por hoscos veteranos de muchos tipos y condición, que sólo tenían en común la suciedad, el sudor y las maldiciones. A primera vista no parecían más que un grupo de soldados de fortuna, carentes tanto de disciplina como de moral. Algunos eran viejos, barbudos y pálidos; otros eran calvos y gordos, o patizambos, o delgados como comadrejas. Todos iban sucios, con rostros más irritados que feroces. Sus uniformes eran improvisados; algunos llevaban casco, otros gorros de batalla con orejeras, otros protecciones empenachadas contra las armas arrojadizas, adornadas con las cabelleras cortadas de las jóvenes cabezas rubias de los Mil Caballeros. Esas eran las tropas que habían derrotado a las Veinte Legiones, agazapándose, ocultándose, luego atacando, fingiéndose muertas, luego atacando de nuevo, gritando de dolor pero nunca de miedo; los duques de hierro se lo habían hecho perder hacía mucho tiempo.

Al lado de las máquinas de guerra avanzaban hileras de memnís: gráciles criaturas, aparentemente todo piernas y brazos y quitina amarronada, con pequeñas cabezas triangulares que se alzaban seis metros por encima del suelo; se decía que el mago Pikarkas, del que se rumoreaba que también era medio insecto, había creado los memnís de versiones aún más prodigiosas del escarabajo ejecutor.

Tam Tol, rey del Último Reino, había permanecido todo el día en los parapetos de Vasques Tohor, observando la llanura fineiana. Había contemplado a sus caballeros de elite lanzarse con sus voladores sobre las maquinas de guerra; los había visto consumirse ante la Ruina Roja. Sus Veinte Legiones, conducidas por los Indomables, se habían desplegado bajo sus antiguos estandartes. Eran protegidas desde arriba por escuadrones de negros leones aéreos, de seis metros de largo cada uno, armados con fuego, chorros de gases y horribles sonidos.

Tam Tol permaneció inmóvil mientras los mercenarios de Bohul, maldiciendo y sudando, diezmaban a sus bravos nobles, y siguió inmóvil mucho tiempo después de que se perdiera toda esperanza, sin oír ninguna de las urgentes llamadas. Sus cortesanos se habían retirado uno a uno, dejando finalmente a Tam Tol allí de pie, solo, demasiado entumecido o demasiado orgulloso para huir.

Tras los parapetos, los habitantes abandonaban la ciudad, recogiendo cualquier articulo de valor que pudieran llevar consigo y encaminándose luego hacia las Puertas del Ocaso, en dirección a la ciudad sagrada de Luid Shug, a ochenta kilómetros hacia el este, al otro lado del valle Joheim.

Rhialto, cruzando el cielo, se detuvo e hizo una rápida inspección a través del pleurmalión. El punto azul oscuro colgaba sobre el sector occidental de la ciudad; Rhialto se dirigió lentamente en aquella dirección,

sin ningún medio de localizar el Perciplex de una forma rápida y segura en medio de tanta confusión. Se dio cuenta de la presencia de Tam Tol de pie, solo, en los parapetos: mientras lo observaba, un arpón de la torreta de una máquina de guerra salió disparado a través de la luz del atardecer y Tam Tol, golpeado en la frente, cayó con lentitud y en silencio hacia atrás, desapareciendo del parapeto y golpeando contra el suelo allá abajo.

El ruido procedente de la llanura fineiana disminuyó hasta convertirse en un murmullo de fondo. Todos los voladores habían desaparecido del aire, y Rhialto siguió avanzando con elásticos pasos aéreos hasta situarse a un kilómetro de distancia de la agonizante ciudad. Se detuvo de nuevo, utilizó el pleurmalión una vez más, y descubrió con alivio que el punto azul en el cielo ya no flotaba sobre la ciudad, sino sobre el valle Joheim, donde el Perciplex había sido incluido a todas luces entre las posesiones de alguien de la columna de refugiados.

Rhialto corrió por el aire hasta situarse directamente debajo del punto azul, sólo para descubrir una nueva frustración: el individuo con el Perciplex no podía ser identificado entre la multitud de apresurados cuerpos y pálidos rostros que huían.

El sol se ocultó en medio de un flujo de color, y el punto azul dejó de verse en el cielo nocturno. Rhialto se alejó, decepcionado. Corrió hacia el sur en el ocaso, más allá del valle Joheim y cruzando un amplio y sinuoso río. Descendió en los alrededores de una ciudad: Vils de los Diez Capiteles, y buscó alojamiento para pasar la noche en una pequeña posada en la parte de atrás de un jardín de grandes rosales.

En la sala común, la conversación se centraba en la guerra y en el poder de los mercenarios de Bobul. Las especulaciones y los rumores eran múltiples, y todos se maravillaban, agitando melancólicamente la cabeza, de la terrible muerte del Último Reino.

Rhialto permaneció sentado al fondo de la sala, escuchando pero sin participar en la conversación, y al fin se dirigió discretamente a su cuarto.

12

Rhialto desayunó melón y albóndigas de almejas fritas en salsa de rosa. Pagó su cuenta, salió de la ciudad y volvió hacia el norte.

Un río humano seguía fluyendo a través del valle Joheim. Una multitud había llegado ya ante la ciudad santa, sólo para serle negada la entrada, y su campamento se esparcía como una crosta en torno a las murallas de la ciudad. Sobre él flotaba el punto azul.

Luid Shug había sido decretada como lugar santo durante una era anterior de aquel mismo eón por el legendario Goulkoud el Buen Amigo. En la cima de un pequeño volcán inactivo, Goulkoud había sido presa de

veinte paroxismos de iluminación, durante los cuales estipuló la forma y emplazamiento de veinte templos situados simétricamente en torno al eje volcánico central. Estructuras prebendadas, baños, fuentes y hosterías para peregrinos ocupaban el suelo del cráter; un estrecho bulevar rodeaba el borde. En torno a la periferia se erguían veinte enormes efigies de dioses en veinte nichos tallados en la pared del cráter, cada uno de los cuales correspondía a uno de los templos en el recinto de la ciudad.

Rhialto descendió al suelo. En algún lugar entre la multitud arracimada ante la ciudad se hallaba el Perciplex, pero el punto en el cielo parecía moverse de un lado para otro, pese a todos los esfuerzos de Rhialto por situarlo directamente sobre su cabeza, en cuyo esfuerzo se veía constantemente impedido por la propia multitud.

En el centro de la ciudad, sobre el viejo cráter volcánico, se alzaba una gran estructura de cuarzo rosa y plata. El sumo sacerdote emergió en su plataforma más alta y, alzando mucho los brazos, se dirigió a los refugiados con voz ampliada por seis grandes cuernos espiralados.

— ¡A las víctimas e infortunados extendemos los veinte profundos consuelos! De todos modos, si vuestras esperanzas incluyen entrar en este lugar sagrado, debéis abandonarlas. ¡No tenemos ni comida para alimentar a los hambrientos ni bebida para apagar su sed!

»¡Además, no puedo presagiaros grandes portentos! La gloria del mundo ha desaparecido; ¡no regresará hasta que hayan transcurrido un centenar de siglos de desolación! ¡Entonces la esperanza y el esplendor volverán a revivificar la tierra, en una culminación de todo lo que es bueno! Y esa era persistirá hasta que la Tierra ruede finalmente más allá de Gwennard el Suave Telón.

»A fin de prepararnos para esa última etapa seleccionaremos ahora un cierto número de entre los mejores, hasta cinco mil seiscientos cuarenta y dos de ellos, que es un Número Santo y Misterioso cargado de secretos

»La mitad de este grupo estará formado por los nobles Mejores de los Mejores, héroes de antiguo linaje. La otra mitad será elegida entre la Espuma de Nefrine: doncellas de belleza y virtud no menos valerosa y galante que su contrapartida masculina. Juntos formarán los Dechados: ¡la más alta excelencia del reino, la flor de la raza!

»Los someteremos al conjuro de los Cien Siglos y dormirán durante toda la Edad Oscura que se abre ante nosotros. ¡Luego, cuando el conjuro haya cumplido su efecto y la Edad de la Gloria haya llegado, los Dechados despertarán de nuevo para crear el Reino de la Luz!

»A todos los demás les daré estas instrucciones: seguid vuestro camino. Id al sur, a las tierras de Cabanola y Eio, o, si ahí no halláis

refugio, seguid adelante hacia la región de Farwan, o, si así lo decidís, cruzad el océano Lútico hasta las islas Scanduc.

»¡El tiempo se agota! Debemos elegir nuestros Dechados. Dejad que los Compañeros del Rey y sus familias avancen, junto con los Caballeros supervivientes, y las

doncellas del Instituto de Gleyen y las Canciones Florales, así como la Espuma de Nefrine, ¡y todos los demás que con orgullo y dignidad puedan ser considerados como Dechados!

»Para acelerar las cosas, todos aquellos de castas inferiores: los juglares, bufones y actores; los estúpidos y los de escasa educación; los criminales y merodeadores; aquellos de orejas cortas y uñas largas: proseguid vuestro camino.

»El mismo consejo se aplica a las castas algo más elevadas que, pese a su rectitud, no pueden ser incluidas entre los Dechados.

»Todos aquellos que aspiren a la Edad de Oro: ¡que den un paso adelante! Elegiremos con todo el cuidado posible.

Rhialto intentó situarse de nuevo directamente debajo del punto en el cielo, con la esperanza de poder identificar por algún medio a la persona que tenía el Perciplex, pero sin éxito.

Ya fuera por vanidad o movidos por una desesperada esperanza, poco siguieron las instrucciones del sumo sacerdote, de modo que aquellos que se apretujaron hacia delante declarándose Dechados incluían no sólo a los nobles y bien formados, sino también a los desdentados y corpulentos; a los hidrocéfalos, a las víctimas del hipo crónico, a los más notables criminales, a muchos juglares y a varias personas casi en su lecho de muerte.

La confusión tendía a impedir el proceso de selección, y así transcurrió el día. A finales de la tarde, algunos de los individuos más realistas perdieron toda esperanza de hallar refugio en Luid Shug y empezaron a dispersarse por la llanura. Rhialto observó atentamente el punto en el cielo, pero seguía colgando en el aire como antes, hasta que finalmente se desvaneció en la oscuridad del anochecer. Rhialto volvió sombríamente a la posada en Vils de los Diez Capiteles y pasó otra noche sin sueño.

Por la mañana regresó al norte hasta Luid Shug, para descubrir que los seleccionadores habían estado trabajando durante toda la noche, de tal modo que los Dechados habían sido ya seleccionados e introducidos en la ciudad. Las puertas estaban ahora cerradas.

Un par de ejércitos de Bohul avanzaban lentamente por el valle Joheim en dirección a Luid Shug, y los refugiados que aún seguían acampados en las inmediaciones del cráter se apresuraron a marcharse.

El punto azul en el cielo colgaba ahora sobre Luid Shug. Rhialto descendió al suelo y se acercó a un puesto de guardia junto a la puerta occidental. Le fue negado el acceso. Una voz dijo desde la oscuridad:

— Sigue tu camino, extranjero; pasarán un centenar de siglos antes de que las puertas de Luid Shug vuelvan a abrirse. El conjuro del Tiempo Distendido está va sobre nosotros; vete pues, y no te molestes en mirar hacia atrás, pues sólo verás dioses dormidos.

Los ejércitos de Bohul estaban ya cerca. Rhialto ascendió en el aire y se instaló en un cúmulo bajo de blancas nubes.

Un extraño silencio se había apoderado del valle. La ciudad no mostraba ningún movimiento. Con una deliberación más amenazadora que cualquier apresuramiento, las máquinas de guerra avanzaron hacia las puertas orientales de Luid Shug. Los veteranos de Bohul, gruñendo y caminando como si les dolieran los pies, iban detrás.

De los cuernos amplificadores espiralados que remataban la ciudad brotaron las retumbantes palabras:

— ¡Guerreros, volved por donde habéis venido! No nos molestéis. Luid Shug ha escapado de vuestro control.

Sin prestar atención, los comandantes se prepararon a golpear las puertas con sus rayos. Cinco de las efigies de piedra se movieron en sus nichos y alzaron los brazos. El aire se estremeció; las máquinas de guerra parecieron encogerse y se convirtieron en pequeños montones de

restos calcinados. Los obstinados veteranos se volvieron huecos cascarones de insectos muertos. El valle Joheim recobró de nuevo la quietud.

Rhialto se alejó hacia el sur, trasladándose pensativo de nube en nube. Allá donde empezaban a alzarse las colinas, a unos cuarenta o cincuenta kilómetros al oeste del Hálito del Fader, descendió a un montículo cubierto de hierba reseca y, tras buscar la sombra de un solitario árbol, se sentó reclinado contra su tronco.

Era cerca del mediodía. La fragancia de la hierba seca le llegaba agradablemente en oleadas al compás de los soplos del cálido viento. A lo lejos, al norte, se alzaban perezosas volutas de humo sobre los restos de Vasques Tohor.

Mordisqueando una brizna de hierba, Rhialto reflexionó sobre su situación. Las circunstancias no eran óptimas, pese a que el Perciplex había sido localizado con mayor o menor exactitud. Osherl podía ser considerado como un pobre aliado, hosco e indiferente. ¿Ildefonse? Sus intereses se acercaban más a los de Rhialto que a los del traidor Hache-Moncour. Sin embargo, Ildefonse era conocido por sus tendencias hacia la flexibilidad y el oportunismo. Como Preceptor, Ildefonse, aún sin ayuda del chug, podía forzar a Sarsem a corregir su conducta; en líneas generales, sin embargo, y tomándolo todo en consideración, Sarsem era de menos confianza aún que Osherl.

Rhialto se llevó el pleurmalión a los ojos, y como antes tomó nota del punto azul oscuro que flotaba sobre Luid Shug. Rhialto dejó a un lado el pleurmalión y llamó a Osherl fuera de su cáscara de nuez.

Osherl se dejó ver como un enano de poco más de un metro de altura, de piel azul y pelo verde. Su voz era meticulosamente educada cuando habló.

— ¡Mis saludos, Rhialto! ¡Si miro a mi alrededor, descubro un excelente y agradable día en este decimosexto eón! El aire hormiguea en la piel con un vigor característico. Mordisqueas una brizna de hierba como un granjero ocioso; me complace descubrir que estás gozando de la época y el lugar.

Rhialto ignoró sus bromas.

— Sigo sin tener el Perciplex, y tú y Sarsem compartís la culpabilidad por este hecho.

El enano rió en silencio y se peinó el sedoso pelo verde con unos dedos azulados.

— ¡Mi querido amigo! ¡Esta forma de expresarse no es propia de ti!

— No importa -dijo Rhialto-. Ve a la ciudad de allá y tráeme de vuelta el Perciplex.

El enano lanzó una alegre carcajada.

— ¡Mi querido Rhialto, tus ocurrencias son soberbias! ¡La idea del pobre Osherl atrapado, arrastrado, golpeado, pisoteado, maltratado y disecado por veinte malignos dioses es un obra maestra de imaginería del absurdo!

— No estoy bromeando -dijo Rhialto-. Allá está el Perciplex; lo necesito.

Osherl tomó una hoja de hierba y la agitó en el aíre para reforzar sus observaciones.

— Quizá debas replantearte tus objetivos. En muchos aspectos. el decimosexto eón es mucho más agradable que el vigesimoprimero. Masticas las briznas de hierba como si realmente hubieras nacido aquí. ¡Esta época es tuya, Rhialto! ¡Así ha sido ordenado por voces más fuertes que la tuya o la mía!

— Mi voz es lo suficientemente fuerte -dijo Rhialto-También soy amigo del chug, y distribuyo los puntos del compromiso con gran prodigalidad.

— Ese humor es mordiente -gruñó Osherl.

— ¿Te niegas a entrar en Luid Shug en busca del Perciplex?

— Imposible mientras los dioses monten guardia.

— Entonces debes llevarnos exactamente a cien siglos

en el futuro, de modo que cuando Luid Shug despierte a la Edad de Oro estemos allí para poder reclamar nuestra propiedad.

Osherl quería discutir las cláusulas de rescate de su compromiso, pero Rhialto no le escuchó.

— ¡Todo a su debido tiempo, cuando estemos de nuevo en Boumergarth, con el Perciplex en la mano!

— ¿El Perciplex? ¿Eso es todo lo que deseas? -preguntó Osherl con evidentemente falsa cordialidad-. ¿Por qué no lo dijiste desde un principio? ¿Estás preparado?

— Por supuesto. Actúa con precisión.

13

El montículo y el solitario árbol habían desaparecido. Rhialto estaba de pie en la ladera de un valle pedregoso, en cuyo fondo ondulaba perezosamente un río.

Parecía ser por la mañana, aunque el cielo estaba cubierto. El aire parecía pegarse, húmedo, a su piel; hacia el oeste se veía la oscura cortina de la lluvia caer sobre un negro bosque.

Rhialto contempló el paisaje a su alrededor, pero no halló pruebas de que el lugar estuviera habitado: ningún muro, verja, granja, carretera,

camino o sendero. Rhialto parecía estar solo. ¿Dónde estaba Osherl? Rhialto miró a uno y otro lado, irritado, luego llamó:

— ¡Osherl! ¡ Déjate ver!

Osherl avanzó unos pasos, aún con su aspecto de enano de piel azul.

— Aquí estoy.

Rhialto señaló el deprimente paisaje.

— Esto no parece la Edad de Oro. ¿Hemos avanzado exactamente cien siglos? ¿Dónde está Luid Shug?

Osherl señaló hacia el norte.

— Luid Shug está allá, en el lindero del bosque.

Rhialto extrajo el pleurmalión, pero el punto azul no podía verse en el cubierto cielo.

Acerquémonos un poco más.

Los dos avanzaron hacia el norte hasta el emplazamiento de la ciudad sagrada, para descubrir solamente un montón de ruinas.

— ¡Ése es un terrible espectáculo! -dijo Rhialto, perplejo-. ¿Adónde han ido los dioses?

— Me dirigiré a Dene Gris y haré averiguaciones -indicó Osherl-. Aguarda aquí; regresaré con toda la información.

— ¡Alto! -exclamó Rhialto-. Mi pregunta era meramente casual. Primero encuentra el Perciplex; luego puedes averiguar todo lo que quieras respecto a los dioses.

Osherl gruñó para sí mismo:

— Tú has haraganeado durante cien siglos sin que nadie te dijera nada, pero si yo paso un solo año en Dene Gris sólo oiré amenazas y recriminaciones a mi vuelta. Eso coarta cualquier iniciativa.

— ¡Ya basta! -dijo Rhialto-. Sólo estoy interesado en el Perciplex.

Los dos se acercaron a las ruinas. Viento y lluvia habían actuado sobre las paredes del viejo cráter hasta que sólo quedaban unas pobres huellas. Los templos no eran más que escombros; los veinte dioses, tallados en mármol, se habían visto a todas luces erosionados hasta no

ser más que unos pocos fragmentos caídos, con toda su fuerza perdida en el barro.

Rhialto y Osherl caminaron lentamente siguiendo los límites de la vieja ciudad, comprobando el pleurmalión de tanto en tanto, sin resultado.

Al norte el bosque estaba muy cerca de los antiguos

parapetos, y en aquel punto captaron el olor a madera ardiendo. Miraron a uno y otro lado y descubieron un tosco poblado de una veintena de chozas justo en el linde del bosque.

— Voy a hacer algunas averiguaciones -dijo Rhialto-; Sugiero que cambies tu apariencia; de otro modo pensarán que somos una pareja realmente extraña.

— Tú también deberás hacer alteraciones. Tu sombrero, por ejemplo, tiene la forma de una sopera puesta del revés, y púrpura además. Dudo que ésta sea la moda actual.

— Tienes algo de razón en lo que dices -admitió Rhialto.

Utilizando el aspecto de los temibles lavrentinos, con resplandecientes armaduras llenas de púas y rodelas y con cascos crestados con lenguas de fuego azul, Rhialto y Osherl se acercaron al poblado, que carecía de todo encanto y olía horriblemente.

Rhialto buscó la ayuda de su glosolario y llamó en voz alta:

— ¡Los del poblado, atención! ¡Dos grandes lavrentinos se acercan; acudir a rendirles las debidas ceremonias de bienvenida!

Uno a uno, los habitantes del poblado fueron saliendo de sus chozas, bostezando y rascándose; pertenecían a una raza rechoncha y de largos brazos, con piel amarillenta y largo pelo lacio. Sus ropas estaban hechas de piel de ave, y el poblado evidenciaba pocas comodidades; de todos modos, en general parecían bien alimentados. A la vista de Rhialto y Osherl, algunos hombres lanzaron gritos de alegría y, tomando redes fijadas al extremo de. largas pértigas, avanzaron hacia ellos con siniestros propósitos.

— ¡Retroceded! -gritó Rhialto-. ¡Somos magos! ¡Os advertimos: al primer signo de amenaza arrojaremos sobre vosotros un conjuro de gran aflicción!

Los hombres se negaron a escuchar y alzaron sus redes. Rhialto hizo una seña a Osherl. Las redes se doblaron hacia atrás, envolviendo y sujetando en apretadas bolas a aquellos que pensaban utilizarlas. Osherl

agitó un dedo para arrojar lejos aquellas bolas, hacia el norte, hasta que desaparecieron de la vista en el cubierto cielo.

Rhialto miró al grupo que les rodeaba y se dirigió a una mujer de rostro plano.

— ¿Quién es el jefe de este grupo repulsivo?

— Ése es Doulka, el carnicero y transportista -señaló la mujer-. No necesitamos jefe; esa gente come más de lo que le corresponde.

Un viejo de oronda panza y grises carnosidades que colgaban de su cuello avanzó unos pasos.

— ¿Tiene que ser tan flagrante vuestro disgusto? -dijo con voz nasal-. Cierto: somos antropófagos. Cierto: hacemos un suculento uso de los extraños. ¿Es eso causa de tanta hostilidad? El mundo es como es, y cada uno de nosotros espera servir de algún modo a los demás, aunque sólo sea en forma de sopa.

— Nuestros talentos van hacia otro lado -dijo Rhialto- Si veo alguna otra red, tú serás el primero en volar por los cielos.

— No temas, ahora que conocemos tus preferencias -declaró Doulka-. ¿Cuáles son vuestras necesidades? ¿Tenéis hambre?

— Sentimos curiosidad respecto a Luid Shug, que en esta época hubiera debido despertar a una Edad de Oro. En vez de ello sólo vemos ruinas, barro y el hedor de vuestro poblado. ¿Por qué las cosas han ocurrido de esta forma tan lamentable?

Doulka había recobrado la confianza, e hizo un guiño a sus visitantes con aletargada complacencia. Empezó a entrelazar los dedos de sus manos, como por la fuerza de la costumbre, con una habilidad que Rhialto consideró interesante, incluso fascinante. Con un monótono tono nasal, dijo:

— El misterio que rodea las ruinas es más aparente que real. -Mientras hablaba, Doulka siguió tejiendo y destejiendo los dedos-. Los siglos pasaron, uno tras otro, y los dioses siguieron firmes en su sitio, de día y de noche. Pero finalmente sucumbieron a la mordedura del viento y de la lluvia. Se convirtieron en polvo, y su poder desapareció.

Doulka continuó haciendo trabajar sus dedos.

— La región estaba despoblada y las ruinas reposaron tranquilas. Los Dechados dormían su largo sueño en huevos de alabastro. ¡Jóvenes y doncellas de primera calidad madurando en sus sedosos capullos, ignorados por todos!

Los dedos de Doulka creaban extraños esquemas. Rhialto empezó a sentir una agradable lasitud, que achacó a los esfuerzos del día.

— ¡Mis queridos amigos, veo que estáis cansados!

— dijo Doulka-. ¡Me siento culpable por ello! -Fueron traídas tres sillas ceremoniales de caña trenzada, con el respaldo tallado representando contorsionados rostros humanos-. Sentaos -indicó con voz suave-. Descansad un poco.

El propio Doulka encajó sus enormes posaderas en una de las sillas, que crujió bajo el peso. Rhialto se sentó también, para permitir que sus agotadas piernas se relajaran un poco. Se volvió hacia Osherl y le dijo en el idioma del vigesimoprimer eón:

— ¿Qué me está haciendo ese taimado y viejo diablo, que siento este torpor?

— Gobierna a cuatro sandestins de tipo inferior -respondió Osherl de forma intrascendente-: el tipo que nosotros llamamos «madlings». Tejen esquemas de cansancio en tus ojos, forzándolos poco a poco a cerrarse. Doulka les ha dado ya órdenes de que vayan preparando el festín.

— ¿Por qué no has impedido esta traición? -exclamó Rhialto, indignado-. ¿Dónde está tu lealtad?

Osherl se limitó a toser, desconcertado. Rhialto le dijo:

— Ordena a los madlings que tiren de la nariz de Doulka hasta que alcance una longitud de medio metro o más, le instalen un doloroso divieso en la punta, y al mismo tiempo le pongan un buen forúnculo en cada una de sus nalgas.

— Como desees.

El trabajo fue realizado a su satisfacción.

— Ahora -señaló Rhialto-, y eso no tendría que decírtelo siquiera, ordena a los madlings que desistan de cualquier otro intento contra mi persona.

— Sí, muy bien. No queremos que Doulka tome represalias del mismo tipo.

— Luego les concederás a los madlings la libertad, y los enviarás a que sigan su camino, con instrucciones explícitas de no volver a servir nunca a Doulka.

— ¡Un pensamiento generoso! -declaró Osherl-. ¿La misma instrucción se aplica a mí?

— Osherl, no me distraigas. Debo interrogar a Doulka, pese a sus nuevas preocupaciones. -Rhialto se volvió al agitado carnicero y habló en el idioma del poblado--:

Acabas de recibir tu castigo por tu mala fe. En su conjunto, me considero generoso, así que dame las gracias y alégrate de ese hecho. Ahora: ¿seguimos con nuestra conversación?

— ¡Eres un hombre irritable! -dijo Doulka con voz lúgubre-. ¡No pretendía hacerte ningún daño! ¿Qué más puedo decirte?

— ¿Habéis explorado a fondo las ruinas?

— No estamos interesados en las ruinas, excepto en lo que se refiere a los huevos de alabastro que contienen para nuestro deleite.

— Entiendo. ¿Cuántos huevos habéis devorado?

— A lo largo de los años ascienden a cinco mil seiscientos cuarenta y uno. Ya quedan pocos.

— ¿«Pocos»? -exclamó Rhialto-. A menos que yo haya contado mal, sólo queda un Dechado para instituir la Edad de Oro. Os habéis comido a todos los demás.

Doulka olvidó momentáneamente su nariz y sus posaderas.

— ¿Sólo queda uno? Esa es una mala noticia. ¡Nuestros festines llegan a su fin!

— ¿Qué hay del tesoro? -preguntó Rhialto-. ¿Habéis tomado gemas y cristales de las bóvedas de la ciudad?

— Por supuesto que lo hemos hecho, ya que nos gustan esas cosas: principalmente todas las gemas rojas, rosadas y amarillas. Las azules y las verdes traen mala suerte, así que las usamos para nuestros entretenimientos.

— ¿Cómo es eso?

— Las atamos a las colas de los bogadils, de los saltarines ursiales o incluso de los manks, lo cual les impulsa a actos absolutamente cómicos de preocupación y vergüenza, haciendo que corran durante días por el bosque sin rumbo ni sentido.

— Hummm. ¿Y qué hay de un cristal luminoso azul con forma de prisma, más o menos de estas características? -intentó definirlo con las manos-. ¿Ha llamado tu atención un objeto así?

Doulka palpó melancólicamente su larga nariz.

— Creo recordar un objeto así, en un pasado no demasiado lejano.

Rhialto, todo amabilidad, preguntó:

— ¿Te causa algún tipo de molestia tu nueva nariz?

— ¡Oh, por supuesto, por supuesto!

— ¿Y tus posaderas?

— Me duelen exquisitamente.

— Cuando me traigas el cristal azul que busco, tus aflicciones cesarán por completo.

Doulka lanzó un hosco gruñido.

— No es tarea fácil.

Rhialto no tenía nada más que decir, y se alejó con Osherl a una cierta distancia del poblado, donde Osherl estableció un confortable pabellón de seda azul oscuro. Sobre una gruesa alfombra roja y azul de intrincado diseño, Osherl preparó una enorme mesa de madera oscura tallada rodeada por cuatro sillas bajas con almohadones de terciopelo rojo oscuro. Fuera de la estructura preparó una alfombra similar y una segunda mesa, para las ocasiones en que el día fuera espléndido. Encima dispuso un dosel, y a cada lado situó un alto pedestal de hierro negro con una multifacetada lámpara.

Dejando a Osherl sentado en la mesa interior, Rhialto ascendió por los aires, más allá de la capa de nubes que cubrían el cielo y a una luz bermellón cargada con ásperos tonos azules.

Era mediada la tarde; el sol colgaba a medio camino en su descenso hacia el horizonte. La capa de nubes se extendía sin interrupción en todas direcciones hasta tan lejos como Rhialto podía ver. Miró por el pleurmalión, y descubrió con intensa alegría un punto oscuro colgando en el cielo en algún lugar al nordeste de donde se hallaba.

Rhialto corrió a toda velocidad por encima de las nubes y se situó inmediatamente debajo del punto, luego se dejó caer en vertical a través de la capa nubosa hacia el bosque de abajo. Finalmente alcanzó el suelo

del bosque, donde efectuó una búsqueda rápida y superficial, sin hallar nada.

Al regresar al pabellón, Rhialto encontró a Osherl sentado en la misma posición que antes. Le describió sus actividades.

— Definitivamente, mi búsqueda carecía de precisión. Mañana ascenderás tanto como te sea posible con el pleurmalión y te situarás exactamente debajo del punto. Desde aquel lugar dejarás caer una cuerda con un peso atado a su extremo hasta que cuelgue sobre el bosque, y así espero encontrar el Perciplex... ¿Qué es ese salvaje gritar y ulular que se oye?

Osherl miró a través del faldón de seda de la parte delantera del pabellón.

— Los habitantes del poblado están excitados; gritan de entusiasmo.

— Curioso -dijo Rhialto-. Quizá Doulka, en vez de cooperar, haya considerado más sencillo cortarse la nariz... De otro modo no parece que tengan excesivos motivos para regocijarse. Espera, acaba de ocurrírseme otro pensamiento: ¿por qué el punto azul se halla tan arriba en el aire?

— No hay ningún misterio en ello: por simples razones de visibilidad a gran distancia.

— Oh, bien; pero seguramente algún otro tipo de señal hubiera sido mucho más efectiva: por ejemplo, una varilla de luz azul, visible desde muy lejos también, pero al mismo tiempo exacta en su emplazamiento en el extremo inferior.

— Con toda sinceridad, no comprendo los motivos de Sarsem, a menos que se haya tomado realmente las instrucciones de Hache-Moncour al pie de la letra.

— ¿Oh? ¿Qué instrucciones son ésas?

— Mera broma, supongo. Hache-Moncour ordenó que el punto en el cielo se reflejara de una forma tan imprecisa que nunca pudieras dar realmente con el emplazamiento exacto del cristal, sino que fueras persiguiéndolo eternamente de un lado a otro como un estúpido loco intentando atrapar un fuego de San Telmo.

— Entiendo. ¿Y por qué no me dijiste esto antes? No importa; llegará un día en que sabrás quién controla los puntos de tu compromiso: yo o Hache-Moncour... ¡Ese griterío es incesante! Doulka debe estar cortándose la nariz milímetro a milímetro. Osherl, ordénales que se callen.

— Parece una diversión inofensiva; simplemente están preparando un festín.

Rhialto se envaró, alerta.

— ¿Un festín? ¿De qué tipo?

— El último de los Dechados: una doncella que recién acaba de salir del huevo de alabastro. Una vez empiece la ingestión cesará el tumulto.

Rhialto saltó en pie.

— Osherl, me faltan las palabras. Ven conmigo, aprisa.

Rhialto se dirigió a largas zancadas al poblado, donde encontró a Doulka sentado ante su choza sobre un par de enormes y blandos almohadones, con una cataplasma en la nariz. Los preparativos para el festín estaban ya muy avanzados, con las mujeres del poblado pelando y cortando las verduras y disponiendo las especias según las especificaciones de su receta. En una jaula, a un lado, estaba el último de los Dechados: una doncella que un carnicero clasificaría de «tamaño algo inferior a la media», «primera calidad», «tierna y sin excesiva grasa». Sus ropas se habían desintegrado en el largo sueño; ahora no llevaba más que una gargantilla de cobre y turquesa. Con los ojos desorbitados por el miedo, miraba por entre los barrotes de su jaula mientras un par de robustos aprendices de carnicero preparaban una tabla de trabajo y empezaban a afilar sus instrumentos.

Doulka observó con el ceño fruncido a Rhialto y Osherl mientras se aproximaban.

— ¿Qué ocurre esta vez? Estamos preparándonos para nuestro último festín de calidad. Vuestros asuntos pueden esperar, a menos que hayas venido a aliviarme de mis dolores.

— No habrá ningún festín -dijo Rhialto-, a menos que quieras ser tú quien vaya a parar dentro de la olla. Osherl, libera a la dama de la jaula y proporciónale ropas adecuadas.

Osherl desintegró la jaula en un millón de motas y envolvió el cuerpo de la muchacha con una túnica azul pálido. Doulka lanzó una exclamación de pesar, y los demás habitantes del poblado fueron a buscar precipitadamente sus armas. Para distraerse un poco, Osherl evocó a cuatro trasgos azules de dos metros y medio de altura. Saltando de un lado a otro y haciendo chasquear sus colmilludas mandíbulas, enviaron a los habitantes del poblado huyendo hacia el bosque en todas direcciones.

Rhialto, Osherl y la alucinada muchacha regresaron al pabellón, donde Rhialto le sirvió un cordial y le explicó con voz suave las

circunstancias de su situación. Ella escuchó con la mirada vacía, y quizá comprendió algo de lo que Rhialto le dijo, porque al final estalló en lágrimas de pesar. Rhialto había mezclado un calmante con el cordial, y su dolor se convirtió pronto en un lánguido estado de somnolencia en el que los desastres de su vida se vieron despojados de fuerza emotiva, y se sintió satisfecha con permanecer sentada cerca de Rhialto y extraer consuelo de su presencia.

Osherl le miró con cinismo.

— Rhialto, eres una criatura curiosa, perteneciente a una raza obstinada y enigmática.

— ¿Por qué lo dices?

— El pobre Doulka está desolado; su gente está dispersa por el bosque, temerosa de volver a sus casas por miedo a los trasgos; mientras tanto, tú te limitas a consolar y halagar a esa hembra sin mente.

— Me siento motivado por la galantería -respondió Rhialto con tranquila dignidad-, que es un sentimiento que se halla más allá de tu comprensión.

— ¡Bah! -dijo Osherl-. Eres tan vano como un pavo real, y ya estás planeando nuevas posturas para impresionar a esa pequeña criatura púber, con la que intentarás llevar a cabo toda una serie de pasatiempos amorosos. Mientras tanto, Doulka está empezando a tener realmente hambre, y mi compromiso sigue como siempre. Rhialto reflexionó un momento.

— Osherl, eres listo, pero no lo bastante listo. No se me puede distraer tan fácilmente como esperas. En consecuencia, reanudemos nuestra conversación. ¿Qué otras cosas me has ocultado en relación con Sarsem y Hache-Moncour?

— He prestado poca atención a sus estrategias. Tendrías que especificar los aspectos en los que estás interesado.

— ¿Antes del hecho? No puedo saber si estoy interesado o no antes de saber de qué se trata.

— A decir verdad, sé muy poco más que tú. Hache-Moncour espera progresar en su propia causa, con la ayuda de Sarsem, pero esto no es una sorpresa.

— Sarsem está jugando a un juego peligroso. ¡Finalmente va a sufrir las penalizaciones propias de la doblez! ¡Dejemos que los demás aprendan del despreciable ejemplo de Sarsem!

— Oh, bueno, ¿quién sabe cómo va a terminar el juego? -dijo alegremente Osherl.

— ¿Qué quieres dar a entender con esto?

Osherl no dijo nada más, y Rhialto, con evidente desagrado, lo envió fuera a vigilar el pabellón. Osherl alivió su tarea disponiendo cuatro enormes cabezas de trasgo que relucían con una fantasmal luminosidad azul y que sobresaltaron al propio Rhialto cuando salió para ver cómo avanzaba la noche.

Rhialto regresó dentro y dispuso una cama para la muchacha, donde ésta durmió con el sueno del agotamiento emocional. Poco después Rhialto se fue también a descansar.

Por la mañana la doncella despertó tranquila pero apática. Rhialto dispuso un baño de agua perfumada, mientras Osherl, revestido con el aspecto de una sirvienta, le proporcionaba unos pantalones blancos de algodón, una chaquetilla escarlata adornada con botones dorados y ojales negros, y botas negras hasta los tobillos ribeteadas con flecos rojos. La muchacha se bañó, se vistió, peinó su negro cabello que le llegaba hasta las rodillas, y salió tentativamente a la cámara principal de la tienda, donde Rhialto se reunió con ella para el desayuno.

Utilizando el poder del glosolario, se dirigió a ella en su propia lengua:

— Has sufrido una terrible tragedia, y te ofrezco mi simpatía. Me llamo Rhialto; como tú, no soy nativo de esta terrible época. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

Al principio la doncella pareció poco dispuesta a responder, luego dijo con voz resignada:

— Mis secretos ya no tienen importancia. En mi idioma personal de pensamientos me llamo a mí misma «Furud Trama del Alba» o «Exquisito Elemento del Amanecer». En mi escuela llevo una credencial como «Shalukhe» o «Experta Nadadora», y éste es el nombre de amiga que utilizo.

— Parece un buen nombre, y ése es el nombre que utilizaré, a menos que prefieras otra cosa.

La doncella le dirigió una incierta sonrisa.

— Ya no poseo el status de ordenar el lujo de la preferencia.

Rhialto encontró el concepto complejo pero comprensible.

— Cierto es que la «calidad innata» y el «mérito derivado de la firme aserción» deben ser la fuente de la autoestima. Te llamarás Shalukhe la Superviviente; ¿no es una condición de orgullo?

— No particularmente, puesto que sólo tu ayuda salvó mi vida.

Osherl, que escuchaba la observación, aventuró un comentario:

— De todos modos, tus tácticas son instintivamente correctas. Para tratar con Rhialto el Prodigioso, y con este nombre aludo a tu anfitrión y conservador de mi compromiso, debes alimentar los fuegos de su hinchada vanidad. Emite exclamaciones sobre su apuesto porte; unge maravilla ante su sabiduría; así lo tendrás en tus manos.

— El talante de Osherl es a menudo acerbo -dijo Rhialto con voz comedida-; pese a sus sarcasmos, sin embargo, me gustaría conocer tu buena opinión.

Shalukhe la Nadadora no pudo evitar un cierto regocijo.

— ¡Ya la has ganado, señor Rhialto! Y me siento agradecida también a Osherl por su ayuda.

— ¡Bah! -dijo Rhialto-. Se siente más preocupado por el hambre del pobre Doulka.

— ¡No es cierto! -exclamó Osherl-. ¡Eso fue una simple broma!

— En cualquier caso -dijo la muchacha-, y si me disculpas la presunción de preguntarlo: ¿qué va a ser de mí ahora?

— Cuando nuestros asuntos aquí hayan terminado, regresaremos a Almery, y hablaremos más detenidamente del asunto. Por ahora, puedes considerarte como mi ayudante subalterno, y se te asigna la supervisión de Osherl. Cuida que se comporte siempre como debe, esté alerta y sea cortés!

Aún medio sonriendo, Shalukhe estudió a Osherl.

— ¿Cómo puedo supervisar a alguien tan listo?

— ¡Es la simplicidad misma! Si se comporta mal en algún aspecto, simplemente pronuncia estas palabras: «Los puntos de tu compromiso».

Osherl lanzó una risa hueca.

— Rhialto el Prodigioso ya empieza con sus sutiles halagos.

Rhialto no le prestó atención. Se inclinó, tomó las manos de la muchacha e hizo que se pusiera en pie.

— Y ahora, ¡al trabajo! ¿Estás menos perturbada que antes?

— ¡Mucho menos! Rhialto, te doy las gracias por tu amabilidad.

— Shalukhe la Nadadora, o Elemento del Amanecer, o como quiera que desees ser llamada: una sombra sigue flotando sobre ti, pero es un placer verte sonreír.

Osherl dijo en el lenguaje del vigesimoprimer eón:

— Se ha establecido el contacto físico, y el programa entra ahora en su segunda fase... Pobre pequeña infortunada, ¿cómo puedes resistirte a Rhialto?

— Tu experiencia es limitada -dijo Rhialto-. Más bien es el caso de: «¿Cómo puede Rhialto resistirse a esa pobre pequeña infortunada?»

La muchacha miró del uno al otro, esperando adivinar el sentido de aquel intercambio. Rhialto dijo:

— ¡Ahora, a nuestro trabajo! Osherl, toma el pleurmalión -le tendió el objeto-, luego trepa hasta encima de las nubes para localizar el punto en el cielo. Desde un lugar directamente debajo, haz descender una linterna destellante roja que emita una potente luz, atada al extremo de una larga cuerda, hasta que cuelgue muy cerca encima del Perciplex. Es un día sin viento, de modo que la exactitud tiene que ser excelente.

Osherl, por puro capricho, adoptó entonces el aspecto de un tendero walvoon de mediana edad vestido con unos anchos pantalones negros, una chaqueta color mostaza y un sombrero negro de ancha ala. Tomó el pleurmalión con una gordezuela mano y ascendió hacia el cielo con tres largos saltos.

— Con un poco de suerte -dijo Rhialto a Shalukhe-, mi tediosa tarea está a punto de terminar, con lo que regresaremos a la relativa calma del vigesimoprimer eón... ¿Qué es esto? ¿Osherl de vuelta tan pronto?

Osherl saltó bajando del cielo y se posó en la alfombra delante del pabellón. Hizo una seña negativa, y Rhialto lanzó una irritada exclamación.

— ¿Por qué no has localizado el Perciplex?

Osherl agitó tristemente su gordo rostro de tendero.

— El punto en el cielo ha sido absorbido por las brumas y no puede verse. El pleurmalión es inútil.

Rhialto arrancó el dispositivo de sus manos y saltó a las alturas, atravesando las nubes y saliendo por encima de ellas, para detenerse en la dura luminosidad bermellón. Se llevó el pleurmalión a los ojos, pero, como había afirmado Osherl, el punto en el cielo no era visible.

Permaneció durante un tiempo encima de la blanca extensión de nubes, arrojando una larga sombra azul pálido. Examinó con fruncida atención el pleurmalión luego volvió a escrutar el cielo, sin ningún resultado.

Algo fallaba. Observando pensativamente la blanca extensión nubosa, Rhialto meditó las posibles causas. ¿Había sido movido el Perciplex? ¿Quizá el pleurmalión había perdido su fuerza? Regresó al pabellón.

Osherl estaba de pie a un lado, mirando con ojos vacuos hacia las desmoronadas ruinas. Rhialto llamó:

— ¡Osherl! Dedícame un momento de tu tiempo, por favor.

Osherl se acercó sin apresurarse y se detuvo con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones a rayas. Rhialto aguardó de pie, pasando el pleurmalión de una mano a otra y observando a Osherl con una mirada pensativa.

— Bien, Rhialto, ¿qué ocurre ahora? -preguntó Osherl, en un intento de dar a sus palabras una entonación intrascendente.

— Osherl, ¿quién te sugirió que la proyección del Perciplex podía haber sido capturada por el banco de nubes?

Osherl agitó una mano en un gesto que no comprometía a nada.

— Eso es evidente para cualquier intelecto astuto.

— Pero tú careces de un intelecto astuto. ¿Quién te proporcionó ese discernimiento?

— Aprendo de una multitud de fuentes -murmuro Osherl-. No puedo anotar o codificar cada elemento de información que llega hasta mí.

— Déjame imaginar una secuencia de acontecimientos -dijo Rhialto-. Osherl, ¿prestas la debida atención?

Osherl, de pie desconsolado, con la mandíbula caída y la mirada perdida, murmuró:

— ¿Qué otra elección tengo?

— Entonces considera esos acontecimientos imaginarios. Tú subes por encima de las nubes, donde Sarsem te da la bienvenida. Entonces se produce una conversación como la que sigue:

»Sarsem: ¿Qué ocurre ahora, Osherl? ¿Cuál es tu tarea?

»Osherl: Ese corazón de piedra de Rhialto quiere que busque en el cielo señales del Perciplex, utilizando este pleurmalión.

»Sarsem: ¿De veras? Déjame mirar... No veo nada.

»Osherl: ¿No? ¡De lo más singular! ¿Qué le diré a Rhialto?

»Sarsem: Es fácil confundirle. Dile que la imagen ha quedado atrapada por las nubes. Este pleurmalión no sirve de nada ahora. Devuélveselo.

»Osherl: ¡Pero éste es un pleurmalión distinto del que te di! ¡No es más que un trozo de vulgar cristal!

»Sarsem: ¿Y qué? Ambos son igualmente inútiles ahora. Regresa abajo y devuélveselo a ese zopenco de Rhialto; nunca se dará cuenta de la diferencia.

»Osherl: Hum. Rhialto es un zopenco, pero un zopenco astuto.

»Sarsem: Está causándole muchos problemas a nuestro amigo Hache-Moncour, que nos ha prometido muchas indulgencias... Mi consejo es este: utilizando algún subterfugio, indúcele a cancelar tu compromiso; luego déjale que se quede un tiempo aquí, gozando de esta húmeda y aburrida época.

»Osherl: La idea es recomendable.

»Tras lo cual, los dos os echáis a reír a coro, luego tú abandonas a tu compinche y desciendes con el falso pleurmalión y la noticia de que el cielo no muestra ninguna proyección, debido a las nubes.

Osherl lanzó una exclamación; su mandíbula temblaba.

— ¿Acaso no es eso plausible? ¡No tienes ninguna razón para creer ni que el nuevo pleurmalión sea falso ni que el punto de vista de Sarsem sea incorrecto!

— En primer lugar: ¿por qué no informaste de tu conversación con Sarsem?

Osherl se encogió de hombros.

— Tú no preguntaste.

— Explica, si puedes, por qué el punto en el cielo era claro y evidente ayer por la tarde, con esas mismas nubes cubriendo la superficie.

— Estoy desconcertado.

— ¿No dirías más bien que el Perciplex ha sido movido o que el auténtico pleurmalión ha sido cambiado por uno falso?

— Supongo que podría argumentarse cualquiera de las dos cosas.

— Exacto. ¡Osherl, el juego ha terminado! Ahora y aquí te penalizo con tres puntos de compromiso por conducta falsa e infiel.

Osherl lanzó un salvaje grito de emoción. Rhialto alzó las manos para hacerle callar.

— Además, ahora te plantearé una pregunta mucho más importante, que debes contestar con la verdad y con suficiente detalle como para proporcionarme un cuadro práctico y exacto de la situación. Sarsem te cogió el pleurmalión. ¿Tomó también, o tocó, ocultó, movió, alteró, destruyó, transfirió temporalmente o de alguna otra manera, o disturbó o influenció de algún otro modo la condición del Perciplex? Me refiero al auténtico Perciplex que custodiaba en el Hálito del Fader. Me molesta la verbosidad, pero debo utilizarla cuando trato contigo.

— No.

— ¿«No»? ¿No qué? Yo mismo me siento algo confuso.

— Sarsem, pese a las incitaciones de Hache-Moncour, no se atreve a tocar el Perciplex.

— Tráeme aquí a Sarsem.

Tras otro intercambio de acritud, Sarsem, como siempre bajo la forma de un joven de escamas color lavanda, apareció ante el pabellón.

— Sarsem, devuélveme el pleurmalión -dijo llanamente Rhialto.

— ¡Imposible! Lo he destruido por orden del nuevo Preceptor.

— ¿Quién es el nuevo Preceptor?

— Hache-Moncour, por supuesto.

— ¿Y cómo das por sentado eso como un hecho?

— Así me lo aseguró él de su propia boca, o al menos dio a entender que ése sería el caso dentro de poco

— Te engañó. Deberías haber verificado los hechos con Ildefonse. ¡Te penalizo con tres puntos de compromiso!

Como Osherl, Sarsem lanzó un agudo grito.

— ¡No tienes autoridad para ello!

— La falta de autoridad de Hache-Moncour no te preocupó en absoluto.

— Eso es diferente.

— Ahora os ordeno a ti y a Osherl que registréis el bosque y halléis el Perciplex, y luego me lo traigáis inmediatamente aquí.

— No puedo hacer eso. Estoy cumpliendo otras órdenes. Haz que lo busque Osherl. Ha sido asignado a tu servicio.

— ¡Sarsem, escucha atentamente! ¡Osherl, tú serás mi testigo! Dudo en apelar al Gran Nombre para un asunto tan trivial, pero estoy empezando a irritarme demasiado con vuestros trucos. Si interferís de nuevo en mi recuperación del Perciplex, apelaré a...

Tanto Osherl como Sarsem lanzaron un agudísimo grito.

— ¡No es necesario que menciones el Nombre; te hemos oído!

— Sarsem, ¿está claro lo que he dicho?

— Completamente claro -murmuró el joven de las escamas lavanda.

— ¿Y cómo guiarás ahora tu conducta?

— Hummm... Tendré que utilizar tácticas evasivas al servicio de Hache-Moncour, a fin de satisfaceros a ambos.

— Te advierto que a partir de ahora voy a ser altamente sensible. Te has ganado con justicia tus tres puntos; ya me has causado excesivo trabajo.

Sarsem emitió un sonido inarticulado y desapareció.

14

Rhialto dirigió su atención a Osherl.

— Ayer creí localizar el Perciplex cerca de ese alto promontorio de ahí. ¡Así que a trabajar!

— Yo solo, por supuesto -gruñó Osherl.

— Si hubieras sido fiel como se esperaba, el trabajo ya estaría hecho, y a estas alturas nos hallaríamos de vuelta en Boumergarth estableciendo las bien merecidas penalizaciones de Hache-Moncour; tú hubieras ganado probablemente dos puntos, en vez de verte penalizado con tres: una diferencia de cinco puntos de compromiso

— Es una tragedia sobre la que, por desgracia, poseo poco control.

Rhialto ignoró la insolencia implícita.

— Bien, ¡a arrimar el hombro! Hay que efectuar una búsqueda escrupulosa!

— ¿Y debo trabajar solo? La tarea es enorme.

— Tienes razón. Da una batida por el bosque y reúne aquí, en orden y disciplina, a todos los bogadils, saltarines ursiales, manks y flantics que encuentres, junto con cualquier otra criatura que tenga algo de seso.

Osherl se humedeció con la lengua los gordezuelos labios de su adiposo rostro de tendero.

— ¿Eso incluye a los antropófagos?

— ¿Por qué no? ¡Hagamos que la tolerancia gobierne nuestra conducta! Pero primero eleva el pabellón sobre un pedestal de seis metros a fin de poder dominarlos a todos con la altura. Instruye a todas esas criaturas para que se comporten civilizadamente.

A su debido tiempo, Osherl tenía reunidas a todas las criaturas especificadas delante del pabellón. Rhialto avanzó unos pasos y se dirigió al grupo con una serie de observaciones que su glosolario, trabajando a toda velocidad, traducía a términos de comprensión general.

— ¡Criaturas, hombres, semihombres y cosas! Extiendo a todos vosotros mis buenos deseos y mi profunda simpatía ante el hecho de que tengáis que vivir de una forma tan íntima los unos en compañía de los otros.

»Puesto que vuestros intelectos son, en líneas generales, de no excesiva complejidad, seré conciso. En algún lugar del bosque, no demasiado lejos de aquella elevación que se divisa allá, hay un cristal

azul, de esta forma y tamaño -hizo unos gestos con las manos-, que deseo poseer. Os ordeno a todos vosotros que busquéis ese cristal. Quien lo encuentre y lo traiga aquí será espléndidamente gratificado. Para estimular el celo y animar la búsqueda, depositaré sobre cada uno de vosotros una sensación ardiente que se repetirá a intervalos cada vez más cortos hasta que el cristal azul se halle en mi poder. Buscad por todas partes: entre la maleza, debajo de los detritus del suelo, en las ramas y el follaje. Los antropófagos ataron originalmente ese cristal a la persona de alguien de los aquí presentes, de modo que esto puede servir como indicio. Todos debéis revisar vuestros recuerdos e ir al lugar donde lograsteis desprenderos del objeto. Ahora id al árbol que hay en la cima de la prominencia, que será el centro de vuestros esfuerzos. Buscad bien, puesto que los ardores no dejarán de intensificarse hasta que tenga el cristal en mis manos. Osherl, inflinge el primer ardor, por favor.

Las criaturas lanzaron un unánime grito de dolor y partieron a la carrera.

Pasaron sólo unos instantes antes de que un saltarín ursiano regresara con un fragmento de porcelana azul y exigiera inmediatamente la recompensa. Rhialto lo coronó con un collar tejido de plumas rojas y lo envió de nuevo a la búsqueda.

A lo largo de la mañana fue traída esperanzadamente a Rhialto una gran variedad de objetos azules; los fue rechazando uno a uno, mientras incrementaba la frecuencia y la fuerza de los ardores estimulantes.

Poco antes del mediodía Rhialto observó una conducta poco usual por parte de Osherl, y al instante preguntó:

— Bien, Osherl; ¿qué ocurre ahora?

— En realidad no es asunto mío -dijo rígidamente Osherl-, pero si yo siguiera mi propio consejo, no dejaría que escucharas lo que tengo que decirte. Puede provocar comentarios lamentables acerca de mis puntos de compromiso.

— ¿Qué es lo que tienes que decirme? -gritó Rhialto.

— Se refiere al Perciplex, y puesto que has hecho algunos esfuerzos para asegurarte el cristal...

— ¡Osherl, te lo ordeno! ¡Ve al grano! ¿Qué ocurre con el Perciplex?

— Para resumir una larga historia, tiendo a creer que ha sido descubierto por un flantic[7], que al principio pensó traértelo, pero luego fue

[7] Flantic: criatura alada con una grotesca cabeza humana; precursor del pelgrane.

desviado por una contraoferta de alguien que debe permanecer innominado; ahora el flantic vuela de un lado para otro, indeciso... ¡Ahí está! ¡Míralo! Viene en esta dirección. Lleva el Perciplex aferrado en su garra derecha... ¡No! Vacila... Ha cambiado de opinión; sin duda ha oído unas condiciones más persuasivas.

— ¡Rápido! ¡Tras él! ¡Golpéalo con pervulsiones! ¡Hazle volver, o arráncale el Perciplex! Osherl, ¿por qué no te apresuras?

Osherl retrocedió unos pasos.

— Este es un asunto entre tú y Hache-Moncour; no se me permite entrar en tales confrontaciones, y aquí Ildefonse me apoyará.

Rhialto rugió furiosas maldiciones.

— ¡Entonces ven; haremos bajar a la criatura! ¡Conocerá el dolor más de lo que nunca haya querido conocer nada en su vida! ¡Pon toda la carga de velocidad a mis botas aéreas!

Rhialto saltó al aire y corrió con grandes saltos ingrávidos tras el aleteante flantic negro, que, tras volver la cabeza y ver a Rhialto, aumentó sus esfuerzos.

La persecución los condujo hacia el sudoeste: sobre una cordillera de montañas y un bosque de palmáticas ocres y grises, luego cruzando una marisma de lodosas aguas cortada por riachuelos y salpicada de negros matorrales. En la distancia, el mar Santune reflejaba un leve fulgor plomizo bajo el encapotado cielo.

El flantic empezaba a sentirse cansado; sus alas batían el aire cada vez con menos fuerza, y Rhialto, de salto en salto, fue acortando la distancia.

Con el mar debajo y ningún lugar a la vista donde posarse, el flantic se volvió de pronto para atacar a Rhialto con garras y agitantes alas, y Rhialto fue tomado por sorpresa. Eludió el primer furioso ataque, pero con tan poco margen que el borde de una de las alas del flantic golpeó su hombro. Giró sobre sí mismo y cayó; el flantic picó sobre él, pero Rhialto se contorsionó y le esquivó en un movimiento desesperado. Osherl, a un lado, emitió un cumplido:

— Eres más ágil de lo que esperaba. Ésa fue una hábil maniobra.

Rhialto esquivó un tercer ataque, y las garras del flantic desgarraron su capa y enviaron a Rhialto girando sobre sí mismo hacia un lado. Consiguió gritar un conjuro de Efectividad y arrojó un puñado de Destrucción Azul hacia el cuerpo que se lanzaba contra él, y las resplandecientes astillas penetraron en el torso de la criatura y

agujerearon sus alas. El flantic echó hacia atrás la cabeza y lanzó un agudo grito de miedo y agonía.

¡Hombrecillo, me has matado; me has arrancado mi preciosa vida, y no tengo otra! ¡Te maldigo y me llevo conmigo tu cristal azul a un lugar donde jamás puedas recuperarlo: al Reino de la Muerte!

El flantic se convirtió en una fláccida y entremezclada masa de brazos, alas, torso y largo cuello arqueado, y cayó como un plomo al mar, donde se hundió rápidamente, desapareciendo de la vista.

Rhialto gritó angustiado:

— ¡Osherl! ¡Sumérgete, aprisa! ¡Bucea! ¡Recupera el Perciplex!

Osherl descendió para mirar desconfiado el agua.

— ¿Dónde cayó la criatura?

Exactamente donde te hallas. Bucea profundo, Osherl; es a causa de tu negligencia que ahora nos encontramos aquí.

Osherl silbó entre dientes y bajó un miembro especial hasta el agua. Finalmente dijo:

— No hay nada que hallar. El fondo es profundo y oscuro. Sólo descubriré lodo.

— ¡No quiero oír excusas! -gritó Rhialto-. ¡Bucea y tantea, y no vuelvas a aparecer hasta que hayas encontrado el Perciplex!

Osherl lanzó un hueco gemido y desapareció bajo la superficie. Al cabo de un rato regresó.

— ¿Lo has recuperado? -exclamó Rhialto-. ¡Dámelo, ahora mismo!

— No es tan fácil -hizo notar Osherl-. La gema se ha perdido en el lodo. No emite ninguna radiación, y no posee resonancia. En pocas palabras, el Perciplex debe considerarse perdido.

— Soy más optimista que tú -dijo Rhialto-. Ánclate aquí donde ha caído, y no permitas ni a Hache-Moncour ni a Sarsem que interfieran. Consultaré contigo dentro de un momento.

— Apresúrate -dijo Osherl-. El agua es profunda, oscura y fría, y criaturas desconocidas juguetean con mi miembro.

— ¡Ten paciencia! Y lo más importante: no varíes tu posición ni un solo centímetro; puesto que ahora eres como una boya que señala la localización del Perciplex.

Rhialto regresó al pabellón junto a las ruinas de Luid Shug. Interrumpió la búsqueda y dejó que cesaran los estímulos, con gran alivio de todos.

Luego se dejó caer blandamente en una silla y dedicó su atención a Shalukhe, el último Dechado de Vasques Tohor, que permanecía pensativamente sentada en el camastro. Había recuperado buena parte de su seguridad en sí misma, y observaba a Rhialto con unos ojos oscuros y meditativos. «Ha tenido tiempo de reflexionar sobre su situación», pensó Rhialto. «No ve nada optimista en su futuro.»

— Nuestra primera preocupación es abandonar para siempre este deprimente lugar -dijo Rhialto en voz alta-. Y luego...

— ¿Y luego?

— Estudiaremos las opciones que se abren ante ti. No son del todo optimistas, como ya te habrás dado cuenta.

Shalukhe agitó perpleja la cabeza.

— ¿Por qué te preocupas así por mí? No poseo riqueza; mi status ha desaparecido. Tengo pocas cualidades y no mucha inteligencia. Puedo trepar a los hyllas en busca de sus vainas y prensar hisopo; puedo recitar el Sueño Deshonesto de las Muchachas Traviesas; ésas son habilidades con un valor muy especializado. Sin embargo... -se encogió de hombros y sonrió-, somos extraños, y ni siquiera me debes la promesa de castidad.

Rhialto, feliz por la ausencia de la cínica mirada de Osherl, fue a sentarse a su lado. Tomó sus manos.

— ¿Tú no rescatarías a una indefensa persona civilizada de la tabla de trinchar de unos caníbales si pudieras?

— Sí, por supuesto.

— Eso es lo que hice. Luego, una vez realizado, fui consciente de ti como persona, o mejor, como una combinación de personas: primero una especie de huérfana perdida y solitaria; luego Shalukhe la Nadadora, una doncella de notable encanto y evidentes atributos físicos. Esta combinación, para una persona vana y pomposa como yo, ejerce un atractivo irresistible. Sin embargo, como hombre de quizá excesivo amor propio, jamás consideraría oportuno imponerte no deseadas intimidades; así que, sean cuales sean tus temores a ese respecto, puedes echarlos a un lado. Soy ante todo un caballero honorable.

La boca de Shalukhe la Nadadora se crispó ligeramente en sus comisuras.

— Y también un maestro de extravagantes sentimientos, algunos de los cuales quizá deba tomarme en serio.

Rhialto se puso en pie.

— Mi querida damisela, en eso debes creer en la exactitud de tus instintos. De todos modos, puedes confiar en mí para tu confort y protección, y para cualesquiera otras que puedan ser tus necesidades.

Shalukhe se echó a reír.

— Al menos, Rhialto, eres capaz de alegrarme.

Rhialto suspiró y se volvió de espaldas.

— Ahora debemos ir a arreglarle las cuentas a Osherl. Sospecho que está actuando en connivencia con mis enemigos, aunque sólo sea pasivamente. Esto, por supuesto, es intolerable. Haremos volar este pabellón hacia el sur, cruzando las montañas Mag, hasta situarnos sobre el mar Santune, donde se halla anclado Osherl. Allá haremos más planes.

Rhialto pronunció una fórmula de transferencia material que envió el pabellón por encima del suelo y sobre el mar hasta donde el flantic se había hundido en las olas. Osherl, por conveniencia propia, había asumido la forma de una boya, pintada de rojo y negro de acuerdo con las reglamentaciones marítimas. Una cabeza humana de hierro forjado emergía de su parte superior, con una luz de navegación encima.

— ¡Rhialto, has regresado! -exclamó Osherl con voz metálica-. ¡Aunque no demasiado pronto! No me gusta la vida en el mar.

— ¡Tampoco a mi! Tan pronto como recuperemos el Perciplex habremos terminado nuestro trabajo.

Osherl lanzó un seco y melancólico gemido, con los tonos de un ave marina.

— ¿No te he explicado ya que el Perciplex se halla perdido en las profundidades? ¡Debes abandonar esa obsesión y aceptar lo inevitable!

— Eres tú quien debes aceptar lo inevitable -dijo Rhialto-. Hasta que tenga el Perciplex en mis manos permanecerás aquí para señalar y certificar el lugar.

Osherl hizo sonar agitado su campana de aviso.

— ¿Por qué no ejerces tu magia y mueves el mar hacia un lado? ¡Entonces podremos buscar mejor!

— Ya no dispongo de esa magia; mis mejores poderes fueron robados por Hache-Moncour y otros. De todos modos, me has proporcionado el germen de una idea... ¿Cuál es el nombre de este mar en particular?

— ¡Ése es un dato trivial e irrelevante!

— ¡En absoluto! Yo nunca soy irrelevante, y mucho menos trivial.

Osherl emitió con voz fuerte una gimiente maldición.

— Durante esta época, es un brazo del océano Áccico que penetra en tierra firme: el mar Santune. Durante el decimoséptimo eón, un puente de tierra se alza a través del estrecho de Garch; el mar se seca lentamente y terminará extinguiéndose. Durante la última época del decimoséptimo eón el viejo lecho marino es conocido como la estepa de Tchaxmatar. En la segunda época del decimoctavo eón, Baltanque de las Altas Torres se alza a ocho kilómetros al norte de nuestra actual situación, y perdura hasta su captura por Isil Skilte el archivolte. A finales del decimoctavo eón vuelve el mar. Espero que tu repentina fascinación hacia la geografía de la Tierra Media haya quedado saciada.

— Casi -dijo Rhialto-. Ahora te daré las siguientes órdenes, que deberán ser cumplidas en su más mínimo detalle. Sin moverte en absoluto de tu posición, nos transferirás a mi y a mi subalterna, Shalukhe la Nadadora, a un momento conveniente a finales del decimoséptimo eón, cuando el lecho del antiguo mar Santune esté seco y preparado para la búsqueda del Perciplex.

»Mientras tanto, se te ordena explícitamente que no te muevas de tu actual punto de anclaje ni un milímetro, ni nombres guardianes sustitutos, en especial y particularmente Sarsem, para mantener la vigilancia mientras te ocupas de otros asuntos.

Osherl lanzó un extraño sonido gimiente, que Rhialto ignoró.

— El Perciplex se halla en estos momentos bajo tus pies; si no está ahí cuando regresemos en el decimoséptimo eón, sólo habrá un culpable: tú. En consecuencia, custódialo bien, con toda obstinación. No dejes ni a Sarsem ni a Hache-Moncour, ni a nadie, que te engatuse y te seduzca a abandonar tu deber.

»Ahora estamos listos para la transferencia. ¡Procura que no se cometa ningún error! ¡La recuperación del auténtico y original Perciplex, y su entrega a mi persona, se ha convertido en tu responsabilidad! ¡Muchos, muchos puntos de compromiso penden del resultado de tu trabajo! Así pues: ¡al decimoséptimo eón!

15

El pabellón se alzaba ahora bajo la luz rojo geranio del sol. El cielo estaba libre de nubes; el aire era cálido, seco, y tenía un olor acre exhalado por unos bajos arbustos negros. Al oeste podía divisarse todavía el reflejo del mar Santune, en plena retirada, con un poblado de blancas casitas entre árboles de escasa altura a un kilómetro de distancia. En las demás direcciones la estepa se extendía ininterrumpida hasta el horizonte.

A unos treinta metros del pabellón se alzaba una casita blanca de reducidas dimensiones, con un enorme shairo negro alzándose imponente a cada lado. En el porche se sentaba Osherl, con la apariencia de un vagabundo de baja casta o de un pobre de espíritu de parpadeantes ojos, pelo color arena y dientes superiores colgando estúpidamente sobre una mandíbula inferior en recesión. Llevaba una manchada túnica de burda tela blanca y un sombrero de colgante ala hundido hasta los ojos.

Al ver a Rhialto, Osherl agitó una mano de fláccidos dedos.

— ¡Hey, Rhialto! ¡Tras una vigilia tan larga como ésta, incluso tu rostro es bienvenido!

Rhialto respondió de una forma más bien fría. Examinó la casita.

— Parece que te has instalado cómodamente. Espero que, en medio de tanta relajación, no hayas olvidado la seguridad del Perciplex.

— Mi «comodidad», como la nombras, es sólo primordial, y destinada básicamente a protegerme de los merodeadores nocturnos. Carezco tanto de lecho de seda como de atentos subalternos.

— ¿Y el Perciplex?

Osherl señaló con el pulgar hacia un oxidado poste de hierro a cincuenta metros de distancia.

Directamente debajo de ese poste, a una profundidad desconocida, yace el Perciplex.

Rhialto examinó la zona, observó montones de botellas vacías a un lado de la casita.

— Mira, no pretendo criticar ni burlarme, pero, ¿es posible que te hayas dedicado a la bebida?

— Y si así fuera, ¿qué? -gruñó Osherl-. La vigilia ha sido larga. Para aliviar el tedio, he elaborado tónicos de diversos sabores que vendo a la gente del poblado.

— ¿Por qué no has empezado a cavar un túnel de exploración hacia el Perciplex?

— ¿Necesito explicártelo? Temía que si lo hacía y no encontraba nada iba a verme obligado a soportar tus reproches. Decidí no tomar iniciativas.

— ¿Qué hay de las, digamos, entidades competitivas?

— No he sido molestado.

El atento oído de Rhialto captó una casi imperceptible elaboración en la frase. Preguntó secamente:

— ¿Han dejado sentir su presencia Sarsem o Hache-Moncour?

— No en un grado significativo, al menos. Comprenden la importancia de nuestro trabajo, y no piensan interferir.

— Esperemos. ¿Pueden haber cavado un pozo desde una distancia, digamos, de quince kilómetros, y practicado un túnel hasta el Perciplex de un modo que los sitúe más allá de tu conocimiento?

— Imposible. No me dejo engañar tan fácilmente. He colocado una serie de dispositivos que me señalan cualquier incursión ilícita, ya sea temporal, torsional, squalmácea o dimensional. El Perciplex está donde antes.

— Excelente. Puedes empezar tu excavación de inmediato.

Osherl se limitó a ponerse más cómodo en su silla.

— ¡Primero lo primero! Este terreno es propiedad de un tal Um-Foad, que vive en el poblado de Az-Khaf, ése que puedes ver allí. Tiene que ser consultado antes de poder mover un solo grano de tierra. Te sugiero que le visites en su casa y hagas los arreglos necesarios. ¡Pero primero vístete con ropas parecidas a las mías, para evitar el ridículo!

Vestidos de acuerdo con las recomendaciones de Osherl, Rhialto y Shalukhe partieron hacia Az-Khaf.

Descubrieron un bien cuidado poblado de limpias casas blancas con jardines de enormes girasoles rojos.

Rhialto hizo algunas indagaciones, y la pareja fue orientada hacia una casa con ventanas de cristal azul y un techo de tejas azules. Rhialto llamó desde la calle, hasta que finalmente Um-Foad salió al porche: un hombre bajo de pelo blanco, penetrante mirada y un fino bigote de puntas limpiamente curvadas hacia arriba. Dijo con sequedad:

— ¿Quién pronuncia el nombre de Um-Foad y con qué propósito? puede que esté en casa, o puede que no.

— Soy Rhialto, un estudioso de antigüedades. Ésta es mi ayudante, Shalukhe la Nadadora. ¿Vienes aquí o vengo yo ahí, para no tener que gritar?

— Grita todo lo que quieras, aquí sólo estoy yo para escucharte.

— Quiero hablar de dinero -dijo Rhialto con voz suave.

Um-Foad avanzó rápidamente, con las puntas del bigote estremeciéndose como antenas.

— ¡Habla, señor! ¿Has mencionado dinero?

— Quizá me has oído mal. Deseo cavar un agujero en tus tierras.

— ¿Para qué, y cuánto piensas pagar?

— Vayamos al asunto: ¿cuánto nos pagarás tú? -preguntó Rhialto-. Elevaremos el valor de tus tierras.

Um-Foad rió burlonamente.

— ¿De modo que, cuando camine por ellas de noche, caiga en el agujero y me rompa la cabeza? ¡Si quieres cavar, tienes que pagar! ¡Y tendrás que pagar de nuevo para volver a llenar el agujero! Ésa es la primera cláusula.

— ¿Y la segunda?

Um-Foad rió taimadamente y se golpeó un lado de la nariz.

— ¿Me tomas por tonto? Sé muy bien que hay objetos valiosos enterrados en mi propiedad. Si es hallado algún tesoro, me pertenece a mí. Si cavas, tus derechos se extienden sólo al agujero.

— ¡Irrazonable! ¿Hay alguna tercera cláusula?

— ¡La hay, sí! El contrato de excavación debe ser aceptado por mi hermano Um-Zuic. Yo actuaré personalmente como supervisor del proyecto. Además, todos los pagos deben ser hechos en zikkos de oro de reciente acuñación.

Rhialto intentó discutir, pero Um-Foad demostró ser un buen negociador, y en todo lo esencial paró los pies de Rhialto.

Mientras Rhialto y Shalukhe volvían al pabellón, la muchacha dijo:

— Eres demasiado generoso en tus tratos, o al menos eso me parece. Um-Foad es obsesivamente avaricioso.

Rhialto se mostró de acuerdo.

— En presencia de dinero, Um-Foad es como un tiburón enloquecido por el hambre. De todos modos, ¿por qué no concederle su hora de placer? Es tan fácil prometerle doscientos zikkos de oro como cien.

— ¡Rhialto, eres un hombre bondadoso! -dijo Shalukhe.

Um-Foad y su hermano Um-Zuic llevaron un grupo de trabajadores a la casita de Osherl y empezaron a cavar un agujero de quince metros de diámetro en el lugar señalado por Osherl. La tierra excavada era pasada por un tamiz ante el atento escrutinio de Osherl, Rhialto y Um-Foad.

Centímetro a centímetro, metro a metro, el agujero fue hundiéndose en el antiguo lecho marino, pero no a un ritmo que complaciera a Rhialto. Al fin se quejó a Um-Foad:

— ¿Qué les ocurre a los trabajadores? No dejan de ir de un lado para otro; ríen y charlan junto al barril del agua; se quedan largos ratos mirando al vacío. Ese viejo tipo de ahí se mueve tan poco que a veces me pregunto si aún estará vivo.

— ¡Oh, vamos, Rhialto! -respondió Um-Foad alegremente-. ¡No estés siempre quejándote! Esos hombres están siendo pagados por horas, y bien. No tienen prisa por ver el final de una empresa tan noble. En cuanto a ese viejo, es mi tío Yaa-Yimpe, que sufre atroces dolores en la espalda, y además es sordo. ¿Debe ser penalizado por ello? ¡Dejemos que goce de las mismas ventajas que los demás!

Rhialto se encogió de hombros.

— Como quieras. Nuestro contrato prevé ese tipo de situaciones.

— ¿Eh? ¿Cómo?

— Me refiero a la cláusula: «Si lo desea, Rhialto puede pagar todos los gastos sobre la base del metraje cúbico extraído del agujero. La cantidad de dicho pago será determinada por la velocidad a la que Rhialto, de pie al lado de un montón de tierra suelta y con una recia pala, pueda transferir un metro cúbico de dicha tierra a un nuevo montón inmediatamente adyacente.»

Um-Foad lanzó una consternada exclamación y consultó el contrato.

— ¡No recuerdo haber incluido esa cláusula!

— La añadí yo posteriormente -señaló Rhialto-. Quizá no reparaste en ella.

Um-Foad se apresuró a exhortar a los trabajadores. Volvieron rezongando a sus palas, e incluso el viejo Yaa-Yimpe cambió de postura de tanto en tanto.

A medida que el agujero se hacía más profundo, el suelo empezó a ceder artículos arrojados al antiguo mar por las naves que lo cruzaban. Um-Foad se apoderaba de cada uno de ellos con dedos rápidos, luego intentaba vendérselos a Rhialto.

— ¡Mira esto, Rhialto! Aquí tenemos un auténtico tesoro, una verdadera taza de tierra cocida, pese a su asa rota. Representa la culminación de un arte libre y consciente que ya no se practica en este abandonado mundo de hoy.

Rhialto asintió.

— Una espléndida pieza. Adornará magníficamente la repisa de tu chimenea y te proporcionará horas de placer. Um-Foad hizo chasquear decepcionado la lengua.

— Entonces, ¿no es ése el objeto que estás buscando?

— Definitivamente no. De todos modos, ponlo con los demás artículos que has recuperado y quizá algún día te compre todo el lote.

— Por favor, defíneme exactamente qué es lo que buscas -pidió Um-Foad-. Si lo sabemos, podremos estar más atentos en el cedazo.

— Y también podrás poner un precio exorbitante a ese objeto cuando aparezca, si aparece.

Um-Foad dirigió a Rhialto una desagradable sonrisa avariciosa.

— La solución es clara. Vistas las circunstancias, deberé valorar mucho cualquier artículo que salga de ese agujero.

Rhialto reflexionó un instante.

— En ese caso, yo también deberé alterar mi táctica.

Durante el descanso del mediodía, Rhialto se dirigió a los trabajadores.

— Me complace ver que el agujero progresa a buen ritmo. El objeto que busco tiene que estar ya cerca. Ahora os lo describiré, para que

podáis trabajar atentos, puesto que el hombre que lo encuentre recibirá una bonificación de diez zikkos de oro además de su paga.

— Esos zikkos de oro, no hace falta decirlo, serán pagados directamente por Rhialto -se apresuró a observar Um-Foad.

— Exacto -dijo Rhialto-. ¡Escuchad, pues! ¿Estáis todos atentos? - Miró al grupo que le rodeaba, e incluso el sordo Yaa-Yimpe parecía captar la importancia de la ocasión-. Buscamos la Linterna Sagrada que en su tiempo adornaba la proa del barco de placer del rey de las Nubes. Durante una terrible tormenta, fue desalojada de su lugar por el golpe de un rayo de hielo azul y arrojada al mar. Así pues: ¡aquél que encuentre la linterna recibirá diez zikkos de oro! Aquél que encuentre un fragmento, una parte, o incluso un pequeño prisma del rayo de hielo azul, recibirá una bonificación de un zikko de oro, en auténtica moneda; uno de esos fragmentos me indicará que la Linterna Sagrada está cerca. Ese fragmento, o parte, o prisma, es reconocible por su color azul parecido al del rayo, y debe serme traído inmediatamente para su inspección. ¡Así que ahora al trabajo, y vigilad atentamente cualquier indicio del rayo de hielo azul, puesto que él nos conducirá a nuestra meta!

Um-Foad hizo la señal para que todos volvieran a su trabajo.

— ¡Todos a sus palas; que el trabajo se reanude con redoblado esfuerzo! ¡Atended bien a las palabras de Rhialto!

Un momento más tarde Um-Foad llevó a Rhialto a un lado.

— Puesto que se ha suscitado el tema, puedes pagarme ahora un anticipo de diez zikkos de oro por los gastos habidos hasta el presente, más otros cinco zikkos por el permiso de excavación. Digamos veinte zikkos de oro en total.

— Cinco bastarán.

Um-Foad aceptó al fin las monedas.

— Una de tus frases me ha sorprendido. Hablaste a los trabajadores de «un zikko de oro, en auténtica moneda». ¿Qué quisiste dar a entender empleando la palabra «auténtica»?

Rhialto hizo un gesto negligente.

— Sólo era una forma de hablar; una especie de hipérbole si lo prefieres..., para expresar nuestra reverencia a esa moneda de oro.

— Un interesante uso-dijo Um-Foad-. Claro y recomendable... ¡Hey! ¿Quién es ese extraño personaje que se pasea por mi propiedad con la misma tranquilidad que Pululias, el Amigo de los Robles?

Rhialto miró a su alrededor y vio a un hombre alto y apuesto de rizos castaños y graciosos modales inspeccionando de forma casual la excavación.

— Conozco ligeramente a ese caballero -dijo-; probablemente ha venido a presentar sus respetos. ¡Hache-Moncour! ¿No estás un poco lejos de tu territorio habitual?

— Sí, en cierto modo. -Hache-Moncour se apartó del agujero y se acercó-. El excelente Sarsem mencionó que estabas pasando el rato por estos parajes, y puesto que me pillaban de camino en unos asuntos que debo resolver decidí hacer una parada para presentarte mis respetos. Has cavado un magnífico agujero ahí, aunque no puedo adivinar su finalidad en este desolado paisaje.

— Rhialto es un famoso sabio y recolector de antigüedades -dijo secamente Um-Foad-; y este terreno, que estás utilizando de una forma tan liberal, es de mi propiedad.

— Debes disculparme la invasión. ¡Te envidio una propiedad tan notable! Rhialto es efectivamente un estudioso de gran fama..., ahora debo irme. Ha sido una agradable charla.

Hache-Moncour se dirigió hacia la parte de atrás de la casita de Osherl y desapareció de la vista.

— ¡Un tipo de lo más curioso! -declaró Um-Foad-. ¿De veras no formas parte de su círculo de amistades íntimas?

— Sólo es un conocido.

Desde detrás de los shairo que flanqueaban la casita de Osherl flotó una burbuja casi invisible. Rhialto la observó con el ceño fruncido mientras derivaba hasta situarse sobre el agujero y se inmovilizaba encima.

— De todos modos -dijo Rhialto, Hache-Moncour es un hombre de sensibles percepciones y muy extraordinarios talentos.

— Sus pies fueron notablemente rápidos cuando apunté la posibilidad de pagar por haber invadido mi propiedad. Sí, ¿qué tenemos aquí?

Uno de los excavadores se había acercado con un bol de tierra cocida.

— ¡Rhialto, aquí está la linterna! Reclamo tu recompensa.

Rhialto examinó el objeto.

— Esto no es una linterna; es un bol infantil para gachas, sin duda arrojado por la borda de un barco en el transcurso de una rabieta. Observa las ingenuas escenas pintadas en la base del bol. Aquí tenemos a un flantic volando hacia su guarida con un bebé aferrado entre sus garras. Aquí un langomir devora a un niño algo más crecido, mientras en ese lado, a bordo de esa otra nave, una niñita es arrastrada por encima de la borda por un monstruo marino con cabeza de papagayo. Un hallazgo interesante, pero que no es ni la linterna ni un fragmento del rayo de hielo azul.

Rhialto tendió el bol a Um-Foad, luego miró casualmente a su alrededor y observó que la burbuja había derivado hasta situarse directamente sobre sus cabezas.

Una hora después del anochecer, con una leve franja color caqui colgando todavía en el horizonte, Rhialto llevó a Osherl a un lado.

— ¿Quién está observando desde la burbuja flotante? ¿Es Sarsem?

— Sólo es un madling, con un ojo iluminando una sección de la visión de Hache-Moncour, de modo que éste pueda ver todo lo que transpira.

— Atrápalo con una red y mételo en una caja, para que Hache-Moncour pueda disfrutar de una merecida noche de descanso.

— Como quieras... Ya está hecho.

— ¿Y quién nos vigila ahora, y quién nos escucha?

— Nadie. Estamos solos.

— Osherl, me pregunto por qué persistes en tus engaños.

— ¿Qué ocurre esta vez? -murmuró Osherl con tono sobresaltado.

— Hoy fue extraído un bol del agujero. Fue arrojado al mar Santune en una época anterior a aquella en que fue perdido el Perciplex: eso al menos deduzco por el estilo de la nave pintada en él y por la forma, así como por las especies animales reflejadas en sus decoraciones. En consecuencia, hemos rebasado ya el estrato que debía con tener el Perciplex. ¡ Pese a lo cual el Perciplex no ha aparecido! ¿Cómo explicas eso?

— Admito que es una curiosa situación -dijo Osherl con tono sincero-. Vayamos a examinar el agujero.

— Trae una luz.

Osherl y Rhialto se dirigieron a la excavación y miraron por el borde, con sus luces iluminando el fondo.

— ¿Ves ahí? -dijo Osherl, señalando con un rayo de luz una zona lateral, cerca de la circunferencia, que había sido cavada al menos medio metro más profundo que la zona central-. Ese es el lugar donde fue hallado el bol: en una sección más honda del agujero. ¿Estás satisfecho ahora?

— Todavía no. Si ese nivel es anterior al Perciplex, y todos los demás niveles no han dado nada, entonces el Perciplex tiene que hallarse en ese pequeño montículo de tierra en el centro mismo del agujero.

— Así parece.

— Bien; entonces, ¿a qué estás esperando, Osherl? Baja al agujero, toma una pala y cava, mientras yo sostengo la luz.

Una figura brotó rápidamente de la oscuridad.

— ¿Osherl? ¿Rhialto? ¿Por qué estáis iluminando mi agujero? ¿No es éste un acto poco acorde con nuestro contrato? ¿Por qué esta noche precisamente actuáis de esta forma?

— Una noche es parecida a cualquier otra -dijo Rhialto-. ¿Te molesta que salgamos a pasear en la oscuridad para respirar un poco de aire fresco?

— ¡Por supuesto que no! De todos modos, ¿por qué vais equipados con luces potentes?

— Obviamente para no caer en agujeros y excavaciones. Y, como puedes observar, las luces nos han servido bien. ¡Cuidado aquí, Osherl! ¡Ilumina hacia atrás con tu luz! ¡Estás a punto de tropezar con un arbusto espinoso!

— Hay que ir con mucho cuidado -dijo Osherl-. Rhialto, ¿ya has tomado suficiente aire fresco por hoy?

— Sí. Buenas noches, Um-Foad.

— ¡Un momento! Quiero que me pagues otro adelanto a cuenta de nuestra deuda.

— Um-Foad, ¿siempre trabajas con unos márgenes tan angostos? Aquí tienes cinco zikkos de oro. Conténtate por un tiempo.

Por la mañana, Rhialto estuvo desde primera hora junto al cedazo, inspeccionando con sumo cuidado cada palada de tierra extraída del

agujero. Um-Foad se dio cuenta de la atención de Rhialto y empezó a moverse incesantemente de una a otra parte, apartando a menudo a un lado a Rhialto para poder ser él el primero en examinar una nueva palada. Los trabajadores se dieron cuenta de la distracción de Um-Foad y relajaron sus esfuerzos hasta el punto que la tierra empezó a llegar al cedazo a intervalos cada vez más largos. Finalmente Um-Foad se dio cuenta de la situación: corrió al borde del agujero y arregló el asunto. Los trabajadores, sin embargo, habían perdido parte de su celo. Yaa-Yimpe, quejándose a la vez de escalofríos y de espasmos lumbares, se negó a trabajar bajo lo que consideraba condiciones inaceptables de Rhialto. Salió del agujero y regresó al poblado.

Algo más tarde, un joven llegó corriendo del poblado y se acercó a Rhialto.

— Yaa-Yimpe está algo sordo; no entendió que ofrecías buenas monedas de oro a cambio de un fragmento del rayo de hielo azul. Ahora quiere informarte que hoy encontró un trozo de esa materia. Puedes pagarme a mí la recompensa: soy su nieto. Yaa-Yimpe está demasiado cansado para venir personalmente, y además está preparando una fiesta. -El joven, nervioso por la ansiedad, tendió la mano, con unos brillantes ojos redondos y una sonrisa dentona.

— Primero debo inspeccionar el fragmento de rayo de hielo azul, para comprobar su calidad -dijo crispadamente Rhialto-. Llévame con Yaa-Yimpe.

El joven frunció el ceño.

— No desea ser molestado con detalles; dame ahora las monedas de oro, junto con mi gratificación.

— ¡Ni una palabra más! -retumbó Rhialto-. ¡Al poblado, ahora mismo!

El joven condujo hoscamente a Rhialto a una casa donde ya se estaban preparando las celebraciones en honor de Yaa-Yimpe con ocasión de su recompensa. Grandes trozos de carne giraban en el espetón, y habían sido descorchadas algunas botellas de vino. Sobre una plataforma, a un lado, seis músicos tocaban tankles, gigas y tirenas para los invitados.

Mientras se acercaban, Yaa-Yimpe en persona, llevando solamente unos amplios pantalones cortos, salió de la casa. La concurrencia se puso a aplaudir y los músicos emprendieron un aire rítmicamente alegre. Yaa-Yimpe se puso a bailar un saltarello, alzando mucho las piernas, dando un salto hacia delante, otro hacia atrás, mientras su oronda barriga se agitaba al ritmo de la música.

En su fervor, Yaa-Yimpe saltó sobre una mesa para bailar una endiablada danza folklórica agitando mucho los brazos y dando grandes golpes en la mesa con los pies. El Perciplex colgaba de su cuello, atado por su parte central con una cuerda. Yaa-Yimpe se dio cuenta de pronto de la presencia de Rhialto, saltó al suelo.

— Me alegra descubrir que tus dolencias han desaparecido -dijo educadamente Rhialto.

— ¡Cierto! ¡Observa el rayo de hielo azul! Puedes darme ahora los veinte zikkos de oro.

Rhialto tendió la mano.

— Inmediatamente, pero déjame examinar primero el prisma.

Hache-Moncour dio unos pasos desde un lado.

— ¡Un momento! ¡Es más apropiado que yo me haga cargo de la custodia de este objeto! ¡Aquí tienes, señor. ¡Tus veinte zikkos de oro! -Hache-Moncour depositó las monedas sobre la mano tendida de Yaa-Yimpe, agarró el Perciplex y volvió a retirarse a un lado.

Rhialto hizo un convulsivo movimiento hacia delante, pero Hache-Moncour exclamó:

— ¡Retrocede, Rhialto! ¡Debo examinar la autenticidad de este objeto! -Alzó el prisma a la luz-. Como esperaba: ¡una desvergonzada imitación! Rhialto, hemos sido engañados! -Hache-Moncour arrojó el prisma al suelo, apuntó con su dedo; el objeto estalló en un centenar de gotas de fuego azul y desapareció.

Rhialto se quedó contemplando, desconcertado, el chamuscado suelo. Hache-Moncour dijo con voz suave:

— Busca en otro lado, Rhialto, si lo crees conveniente; ¡tu trabajo es realmente útil! Si descubres otra flagrante falsificación, o si sospechas algo, no dudes en volver a llamarme solicitando mi consejo. Buenos días. -Hache-Moncour desapareció tan rápido como había venido, dejando a Yaa-Yimpe y sus invitados mirando con las bocas abiertas.

Rhialto regresó lentamente a la excavación. Osherl estaba de pie frente a su casita, contemplando pensativo el cielo. Shalukhe la Nadadora permanecía sentada con las piernas cruzadas sobre una alfombra ante el pabellón, comiendo uvas. Um-Foad se acercó a la carrera desde la excavación.

— Rhialto, ¿qué son todos esos rumores?

— No tengo tiempo para rumores -dijo Rhialto-. De todos modos, puedes interrumpir la excavación.

— ¿Tan pronto? ¿Qué hay de la linterna del rey de las Nubes?

— Empiezo a pensar que se trata de un mito. Debo regresar a estudiar mis referencias.

— En ese caso, exijo la liquidación de lo que me debes.

— Por supuesto -dijo Rhialto-. ¿A cuánto asciende?

— No he preparado ningún documento formal. La cantidad, sin embargo, es de cincuenta y dos zikkos de oro.

— ¡Absolutamente exorbitante! -exclamó Rhialto-. ¿No has calculado mal?

— Incluyo el uso y disfrute de mis tierras, de día y de noche; el coste del trabajo, tanto de cavar como de volver a llenar el agujero; volver a dejar el lugar en condiciones y replantarlo; mis propios honorarios como supervisor y consultor; los honorarios de algunos funcionarios civiles; impuestos y...

Rhialto alzó una mano.

— Ya has dicho más de lo que quería oír. Por mi parte sólo deseo el bol para gachas, como recuerdo.

El bigote de Um-Foad se tensó.

— ¿Lo dices en serio? ¡Es una valiosa antigüedad, vale al menos diez zikkos!

— Lo que tú digas.

Um-Foad fue en busca del bol para gachas y se lo tendió a Rhialto.

— Ahora mi dinero, y que no haya errores en la cuenta. Rhialto le tendió un saquito. Um-Foad contó satisfecho el contenido. Se puso en pie.

— ¿Debo suponer que abandonas el lugar?

— Tan pronto como pueda.

— A partir de medianoche, si sigues aquí, deberás volver a pagar -dijo Um-Foad. Hizo un seco signo de despedida, luego se dirigió al agujero y llamó a los trabajadores, y el grupo regresó al poblado.

El sol color rojo geranio flotaba bajo en el cielo occidental. Con el cese de actividades el lugar parecía anormalmente tranquilo. Rhialto se detuvo contemplando el agujero. Shalukhe la Nadadora reposaba en la alfombra delante del pabellón. Osherl se detuvo a la entrada de su casita, contemplando el paisaje con una expresión ligeramente soñadora.

Rhialto lanzó un profundo suspiro y se volvió a Osherl.

— Bien, estoy esperando lo que tengas que decir.

Los ojos de Osherl se desenfocaron.

— Oh, sí... Me alegra oír que Yaa-Yimpe ha recobrado la salud.

— ¿Eso es todo? Te muestras curiosamente tranquilo. ¿No tienes nada que decir acerca del Perciplex?

Osherl se rascó la mejilla.

— ¿No llegaste a un acuerdo con Yaa-Yimpe?

— ¿Por qué debería molestarme, cuando tenía en su poder una versión del Perciplex patentemente falsa?

— ¿De veras? ¿Cómo puede Rhialto hacer una afirmación tan categórica, cuando nunca hasta ahora ha puesto sus manos sobre el objeto?

Rhialto agitó tristemente la cabeza.

— Mi querido amigo, tú mismo certificaste el objeto como una falsificación cuando permitiste que fuera encontrado en el mismo estrato que el bol para gachas.

— ¡En absoluto! Tú mismo viste como la zona del bol para gachas estaba mucho más profunda que el montículo central que contenía el Perciplex.

— Exacto: el mismo nivel, cuando hubieran debido estar separados como mínimo por dos metros.

— Hummm -dijo Osherl-. Has cometido un error en algún lugar. No se pueden juzgar asuntos importantes sobre la base de un bol para gachas.

— Si examinamos fríamente la cuestión, tú y Sarsem fuisteis descuidados, aunque estoy seguro de que disfrutasteis con vuestro truco,

riendo y dándoos codazos en las costillas el uno al otro mientras imaginabais la decepción del pobre Rhialto.

— ¡De nuevo estás en un error! -exclamó Osherl, dolido-. ¡Los acuerdos fueron hechos con toda dignidad! Además, tus teorías carecen de pruebas. ¡El bol puede imitar un estilo anterior, o pudo haber sido conservado durante toda una época y luego arrojado al mar!

— Osherl, caminas por el mismo filo del absurdo. Mis llamadas teorías avanzan sobre dos piernas: primera, la deducción lógica, y segunda, la simple observación. Reconozco que el objeto que permitiste que hallara Yaa-Yimpe se parecía al Perciplex..., de hecho, lo suficiente para engañar incluso a Hache-Moncour. Pero no a mi.

Osherl parpadeó, asombrado.

— ¿Cómo pueden ser tus ojos tan agudos y los de Hache-Moncour tan torpes?

— No sólo soy sabio y justo; también soy inteligente. Hache-Moncour apenas es un poco más listo que tú.

— Sigues sin decirme nada.

— ¿Acaso no tienes ojos? El falso objeto colgaba de una cuerda en torno al cuello de Yaa-Yimpe, sujeto por el centro..., en posición horizontal. El auténtico Perciplex se mantiene siempre erguido, de modo que su texto sagrado nunca pueda ser leído mal. Hache-Moncour no prestó atención, y me siento agradecido por su vulgar apresuramiento. Así que ahora, ¿qué tienes que decir?

— Debo pensar sobre ello.

— Quedan dos cuestiones. Primera: ¿quién tiene el Perciplex, tú o Sarsem? Segunda: ¿cómo podéis tú y Sarsem ser a la vez recompensados por vuestros servicios y castigados por vuestra infidelidad?

— Los primeros superan con mucho a la última, por lo menos en mi caso -dijo Osherl-. En cuanto a Sarsem, que ha sido tan hábilmente engañado por Hache-Moncour, prefiero no dar ninguna opinión.

— ¿Y el Perciplex?

— ¡Ah! Éste es un tema delicado, que no me siento libre de discutir ante oídos no autorizados.

— ¿Qué? -exclamó Rhialto, ultrajado-. ¿Me incluyes en esa categoría, cuando Ildefonse te situó específicamente bajo mis órdenes?

— Sujeto a los límites del sentido común.

— ¡Muy bien! Presentaremos los hechos ante Ildefonse en Boumergarth, y espero que pueda refrenar cualquier prejuicio en mi informe. De todos modos, debo tomar nota de tu terca obstinación, que no puede hacer otra cosa más que añadir eones a tu compromiso.

Osherl parpadeó y retrocedió unos pasos.

— ¿Es eso realmente tan importante? Bien, entonces puedo ofrecer un indicio. Hache-Moncour y Sarsem idearon el plan como una broma. Yo señalé inmediatamente la naturaleza seria del asunto, y le di a Yaa-Yimpe un cristal falso. -Osherl lanzó una risa nerviosa-. Por supuesto, Sarsem retuvo la posesión del auténtico Perciplex, y su culpabilidad supera en mucho la mía.

En el pabellón, Shalukhe la Nadadora saltó en pie.

— Oigo un gran tumulto procedente del poblado... Suena como hombres gritando furiosos, y parece estar acercándose.

Rhialto escuchó.

— Supongo que los zikkos de oro de Hache-Moncour se han convertido en ranas mugidoras o en bellotas, o tal vez mis pagos a Um-Foad se han visto alterados prematuramente... En cualquier caso, ya es hora de que nos marchemos. Osherl, regresamos a Boumergarth: al minuto siguiente de nuestra partida.

16

En respuesta a la urgente llamada de Ildefonse, los magos se reunieron en el Gran Salón de Boumergarth. Sólo Rhialto parecía estar ausente del cónclave, pero nadie mencionó su nombre.

Ildefonse se sentó en silencio en su enorme silla del podio, con la cabeza inclinada de modo que su barba rubia descansaba sobre sus brazos doblados. Los demás magos conversaban en voz baja, mirando de tanto en tanto a Ildefonse y hablando del supuesto objetivo de la reunión.

El tiempo transcurrió lentamente, e Ildefonse seguía sentado en silencio. Las conversaciones fueron muriendo gradualmente por toda la estancia, y finalmente todos se sentaron mirando a Ildefonse y preguntándose sus razones para el retraso... Al fin, Ildefonse, quizá tras recibir una señal, se agitó y dijo con voz grave:

— Nobles magos: ésta es una ocasión importante. Para evitar cualquier tipo de intrusión, he tejido una red de impermeabilidad en torno a Boumergarth. Claro que esto tiene un inconveniente, puesto que, al

mismo tiempo que nadie puede entrar para molestarnos, nadie puede tampoco salir de aquí, ni por delante ni por detrás, ni por ningún otro sitio.

Hurtiancz, con su habitual aspereza, exclamó:

— ¿Por qué esas precauciones extraordinarias? No soy partidario de trabas ni de restricciones; ¡debo inquirir las razones de este encierro!

— Ya he explicado mis motivos -dijo Ildefonse-. En pocas palabras, no deseo ni entradas ni salidas durante nuestra discusión.

— Procede -dijo Hurtiancz con tono tenso-. Refrenaré mi impaciencia del mejor modo que pueda.

— Para establecer una base a mis observaciones, recurriré a la autoridad de Phandaal, el Gran Maestro de nuestro arte. Sus advertencias son firmes y directas, y forman el fundamento teórico del protocolo por el que regimos nuestra conducta. Me refiero, naturalmente, a los Principios Azules.

— Realmente, Ildefonse -señaló Hache-Moncour-, tus palabras, aunque profundas de sentido, son un tanto redundantes. Sugiero que vayas directamente al asunto del día. Creo que mencionaste que nuevos descubrimientos obligan a una redistribución de las propiedades de Rhialto. ¿Puedo preguntarte qué nuevos artículos han aparecido, y cuál puede ser su calidad?

— ¡Te anticipas! -retumbó Ildefonse-. De todos modos, puesto que el asunto ha sido planteado, confío en que todos hayáis traído con vosotros la totalidad de los efectos que obtuvisteis y fueron distribuidos tras el juicio de Rhialto. ¿Todos lo habéis hecho? ¿No? Con toda sinceridad, no esperaba tanto... Bien, ¿dónde estaba? Creo que acababa de rendir mis respetos a Phandaal.

— Cierto -dijo Hache-Moncour-. Ahora describe los nuevos hallazgos, por favor. ¿Dónde, por ejemplo, estaban ocultos?

Ildefonse alzó una mano.

— ¡Paciencia, Hache-Moncour! ¿Recuerdas la cadena de acontecimientos que desencadenó la conducta impulsiva de Hurtiancz en Falu? Rasgó la copia de Rhialto de los Principios Azules, impulsando con ello a Rhialto a tomar acciones legales.

— Recuerdo perfectamente la situación: una tormenta en un vaso de agua, o así al menos me lo parece.

Una figura alta, vestida con unos pantalones negros, una camisa negra suelta y un amplio sombrero calado hasta los ojos, avanzó de las sombras.

— A mí no me lo parece -dijo el hombre de negro, y volvió a retirarse a las sombras.

Ildefonse no le prestó atención.

— Aunque sólo sea desde un punto de vista teórico, este caso absorbe nuestro interés. Rhialto era el querellante; el grupo reunido ahora aquí los querellados. Tal como planteó Rhialto el caso, la conclusión era simple. Los Azules, o al menos eso decía él, afirman que cualquier alteración o destrucción premeditada del Monstrament o de una de sus copias obvias y ostensibles constituye un crimen, castigable como mínimo con una penalización igual a tres veces el valor de cualquier pérdida producida, y como máximo con la total confiscación. Eso afirmó Rhialto, y como prueba del crimen y documentación base de la propia ley trajo la copia desgarrada.

»Los querellados, capitaneados por Hache-Moncour, Hurtiancz, Gilgad y otros, negaron las acusaciones no sólo como falsas sino como constitutivas de un delito en sí. La acción de Rhialto, señalaron, formaba la sustancia de una contracción. Para apoyar esta postura, Hache-Moncour y los demás nos llevaron al Hálito del Fader, donde examinamos el Monstrament allí proyectado, y donde Hache-Moncour afirmó, y cito textualmente, que cualquier intento de presentar una copia del Monstrament dañada, mutilada o alterada a propósito es en sí mismo un crimen de graves consecuencias.

»Hache-Moncour y su grupo argumentan, pues, que, presentando la copia dañada de los Azules como prueba, Rhialto cometió un crimen que debe ser considerado por encima de los cargos por él presentados. Argumentan que Rhialto es claramente culpable, y que sus acusaciones no sólo carecen de validez, sino que lo único que hay que decidir es el grado del castigo que debe sufrir el propio Rhialto.

Ildefonse hizo una pausa y contempló los rostros que tenía delante, uno a uno.

— ¿He expuesto el caso con la suficiente claridad?

— Completamente -dijo Gilgad-. Dudo que halles a nadie que disienta. Rhialto ha sido desde hace mucho una espina clavada en nuestro costado.

— No soy partidario del Enquistamiento Remoto[8] para Rhialto; propongo que le dejemos vivir el resto de sus días como una salamandra o un lagarto del río Gangue.

Ildefonse carraspeó.

— Antes de dictar sentencia, o lo que es lo mismo, antes de emitir un juicio..., hay algunos hechos extraños que hay que tomar en consideración. En primer lugar, dejadme haceros una pregunta: ¿cuántos de los aquí presentes han consultado su propia copia de los Principios Azules en conexión con este caso? ¿Qué?... ¿Nadie?

Dulce-Lolo lanzó una risita.

— No es necesario; ¿o acaso no estoy en lo cierto? Después de todo, hicimos esa helada e inconveniente visita al Hálito del Fader con esa finalidad.

— Exacto -dijo Ildefonse-. Curiosamente, sin embargo, lo que recuerdo del párrafo en cuestión concuerda con la desgarrada copia de Rhialto antes que con la del Hálito del Fader.

— La mente juega extrañas pasadas -dijo Hache-Moncour-. Bien, Ildefonse, a fin de acelerar lo que promete ser una tediosa...

— Dentro de un momento -cortó Ildefonse-. Primero, dejadme añadir que recurrí a mi copia personal de los Azules, y descubrí que el texto duplicaba exactamente el presentado como prueba por Rhialto.

La estancia guardó silencio, con la inmovilidad de la sorpresa. Luego Hurtiancz hizo un gesto vehemente.

— ¡Bah! ¿Por qué preocuparnos con sutilezas? Rhialto cometió irrefutablemente el crimen, tal como se halla definido por el Perciplex. ¿Qué otra cosa hay que decir?

— ¡Sólo esto! Como ha señalado nuestro estimado colega Hache-Moncour, la mente juega extrañas pasadas. ¿Es posible que la otra noche todos fuéramos víctimas de una alucinación en masa? Si recordáis bien, hallamos la proyección incomprensiblemente vuelta del revés, lo cual tuvo un claro efecto desconcertante, al menos para mi.

La figura de negro se adelantó de nuevo unos pasos, saliendo de las sombras.

[8] El conjuro del Enquistamiento Remoto opera enterrando al infortunado individuo sometido al conjuro, en una cápsula, a setenta kilómetros bajo la superficie de la Tierra.

— Sobre todo cuando el Perciplex no permite ser alterado de su posición erguida, precisamente por temor a una consecuencia así.

La oscura figura regresó a las sombras, y como antes tanto él como sus palabras fueron ignoradas como si no existiesen.

Hache-Moncour dijo con voz potente:

— ¿Es posible que todo nuestro grupo, compuesto por finos observadores, hayan sufrido la misma alucinación? Tiendo a rechazar tal posibilidad.

— ¡Yo también! -exclamó Hurtiancz-. ¡Nunca he sido alucinado!

— Por ello -señaló Ildefonse-, en mi capacidad de Preceptor, ordeno que nos traslademos todos en mi remolino, que ha sido rodeado también con una red para protegernos de cualquier interferencia, al Hálito del Fader, donde podremos resolver este asunto de una vez por todas.

— Como quieras -dijo irritadamente Dulce-Lolo-. ¿Pero por qué este elaborado sistema de redes y protecciones? Si bien nadie puede molestarnos, nadie tampoco puede ir a resolver sus asuntos en caso de que, por ejemplo, se produzca alguna repentina emergencia en su casa.

— Cierto -dijo Ildefonse-. Y así ha de ser. Por aquí, por favor.

Solo el hombre de negro sentado en las sombras quedó atrás.

17

El remolino voló muy alto a la rojiza luz del atardecer: hacia el sur, cruzando Ascolais hasta un conjunto de suaves colinas y posándose finalmente en el Hálito del Fader.

Un arco de red se extendió desde el remolino hasta el templo exagonal.

— ¡ ...para que los archivoltes no aprovechen la oportunidad de terminar a la vez con todos nosotros! -explicó Ildefonse la precaución.

El grupo penetró en la estructura, con Ildefonse cerrando la marcha. Como siempre, el Perciplex descansaba sobre su almohadón de satén negro. En una silla, a su lado, se sentaba una criatura con forma humana, de piel y ojos blancos y un suave penacho de plumas rosas como cabellera.

— Ah, Sarsem -dijo Ildefonse con voz amistosa-. ¿Cómo va la custodia?

— Todo está bien -dijo Sarsem con voz hosca.

— ¿Ninguna dificultad? ¿Ni incursiones ni excursiones desde que te vi por última vez? ¿Todo está en orden?

— La vigilancia no se ha visto turbada por ningún incidente.

— ¡Bien! exclamó Ildefonse-. Examinemos ahora la proyección. Posiblemente la otra vez nos confundió, de modo que esta vez la estudiaremos atentamente y no cometeremos errores. ¡Sarsem, la proyección!

Los Principios Azules llamearon en la losa. Ildefonse dejó escapar una risita de regocijo.

— ¡Exacto! Como afirmé antes, todos fuimos confundidos a la vez..., incluso el temible Hurtiancz, que ahora lee el Monstrament por tercera y definitiva vez. ¡Hurtiancz! ¡Sé tan amable de leer el párrafo en voz alta!

Hurtiancz leyó átonamente:

— «Cualquier persona que a sabiendas y para sus propios fines altere, mute, destruya u oculte los Principios Azules o cualquiera de sus copias es culpable de un crimen, y del mismo modo y en igual medida sus conspiradores, siendo las penalizaciones las descritas en el cuadro D. Si tales actos son cometidos en el marco de un acto ilegal, o con finalidades ilegales, las penalizaciones serán las descritas en el cuadro G. »

Ildefonse se volvió a Hache-Moncour, que permanecía de pie con los ojos desorbitados y la boca muy abierta.

— ¡Ahí lo tienes, Hache-Moncour! Después de todo, yo tenía razón, y no te queda más remedio que admitirlo.

— Sí, sí; así parece -murmuró con tono ausente Hache-Moncour. Lanzó una larga mirada, con el ceño fruncido, a Sarsem, que evitó que sus ojos se encontraran.

— ¡Esto, pues, queda resuelto! -declaró Ildefonse-. Volvamos a Boumergarth y sigamos con nuestra investigación.

— No me siento bien -dijo Hache-Moncour con voz átona-. Alza tu red para que pueda volver a mi casa.

— ¡Imposible! -dijo Ildefonse-. Todos debemos estar presentes durante las deliberaciones. Si lo recuerdas, estamos juzgando un caso contra Rhialto.

— ¡Pero ya no hay ningún caso contra Rhialto! -baló Byzant el Necropo. ¡El proceso carece de validez! ¡Debemos volver a casa para cuidar de nuestras propiedades!

— ¡A Boumergarth, todos! -tronó Ildefonse-. ¡No aceptaré más reluctancias!

A regañadientes, los magos regresaron al remolino y se sentaron en silencio durante el vuelo de regreso. Tres veces alzó Hache-Moncour un dedo como para dirigirse a Ildefonse, pero cada vez se lo pensó mejor y contuvo su lengua.

En Boumergarth, los magos ocuparon lúgubremente sus puestos en el Gran Salón. El hombre de negro seguía en las sombras, como si no se hubiera movido en absoluto.

— Ahora reanudaremos las consideraciones sobre la acción presentada por Rhialto y su contraacción -dijo Ildefonse-. ¿Hay alguna opinión que merezca ser escuchada?

La sala guardó silencio.

Ildefonse se volvió hacia el hombre de negro.

— Rhialto, ¿qué tienes que decir tú?

— He presentado mi caso contra Hurtiancz y sus conspiradores. Ahora aguardo su resolución.

— Las personas presentes aquí se hallan divididas en dos categorías -señaló Ildefonse-: Rhialto, el demandante, y los demandados, que somos el resto de nosotros. En un caso así sólo podemos recurrir a la guía de los Azules, y no hay ninguna duda respecto a las respuestas. Rhialto: como Preceptor, declaro que has probado justamente tu caso. Certifico que tienes derecho a recuperar tus bienes secuestrados más una penalización estipulada.

Rhialto avanzó para apoyarse contra el atril.

— He conseguido una victoria triste y sin provecho, contra personas a quienes consideraba en mayor o menor grado como mis amigos.

Rhialto miró a todos los reunidos en la estancia. Pocos le devolvieron la mirada. Con voz llana, Rhialto prosiguió:

— La victoria no ha sido fácil. He conocido el sufrimiento, el miedo y la decepción. Sin embargo, no pretendo sacar provecho de las circunstancias. Hago la misma proposición a cada uno de vosotros, excepto a uno: devolved a Falu todas las propiedades que me

arrebatasteis, con el añadido de una sola piedra IOUN cada uno como penalización.

— Rhialto, tu acción es a la vez generosa y sabia -dijo Ao de los Ópalos-. Naturalmente, has ganado muy poca popularidad con tu victoria; de hecho, observo que Hurtiancz y Zilifant rechinan los dientes. De todos modos, no has incurrido en ninguna nueva enemistad. Admito mi error; acepto la penalización y te pagaré una piedra IOUN con humildad. Animo a mis compañeros a que hagan lo mismo.

— ¡Bien dicho, Ao! -exclamó Eshmiel-. Comparto tus sentimientos. Rhialto, ¿quién es la persona a la que exceptúas de la penalización, y por qué es así?

— Excluyo a Hache-Moncour, cuyas acciones no pueden ser disculpadas. Con su ataque a nuestra ley nos atacó a todos nosotros; vosotros no sois menos víctimas que yo, aunque vuestros sufrimientos aún tienen qué venir.

»Hache-Moncour debe perder toda su magia y toda su capacidad para la magia. Ildefonse se ha encargado ya de ello mientras yo os hablaba. El Hache-Moncour que veis aquí no es el mismo hombre que se sentaba en este lugar hace una hora, y en estos momentos Ildefonse está llamando ya a sus sirvientes. Lo llevarán a la tenería local, donde se le adjudicará un empleo adecuado.

»En cuanto a mí, mañana regresaré a Falu, donde mi vida proseguirá más o menos como antes, o al menos eso espero.

18

Shalukhe la Nadadora estaba sentada al lado del río Ts, bajo los álamos azules que crecían junto a sus orillas y ocultaban parcialmente Falu de la vista. Rhialto, con sus propiedades devueltas al lugar que les correspondía, salió para reunirse con ella. La muchacha volvió la cabeza, lo observó acercarse, luego reanudó su contemplación del río.

Rhialto se sentó cerca y, reclinándose, observó el rielar de la tenue luz del sol en la moviente agua. Finalmente volvió la cabeza y estudió primero el delicado perfil, luego las graciosas curvas de su cuerpo. Hoy la muchacha llevaba unos pantalones color arena cerrados en los tobillos y anchos en las caderas, zapatillas negras, una blusa blanca y un cinturón negro. Una cinta roja sujetaba su oscuro pelo. En su tiempo, reflexionó Rhialto, había sido un Dechado de Excelencia, lo Mejor de lo Mejor, y ahora, ¿qué podía esperar?

Ella se dio cuenta de su inspección y volvió hacia él una mirada interrogadora.

— Shalukhe la Nadadora, Furud Trama del Alba: ¿qué voy a hacer contigo?

El Dechado volvió a su contemplación del río.

— Yo también me pregunto lo mismo -murmuró.

Rhialto alzó las cejas.

— De acuerdo: esta era, la última que se conoce en el planeta Tierra, es en muchos sentidos tenebrosa e inquietante. Sin embargo, no te falta nada; no eres atormentada por ningún enemigo; eres libre de ir y venir por donde te plazca. ¿Qué es pues lo que te turba?

Shalukhe la Nadadora se encogió de hombros.

— Parecería capcioso que me quejara de algo. Tu conducta ha sido cortés; me has tratado con dignidad y generosidad. Pero estoy sola. Os observé en vuestro coloquio, y me recordasteis un grupo de cocodrilos tomando el sol en las lodosas orillas del río Kuyike.

Rhialto se echó hacia atrás.

— ¿Yo también?

Shalukhe, ensimismada en sus propios pensamientos, ignoró la observación.

— Yo era Dechado en la corte de la Luna de Levante, lo Mejor de lo Mejor. Los caballeros de rango acudían ansiosos a tocar mi mano; cuando yo pasaba, mi perfume evocaba suspiros de anhelante pasión y a veces, tras mi paso, oía ahogadas exclamaciones, que tomaba como signos de admiración. Aquí se me evita como si fuera lo Peor de lo Peor; nadie se preocupa de si dejo un perfume a mi paso o el olor de una porqueriza. Me he vuelto melancólica y llena de dudas. ¿Soy tan blanda, torpe y aburrida que instilo la apatía allá donde voy?

Rhialto se reclinó en su asiento y miró al cielo.

— ¡Tonterías! ¡ Espejismos! ¡Locas ensoñaciones!

Shalukhe sonrió con una trémula sonrisa agridulce.

— Si me hubieras tratado vergonzosamente y me hubieras sometido a tus deseos, al menos me hubiera quedado mi orgullo. Tu cortés desprendimiento me deja sin nada.

Rhialto consiguió al fin hallar su voz.

— ¡Eres la más perversa de todas las doncellas! ¡Cuántas veces me han hormigueado las manos con el deseo de aferrarte; siempre las he apartado para que te sintieras segura y tranquila! ¡Y ahora me acusas de tener la sangre fría y me llamas cocodrilo! Consideras mi graciosa y poética contención una incapacidad senil. ¡Soy yo quien debería sentir dolor!

Rhialto se puso en pie y fue a sentarse al lado de ella; tomó sus manos.

— ¡Las más hermosas doncellas son también las más crueles! ¡Incluso ahora utilizas medios sutiles para agitar mis emociones!

— ¿Oh? Cuéntame cuáles son, para que pueda volver a hacerlo.

— Estás turbada porque parecía que yo ignoraba tu presencia. Pero, siguiendo ese mismo razonamiento, te hubieras sentido igualmente disminuida en tu orgullo si el hombre hubiera sido Dulce-Lolo con sus pies expresivos, o Zilifant, o incluso Byzant el Necropo. ¡El hecho que fuera yo, Rhialto, quien te tratara tan mezquinamente, parece ser incidental! Ahora, mi propia vanidad me atormenta; ¿soy tan poco atrayente? ¿No sientes ni la más ligera emoción hacia mí?

Finalmente, Shalukhe la Nadadora sonrió.

— Rhialto, te diré esto: si fueras Dulce-Lolo, o Zilifant, o Byzant, o cualquier otro distinto a Rhialto, no estaría ahora sentada aquí dejando que me sujetaras las manos de una forma tan fuerte.

Rhialto suspiró aliviado. La atrajo más hacia sí; sus rostros se encontraron.

— Confusiones y malentendidos: todo se ha esfumado; quizás ahora el vigesimoprimer eón te parezca una época menos deprimente.

Shalukhe miró de soslayo hacia el sol, allá donde colgaba, bajo, sobre el río Ts.

— En cierta medida. De todos modos, ¿qué ocurrirá si el sol se apaga mientras estamos sentados aquí?

Rhialto se puso en pie y tiró de ella para que le imitara; besó su rostro vuelto hacia arriba.

— ¿Quién sabe? ¡El sol puede parpadear y vacilar todavía durante otro centenar de años!

La doncella suspiró y señaló.

— ¡Oh! ¡Observa cómo parpadea ahora! ¡Parece cansado y turbado! Pero quizá goce de una noche tranquila.

Rhialto susurró un comentario en su oído, a fin de que ella no esperara lo mismo. Dio un tirón a su brazo y los dos, muy juntos, caminaron lentamente de vuelta a Falu.

Libro Tercero
MORREION

1

El archivolte Xexamedes, enfrascado en desenterrar raíces de genciana en el bosque Were, empezaba a sentirse acalorado por el ejercicio. Se quitó la capa y siguió con su trabajo, pero el reflejo de sus escamas azules fue observado por Herark el Heraldo y el diabolista Shrue. Se acercaron subrepticiamente y lo sorprendieron; luego, pasando un par de nudos corredizos en torno a su flexible cuello, lo sujetaron de modo que no pudiera causar ningún daño.

Tras grandes esfuerzos, un centenar de amenazas y muchos tirones, sacudidas y cargas por parte de Xexamedes, los dos magos consiguieron arrastrarlo hasta el castillo de Ildefonse, donde los demás magos de la región no tardaron en reunirse, enormemente excitados.

En otros tiempos, Ildefonse había servido a los magos como Preceptor, de modo que ahora se hizo cargo de los procedimientos. Primero inquirió el nombre del archivolte.

— ¡Como muy bien sabes, viejo Ildefonse, soy Xexamedes!

— Sí -dijo Ildefonse-. Ahora te reconozco, aunque lo último que vi de ti fue tu espalda, cuando te enviamos de vuelta a Jangk. ¿Te das cuenta de que has incurrido en una pena de muerte volviendo aquí?

— No es así, Ildefonse, puesto que ya no soy un archivolte de Jangk. Soy un inmigrante en la Tierra; me declaro revertido al estado de hombre. Incluso mis semejantes me tienen en poca estima.

— Muy bien -dijo Ildefonse-. De todos modos, tu expulsión fue y es explícita. ¿Dónde te alojas ahora?

La pregunta fue hecha de forma casual, y Xexamedes respondió del mismo modo.

— Voy y vengo; saboreo el dulce aire de la Tierra, tan distinto de los vapores químicos de Jangk.

Ildefonse no se dejó engañar.

— ¿Qué pertenencias has traído contigo? Específicamente: ¿cuántas piedras IOUN?

— Hablemos de otros asuntos -sugirió Xexamedes-. Deseo unirme a vuestra camarilla local y, como futuro camarada de todos los presentes, encuentro esos vínculos humillantes.

Hurtiancz, haciendo gala de su sempiterno mal genio, gritó:

— ¡Ya basta de temeridades! ¿Qué hay de las piedras IOUN?

— Llevo unas cuantas de esas baratijas -respondió Xexamedes con dignidad.

— ¿Dónde están?

Xexamedes se dirigió a Ildefonse.

— Antes de responder, ¿puedo inquirir cuáles son tus intenciones?

Ildefonse tironeó de su rubia barba y alzó los ojos al candelabro.

— Tu destino pende de muchos factores. Sugiero que muestres tus piedras IOUN.

— Están ocultas bajo las tablas del piso de mi cabaña -dijo Xexamedes con voz hosca.

— ¿Que está situada dónde?

— En el extremo más alejado del bosque Were.

Rhialto el Prodigioso saltó en pie.

— ¡Aguardad todos aquí! ¡Verificaré la veracidad de esta afirmación!

El brujo Gilgad alzó los dos brazos.

— ¡No tan aprisa! ¡Yo conozco exactamente la región! Yo iré.

Ildefonse dijo con voz neutra:

— Nombro un comité formado por Rhialto, Gilgad, Mune el Mago, Hurtiancz, Kilgas, Ao de los Ópalos y Barbanikos. Este grupo irá hasta la cabaña y traerá todo el contrabando. La sesión se aplaza hasta vuestro regreso.

2

A su debido tiempo las posesiones de Xexamedes fueron colocadas en una alacena del gran salón de Ildefonse, incluidas treinta y dos piedras IOUN: esferas, elipsoides, agujas, cada una del tamaño aproximado de una ciruela pequeña, cada una exhibiendo una cortina interna de pálido fuego. Una red impedía que flotaran como burbujas oníricas.

— Ahora poseemos una base para nuestra futura investigación -dijo Ildefonse-. Xexamedes, ¿cuál es con exactitud la fuente de estas poderosas propiedades?

Xexamedes erizó sus altas plumas negras en una clara expresión de sorpresa, real o fingida. Seguía retenido por los dos nudos corredizos. Bruma del Mar Wheary sujetaba una de las cuerdas, Barbanikos la otra, para asegurarse de que Xexamedes no pudiera tocar a nadie.

— ¿Qué pasa con el indomable Morreion? -inquirió Xexamedes-. ¿No os ha revelado sus conocimientos?

Ildefonse frunció el ceño, desconcertado.

— ¿Morreion? Casi había olvidado el nombre... ¿Cuáles fueron las circunstancias?

Herark el Heraldo, que conocía la historia de veinte eones, afirmó:

— Después de que los archivoltes fueran derrotados, se firmó un acuerdo. A los archivoltes se les perdonó la vida, y ellos en cambio aceptaron divulgar la fuente de las piedras IOUN. El noble Morreion recibió la orden de averiguar el secreto, y nunca más volvió a saberse nada de él.

— Fue instruido en todos los procesos -declaró Xexamedes-. Si queréis saberlo..., ¡buscad a Morreion!

— ¿Por qué no volvió? -preguntó Ildefonse.

— No podría decirlo. ¿Quiere alguien más conocer la fuente de las piedras? Demostraré de buen grado el procedimiento una vez más.

Durante un momento nadie habló. Luego Ildefonse sugirió:

— Gilgad, ¿qué te parece? Xexamedes ha hecho una proposición interesante.

Gilgad se humedeció los finos labios.

— Primero deseo una descripción verbal del proceso.

— Por supuesto -dijo Xexamedes-. Permitidme consultar un documento. -Avanzó hacia la alacena, arrastrando detrás a Bruma y Barbanikos; luego saltó repentinamente hacia atrás. La cuerda colgó floja, y Xexamedes agarró a Barbanikos y exudó un impulso galvánico. De las orejas de Barbanikos brotaron chispas; saltó por los aires y cayó al suelo, desvanecido. Xexamedes dio un tirón de la cuerda, cuyo otro extremo sujetaba Bruma, y, antes de que nadie pudiera impedírselo, huyó del gran salón.

— ¡Tras él! -aulló Ildefonse-. ¡No debe escapar!

Los magos partieron a la caza del huido archivolte. Xexamedes corrió cruzando las colinas del Scaum, más allá del bosque Were; los magos corrían tras él como una jauría tras un zorro. Xexamedes entró en el bosque Were por el otro lado y luego volvió sobre sus pasos, pero los magos sospecharon un truco y no se dejaron engañar.

Abandonando el bosque, Xexamedes se acercó a la casa de Rhialto y se ocultó junto al aviario. Las mujeres-pájaro dieron la alarma y el viejo Funk, el sirviente de Rhialto, salió cojeando a investigar.

Gilgad estaba espiando a Xexamedes y ejecutó su Esfuerzo Eléctrico Instantáneo, una tremenda y prolongada descarga que no sólo hizo llamear a Xexamedes sino que destruyó el aviario de Rhialto, hizo pedazos su antiguo poste indicador y envió al pobre viejo Funk danzando por el césped sobre una alfombra de crepitantes y destellantes puntos de luz azul.

3

Había una hoja de tilo pegada a la puerta delantera de la casa de Rhialto, clavada con un espino. Un soplo de viento, pensó Rhialto, y la arrancó y echó a un lado Pero su nuevo sirviente, Puiras, la recogió y, con una gruñona voz ronca, leyó:

NADA AMENAZA A MORREION

— ¿Qué tiene esto que ver con Morreion? -preguntó Rhialto. Tomó la hoja e inspeccionó los diminutos caracteres plateados-. Una forma gratuita de asegurarse. -Echó a un lado por segunda vez la hoja, y dio a Puiras sus últimas instrucciones-. A mediodía prepara la comida de los minúsculos: gachas y té será suficiente. Al anochecer les servirás paté de tordo. Luego, quiero que pulas y enceres las baldosas del gran salón. No utilices arena, que acaba poniendo mate el barniz. Después, limpia el césped del jardín sur; puedes utilizar el eolo, pero ve con cuidado; emplea solamente el soplo amarillo; el negro produce una galerna, y ya hemos sufrido bastante devastación. Arregla el aviario; recupera todo el material aprovechable. Si encuentras cadáveres, ocúpate adecuadamente de ellos. ¿Está todo claro?

Puiras, un hombre delgado y de flojas articulaciones, con un rostro huesudo y lacio pelo negro, asintió sombríamente.

— Excepto un detalle. Cuando haya acabado con todo eso, ¿qué más hago?

Rhialto, que se estaba poniendo los guantes de hilo de oro, miró de soslayo a su sirviente. ¿Estupidez? ¿Celo? ¿Burdo sarcasmo? El rostro de Puiras no ofrecía ningún indicio. Respondió con voz átona:

— Una vez completadas todas esas tareas, el tiempo que te sobre es tuyo. No trastees con los aparatos de magia; tampoco consultes, bajo riesgo de tu vida, los portafolios, los grimorios o los compendios. A su debido tiempo te instruiré en algunos trucos menores; hasta entonces, ¡ve con cuidado!

— Así lo haré.

Rhialto se ajustó su sombrero negro de satén de seis pisos y se colocó la capa con un floreo que le había proporcionado su apodo de «el Prodigioso».

— Voy a visitar a Ildefonse. Cuando haya cruzado la puerta exterior impón el conjuro de los Límites; no lo alces bajo ninguna circunstancia hasta mi regreso. Espérame al anochecer: un poco antes, si todo va bien.

Sin hacer ningún esfuerzo por interpretar el gruñido de Puiras, Rhialto se dirigió con paso tranquilo hacia el portal norte, apartando los ojos del desastre de su maravilloso aviario. Apenas había cruzado el portal cuando Puiras activó el conjuro, haciéndole dar un apresurado salto hacia delante. Rhialto se ajustó el sombrero. La ineptitud de Puiras sólo era una más de una serie de desgracias, todas ellas atribuibles al archivolte Xexamedes. Su aviario destruido, el poste indicador destrozado, el viejo Funk muerto. ¡De algún lado tenía que salir una compensación!

4

Ildefonse vivía en un castillo encima del río Scaum: una enorme y compleja estructura con un centenar de torretas, balcones, pabellones elevados y paseos. Durante las eras finales del vigesimoprimer eón, cuando Ildefonse sirvió como Preceptor, el castillo había bullido de actividad. Ahora sólo era utilizada un ala de aquel monstruoso edificio, y el resto estaba abandonado al polvo, a los búhos y a los fantasmas arcaicos.

Ildefonse fue al encuentro de Rhialto en el portal de bronce.

— ¡Mi querido colega, espléndido como siempre! ¡Incluso en una ocasión como la de hoy! ¡Haces que me avergüence!

Ildefonse retrocedió unos pasos para admirar mejor el austero y atractivo rostro de Rhialto, su fina capa azul y sus pantalones de terciopelo rosa, sus brillantes botas. El propio Ildefonse, por oscuras razones, se presentaba bajo la forma de un sabio jovial, con el cráneo calvo, el rostro lleno de arrugas, pálidos ojos azules y una irregular barba rubia, a todas luces una condición natural que la vanidad no le había permitido descartar.

— Entra -dijo Ildefonse-. ¡Como siempre, con tu sentido de lo espectacular, eres el último en llegar!

Desembocaron en el gran salón. Allí había ya catorce magos: Zilifant, Perdustin, Herark el Heraldo, Bruma del Mar Wheary, Ao de los Ópalos, Eshmiel, Kilgas, Byzant el Necropo, Gilgad, Vermoulian el Caminante de Sueños, Barbanikos, el diabolista Shrue, Mune el Mago, Hurtiancz. Ildefonse exclamó;

— El último de nuestra cábala ha llegado: ¡Rhialto el Prodigioso, en cuya casa se produjo el golpe definitivo!

Rhialto se descubrió para saludar al grupo. Algunos le devolvieron el saludo; otros: Gilgad, Byzant el Necropo, Mune el Mago, Kilgas, se limitaron a lanzarle una fría mirada por encima del hombro.

Ildefonse llevó a Rhialto hasta el bufet. Rhialto aceptó un vaso de vino, que probó con su amuleto.

Ildefonse protestó con burlona indignación:

— El vino es correcto; ¿te he envenenado alguna vez en mi casa?

— No. Pero las circunstancias nunca han sido las de hoy.

Ildefonse hizo un gesto de sorpresa.

— ¡Las circunstancias son favorables! Hemos vencido a nuestro enemigo; ¡sus piedras IOUN están bajo nuestro control!

— Cierto -dijo Rhialto-. ¡Pero recuerda los daños que he sufrido! Reclamo los beneficios correspondientes, de los que mis enemigos se sentirán complacidos de privarme.

— Oh, vamos -protestó Ildefonse-. Hablemos de algo más alegre. ¿Cómo va la renovación de tu poste indicador? ¿Los minúsculos tallan con celo?

— El trabajo avanza -admitió Rhialto-. Pero sus gustos no dejan de ser extravagantes. Durante esta semana su mayordomo ha exigido dos onzas de miel, un galón de Misericordia, una dracma y media de espíritu

de malta, todo ello aparte de las galletas, aceite y una ración diaria de mi mejor paté de tordo.

Ildefonse agitó la cabeza, desaprobador.

— Cada vez se vuelven más exigentes, ¿y quién paga

las facturas? Tú y yo. Así va el mundo. -Se volvió para llenar de nuevo el vaso del corpulento Hurtiancz.

— He realizado mi investigación -dijo Hurtiancz con voz fuerte-, y he descubierto que Xexamedes llevaba varios años entre nosotros. Al parecer era un auténtico renegado, tan indeseable en Jangk como en la Tierra.

— Y todavía puede seguir siéndolo -señaló Ildefonse-. ¿Quién halló su cuerpo? ¡Nadie! Bruma declara que la electricidad es a un archivolte lo que el agua a un pez.

— Así es -declaró Bruma del Mar Wheary, un hombre pequeñito de ardientes ojos.

— ¡En ese caso, los daños sufridos por mi propiedad son más irresponsables que nunca! -exclamó Rhialto-. Solicito una compensación antes de que se llegue a cualquier otro acuerdo.

Hurtiancz frunció el ceño.

— No acabo de comprender lo que quieres decir.

— Es elegantemente simple -dijo Rhialto-. He sufrido un grave daño; debe restablecerse el equilibrio. Pretendo reclamar las piedras IOUN.

— Descubrirás que eres uno entre muchos -dijo Hurtiancz.

Bruma del Mar Wheary lanzó una sardónica carcajada.

— Reclama lo que quieras.

Mune el Mago se inclinó hacia delante.

— El archivolte apenas acaba de morir; ¿debemos pelearnos tan pronto?

— ¿Está realmente muerto? -quiso saber Eshmiel-. ¡Observad esto! -Mostró una hoja de tilo-. La encontré en mi curtiván de cerámica azul. Dice: «NADA AMENAZA A MORREION.»

— ¡Yo también encontré una hoja así! -declaró Bruma.

— ¡Y yo! -dijo Hurtiancz.

— ¡Cómo pasan los siglos, uno después de otro! -murmuró Ildefonse-. ¡Aquellos sí eran días de gloria, cuando hicimos huir a los archivoltes como una bandada de grandes murciélagos! Pobre Morreion! A menudo me he preguntado acerca de su destino.

Eshmiel frunció el ceño, mirando a su hoja.

— NADA AMENAZA A MORREION..., o al menos así se nos dice. Si ése es el caso, la noticia parece superflua y no nos dice nada.

— Está muy claro -gruñó Gilgad-. Morreion fue a averiguar la fuente de las piedras IOUN; lo hizo, y ahora nada lo amenaza.

— Es una posible interpretación -dijo Ildefonse con voz pontifical-. Pero indudablemente hay más ahí de lo que ve el ojo.

— Eso no tiene por qué preocuparnos ahora -señaló Rhialto-. Respecto a las piedras IOUN aquí en custodia, sin embargo, hago una petición formal, como compensación por los daños que he sufrido en bien de la causa común.

— Esa afirmación es en sí misma engañosa -observó Gilgad-. De todos modos, esencialmente, cada uno debe beneficiarse de ellas en proporción a su contribución. No digo esto simplemente porque fuera mi Esfuerzo Eléctrico Instantáneo el que destruyera al archivolte.

— Otra suposición casuística que debe ser rechazada de plano -dijo secamente Ao de los Opalos-, ¡sobre todo teniendo en cuenta que la providencial energía permitió a Xexamedes escapar!

La discusión prosiguió durante una hora. Finalmente fue puesta a votación una fórmula propuesta por Ildefonse, y aprobada por quince votos contra uno. Los bienes propiedad del archivolte Xexamedes fueron traídos para inspección. Cada mago listaría los artículos en orden de preferencia; Ildefonse uniría las listas. En caso de presentarse algún conflicto se decidiría por suertes. Rhialto, en reconocimiento de sus pérdidas, podría elegir libremente después que hubieran sido determinados los primeros cinco artículos; a Gilgad le fue concedido el mismo privilegio después del décimo.

Rhialto hizo una última recriminación:

— ¿Qué valor tiene para mí la elección después de la quinta? El archivolte no poseía nada excepto las piedras, unos cuantos artículos sin importancia y esas raíces, hierbas y elixires.

Sus palabras no tuvieron efecto. Ildefonse distribuyó hojas de papel; cada mago relacionó los artículos que deseaba. Ildefonse examinó las listas una tras otra.

— Parece -dijo que todos los presentes declaran que su primera elección son las piedras IOUN.

Todos miraron las piedras; parpadeaban y parecían hacerles guiños con su pálido fuego blanco.

— Ya que éste es el caso -dijo Ildefonse-, la decisión deberá tomarse por suertes.

Trajo un pote de loza y dieciséis discos de marfil.

— Cada cual pondrá su signo en uno de esos discos y lo meterá en el pote, así. -Ildefonse señaló uno de los discos con su marca y lo dejó caer al interior del pote-. Cuando todos hayamos hecho esto, llamaré a una sirvienta, que extraerá un solo disco.

— ¡Un momento! -exclamó Byzant-. Capto perversidad; camina cerca de nosotros.

Ildefonse lanzó al sensible Necropo una mirada de ría interrogación.

— ¿A qué perversidad te refieres?

— Detecto una contradicción, una discordia; algo extraño camina entre nosotros; es alguien que no debería estar aquí.

— ¡Alguien se mueve sin ser visto! -exclamó Mune el Mago-. ¡Ildefonse, guarda las piedras!

Ildefonse miró hacia uno y otro lado en el penumbroso salón. Hizo un signo secreto y señaló hacia uno de los rincones:

— ¡Fantasma! ¿Estás ahí?

— Estoy aquí -dijo un suave suspiro triste.

— Responde: ¿quién anda entre nosotros?

— Remolinos estancados del pasado. Veo rostros: menos que fantasmas, los fantasmas de fantasmas muertos... Resplandecen débilmente, miran y se van.

— ¿Hay cosas vivas?

— No sangre circulando, no carne pulsante, no corazones latiendo.

— Observa y vigila. -Ildefonse se volvió a Byzant el Necropo-. ¿Ahora qué?

— Capto un extraño sabor.

Byzant hablaba suavemente para expresar la exquisita delicadeza de sus conceptos.

— Entre todos los reunidos aquí, yo soy el único lo bastante sensible a la sutileza de las piedras IOUN. Deberían ser dejadas a mi custodia.

— ¡Qué prosiga la suerte! -exclamó Hurtiancz-. El plan de Byzant nunca tendrá éxito.

— ¡Cuidado! -advirtió Byzant. Con una tenebrosa mirada hacia Hurtiancz, retrocedió a la parte de atrás del grupo.

Ildefonse llamó a una de sus sirvientas.

— No te alarmes. Debes meter una mano en el pote, remover cuidadosamente los discos que hay dentro, y extraer uno, que depositarás sobre la mesa. ¿Comprendes?

— Sí, señor Mago.

— Adelante, hazlo.

La muchacha se dirigió al pote. Metió la mano. En aquel preciso instante, Rhialto activó el conjuro del Estasis Temporal, con el cual, en previsión de aquel tipo de emergencia, se había provisto.

El tiempo se inmovilizó para todos excepto pan Rhialto. Miró en torno, estudió a los magos en sus congeladas actitudes, a la sirvienta con una mano sobre el pote, a Ildefonse contemplando el codo de la muchacha. Rhialto avanzó tranquilamente hacia las piedras IOUN. Podía apoderarse de ellas, pero un acto así despertaría un tremendo griterío y todos se aliarían contra él. Había que utilizar un sistema menos provocativo. Se sorprendió ante un suave sonido que sonó en un rincón de la estancia, allá donde ningún sonido podía hacer vibrar el inmóvil aire.

— ¿Quién se mueve ahí? -llamó Rhialto.

— Yo me muevo -llegó la suave voz del fantasma.

— El tiempo está inmovilizado. No debes moverte, ni hablar, ni observar, ni saber.

— Tiempo, no-tiempo..., todo es uno. Conozco cada instante, uno después de otro.

Rhialto se encogió de hombros y se volvió hacia el pote. Sacó los discos. Ante su sorpresa, todos estaban marcados «Ildefonse».

— ¡Ajá! -exclamó Rhialto-. ¡Un truhán listo ha seleccionado un instante anterior para su truco! ¿No es siempre ése el caso? ¡Al final de esto, él y yo vamos a conocernos mucho mejor! -Rhialto borró el signo de Ildefonse en cada uno de los discos y lo sustituyó por el suyo. Luego volvió a meter los discos en el pote.

Regresó a su anterior posición, y retiró el conjuro.

El ruido volvió a llenar la estancia. La muchacha metió la mano en el pote. Removió los discos, extrajo uno de ellos y lo depositó sobre la mesa. Rhialto se inclinó sobre el disco al mismo tiempo que Ildefonse. Se estremeció. El signo pareció oscilar y cambió ante sus ojos.

Ildefonse lo alzó y, con voz desconcertada, dijo:

— ¡Gilgad!

Rhialto miró furioso a Gilgad, que le devolvió una blanda mirada. Gilgad también había detenido el tiempo, pero había aguardado hasta que el disco estuvo encima de la mesa.

— Eso es todo -dijo Ildefonse con voz apagada-. Puedes irte. -La muchacha se marchó. Ildefonse volcó los discos sobre la mesa. Estaban correctamente marcados; cada uno llevaba el signo o la firma de uno de los magos presentes. Ildefonse se tironeó la barba.

— Parece que Gilgad ha ganado las piedras IOUN.

Gilgad se dirigió a la mesa. Lanzó un terrible grito.

— ¡Las piedras! ¿Qué les ha ocurrido? -Alzó la red, que ahora colgaba bajo el peso de su contenido. La característica translucencia de las piedras IOUN había desaparecido; los objetos de la red brillaban con vulgares reflejos vítreos. Gilgad tomó uno y lo arrojó al suelo, donde se hizo añicos-. ¡Esas no son piedras IOUN! ¡Son un fraude!

— ¡Evidentemente! -declaró Ildefonse-. Eso resulta claro.

— ¡Exijo mis piedras! -rugió Gilgad-. ¡Entregádmelas inmediatamente, o arrojaré un conjuro de Angustia sobre todos los aquí presentes!

— Un momento -gruñó Hurtiancz-. Contén tu conjuro. Ildefonse, haz venir a tu fantasma; sepamos lo que transpira aquí.

Ildefonse tironeó dubitativo de su barba, luego alzó el dedo hacia el rincón más alejado.

— ¡Fantasma! ¿Estás ahí?

— Aquí estoy.

— ¿Qué ocurrió mientras sacábamos el disco del pote?

— Hubo movimiento. Algunos se movieron, otros no. Cuando finalmente el disco estuvo sobre la mesa, una forma extraña cruzó la estancia. Tomó las piedras y desapareció.

— ¿Qué tipo de forma extraña?

— Llevaba una piel de escamas azules; plumas negras se alzaban sobre su cabeza; sin embargo, tenía el alma de un hombre.

— ¡El archivolte! -murmuró Hurtiancz-. ¡Sospeché de Xexamedes!

— Entonces, ¿qué hay de mis piedras, mis maravillosas piedras? -gimió Gilgad-. ¿Cómo recuperaré mi propiedad? ¿Debo verme siempre despojado de mis valiosas posesiones?

— ¡Deja de quejarte -restalló el diabolista Shrue-. Hay que distribuir los artículos restantes. Ildefonse, ten la bondad de consultar las listas.

Ildefonse tomó los papeles.

— Puesto que Gilgad ganó el primer artículo, su lista debe ser retirada. En cuanto a la segunda elección…

Fue interrumpido por la furiosa queja de Gilgad.

— ¡Protesto ante esta intolerable injusticia! ¡No he ganado más que un puñado de cristales sin valor!

Ildefonse se encogió de hombros.

— Es al archivolte ladrón a quien tienes que quejarte, especialmente si tenemos en cuenta que el sorteo sufrió algunas irregularidades temporales, a las que no necesito hacer referencia.

Gilgad alzó los brazos al aire; su rostro saturnino se crispó con las sucesivas oleadas de sus pasiones. Sus colegas le contemplaban con rostro desapasionado.

— Sigue, Ildefonse -dijo Vermoulian el Caminante de Sueños.

Ildefonse extendió los papeles.

— Parece que entre todo el grupo sólo Rhialto ha seleccionado, como segundo artículo, este utensilio de forma curiosa, que parece ser uno de los Recordiums Pretéritos de Houlart. En consecuencia se lo entrego, y coloco la lista de Rhialto junto con la de Gilgad, Perdustin, Barbanikos, Ao de los Opalos y yo mismo hemos registrado nuestro deseo hacia este Casco de Dieciséis Direcciones, y en consecuencia debemos efectuar otro sorteo. El pote, cuatro discos...

— En esta ocasión -dijo Perdustin-, deja que la doncella entre ahora. Que coloque la mano sobre la boca del pote; meteremos los discos entre sus dedos; así nos protegeremos contra cualquier disrupción de las leyes del azar

Ildefonse se tiró de sus rubias patillas, pero Perdustin prevaleció. Todos los demás sorteos se efectuaron de esta forma. Finalmente llegó el turno de Rhialto de efectuar una elección libre.

— Bien, Rhialto -dijo Ildefonse-. ¿Qué seleccionas?

El resentimiento bullía en la garganta de Rhialto.

— Como restitución por mis diecisiete exquisitas mujeres-pájaro, mi viejo poste indicador de diez mil años de antigüedad, ¿se supone que debo verme compensado con este saquito de Polvo Estupefactor?

Ildefonse se mostró conciliador.

— Las interacciones humanas, estimuladas como están por el desequilibrio, nunca consiguen igualarse. Incluso en la más favorable de las transacciones, una parte, sea consciente o no de ello, sale siempre perdiendo.

— La proposición no me es desconocida -dijo Rhialto con voz más razonable-. Sin embargo...

Zilifant lanzó una repentina exclamación.

— ¡Mirad! -Señalaba hacia la repisa de la gran chimenea; allá, camuflada entre la piedra tallada, colgaba una hoja de tilo. Ildefonse la tomó con dedos temblorosos. Los caracteres plateados decían:

MORREION VIVE UN SUEÑO
¡NADA ES INMINENTE!

— Cada vez más confuso -murmuró Hurtiancz-. Xexamedes insiste en tranquilizarnos de que todo está bien con Morreion: ¡un enigmático ejercicio!

— Debemos recordar que Xexamedes es un renegado, un enemigo de todos -señaló el siempre cauteloso Bruma.

Herark el Heraldo alzó un dedo índice con la uña esmaltada en negro.

— Mi costumbre es darle la vuelta a cada problema.

Así, el primer mensaje, «NADA AMENAZA A MORREION», se convierte en «ALGO LLAMADO NADA AMENAZA A MORREION», y en consecuencia en «LA NADA AMENAZA A MORREION».

— Verborrea, prolijidades -gruñó el práctico Hurtiancz.

— ¡No tan aprisa! -dijo Zilifant-. ¡Herark es notablemente profundo! La palabra «NADA» debe ser considerada como una delicada referencia a la muerte; una cuidada fraseología, por decirlo así.

— ¿Acaso Xexamedes era famoso por su exquisito buen gusto? -preguntó Hurtiancz con sarcasmo-. Creo que no. Como yo, cuando dice «muerte» quiere decir «muerte».

— ¡Ésa es exactamente mi opinión! -exclamó Herark-. Me pregunto: ¿Qué es esa «Nada» que amenaza a Morreion? Shrue, ¿qué es y dónde se encuentra esa «Nada»?

Shrue encogió sus estrechos hombros.

— No puede hallarse en la tierra de los demonios.

— Vermoulian, tú has viajado hasta muy lejos en tu palacio peregrino. ¿Qué es o dónde está «Nada»?

Vermoulian el Caminante de Sueños declaró su perplejidad.

— Nunca he descubierto ese lugar.

— Mune el Mago: ¿Qué es o dónde está «Nada»?

— En algún lugar -reflexionó Mune el Mago-. He visto una referencia a «Nada», pero no puedo recordar la conexión.

— La palabra clave es «referencia» -afirmó Herark-. Ildefonse, ten la bondad de consultar el Gran Glos.

Ildefonse seleccionó un volumen de un estante, abrió la pesada tapa.

— «Nada.» Varias referencias tópicas..., una descripción metafísica..., ¿un lugar? «Nada: la noregión más allá del final del cosmos.»

— Como seguridad, ¿por qué no consultamos la entrada «Morreion»? -sugirió Hurtiancz.

Algo reluctante, Ildefonse halló la referencia. Leyó:

«Morreion: Un héroe legendario del vigesimoprimer eón, que venció a los archivoltes y los arrojó, derrotados, a Jangk. A raíz de lo cual estos lo arrastraron tan lejos como la mente puede alcanzar, hasta los resplandecientes campos de donde obtienen sus piedras IOUN. Sus anteriores camaradas, que habían jurado protegerle, se olvidaron de él, y desde entonces nada más se sabe.» Una afirmación parcial e inexacta, pero interesante de todos modos.

Vermoulian el Caminante de Sueños se puso en pie.

— Tenía planeado un largo viaje en mi palacio; visto todo esto, voy a dedicarme a buscar a Morreion.

Gilgad lanzó un gruñido de furia y decepción.

— ¡Piensas explorar los «resplandecientes campos»! ¡Soy yo quien he ganado ese derecho, no tú!

Vermoulian, un hombre corpulento, con la piel lisa como la de una foca y un rostro pálido e inescrutable, declaró:

— Mi único propósito es rescatar al héroe Morreion; las piedras IOUN no son más que algo secundario.

— ¡Bien dicho! -exclamó Ildefonse-. Pero trabajarás más eficazmente con algunos colegas de confianza; quizá yo solo sea suficiente.

— ¡Correcto en todos sus detalles! -afirmó Rhialto-. Pero se necesita una tercera persona para un caso de peligro. Yo compartiré todas las penalidades; de otro modo no podré tenerme nunca en buena consideración.

— ¡Yo nunca he sido alguien que se quede atrás! -dijo Hurtiancz con truculento fervor-. Contad conmigo.

— La presencia de un Necropo es indispensable -afirmó Byzant-. En consecuencia, debo acompañar al grupo.

Vermoulian señaló su preferencia por viajar solo, pero nadie quiso escuchar. Al fin capituló, con una mirada de irritación en su rostro en general complaciente.

— Me marcho de inmediato. Si dentro de una hora no hay nadie en el palacio, entenderé que habéis cambiado de opinión.

— ¡Vamos, vamos! -bromeó Ildefonse-. ¡Necesito tres horas y media sólo para dar instrucciones a mi personal! Exigimos más tiempo.

— El mensaje afirmaba: «La nada es inminente.» -señaló Vermoulian-. ¡Hay que darse prisa!

— Debemos tomar la frase dentro de su contexto -dijo Ildefonse-. Morreion conoce su actual situación desde hace varios eones; la palabra «inminente» puede muy bien señalar un período de quinientos años.

A regañadientes, Vermoulian aceptó retrasar su partida hasta la mañana siguiente.

5

El viejo sol se ocultaba tras las colinas del Scaum; mas nubes negras colgaban en el crepúsculo amarronado. Rhialto llegó al portal exterior de su propiedad. Hizo una señal y aguardó confiado a que Puiras alzara el conjuro de los Límites.

No hubo ninguna señal de respuesta.

Rhialto hizo otra señal, dando una impaciente patada contra el suelo. Del cercano bosque de anchos árboles kang le llegó el gemido de un grue; sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Lanzó de nuevo el haz digital: ¿dónde estaba Puiras? Las tejas de jade blanco del techo relucían pálidas a la débil luz del crepúsculo. No vio ninguna luz. El grue gimió de nuevo en el bosque, y otro lamento quejumbroso se le unió. Rhialto probó la entrada con una rama y no halló ningún conjuro, ninguna protección en absoluto.

Echó la rama a un lado y entró en su propiedad. Todo parecía en orden, aunque Puiras no se veía por ninguna parte. Si había pulido y encerado el suelo del salón, su esfuerzo no era apreciable. Agitando irritado la cabeza, Rhialto fue a examinar el poste indicador, que estaba siendo reparado por sus minúsculos. El superintendente voló hacia él en un mosquito para rendir su informe; al parecer, Puiras había olvidado traerles sus vituallas para la cena. Rhialto se apresuró a remediar el olvido, y añadió media onza de jalea de anguila por iniciativa propia.

Luego, con una copita de Ruina Azul al lado, Rhialto examinó los retorcidos tubos de bronce que se había traído del castillo de Ildefonse: el llamado Recordium Pretérito. Intentó rastrear el circuito que seguían los tubos, pero se entremezclaban entre sí de tal manera que uno se sentía confuso a los pocos momentos. Pulsó una de las válvulas, lo cual produjo un sibilante susurro de una de las boquillas. Tocó otra, y ahora oyó una lejana canción gutural. El sonido no procedía de la boquilla sino del sendero, y un momento más tarde Puiras entró tambaleándose por la

puerta. Lanzó una vacía mirada a Rhialto y se dirigió con paso poco firme hacia sus habitaciones.

— ¡Puiras! -llamó secamente Rhialto.

El sirviente se volvió con dificultad.

— ¿Qué ocurre?

— Has bebido demasiado; en consecuencia, estás borracho.

Puiras aventuró una sonrisa de suficiencia.

— Vuestra perspicacia es aguda y vuestro lenguaje exacto. No niego ninguna de las dos observaciones.

— No dispongo de lugar para un sirviente irresponsable o ebrio. En consecuencia, quedas despedido.

— ¡No, eso no! -exclamó Puiras con voz ronca, y enfatizó su afirmación con un eructo-. Me dijeron que tendría un buen puesto Si no robaba más que el viejo Funk y alababa vuestro noble porte. ¡Pues bien! Esta noche sólo he robado moderadamente, y para mí la falta de insultos es suficiente alabanza. Así que éste es un buen puesto, ¿y qué es un buen puesto sin una escapada de tanto en tanto al pueblo?

— Puiras, estás peligrosamente intoxicado -dijo Rhialto-. ¡Vaya espectáculo lamentable que ofreces!

— ¡Nada de cumplidos! -rugió Puiras No todos podemos convertirnos en espléndidos magos vestidos con ropas de fantasía con sólo hacer chasquear los dedos.

Rhialto se puso en pie, ultrajado.

— ¡Ya basta! ¡Ve a tus habitaciones antes de que te aplique un suplicio!

— Eso era lo que iba a hacer cuando me llamasteis -respondió sombríamente Puiras.

Rhialto pensó que responder a aquello se hallaba por debajo de su dignidad. Puiras se alejó tambaleante, murmurando algo para sí mismo.

6

Descansando sobre el suelo, el maravilloso palacio peregrino de Vermoulian, con todas sus galerías, jardines formales y pabellón de entrada, ocupaba un emplazamiento octogonal de algo más de una

hectárea. La planta del palacio propiamente dicho formaba una estrella de cuatro puntas, con una espira de cristal en cada extremo y una espira algo mayor en el centro, donde Vermoulian tenía sus aposentos privados. Una balaustrada de mármol rodeaba el pabellón delantero. En el centro, una fuente lanzaba al aire un centenar de chorros de agua; a cada lado crecían limeros de flores y frutos plateados. Los cuadriláteros a derecha e izquierda habían sido dispuestos como jardines; la zona de la parte de atrás estaba plantada con verduras y otros productos agrícolas para la cocina del palacio.

Los huéspedes de Vermoulian ocupaban una serie de habitaciones en las alas; bajo la espira central estaban los distintos salones, las habitaciones de mañana y tarde, la biblioteca, la sala de música, el comedor y la sala de estar.

Los magos empezaron a presentarse una hora después del amanecer, siendo Gilgad el primero en llegar a la escena e Ildefonse el último. Vermoulian, recuperada su imperturbabilidad, dio la bienvenida a cada uno de los magos con una afabilidad cuidadosamente medida. Tras inspeccionar sus suites, los magos se reunieron en el gran salón. Vermoulian se dirigió al grupo:

— Constituye un gran placer para mí recibir a tan distinguida compañía! Nuestra meta: Cl rescate del héroe Morreion! Todos los aquí presentes son personas conscientes y dedicadas, pero..., ¿comprenden todos que deberemos ir hasta regiones lejanas? Vermoulian paseó su plácida mirada de rostro en rostro-. ¿Estamos preparados todos para el tedio, la incomodidad y el peligro? Estos son los riesgos del viaje, y si alguien tiene dudas de alguna clase o persigue otras metas, como la búsqueda de las piedras IOUN, ahora es el momento de que tales personas regresen a sus respectivas casas, castillos, cuevas o cubiles. ¿Hay alguien que se decida a ello? ¿No? Entonces partamos.

Vermoulian hizo una breve inclinación de cabeza hacia sus ahora intranquilos huéspedes. Subió al belvedere de control, donde lanzó un conjuro de Flotabilidad sobre el palacio; éste se alzó lentamente y flotó en la brisa matutina como una nube en forma de pináculo. Vermoulian consultó su Almanaque Celeste y tomó nota de algunos símbolos, que inscribió sobre la rueda de control de cornalina, que inmediatamente puso en rotación; los signos fueron arrojados al interflujo, para determinar una ruta a través del universo. Vermoulian prendió una velita y la arrimó al incienso acelerador; el palacio partió; la vieja Tierra y el moribundo sol quedaron atrás.

Rhialto permanecía de pie junto a la balaustrada de mármol. Ildefonse se reunió con él; ambos observaron mientras la Tierra se encogía en la distancia hasta convertirse en un creciente color rojo rosado. Ildefonse dijo con voz melancólica:

— Cuando alguien empieza un viaje de este tipo, del que se desconoce el final, los pensamientos acuden sin buscarlos. ¿Crees haber dejado todos tus asuntos en orden?

— Mi casa aún no está en condiciones -dijo Rhialto-. Puiras ha demostrado ser insatisfactorio; cuando está borracho, canta y da saltos grotescos; cuando está sobrio, es tan lúgubre como una sanguijuela, sobre un cadáver. Esta mañana lo he rebajado al rango de minúsculo.

Ildefonse asintió con aire ausente.

— Me siento intranquilo por las malas interpretaciones que puedan producirse entre nuestros colegas, por muy apreciables compañeros que puedan ser.

— ¿Te refieres a los «resplandecientes campos» de piedras IOUN? -señaló delicadamente Rhialto.

— Exacto. Como declaró categóricamente Vermoulian, nuestra finalidad es el rescate de Morreion. Las piedras IOUN sólo pueden significar una distracción. Si descubrimos un depósito, sospecho que serviremos mejor a los intereses de todos si efectuamos una distribución altamente selectiva, pese a las quejas del venal Gilgad.

— Hay mucho que decir al respecto -admitió Rhialto-. Habría que llegar a un acuerdo previo sobre un asunto tan intrínsecamente propenso a la controversia. Por supuesto, Vermoulian tiene derecho a una parte.

— Eso ni hay que decirlo.

En aquel momento Vermoulian descendió al pabellón, donde fue abordado por Mune el Mago, Hurtiancz y los demás. Mune hizo una pregunta relativa a su destino.

— La cuestión de nuestro destino es importante. Vermoulian, ¿cómo sabes cuál es la dirección exacta que nos llevará a Morreion?

— Una buena pregunta -dijo Vermoulian-. Para responderla, debo citar una condición intrínseca del universo. Basta con que nos dirijamos hacia cualquier dirección que parezca adecuada; todas ellas conducen al mismo lugar: el extremo del universo.

— ¡Interesante! -declaró Zilifant-. En este caso es inevitable que encontremos a Morreion; una perspectiva reconfortante!

Gilgad no se sentía completamente satisfecho.

— ¿Qué hay de los «resplandecientes campos» de la referencia? ¿Dónde están localizados?

— Este es un asunto de segunda o tercera importancia -le recordó Ildefonse-. Sólo debemos pensar en el héroe Morreion.

— Tu solicitud llega con varios eones de retraso -observó Gilgad con tono agrio-. Es posible que Morreion se haya impacientado un tanto.

— Intervinieron otras circunstancias -dijo Ildefonse con el ceño irritadamente fruncido-. Estoy seguro de que Morreion comprenderá la situación.

— La conducta de Xexamedes resulta cada vez más desconcertante -señaló Zilifant-. Como archivolte renegado, no tiene ninguna razón ostensible para obligar ni a Morreion, ni a los archivoltes, ni a nosotros.

— El misterio será resuelto a su debido tiempo -dijo Herark el Heraldo.

7

Así prosiguió el viaje. El palacio derivaba por entre las estrellas, por debajo y por encima de nubes de llameantes gases, cruzando abismos de profundo espacio negro. Los magos meditaban en las pérgolas, intercambiaban opiniones en los salones sobre copas de licor, se tendían en los bancos de mármol del pabellón, se reclinaban contra la balaustrada para contemplar las galaxias que pasaban bajo ellos. Los desayunos eran servidos en las suites individuales, las comidas se celebraban normalmente al fresco en el pabellón, las cenas eran suntuosas y formales y se prolongaban hasta bien entrada la noche. Para animar aquellas veladas, Vermoulian apeló a las más encantadoras, alegres y hermosas mujeres de todas las eras pasadas, en sus sorprendentes y espléndidos atavíos. Ellas hallaban el palacio peregrino no menos notable que el hecho de su propia presencia en él. Algunas creían estar soñando; otras conjeturaban su muerte; unas pocas entre las más sofisticadas acertaban con la suposición correcta. Para facilitar las relaciones sociales, Vermoulian las dotó con el idioma contemporáneo, y las veladas fueron con frecuencia tremendamente divertidas. Rhialto se enamoró de una tal Mersei, de la región de Mith, sumergida desde hacía mucho en las aguas del océano Shan. El encanto de Mersei residía en su esbelto cuerpo y en su grave rostro pálido, tras el que podían captarse pero no verse sus pensamientos. Rhialto la acosó con todo tipo de galanterías, pero ella no le correspondió, limitándose a mirarle con desinteresado silencio, hasta que Rhialto se preguntó si sería débil mental o mucho más sutil que él. Cualquiera de los dos casos le incomodaba, así que no lo lamentó cuando Vermoulian devolvió al olvido aquel grupo en particular.

Avanzaron a través de nubes y constelaciones, cruzando galaxias en expansión y cúmulos estelares; pasaron junto a una región donde las estrellas mostraban una peculiar tonalidad violeta y colgaban en medio de nubes de pálido gas verdoso; atravesaron una desolación donde no podía

verse nada excepto unas cuantas nubes luminosas muy lejanas. Finalmente llegaron a una nueva región, donde gigantes blancas tremendamente luminosas parecían controlar una serie de torbellinos de gas rosa, azul y blanco, y los magos se reunieron junto a la balaustrada para contemplar el espectáculo.

Finalmente las estrellas se hicieron más escasas; los grandes racimos estelares se perdieron en la distancia. El espacio tenía un aspecto más oscuro y denso, y al fin llegó un momento en que todas las estrellas quedaron atrás y ante ellos no se les ofreció más que oscuridad. Vermoulian hizo un grave anuncio:

— Estamos ya cerca del extremo del universo. Debemos ir con cuidado. La «Nada» se abre ante nosotros.

— ¿Dónde está exactamente Morreion? -preguntó Hurtiancz-. Seguro que no lo hallaremos vagabundeando en medio del vacío espacio.

— El espacio nunca está vacío -afirmó Vermoulian-. Aquí y allá hay estrellas muertas y errantes cascarones estelares; en un cierto sentido, estamos atravesando el campo de desechos del universo, donde acuden las estrellas muertas para aguardar su destino final; y observad, allí delante, muy lejos, una estrella solitaria, la última del universo. Debemos acercarnos con precaución; más allá se halla la «Nada».

— La «Nada» todavía no es visible -observó Ao de los Ópalos.

— ¡Mira más atentamente! -dijo Vermoulian-. ¿Ves ese muro oscuro? Eso es la «Nada».

— De nuevo surge la pregunta -indicó Perdustin-: ¿dónde está Morreion? Allá en el castillo de Ildefonse, cuando establecimos conjeturas, el extremo del universo parecía un punto definido. Ahora que estamos en él, descubrimos un gran campo donde elegir.

— Toda la expedición es una farsa -murmuró Gilgad, medio para sí mismo-. No veo ningún «campo»; ni resplandeciente, ni de otro tipo.

— La estrella solitaria puede ser un objeto inicial de investigación -señaló Vermoulian-. Nos acercaremos con paso mesurado; debo frenar el incienso acelerador.

Los magos aguardaron junto a la balaustrada, observando mientras la lejana estrella ganaba en intensidad. Vermoulian regresó del belvedere para informar de la existencia de un solitario planeta en órbita en torno al sol.

— Así pues -afirmó Mune el Mago-, existe una posibilidad de que podamos encontrar a Morreion en ese planeta.

8

El palacio descendió hacia la solitaria estrella, y su único planeta se convirtió en un disco del color del ala de una polilla. Más allá, claramente visible a la débil luz solar, se alzaba el ominoso muro negro. Hurtiancz dijo:

— La advertencia de Xexamedes resulta ahora clara..., suponiendo, por supuesto, que Morreion habite en este melancólico y aislado lugar.

El mundo fue creciendo gradualmente de tamaño, hasta mostrar un paisaje lúgubre y erosionado. Unas pocas colinas casi desintegradas se alzaban en sus enormes llanuras; multitud de pantanos brillaban opacos a la luz del sol. Los únicos otros rasgos dignos de mención eran las ruinas de ciudades que en su tiempo debieron ser enormes, donde unos escasos edificios habían desafiado lo bastante los estragos del tiempo como para mostrar aún una achaparrada y distorsionada arquitectura.

Cuando el palacio se acercó a una de las ciudades en ruinas, un grupo de pequeños roedores con aspecto parecido a comadrejas se ocultó rápidamente entre los matorrales; no era evidente ningún otro signo de vida. El palacio prosiguió hacia el oeste su camino en torno al planeta. Finalmente Vermoulian descendió del belvedere.

— Observad esas piedras indicadoras; señalan un antiguo camino.

Otros indicadores aparecieron a intervalos de cinco kilómetros, montones de piedras cuidadosamente ordenadas de dos metros de altura; señalaban como mojones una especie de ruta en torno al planeta.

En la siguiente aglomeración de ruinas, Vermoulian, observando una zona plana y despejada, hizo que el palacio se posara para poder explorar la ciudad y su aglomeración de estructuras supervivientes.

Los magos partieron en distintas direcciones para investigar mejor. Gilgad se dirigió a la desolada plaza, Perdustin y Zilifant al anfiteatro cívico, Hurtiancz a un cercano montón de bloques de piedra caliza. Ildefonse, Rhialto, Mune el Mago y Herark el Heraldo vagabundearon al azar, hasta que un ronco canturrear les detuvo en seco.

— ¡Peculiar! -exclamó Herark-. Suena como la voz de Hurtiancz, el más digno entre los hombres.

El grupo penetró por una grieta entre las ruinas, que se abría a una gran cámara, protegida de la arena suelta por enormes bloques de piedra. La luz se filtraba a través de varias rendijas y aberturas; en su parte central había una hilera de seis grandes losas. En el otro extremo estaba sentado Hurtiancz, contemplando la entrada de los magos con mirada imperturbable. Sobre la losa frente a él había un globo de oscuro cristal

marrón o piedra vitrificada. En una especie de estante a sus espaldas se alineaban otras botellas similares.

— Parece -dijo Ildefonse que Hurtiancz ha tropezado con el emplazamiento de una antigua taberna.

— ¡Hurtiancz! -llamó Rhialto-. Hemos oído tu canción y hemos acudido a investigar. ¿Qué has descubierto?

Hurtiancz carraspeó y escupió al suelo.

— ¡Hurtiancz! -exclamó Rhialto-. ¿Me oyes? ¿O has tomado demasiado de esta antigua botella y te hallas insensibilizado?

— En un cierto sentido he tomado demasiado -admitió Hurtiancz con voz clara-; en otro, no lo suficiente.

Mune el Mago alzó la botella de cristal marrón y olió su contenido.

— Astringente, ácido, aromático. -Probó el líquido-. Es muy refrescante.

Ildefonse y Herark el Heraldo tomaron cada uno otro globo de cristal marrón de la estantería y rompieron el precinto; Rhialto y Mune el Mago se les unieron.

Ildefonse, mientras bebía, se volvió locuaz, y finalmente empezó a especular respecto a la antigua ciudad.

— Del mismo modo que un hábil paleontólogo deduce a partir de un hueso toda la configuración de un esqueleto, un erudito cualificado puede también, a partir de un simple artefacto, reconstruir todos los aspectos de la raza que lo ha creado. Mientras pruebo este licor, mientras examino esta botella, me pregunto: ¿qué revelan las dimensiones, texturas, colores y sabores? Ningún acto inteligente carece de significado simbólico.

Hurtiancz, a medida que bebía, tendía a mostrarse ceñudo y hosco. Dijo, con voz que no comprometía a nada:

— El tema carece de importancia.

Ildefonse no se dejaba impresionar tan fácilmente.

— Parece que el pragmático Hurtiancz y yo disentimos en este aspecto. Estaba a punto de llevar mi argumentación un paso más allá, y de hecho lo haré, puesto que me siento estimulado por este elixir de una raza desaparecida. Sugiero que, al estilo de los ejemplos que acabo de citar, un científico natural, examinando un solo átomo, ¡puede ser capaz de deducir y presentar la estructura e historia de todo el universo!

— ¡Bah! -murmuró Hurtiancz-. Siguiendo el mismo criterio, a un hombre sensible le basta escuchar una sola palabra para poder reconocer el conjunto de toda una sarta de pomposas tonterías.

Ildefonse, absorto en sus teorías, no le prestó atención. Herark aprovechó la ocasión para afirmar que en su opinión no uno, sino al menos dos, o mejor tres objetos de cualquier tipo eran esenciales para la comprensión.

— Cito la disciplina de las matemáticas, donde una serie no puede ser determinada por menos de tres de sus elementos.

— Admito de buen grado al científico sus tres átomos -condescendió Ildefonse-, aunque, en sentido estricto, dos de ellos son suficientes.

Rhialto se levantó de su losa y fue a mirar por una abertura medio cegada por la suciedad; descubrió una especie de pasadizo que descendía en amplios escalones hacia el interior del suelo. Hizo que le precediera una luz y descendió aquellos escalones. El pasadizo daba una vuelta, luego otra, después se abría a una amplia cámara pavimentada de piedra marrón. Las paredes contenían un cierto número de nichos, de dos metros de largo por medio de alto y ochenta centímetros de profundidad. Rhialto miró en uno de ellos y descubrió un esqueleto de curiosa estructura, tan frágil que el impacto de su mirada hizo que se desintegrara en polvo.

Rhíalto se frotó la barbilla. Miró en un segundo nicho y descubrió un esqueleto similar. Retrocedió unos pasos y se quedó meditando unos momentos. Luego volvió a subir los escalones, mientras la voz de Ildefonse se hacía progresivamente más intensa:

— ...del mismo modo a la pregunta: ¿Por qué el universo termina aquí y no un kilómetro más adelante? De todas las preguntas, ¿por qué? es la menos pertinente. Da por sentado lo mismo que pregunta; asume la mayor parte de su propia respuesta; es decir, que existe una respuesta sensata. -Ildefonse hizo una pausa para dar un sorbo de la botella, y Rhialto aprovechó la ocasión para relatar sus descubrimientos en la cámara de abajo.

— Parece ser una cripta -dijo-. Las paredes están alineadas con nichos, y cada uno de ellos contiene los últimos restos de un cadáver.

— ¡Por supuesto, por supuesto! -murmuró Hurtiancz. Alzó la botella de cristal marrón y volvió a dejarla casi al momento.

— Quizás estamos equivocados suponiendo que este lugar es una taberna -continuó Rhialto-. Creo que, en vez de licor, el líquido de las botellas es líquido de embalsamar.

Ildefonse no se dejaba distraer tan fácilmente.

— Propongo la verdad básica y elemental: lo que es, ES. Acabáis de oír la proposición básica de la magia. ¿Qué mago pregunta por qué? ¿Acaso pregunta cómo? Por qué conduce al absurdo; cada respuesta genera al menos otra pregunta, de esta forma:

»Pregunta: ¿Por qué lleva Rhialto un sombrero negro con borlas doradas y una pluma escarlata?

»Respuesta: Porque con ello espera mejorar su apariencia.

»Pregunta: ¿Por qué desea mejorar su apariencia?

»Respuesta: Porque anhela la admiración y la envidia de sus semejantes.

»Pregunta: ¿Por qué anhela la admiración?

»Respuesta: Porque, como hombre, es un animal social.

»Pregunta: ¿Por qué es el Hombre un animal social? »Y así siguen las preguntas y las respuestas, expandiéndose hasta el infinito. En consecuencia...

Hurtiancz saltó en pie movido por un impulso. Alzó la botella de cristal marrón por encima de su cabeza y la estrelló contra el suelo.

— ¡Ya basta de estas intolerables estupideces! ¡Propongo que se decrete que tanta locuacidad va más allá del simple aburrimiento y cruza la frontera de la depravación!

— Es un punto a tener en cuenta -admitió Herark-. Ildefonse, ¿qué tienes que decir al respecto?

— Me siento más bien inclinado a castigar a Hurtiancz por su grosería -dijo Ildefonse-. Pero ahora simula una porcina estupidez para escapar a mi ira.

— ¡Absolutamente falso! -rugió Hurtiancz-. ¡No simulo nada!

Ildefonse se encogió de hombros.

— Teniendo en cuenta sus deficiencias como polemista y mago, hay que admitir que al menos Hurtiancz es sincero.

Hurtiancz controló su furia. Dijo:

— ¿Quién puede derrotar tu volubilidad? Como mago, sin embargo, supero tus torpes habilidades tanto como Rhialto el Prodigioso excede tu reumática decrepitud.

Ahora fue el turno de Ildefonse de ponerse furioso.

— ¡Una prueba! -Agitó una mano en el aire; los enormes bloques salieron disparados en todas direcciones; los magos se hallaron sentados en el suelo, bajo la potente luz del sol-. ¿Qué opinas de esto?

— Trivial -dijo Hurtiancz-. ¡Observa esto! -Alzó sus dos manos; de cada dedo brotó un chorro de vívido humo de diez colores distintos.

— El truco fácil de un charlatán -declaró Ildefonse-. ¡ Observa ahora! Pronunciaré una palabra: «¡Techo!» -La palabra abandonó sus labios, vaciló en el aire en forma de símbolo, luego trazó un amplio círculo hasta detenerse sobre el techo de una de las estructuras de extraño estilo arquitectónico que aún subsistían. El símbolo desapareció; el techo brilló con un vívido color naranja y se fundió, para desintegrarse en un millar de símbolos como la palabra que Ildefonse había enviado. Partieron velozmente cielo arriba, se detuvieron en seco, desaparecieron. Desde las alturas, como el resonar de un enorme trueno, les llegó de vuelta la voz de Ildefonse-: ¡TECHO!

— No gran cosa -afirmó Hurtiancz-. Ahora...

— ¡Ya basta! -dijo Mune el Mago-. Terminad vuestra estúpida pelea de borrachos. ¡Mirad allí!

De la estructura cuyo techo había destruido Ildefonse emergía un hombre.

9

El hombre se detuvo en el umbral. Era impresionantemente alto. Una larga barba blanca colgaba sobre su pecho; el blanco pelo de su cabeza cubría sus orejas; sus ojos relucían negros. Llevaba un elegante caftán tejido en intrincados dibujos rojo oscuro, marrón, negro y azul. Avanzó unos pasos, y pudieron ver que arrastraba flotando tras él una nube de resplandecientes objetos. Gilgad, que había regresado de la plaza, lanzó instantáneamente un grito:

— ¡Son piedras IOUN!

El hombre se dirigió hacia ellos. Su rostro mostraba una expresión calmadamente interrogadora.

— ¡Es Morreion! -murmuró Ildefonse-. De eso no cabe la menor duda. La estatura, el porte..., ¡son inconfundibles!

— Es Morreion -admitió Rhialto-. ¿Pero por que está tan tranquilo, como sí cada semana recibiera visitantes que hicieran volar su techo, y como si la «Nada» gravitara sobre cualquier otro y no sobre él?

— Puede que sus percepciones se hallen algo embotadas -sugirió Herark-. Observa: no muestra ninguna señal de reconocer a otros humanos.

Morrejon avanzaba lentamente, con las piedras IOUN derivando lentamente tras él. Los magos se agruparon ante los escalones de mármol del palacio. Vermoulian avanzó y alzó una mano.

— ¡Hola, Morreion! ¡Hemos venido a librarte de este intolerable aislamiento!

Morreion miró sus rostros, uno a uno. Emitió un sonido gutural, luego un ronco croar, como si estuviera comprobando el funcionamiento de unos órganos que llevaba largo tiempo sin usar.

Ildefonse se presentó:

— ¡Morreion, camarada! Soy yo, Ildefonse; ¿no recuerdas los viejos días en Kammerbrand? ¡Habla!

— Te he oído -croó Morreion-. Hablo, pero no recuerdo.

Vermoulian señaló los escalones de mármol.

— Sube a bordo, si quieres; partiremos inmediatamente de este lúgubre lugar.

Morreion no hizo ningún movimiento. Examinó el palacio con el ceño fruncido.

— Habéis posado vuestro aparato volador en la zona donde seco mis madejas.

Ildefonse señaló hacia el muro negro, que a través de la calina de la atmósfera se divisaba solamente como una sombra portentosa.

— La «Nada» se acerca cada vez más. Está a punto de engullir este mundo, que entonces desaparecerá; en pocas palabras, morirás.

— No comprendo claramente lo que quieres decir -dijo Morreion-. Si me disculpas, debo ir a ocuparme de mis asuntos.

— Una sola pregunta antes de que te marches -señaló Gilgad-. ¿Dónde pueden encontrarse las piedras IOUN?

Morreion le miró sin comprender. Finalmente trasladó su atención a las piedras, que se agitaron en torno suyo con un movimiento más rápido. En comparación, las del archivolte Xexamedes eran apagadas y torpes. Éstas danzaban y cabrioleaban, y destellaban con diferentes colores. Más

cerca de Morreion se hallaban las piedras lavanda y verde pálido, como si se consideraran las más queridas y privilegiadas. Un poco más allá se agitaban las piedras rosa y verde, mezcladas; luego venían las piedras de un orgulloso rosa puro, luego las piedras carmín, luego las rojas y azules; y finalmente, en la periferia, un cierto número de piedras que resplandecían con brillantes luces azules.

Mientras Morreion meditaba, los magos observaron una circunstancia peculiar: algunas de las piedras lavanda situadas más al interior perdieron su resplandor y se volvieron tan opacas como las piedras de Xexamedes.

Morreion asintió pensativo con la cabeza.

— ¡Curioso! Parece que he olvidado tantas cosas... No siempre he vivido aquí. -Su voz reflejaba sorpresa-. En otro tiempo hubo otro lugar. Pero el recuerdo es vago y remoto.

— ¡Ése lugar es la Tierra! -dijo Vermoulian-. Allí es donde te llevaremos.

Morreion agitó sonriente la cabeza.

— Precisamente estoy a punto de emprender un importante viaje.

— ¿Es ese viaje absolutamente necesario? -inquirió Mune el Mago-. Nuestro tiempo es limitado, y centrándonos más en el tema, no tenemos intención de ser engullidos por la «Nada».

— Tengo que ver mis mojones -dijo Morreion de forma suave pero definitiva.

Hubo un largo momento de silencio. Luego Ildefonse preguntó:

— ¿Qué finalidad tienen esos mojones? Morreion utilizó la voz átona de alguien que le explica una cosa a un niño.

— Señalan el camino más corto en torno a mi mundo. Sin los mojones es muy fácil perderse.

— Pero recuerda que ya no hay ninguna necesidad de esas señales -observó Ao de los Ópalos-. ¡Vas a regresar a la Tierra con nosotros!

Morreion no pudo evitar una seca risa ante la obtusa insistencia de sus visitantes.

— ¿Quién se ocupará entonces de mis propiedades? ¿Quién se ocupará si mis mojones se desmoronan, si mis telares se estropean, si mis

hornos se apagan, si mis demás empresas se disuelven, y todo ello por falta de metódicos cuidados?

— Al menos sube a bordo del palacio para disfrutar de nuestro banquete nocturno -dijo suavemente Vermoulian.

— Si, claro, encantado -respondió Morreion. Subió los escalones de mármol y miró complacido el pabellón-. Encantador. Debo pensar en algo de esta naturaleza como parte delantera de mi nueva mansión.

— No habrá tiempo suficiente -le indicó Rhialto.

— ¿«Tiempo»? -Morreion frunció el ceño como si la palabra le fuera poco familiar. Otra de las piedras lavanda se volvió bruscamente pálida-. ¡Tiempo, claro! ¡Pero se necesita tiempo para hacer como corresponde un trabajo! Esta tela, por ejemplo. -Señaló su lujoso caftán, con sus intrincados dibujos-. Tejerla requirió cuatro años. Antes de eso estuve reuniendo pelaje de animales durante diez años; luego, durante otros dos años, blanqueé, teñí e hilé. Mis mojones fueron construidos piedra sobre piedra, y cada vez recorría el mundo de punta a punta. Mi afición a los viajes ha menguado un tanto, pero ocasionalmente hago el recorrido, para reconstruir allá donde es necesario y anotar los cambios en el paisaje.

Rhialto señaló al sol.

— ¿Reconoces la naturaleza de ese objeto?

Morreion frunció el ceño.

— Lo llamo «el sol»..., aunque por qué elegí esa palabra es algo que se me escapa.

— Hay muchos otros soles como éste -dijo Rhialto-. En torno a uno de ellos gira ese antiguo y notable mundo que te dio nacimiento. ¿No recuerdas la Tierra?

Morreion alzó la vista hacia el cielo, dubitativo.

— No he visto ningún otro de esos soles que describes. Por la noche mi cielo es completamente negro; no hay más luz en el mundo que el resplandor de mis fuegos. Es un mundo realmente pacífico... Creo recordar otros tiempos más agitados. -La última de las piedras lavanda y algunas de las verdes perdieron su color. Los ojos de Morreion ganaron una momentánea intensidad. Fue a inspeccionar las pacíficas náyades que jugueteaban en la fuente central-. ¿Qué son esas pequeñas y relucientes criaturas? Son muy atractivas.

— También son muy frágiles, y útiles solamente para el placer de la vista -dijo Vermoulian-. Vamos, Morreion, mi valet te ayudará a prepararte para el banquete.

— Eres muy amable -dijo Morreion.

10

Los magos aguardaron a su invitado en el gran salón. Cada cual tenía su propia opinión de las circunstancias. Rhialto dijo:

— Será mejor que elevemos ahora el palacio y partamos inmediatamente. Puede que Morreion se muestre agitado durante un tiempo, pero cuando le presentemos todos los hechos seguro que se mostrará razonable.

El cauteloso Perdustin dudó.

— ¡Hay fuerza en ese hombre! Hubo un tiempo en que su magia era fuente de maravilla y asombro; ¿qué ocurrirá si, en un acceso de cólera, extiende un mal sobre todos nosotros?

Gilgad estaba de acuerdo con Perdustin.

— Todo el mundo ha observado las piedras IOUN de Morreion. ¿Dónde las ha conseguido? ¿Es posible que este mundo sea la fuente?

— Esa posibilidad no puede ser desechada automáticamente -admitió Ildefonse-. Mañana, cuando le sea descrita la inminencia de la «Nada», seguro que Morreion querrá partir sin ningún resentimiento.

Así quedó el asunto. Los magos dirigieron su conversación a otros aspectos de aquel deprimente mundo.

Herark el Heraldo, que tenía habilidades de cognoscedor, intentó adivinar la naturaleza de la raza que había dejado sus ruinas por todo el planeta, sin excesivo éxito.

— Hace demasiado tiempo que desaparecieron; su influencia se ha desvanecido. Creo discernir criaturas de largas piernas blancas y grandes ojos verdes... Oigo un susurro de su música: un campanilleo, un tintinear, un persistente sonido de flautas, casi como un lamento... No capto magia. Dudo que conocieran las piedras IOUN, si de hecho existen en este planeta.

— ¿En qué otro lugar pueden haberse originado? -quiso saber Gilgad.

— Los «resplandecientes campos» no se ven por parte alguna -señaló Bruma del Mar Wheary.

Morreion entró en el salón. Su aspecto había sufrido un cambio espectacular. La gran barba blanca había sido afeitada; su leonina mata de pelo había sido cortada con un estilo más moderno. En vez de su lujoso caftán llevaba un traje de seda marfil con un cinto azul y un par de zapatillas escarlatas. Ahora Morreion se revelaba como un hombre alto y delgado, despierto y alerta. Unos brillantes ojos negros dominaban su rostro, anguloso y de marcados pómulos y mandíbula, con una frente enorme, disciplinado incluso en las líneas de su boca. La letargia y el aburrimiento de tantos eones no se veían por parte alguna; avanzaba con un fácil aplomo, y tras él, yendo de un lado para otro y trazando círculos, flotaba el enjambre de las piedras IOUN.

Morreion saludó a los magos reunidos con una inclinación de cabeza, y dedicó su atención a los detalles del salón.

— ¡Magnífico y lujoso! Pero yo me veré obligado a utilizar el cuarzo en vez de este espléndido mármol, y se encuentra poca plata en este planeta; los sahars acabaron con todas las menas. Cuando necesito metal, debo cavar muy profundo en el suelo.

— Has llevado una existencia atareada -declaró Ildefonse-. ¿Y quiénes fueron los sahars?

— La raza cuyas ruinas salpican el paisaje. Una gente frívola e irresponsable, aunque admito que encontré divertidos sus acertijos poéticos.

— ¿Existen todavía los sahars?

— ¡Por supuesto que no! Se extinguieron hace muchas eras. Pero dejaron numerosos testimonios grabados en bronce, que he tenido ocasión de traducir.

— ¡Un trabajo aburrido, seguro! -exclamó Zilifant-. ¿Cómo llevaste a cabo una tarea tan complicada?

— Por el proceso de eliminación -explicó Morreion-. Probé las inscripciones con una sucesión de lenguas imaginarias, y a su debido tiempo hallé una correspondencia. Como has dicho, la tarea fue muy lenta; de todos modos, las crónicas de los sahar me han proporcionado mucho entretenimiento. Quiero orquestar sus ensoñaciones musicales; pero es una tarea para el futuro, quizá para después que haya completado el palacio que me propongo construir.

Ildefonse adoptó una voz grave.

— Morreion, es necesario que te convenzas de una serie de asuntos importantes. ¿Afirmas que no has estudiado el cielo?

— No extensamente -admitió Morreion-. Hay poco que ver excepto el sol, y bajo condiciones favorables. Un gran muro de impenetrable negrura.

— Ese muro de negrura -dijo Ildefonse es la «Nada», hacia la que avanza tu mundo de forma inexorable. Cualquier trabajo que hagas aquí es completamente fútil.

Los negros ojos de Morreion brillaron con duda y suspicacia.

— ¿Puedes probar esta afirmación?

— Por supuesto. De hecho, hemos venido desde la Tierra hasta aquí para rescatarte.

Morreion frunció el ceño. Algunas de las piedras verdes perdieron bruscamente su color.

— ¿Por qué os habéis demorado tanto?

Ao de los Ópalos lanzó una carcajada nerviosa, que reprimió con rapidez. Ildefonse le lanzó una furiosa mirada.

— Hasta hace muy poco no hemos sabido de tu condición -explicó Rhialto-. Desde ese mismo instante insistimos ante Vermoulian para que nos trajera hasta aquí en este palacio peregrino.

El blando rostro de Vermoulian se frunció con desagrado.

— ¡«Insistir» no es la palabra correcta! -afirmó-. Yo estaba ya en camino cuando fueron ellos quienes insistieron en acompañarme. Y ahora, si me disculpáis unos instantes, Morreion y yo tenemos algunos asuntos importantes que discutir.

— No tan aprisa -exclamó Gilgad-. Yo también me siento ansioso por conocer la fuente de las piedras.

— Formularé la pregunta en presencia de todos -dijo Ildefonse-. Morreion, ¿dónde conseguiste tus piedras IOUN?

Morreion contempló las piedras que flotaban a su alrededor.

— Si he de ser sincero, los hechos son un tanto vagos. Creo recordar una enorme superficie brillante... ¿Pero por qué preguntáis? No tienen gran utilidad. Arrojan tantas ideas sobre mí. Parece que hubo un tiempo en que tuve enemigos, y falsos amigos. Debo intentar recordar.

— En estos momentos estás entre tus fieles amigos, los magos de la Tierra -dijo Ildefonse-. ¡Y si no estoy equivocado, el noble Vermoulian está

a punto de hacer que nos sirvan la más noble comida que cualquiera de nosotros recuerde!

— Debéis pensar que mi vida es la de un salvaje -dijo Morreion son una melancólica sonrisa-. ¡No es así! He estudiado la cocina sahar, e incluso la he mejorado. El liquen que cubre la llanura puede ser preparado al menos de ciento setenta formas. El césped que hay debajo es el hogar de suculentos helmintos. Pese a toda su aparente monotonía, este mundo proporciona gran cantidad de cosas valiosas. Si debo deciros la verdad, lamentaría tener que abandonarlo.

— Los hechos no pueden ser ignorados -señaló Ildefonse-. Las piedras IOUN, o al menos eso supongo, ¿derivan de la parte norte de este mundo?

— Creo que no.

— ¿Del área meridional, entonces?

— Raramente visito esa parte; el liquen es delgado; los helmintos son correosos.

Sonó un gong; Vermoulian condujo a los demás al comedor, donde la gran mesa brillaba con la plata y el cristal. Los magos se sentaron bajo los cinco candelabros; como una deferencia a su invitado, que había vivido durante tanto tiempo en soledad, Vermoulian se abstuvo de llamar a las hermosas mujeres de las eras antiguas.

Morreion comió con cautela, probando todo lo que era depositado ante él, comparando los platos con los varios guisos de líquenes de los que se alimentaba normalmente.

— Casi había olvidado la existencia de esta comida -dijo al fin-. Recuerdo vagamente otros festines así, hace mucho, mucho tiempo... ¿Dónde han ido a parar los años transcurridos? ¿Cuál es el sueño? - Mientras meditaba, algunas de las piedras rosas y verdes perdieron su color. Morreion suspiró-. Hay mucho que aprender, mucho que recordar. Algunos rostros despiertan ahora recuerdos fugitivos; ¿los he conocido antes?

— Lo recordarás todo a su debido tiempo -dijo el diabolista Shrue-. Y ahora, si tenemos la seguridad de que las piedras IOUN no pueden ser halladas en este planeta...

— ¡Pero no estamos seguros! -gritó Gilgad-. ¡Debemos buscar, debemos investigar; ningún esfuerzo es demasiado arduo!

— La primera que encontremos debe ser necesariamente para mi, como compensación -declaró Rhialto-. Esto ha de quedar bien claro.

Gilgad echó hacia delante su lobuno rostro.

— ¿Qué tontería es ésta? ¡Tus reclamaciones fueron satisfechas en la elección de los efectos del archivolte Xexamedes!

Morreion sufrió un sobresalto.

— ¡El archivolte Xexamedes! Recuerdo este nombre... ¿Cómo? ¿Dónde? Hace mucho tiempo conocí a un archivolte Xexamedes; fue mi enemigo, o al menos eso parece... ¡Oh, las ideas que dan vueltas por mi mente! -Todas las piedras rosas y verdes habían perdido su color. Morreion gruñó y se llevó las manos a la cabeza-. Antes de que vinierais mi vida era tranquila; me habéis llenado de dudas y sorpresas.

— Las dudas y las sorpresas son la herencia de todos los hombres -dijo Ildefonse-. Los magos no están excluidos de ellas. ¿Estás dispuesto a abandonar el planeta de los sahar?

Morreion se quedó sentado, contemplando fijamente su copa de vino.

— Debo recoger mis libros -dijo-. Es todo lo que deseo llevarme.

11

Morreion condujo a los magos a su morada. Las estructuras que habían parecido milagrosos supervivientes de tiempos pasados habían sido de hecho construidas por Morreion, según uno u otro estilo de la arquitectura sahar. Les mostró sus tres telares: el primero para tejidos finos, linos y sedas; el segundo para las telas con dibujos; el tercero para tejer sus gruesas alfombras. La misma estructura albergaba cubas, tintes, decolorantes y mordientes. Otro edificio contenía el caldero para el vidrio, junto con los hornos donde Morreion producía sus artículos de loza, bandejas, lámparas y tejas. Su forja, en el mismo edificio, parecía ser de poca utilidad.

— Los sahars agotaron todas las menas del planeta. Solamente extraigo lo que considero indispensable, que no es mucho.

Morreion llevó al grupo a su biblioteca, donde había muchos originales sahar junto con libros que el propio Morreion había escrito e iluminado a mano: traducciones de los clásicos sahar, una enciclopedia de historia natural, meditaciones y especulaciones, una geografía descriptiva del planeta con un apéndice de mapas. Vermoulian ordenó a sus sirvientes que transfirieran todos aquellos artículos al palacio.

Morreion dirigió una última mirada al paisaje que había conocido desde hacía tanto tiempo y había llegado a querer. Luego, sin una palabra, se dirigió al palacio y subió los escalones de mármol. Los magos le siguieron alicaídos. Vermoulian se dirigió de inmediato al belvedere de

control, donde realizó los ritos de flotabilidad. El palacio ascendió suavemente: alejándose de la superficie del último planeta.

Ildefonse lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¡La «Nada» está aquí mismo..., es mucho más inminente de lo que habíamos sospechado!

El negro muro se alzaba sorprendentemente cerca; la última estrella y su único planeta derivaban casi tocándolo.

— La perspectiva es clara -dijo Ildefonse-. No hay ninguna forma segura de juzgarlo, pero parece que nos vamos con un margen no superior a una hora.

— Esperemos y observemos -sugirió Herark-. Así Morreion podrá comprobar por si mismo nuestra buena fe.

De modo que el palacio flotó en el espacio, con la pálida luz del condenado sol reflejándose en las cinco espiras de cristal, proyectando largas sombras detrás de los magos allá donde permanecían de pie junto a la balaustrada.

El mundo de los sahar fue el primero en entrar en contacto con la «Nada». Rozó la enigmática nosustancia; luego, movido por un componente de su movimiento orbital, una cuarta parte de la esfera original se desprendió libre: un objeto con forma de montaña, completamente plano en su base, exhibiendo a la vista de todos sus estratos, zonas, pliegues y núcleo. Luego el sol alcanzó la «Nada»; la tocó, siguió avanzando. Se convirtió en media naranja ante un espejo negro, luego se sumergió fuera de la realidad. La oscuridad rodeó el palacio.

En el belvedere, Vermoulian escribió los símbolos en la rueda de mando. La hizo girar, puso doble fuego en el incienso acelerador. El palacio se deslizó alejándose del muro, de regreso a las nubes estelares.

Morreion se apartó de la balaustrada y se dirigió al gran salón, donde se sentó sumido en profundos pensamientos.

Finalmente, Gilgad se le acercó.

— ¿Tal vez has recordado la fuente de las piedras IOUN?

Morreion se puso en pie. Volvió sus negros ojos hacia Gilgad, que retrocedió un paso. Las piedras rosas y verdes hacía ya mucho que se habían vuelto pálidas, y muchas de las rosas también.

El rostro de Morreion era severo y frío.

— ¡Recuerdo mucho! Hubo una cábala de enemigos que me traicionó..., pero todo es tan impreciso como la película de estrellas que cuelga en el lejano espacio. De alguna forma, las piedras forman una parte importante del asunto. ¿Por qué muestras un interés tan particular en las piedras? ¿Fuiste uno de mis antiguos enemigos? ¿Es éste el caso con todos vosotros? ¡Si es así, cuidado! Soy un hombre blando hasta que encuentro antagonismo.

El diabolista Shrue se apresuró a apaciguar los ánimos.

— ¡No somos tus enemigos! Si no te hubiéramos sacado del planeta de los sahar, ahora serías uno con la «Nada». ¿No es eso una prueba?

Morreion asintió hoscamente; pero ya no parecía el hombre suave y afable que habían conocido cuando lo vieron por primera vez en el planeta.

Para restablecer la anterior amigabilidad, Vermoulian se dirigió apresuradamente a la habitación de empañados espejos donde mantenía su enorme colección de hermosas mujeres del pasado en forma de matrices. Esas mujeres podían ser activadas a la corporeidad mediante un simple encantamiento antinegativo; y al poco tiempo, una tras otra, salieron de la habitación aquellas deliciosas muestras de tiempos remotos que Vermoulian había considerado conveniente revivir. Salían en cada ocasión frescas, sin ningún recuerdo de anteriores manifestaciones; cada apariencia era nueva, no importaba lo que hubiera ocurrido antes.

Entre aquellas a las que Vermoulian había llamado se hallaba la graciosa Mersei. Entró en el gran salón, parpadeando con la sorpresa habitual de las muchachas evocadas del pasado. Se detuvo sorprendida, luego corrió hacia delante con rápidos pasos.

— ¡Morreion! ¿Qué haces aquí? ¡Nos dijeron que habías marchado contra los archivoltes, que habías resultado muerto! ¡Por el Rayo Sagrado, estás vivo y bien!

Morreion contempló perplejo a la muchacha. Las piedras rosas y rojas giraban en torno a su cabeza.

— Te he visto en alguna parte; te conozco de algún lugar.

— ¡Soy Mersei! ¿No me recuerdas? Me trajiste una rosa roja plantada en una maceta de porcelana. Oh, ¿qué he hecho de ella? Siempre la he conservado cerca de mi... ¿Pero dónde estoy? ¿Dónde está la rosa? No importa: estoy aquí, y tú estás aquí.

— A mi modo de ver, éste ha sido un acto irresponsable -dijo Ildefonse a Vermoulian-. ¿Por qué no eres un poco más cuidadoso?

Vermoulian frunció los labios, vejado.

— Procede de la decadencia del vigesimoprimer eón, pero no anticipé nada así.

— Te sugiero que la llames de vuelta a tu habitación de matrices y allí la reduzcas. Morreion parece estar atravesando un período de inestabilidad; necesita paz y sosiego; será mejor no introducir en él estímulos tan impredecibles.

Vermoulian se apresuró a cruzar la habitación.

— Mersei, querida; ¿serias tan amable de venir por aquí?

Mersei le lanzó una dubitativa mirada, luego se volvió de nuevo a Morreion:

— ¿De veras no me conoces? Hay algo muy extraño aquí; no puedo recordar nada de esto..., es como un sueño. Morreion, ¿estoy soñando?

— Vamos, Mersei -dijo suavemente Vermoulian-. Quiero hablar unas palabras contigo.

— ¡Alto! -dijo Morreion-. Mago, retrocede; esta fragante criatura es alguien a quien en una ocasión amé, en un tiempo muy lejano.

— ¿En un tiempo muy lejano? -exclamó la muchacha con voz angustiada-. ¡Si no fue más que ayer. Cuidaba esa hermosa rosa roja, miraba al cielo; te habían enviado a Jangk, junto a la estrella roja de Kerkaju, el ojo del Mono Polar. Y ahora estás aquí, y yo estoy aquí... ¿qué significa esto?

— Imprudente, imprudente -musitó Ildefonse-. ¡Morreion! -llamó-, por aquí, por favor. Veo una curiosa concatenación de galaxias. Quizás aquí haya un nuevo hogar de los sahars.

Morreion apoyó su mano en el hombro de la muchacha. Miró directamente a su rostro.

— La dulce rosa roja florece, y seguirá floreciendo eternamente. Estamos entre magos, y están ocurriendo extraños sucesos. -Miró a Vermoulian, luego de nuevo a Mersei-. Por el momento ve con Vermoulian el Caminante de Sueños, que te mostrará tu habitación.

— Sí, querido Morreion. Pero, ¿cuándo te veré de nuevo? Pareces tan extraño, tan cansado y viejo, y hablas de una forma tan peculiar...

— Ve ahora, Mersei. Debo conferenciar con Ildefonse. Vermoulian condujo a Mersei de vuelta a la habitación de las matrices. En la puerta,

la muchacha dudó y miró por encima del hombro, pero Morreion ya se había vuelto hacia otro lado. Siguió a Vermoulian al interior de la habitación. La puerta se cerró tras ellos.

Morreion salió del pabellón, cruzó los oscuros limeros con sus plateados frutos y se inclinó sobre la balaustrada. El cielo era aún oscuro, aunque allá delante y debajo podían verse ahora algunas imprecisas galaxias. Morreion se llevó una mano a la cabeza; las piedras rosas y algunas de las rojas perdieron su color.

Morreion se dio la vuelta hacia Ildefonse y los demás magos que habían salido silenciosos del pabellón. Avanzó hacia ellos, y las piedras IOUN golpearon entre sí en su precipitación por mantenerse en sus sitios. Algunas aún eran rojas, algunas mostraban fugaces destellos de azul y rojo, algunas ardían con una fría incandescencia azul. Todas las demás habían adquirido el color de las perlas. Una de ellas derivó frente a los ojos de Morreion; ésta la tomó, la inspeccionó momentáneamente con el ceño fruncido, luego la arrojó al aire. Girando sobre si misma y oscilando, con el color momentáneamente restablecido, la piedra se apresuró a unirse a las demás, como un chiquillo azarado.

— La memoria viene y va -murmuró Morreion-. Me siento desconcertado, en mente y corazón. Los rostros desfilan ante mis ojos; luego se desvanecen; otros acontecimientos brotan a una región de claridad. Los archivoltes, las piedras IOUN..., sé algo respecto a ellas, aunque en su mayor parte es impreciso y vago, así que será mejor que contenga mi lengua...

— ¡En absoluto! -declaró Ao de los Ópalos-. Estamos interesados en tus experiencias.

— ¡Por supuesto! -dijo Gilgad.

La boca de Morreion se retorció en una sonrisa que era a la vez dura y sardónica, y también algo melancólica.

— Muy bien, contaré su historia, pues, como si estuviera contando un sueño.

»Parece que fui enviado a Jangk con una misión..., ¿quizás averiguar la procedencia de las piedras IOUN? Tal vez. Oigo susurros que me dicen esto; es posible... Llegué a Jangk; recuerdo bien su paisaje. Recuerdo un notable castillo excavado en una enorme perla rosada. En aquel castillo me enfrenté a los archivoltes. Me temían y retrocedieron, y cuando les manifesté mis deseos, nadie puso objeción. Me llevaron pues a recoger piedras, y así partimos, volando por el espacio en un medio cuya naturaleza no puedo recordar. Los archivoltes permanecían silenciosos y me miraban de soslayo; luego se volvieron amables, y me pregunté qué preparaban. Pero no sentía miedo. Conocía toda su magia; llevaba

contraconjuros en las uñas de mis dedos, y en caso de necesidad podía arrojárselos de forma instantánea. Así pues cruzamos el espacio, con los archivoltes riendo y bromeando de una forma que consideré alocada. Les ordené que se detuvieran. Lo hicieron instantáneamente y se quedaron sentados, mirándome.

»Llegamos al borde del universo, y penetramos en una triste región calcinada, un lugar horrible. Allá aguardamos en medio de carcasas de estrellas consumidas, algunas aún calientes, otras frías, algunas calcinadas hasta ser meros caparazones... Ocasionalmente veíamos los cadáveres de estrellas enanas, resplandecientes bolas de materia tan pesadas que un átomo de ellas superaba en peso al de una montaña de la Tierra. Vi objetos de no más de quince kilómetros de diámetro, conteniendo la materia de un sol como el enorme Kerkaju. Dentro de esas estrellas muertas, me dijeron los archivoltes, era donde se hallaban las piedras IOUN. ¿Y cómo son extraídas?, pregunté. ¿Debemos cavar un túnel hasta el interior de su resplandeciente superficie? Se rieron burlonamente de mi ignorancia; les amonesté seriamente; al instante guardaron silencio. El portavoz era Xexamedes. Por él supe que ninguna fuerza conocida por hombre o mago podía perforar una materia tan densa. Así que debíamos esperar.

»La «Nada» se perfilaba en la distancia. A menudo, en sus órbitas, los cascarones a la deriva se acercaban a ella. Los archivoltes mantenían una atenta vigilancia; anotaban y calculaban, se impacientaban y volvían a calcular; finalmente, una de las esferas golpeó contra la «Nada» y perdió la mitad de su masa. Cuando siguió su órbita, alejándose, los archivoltes llevaron su aparato hacia la superficie plana que se había producido en el punto de contacto. Allí todos nos aventuramos fuera, con grandes precauciones; desprotegido contra la gravedad, un hombre se convierte rápidamente en menos que una hoja de papel sobre aquella superficie. Nos dirigimos a ella sobre planchas deslizadoras inmunes a la gravedad.

»¡Qué maravillosa visión! La «Nada» había dejado una superficie finamente pulida; aquella llanura como un espejo se extendía a lo largo y ancho de veinticinco kilómetros, sin más variación que una serie de cicatrices negras en el mismo centro. Allá era donde se encontraban las piedras IOUN, en alvéolos de polvo negro.

»Recoger aquellas piedras no era una tarea fácil. El polvo negro, como las planchas deslizadoras, contrarresta la gravedad. Resulta seguro saltar de las planchas deslizadoras al polvo, pero hay que tomar otras precauciones. Puesto que el polvo niega la sustancia que hay debajo, los otros cuerpos celestes ejercen su tirón, de modo que uno tiene que anclarse para mantenerse en su lugar. Los archivoltes llevan pequeños garfios que hunden en el polvo, y se atan a ellos con una cuerda, y esto les funciona perfectamente. El polvo es sondeado por medió de un instrumento especial... ¡una tarea tediosa! ¡El polvo es muy denso! De todos modos, me puse a trabajar con gran energía y, a su debido tiempo,

conseguí mi primera piedra IOUN. La alcé en mi mano, exultante, pero, ¿dónde estaban los archivoltes? Habían dado un rodeo a mi alrededor, ¡estaban volviendo a su aparato! Busqué mi plancha deslizadora... ¡en vano! ¡Me habían engañado!

»Vacilé, caí; lancé una andanada de conjuros contra los traidores. Alzaron ante ellos sus recién obtenidas piedras IOUN; la magia fue absorbida como agua penetrando en una esponja.

»Sin una palabra, sin siquiera una señal de triunfo, tan poco me consideraban, penetraron en su aparato y se fueron. En aquella región contigua a la «Nada» mi destino era inevitable..., de eso podían estar seguros.

Mientras Morreion hablaba, las piedras rojas palidecieron; su voz tembló con una pasión que no había exhibido hasta entonces.

— Me quedé solo -dijo Morreion roncamente-. No podía morir, con el conjuro del Alimento Incansable conmigo, pero no podía moverme ni un paso, ni un centímetro de la cavidad de polvo negro, o me convertiría instantáneamente en una simple huella sobre la superficie del resplandeciente campo.

»Permanecí rígido, inmóvil..., ignoro cuánto tiempo. ¿Años? ¿Décadas? No puedo recordar. Ese período parece un sueño aletargado. Busqué mentalmente algún recurso, y la desesperación me hizo atrevido. Cavé en busca de piedras IOUN, y conseguí éstas que ahora me atienden. Se convirtieron en mis amigas y me proporcionaron consuelo.

»Entonces me embarqué en una nueva tarea que, de no haber enloquecido con la desesperación, nunca hubiera intentado. Saqué partículas de polvo negro, las mojé con sangre hasta hacer una pasta; moldeé esa pasta en una plataforma circular de un metro de diámetro.

»Cuando estuvo lista subí a ella; me anclé con los pequeños garfios y floté hacia arriba, alejándome de la semiestrella.

»¡Estaba libre! Me puse de pie en mi disco y contemplé el vacío. Estaba libre, pero solo. Nadie puede sentir lo que sentí yo a menos que él también se haya puesto en pie en medio del vacío, sin saber qué hacer ni dónde ir. Muy lejos vi una estrella solitaria: una vagabunda. Me encaminé hacia ella.

»Tampoco puedo decir el tiempo que necesité para efectuar el viaje. Cuando calculé que había recorrido la mitad del camino, di la vuelta al disco y frené mi movimiento.

»Recuerdo poco de aquel viaje. Hablé a mis piedras, las hice partícipes de mis pensamientos. El hablar parecía calmarme, porque

durante los primeros cien años de aquel viaje sentí una furia prodigiosa que parecía abrumar todo pensamiento racional; ¡para poder infligir un simple pinchazo a uno solo de mis adversarios hubiera muerto un centenar de veces bajo tortura! Maquiné deliciosas venganzas, me recreé en el dolor imaginado que podía llegar a infligir. Luego, en ocasiones, sufrí una inexpresable melancolía, mientras en otros momentos gozaba de las cosas buenas de la vida, los festines, la camaradería, las caricias de las mujeres queridas. Y durante todo aquel tiempo permanecía allí, solo en la oscuridad. Hay que restablecer el equilibrio, me aseguraba a mí mismo. Mis enemigos sufrirán lo mismo que yo he sufrido, ¡y más! Pero la pasión se desvaneció, y mientras mis piedras empezaban a conocerme me bañaron con sus hermosos colores. Cada una tiene su nombre; cada una es individual; conozco cada piedra por su movimiento. Los archivoltes las consideran los huevos cerebrales de los seres de fuego que viven dentro de las estrellas; no puedo decir nada al respecto.

»Finalmente llegué a mi mundo. Había hecho arder toda mi rabia. Me sentía tranquilo y plácido, tal como me conocéis ahora. Había comprendido la futilidad de mi viejo anhelo de venganza. Dediqué mi mente a una nueva existencia, y a lo largo de los eones fui construyendo mis mojones y mis edificios; viví mi nueva vida.

»Los sahars excitaron mi interés. Leí sus libros, estudié sus costumbres... Quizás empecé a vivir un sueño. Mi vieja vida estaba lejos; una discordante bagatela a la que cada vez daba menos importancia. Me sorprende que el idioma de la Tierra haya vuelto a mí tan fácilmente. Quizá las piedras mantuvieron vivo mi conocimiento, y lo volvieron a desplegar cuando era necesario. Ah, mis maravillosas piedras, ¿qué haría yo sin ellas?

»Ahora estoy de vuelta entre los hombres. Sé como ha transcurrido mi vida. Todavía hay zonas confusas; a su debido tiempo lo recordaré todo.

Morreion hizo una pausa para meditar; varias de las piedras azules y escarlatas se empañaron rápidamente. Morreion se estremeció, como tocado por una esencia galvánica; su corto pelo blanco pareció erizarse. Dio un leve paso hacia delante; algunos de los magos se agitaron intranquilos.

Morreion habló con una voz nueva, menos reflexiva y reminiscente, con un duro sonido raspante en su base.

— Ahora confío en vosotros. -Dirigió el fulgor de sus ojos negros a cada rostro, uno tras otro-. He dicho que mi ira se había desvanecido con los eones; es cierto. Los sollozos que laceraron mi garganta, el rechinar que partió mis dientes, la furia que hizo que mi cerebro se estremeciera y me doliera, todo eso desapareció; porque no tenía nada con lo que

alimentar mis emociones. Tras la amarga reflexión llegó la trágica melancolía, luego finalmente la paz, que vosotros habéis alterado.

»¡Ahora me siento invadido por nuevas sensaciones! A medida que el pasado se convierte en algo real, he ido retrocediendo sobre mis pasos. Pero hay una diferencia. Ahora soy un hombre frío y cauteloso; quizá nunca pueda experimentar los extremos de pasión que en una ocasión me consumieron. Por otra parte, algunos períodos de mi vida siguen siendo aún imprecisos. -Otra de las piedras rojas y escarlatas perdió su vívido resplandor; Morreion se envaró, su voz adoptó un nuevo filo cortante-. ¡Los crímenes sobre mi persona exigen una compensación! ¡Los archivoltes de Jangk deben pagar, caro y hasta la última moneda! ¡Vermoulian Caminante de Sueños, borra los actuales símbolos de tu rueda de mando! ¡Nuestro destino es ahora el planeta Jangk!

Vermoulian miró a sus colegas en busca de su opinión.

Ildefonse carraspeó.

— Sugiero que nuestro anfitrión Vermoulian haga primero una pausa en la Tierra, para descargar a aquellos que tienen urgentes asuntos que resolver allí. Los demás continuarán con Vermoulian y Morreion a Jangk; de este modo actuaremos a conveniencia de todos.

— Ningún asunto es tan urgente como el mío que ya ha sido retrasado demasiado tiempo -dijo Morreion con voz ominosamente tranquila. Se volvió a Vermoulian-: ¡Aplica más fuego al incienso acelerador! ¡Directos hacia Jangk!

Bruma del Mar Wheary dijo con voz tímida:

— Me sabría mal no recordarte que los archivoltes son magos poderosos; como tú, también tienen piedras IOUN.

Morreion hizo un movimiento furioso; cuando su mano barrió el aire, dejó un rastro de chispas.

— ¡La magia deriva de la fuerza personal! ¡Mi pasión sola derrotará a los archivoltes! Me recreo ya en la confrontación. ¡Oh, lamentarán sus acciones!

— La indulgencia ha sido considerada como la más noble de las virtudes -sugirió Ildefonse-. Los archivoltes han olvidado hace mucho incluso tu existencia; tu venganza les parecerá una injusta e innecesaria tribulación.

Morreion recorrió con su intensa mirada a toda su audiencia.

— Rechazo el concepto. ¡Vermoulian, obedece!

— Ponemos rumbo a Jangk -dijo Vermoulian.

12

Ildefonse estaba sentado en un banco de mármol entre un par de limeros de plateados frutos. Rhialto se hallaba de pie ante él, con una elegante pierna apoyada en el banco; una postura que desplegaba su capa de satén rosa espectacularmente orlada de blanco. Derivaban en medio de un cúmulo de un millar de estrellas: grandes luces pasaban encima, debajo, a cada lado; las espiras de cristal del palacio devolvían millones de parpadeos.

Rhialto había expresado ya su preocupación ante el rumbo que tomaban los acontecimientos. Ahora habló de nuevo, de una forma más enfática.

— Todo lo que puede decirse es que el hombre carece de ductilidad: como él afirma, la fuerza bruta puede abrumar la sofisticación.

— La fuerza de Morreion es la de la histeria, difusa y sin dirección -dijo Ildefonse, ceñudo.

— ¡Ahí reside el peligro! ¿Qué ocurrirá si por algún azar enfoca su ira sobre nosotros?

— ¿Qué puede ocurrir? -preguntó Ildefonse-. ¿Acaso dudas de mi habilidad, o de la tuya?

— El hombre prudente anticipa las contingencias -dijo Rhialto con dignidad-. Recuerda, una cierta zona de la vida de Morreion permanece aún envuelta en las brumas.

Ildefonse tironeó pensativo de su barba.

— Los eones nos han alterado a todos: a Morreion no menos que a los demás.

— Eso es exactamente lo que quiero decir -señaló Rhialto-. Puedo mencionarte que hace apenas una hora probé un pequeño experimento. Morreion caminaba por el tercer balcón, observando pasar las estrellas. Aprovechando que su atención estaba distraída, proyecté sobre él un conjuro menor irritante, el Dolor Visceral de Houlart, sin ningún efecto perceptible. Luego intenté la versión disminuida del Prurito Descorazonador de Lugwiler, también sin éxito. Noté, sin embargo, que sus piedras IOUN pulsaban más brillantes mientras absorbían la magia. Probé mi propio Torbellino Verde; las piedras resplandecieron brillantes, y esta vez Morreion se dio cuenta de la atención. Por una afortunada casualidad, Byzant el Necropo pasaba cerca. Morreion lanzó una acusación contra él, que Byzant negó. Les dejé enzarzados en una

discusión. De todo esto se deduce: primero, las piedras de Morreion le protegen de la magia hostil; segundo, está atento y suspicaz; tercero, no es alguien que eche de lado una ofensa.

Ildefonse asintió gravemente.

— Debemos tomar esas materias en consideración. Ahora capto el alcance del plan de Xexamedes: pretendía causar daño a todo el mundo. ¡Pero observa el cielo ahí delante! ¿No es ésa la constelación Elektha, vista desde el otro lado? Estamos de nuevo en una región familiar. Kerkaju debe estar cerca, y con ella ese extraordinario planeta, Jangk.

Los dos hombres se dirigieron a la parte delantera del pabellón.

— ¡Tienes razón! -exclamó Rhialto. Señaló-. ¡Ésa es Kerkaju; reconozco su tonalidad escarlata!

El planeta Jangk apareció: un mundo con un curioso brillo deslucido.

Siguiendo las directrices de Morreion, Vermoulian dirigió el palacio hacia el farallón de los Danzarines de Humo, en la orilla sur del océano Mercurial. Protegiéndose del ponzoñoso aire, los magos descendieron los escalones de mármol y salieron al farallón, donde una vista inspiradora se abría ante ellos. La monstruosa Kerkaju colgaba hinchada en el verde cielo, con cada poro y floculación claramente apreciable y su simulacro reflejado en el océano Mercurial. Directamente debajo, en la base del farallón, el mercurio formaba charcos y chorreaba por entre las rocas de hornablenda negra; allá los «dragones» de Jangk -criaturas púrpura en forma de trinitaria de dos metros de diámetro-, pastaban el musgo. Un poco al este la ciudad de Kaleshe descendía en terrazas hasta la orilla.

Morreion, de pie al borde del farallón, inhaló los ponzoñosos vapores que brotaban del océano como si fueran un tónico.

— Mi memoria se activa -exclamó-. Recuerdo esta escena como si fuese ayer. Ha habido cambios, es cierto. Aquel pico de allá se ha visto erosionado hasta casi la mitad de su altura; el farallón en el que nos encontramos se ha elevado al menos una treintena de metros. ¿Tanto tiempo ha sido? Mientras erigía mis mojones y estudiaba mis libros los eones pasaban sin sentir. Sin mencionar el período inconcreto durante el que vagué por el espacio en un disco de sangre y materia estelar. Vayamos a Kaleshe; antiguamente era la guarida del archivolte Persain.

— ¿Qué harás cuando encuentres a tus enemigos? -preguntó Rhialto-. ¿Están listos y a punto tus conjuros?

— ¿Para qué necesito conjuros? -gruñó Morreion-. ¡Observa! -Apuntó con su dedo; un chorro de emoción brotó y fue a estrellarse contra un peñasco, haciéndolo pedazos. Apretó los puños; la pasión constreñida

crujió como si estuviera estrujando reseco pergamino. Se dirigió a largos pasos hacia Kaleshe, con los magos apiñados detrás.

Los kalsh habían visto descender el palacio; un cierto número de ellos se habían reunido en la parte superior del farallón. Como los archivoltes, estaban revestidos de pálidas escamas azules. Cuerdas de osmio retenían las plumas negras de los hombres; las de las mujeres, sin embargo, de color verde, oscilaban y se agitaban libres mientras caminaban. Todos tenían dos metros de altura y eran tan delgados como lagartos.

Morreion se detuvo.

— ¡Persain, adelántate! -gritó.

— No hay ningún Persain en Kaleshe -dijo un hombre.

— ¿Qué? ¿No hay ningún archivolte Persain?

— Ninguno con ese nombre. El archivolte local es un tal Evorix, que se marchó a toda prisa a la vista de vuestro palacio peregrino.

— ¿Quién custodia los archivos de la ciudad?

Otro kalsh dio un paso adelante.

— Yo soy ese funcionario que buscas.

— ¿No conoces el nombre de Persain el archivolte?

— Conozco de oídas a un Persain que fue devorado por una arpía a finales del vigesimoprimer eón.

Morreion lanzó un gruñido.

— ¿Se me ha escapado? ¿Qué hay de Xexamedes?

— Se fue de Jangk; nadie sabe dónde.

— ¿Djorin?

— Vive, pero se mantiene recluido en un castillo perlino rosa al otro lado del océano.

— ¡Ajá! ¿Qué hay de Ospro?

— Muerto.

Morreion lanzó otro gruñido abismal.

— ¿Vexel?

— Muerto.

Morreion gruñó una vez más. Nombre a nombre, fue recorriendo la lista de sus enemigos. Sólo cuatro sobrevivían.

Cuando se dio la vuelta, su rostro estaba crispado y como extraviado; no pareció ver a los magos de la Tierra. Todas sus piedras escarlatas y azules habían perdido su color.

— Sólo cuatro -murmuró-. Sólo cuatro para recibir la descarga de toda mi fuerza... No es suficiente, ¡no es suficiente! ¡Son tantos los que se han librado! ¡No es suficiente, no es suficiente! ¡El equilibrio debe ser ajustado! -Hizo un gesto brusco-. Venid! Al castillo de Djorin!

Derivaron en el palacio cruzando el océano, mientras el gran globo rojo de Kerkaju seguía su camino encima y debajo de ellos. Una serie de acantilados de cuarzo y cinabrio moteados se alzaron ante ellos; en una prominencia que se adentraba en el mar se erguía un castillo con la forma de una gran perla rosada.

El palacio peregrino se posó en una zona plana; Morreion bajó los escalones y avanzó hacia el castillo. Una puerta circular de sólido osmio retrocedió; un archivolte de casi tres metros de altura, con plumas negras agitándose otro metro por encima de su cabeza, se adelantó.

— ¡Haz salir a Djorin! -gritó Morreion-; ¡tengo un asunto que tratar con él!

— ¡Djorin está dentro! ¡Hemos tenido un presentimiento! Tú eres el mono terrestre Morreion, del lejano pasado. Ve con cuidado: estamos preparados contra ti.

— ¡Djorin! -gritó Morreion-. ¡Sal!

— Djorin no saldrá -afirmó el archivolte-. Como tampoco lo harán Arvianid, Ishix, Hercíamon o los demás archivoltes de Jangk que han acudido para combinar sus poderes contra los tuyos. Si quieres venganza, dirígete a los auténticos culpables; no nos molestes con tus insignificantes quejas. -El archivolte volvió a entrar en el castillo, y la puerta de osmio se selló a sus espaldas.

Morreion se mantuvo inmóvil. Mune el Mago avanzo y dijo:

— Les haré salir en un parpadeo con el Extractor Azul de Houlart. -Aulló el conjuro en dirección al castillo, sin ningún resultado. Rhialto intentó un conjuro de Pululaciones Cerebrales, pero la magia fue

absorbida; Gilgad utilizó a continuación su Golpe Galvánico Instantáneo, que se estrelló inofensivamente en la nacarada superficie rosa.

— Es inútil -dijo Ildefonse-. Sus piedras IOUN absorben la magia.

Entonces se activaron los archivoltes. Se abrieron tres puertas; brotaron simultáneamente tres conjuros, que fueron interceptados por las piedras IOUN de Morreion, que pulsaron momentáneamente con gran brillo.

Morreion avanzó tres pasos. Apuntó con su dedo; la fuerza golpeó la puerta de osmio. Crujió y se agitó, pero se mantuvo firme.

Morreion apuntó su dedo al frágil nácar rosa; la fuerza pareció deslizarse sobre la superficie y se perdió.

Morreion apuntó entonces a los pilares de piedra que sostenían el castillo. Estallaron en fragmentos. El castillo se inclinó, rodó y cayó por el acantilado. Golpeó de saliente en saliente, aplastándose y quebrándose, y golpeó con un gran chapoteo contra la superficie del océano Mercurial, donde fue atrapado por la corriente y arrastrado al mar abierto. Los archivoltes reptaron fuera por las grietas y treparon a su parte superior. Fueron saliendo uno tras otro, hasta que su peso acumulado hizo girar la perla sobre sí misma, arrojándolos al mar Mercurial, donde se hundieron hasta las caderas. Algunos intentaron nadar hasta la orilla, otros se tendieron horizontales sobre su espalda y se impulsaron con sus manos. Una ráfaga de viento capturó la burbuja rosa y la envió rodando sobre si misma mar adelante, arrojando a los pocos archivoltes que habían quedado como una rueda sacude sus gotas de agua al girar. Una bandada de arpías de Jangk se alzó de la orilla para envolver y devorar a los archivoltes que tenían a mano; los otros se dejaron arrastrar por la corriente hacia mar abierto, donde se perdieron de vista.

Morreion se volvió lentamente a los magos de la Tierra. Su rostro era gris.

— Ha sido un fracaso -murmuró-. No ha servido de nada.

Caminó a pasos lentos hacia el palacio. Se detuvo en seco en los escalones.

— ¿Qué quiso decir con «los verdaderos culpables»?

— Una forma de hablar -respondió rápidamente Ildefonse-. Vayamos al pabellón; nos refrescaremos con un poco de vino. Al menos has completado tu venganza. Y ahora... -Su voz murió mientras Morreion subía los peldaños. Una de las brillantes piedras azules perdió su color. Morreion se envaró como asaltado por un repentino dolor. Se volvió en redondo para mirar de mago en mago. -Recuerdo un rostro de un hombre

calvo, con mechones de pelo colgando de sus mejillas. Era un hombre robusto... ¿Cuál era su nombre?

— Estos acontecimientos están muy lejos en el pasado -dijo el diabolista Shrue-. Será mejor que te los saques de la cabeza.

Otra de las piedras azules se volvió opaca; los ojos de Morreion parecieron captar la luminosidad que habían perdido.

— Los archivoltes llegaron a la Tierra. Los conquistamos. Suplicaron por sus vidas. Todo esto lo recuerdo... El jefe de los magos exigió el secreto de las piedras IOUN. ¡Ah! ¿Cuál era su nombre? Tenía la costumbre de tironear de los mechones negros de su pelo... Un hombre apuesto, un gran petimetre, casi puedo ver su rostro, le hizo una proposición al jefe de los magos. ¡Ah! ¡Ahora todo empieza a estar claro! -Las piedras azules fueron opacificándose una a una. El rostro de Morreion brilló con un fuego blanco. La última de las piedras azules se volvió pálida.

Morreion habló con voz suave, una voz delicada, como si saboreara cada palabra.

— El nombre del jefe de los magos era Ildefonse. El petimetre era Rhialto. Recuerdo cada detalle. Rhialto propuso que yo fuera a averiguar el secreto; Ildefonse juró protegerme, como si fuese su propia vida. Confié en ellos; confié en todos los magos de la cámara: Gilgad estaba allí, y Hurtiancz, y Mune el Mago, y Perdustin. Todos mis queridos amigos, que se unieron en un solemne voto de convertir a los archivoltes en rehenes para garantizar mi seguridad. Ahora sé quienes fueron los culpables. Los archivoltes lucharon conmigo como enemigos. Mis amigos me enviaron y nunca volvieron a pensar en mí. Ildefonse..., ¿qué tienes que decir, antes de ir a aguardar durante veinte eones en un lugar que conozco muy bien?

— Vamos, no tienes que tomarte las cosas tan en serio -dijo Ildefonse con rostro ceñudo-. Todo ha ido bien y ha terminado bien; de nuevo estamos felizmente reunidos, ¡y el secreto de las piedras IOUN es nuestro!

— Por cada dolor que he sufrido, tú deberás sufrir veinte -dijo Morreion-. Rhialto también, y Gilgad, y Mune, y Herark, y todos los demás.

— Vermoulian, haz que se alce el palacio. Regresemos por el mismo camino por el que hemos venido. Pon doble fuego al incienso.

Rhialto miró a Ildefonse, que se encogió de hombros.

— Inevitable -dijo Rhialto. Evocó el conjuro de la Estasis Temporal. El silencio se adueñó de la escena. Todas las personas quedaron inmóviles como otros tantos monumentos.

Rhialto ató los brazos de Morreion a sus costados con fuertes tiras de tela. Ató juntos sus tobillos, y cubrió con una banda la boca de Morreion, para impedirle pronunciar ningún sonido. Encontró una red y, capturando las piedras IOUN, las atrajo hasta la cabeza de Morreion. en estrecho contacto con su cuero cabelludo. Tras pensarlo un poco, ató otra banda sobre los ojos de Morreion.

No podía hacer más. Disolvió el conjuro. Ildefonse cruzaba ya el pabellón. Morreion se agitaba y se contorsionaba, incrédulo. Ildefonse y Rhialto lo tendieron sobre el suelo de mármol.

— Vermoulian -dijo Rhialto-, ten la bondad de llamar a tus sirvientes. Haz que traigan una carretilla y trasladen a Morreion a una habitación oscura. Necesita un poco de descanso.

13

Rhialto encontró su casa tal como la había dejado, con excepción del poste indicador, que estaba completo. Satisfecho, se dirigió a una de sus habitaciones de atrás. Allá abrió un hueco en el subespacio y metió en él la red de piedras IOUN que llevaba consigo. Algunas brillaban con un azul incandescente; otras en un tono entremezclado escarlata y azul; el resto resplandecía con un rojo profundo, un rosa, un rosa y verde, un verde pálido y un lavanda pálido.

Rhialto agitó pesaroso la cabeza y cerró la dimensión sobre las piedras. Regresó a su sala de trabajo, localizó a Puiras entre los minúsculos y lo devolvió a su tamaño normal.

— De una vez por todas, Puiras, me he dado cuenta de que ya no necesito tus servicios. Puedes unirte a los minúsculos, o coger tu paga y marcharte.

Puiras lanzó un rugido de protesta.

— ¡He desgastado mis dedos hasta casi el hueso! ¿Es éste todo el agradecimiento que recibo?

— No siento deseos de discutir contigo; de hecho, he contratado ya a tu reemplazo.

Puiras observó al alto hombre de ojos vacuos que había entrado en la sala de trabajo y caminaba vacilante de un lado para otro.

— ¿Es ese tipo? Le deseo suerte. Dadme mi dinero; ¡y nada de vuestro oro mágico, que luego se convierte en arena!

Puiras tomó su dinero v se marchó. Rhialto se dirigió a su nuevo sirviente:

— Como primera tarea, puedes limpiar el desastre del aviario. Si encuentras cadáveres, échalos a un lado; ya me encargaré yo de ellos. Luego, las baldosas del gran salón...